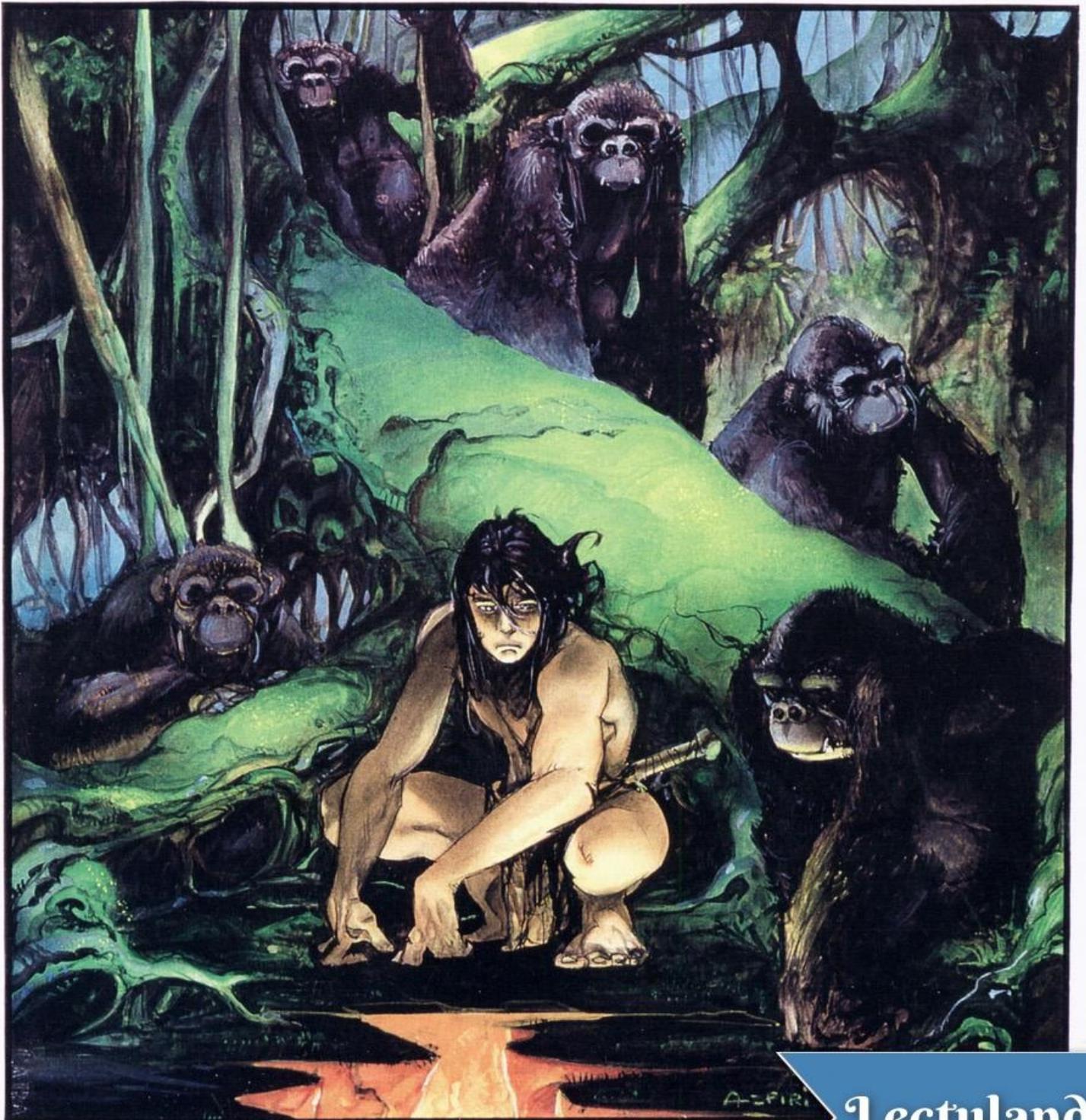


EDGAR RICE BURROUGHS

TARZAN EN EL CENTRO DE LA TIERRA



Lectulandia

El O-220, el gran dirigible fletado por Jason Gridley y Tarzán de los Monos, se aventura en el mundo interior para rescatar a David Innes, el emperador de Pellucidar, de las mazmorras de Korsar.

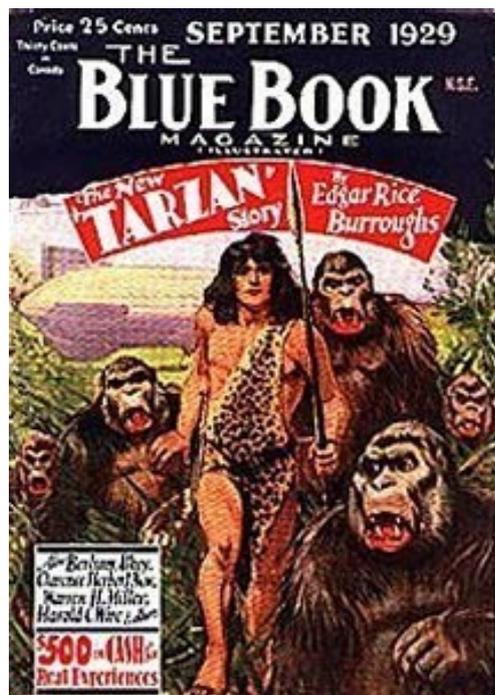
Edgar Rice Burroughs sitúa al rey de la selva, su más famosa creación, en el país de la luz eterna, para dar lugar a la cuarta entrega del Ciclo de Pellucidar. Tarzán en el centro de la Tierra forma parte al mismo tiempo de la serie de Tarzán y la saga del mundo interior, siendo para todos los críticos una de las mejores obras del escritor norteamericano.

www.edgarriceburroughs.com

Información bibliográfica

Ediciones en inglés

- Publicado en forma serializada en el "*Blue Book Magazine*" en 1929 (Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre) y 1930 (Enero, Febrero y Marzo).
- La primera edición en libro es de Metropolitan Books (28 de noviembre de 1930) y tenía unas 79.000 palabras.
- Algunas reimpresiones relevantes:
 - Metropolitan Books and Grosset & Dunlap 1932 edición conjunta
 - Grosset & Dunlap: 1932
 - Grosset & Dunlap: 1940
 - Edgar Rice Burroughs Inc., Tarzana ~ 25 de marzo de 1948
 - Canaveral Press ~ 28 de noviembre 1962
 - Ace Books: Enero 1963
 - Ballantine Books: Marzo 1964
 - Canaveral Press: 1974 (es la del 1962, con la cubierta cambiada)
 - Ace Books: Tres impresiones adicionales hasta Marzo 1973



Para referencias exhaustivas de otras ediciones en inglés, recomendamos acudir a ERBZine:

<http://www.erbzine.com/mag7/0721.html>

Ediciones en español

- 1936. Editorial Juventud. Traducción de Antonio Guardiola (¿?)
- 1948. TOR. Traductor desconocido
- 1994. Editorial Juventud. Traducción de Antonio Guardiola
- Mayo de 2000. Fanedición de Ediciones El Rastro, en la que se basa este eBook. 118 páginas en formato DIN A4, compuestas en tipo Janson 11 (el tipo preferido por Burroughs para sus primeras ediciones). La cubierta utiliza una ilustración original para la edición de Alfonso Azpiri, quien, en aquel momento, aun no había tenido nunca la oportunidad de dibujar a Tarzán. En su interior se incluían 4 ilustraciones a toda página de Frazetta, reproducidas en esta edición. En esta edición se ha recuperado la introducción escrita originalmente para la misma, pero nunca utilizada. Esta se sustituyó por el mini-ensayo "Tarzán en la Televisión", que aquí aparece en el apéndice. La edición fue particularmente breve (44 ejemplares), ya que esta era la única novela de Pellucidar accesible en

su momento al gran público, debido a su pertenencia al ciclo de Tarzán. Solo se editaron los ejemplares "demandados" específicamente por los lectores.

- 2000. Edhasa. Traducción de Petunia Díaz

Para referencias exhaustivas de otras ediciones en español, recomendamos acudir a Tercera Fundación:

<http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/632>

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Tarzán en el centro de la Tierra

Ciclo de Pellucidar 4

ePUB v1.0

Jano Perplejo 13.11.11

más libros en lectulandia.com

Tarzán y Pellucidar

En el mundo de la Fantasía Heroica posiblemente dos sean los nombres que han desbordado las barreras que rodean al género y han irrumpido en el universo cultural del siglo XX, propagándose por los diversos medios y llegando a ser conocidos por cualquier tipo de público.

Uno es el héroe cimmerio creado por **Robert E. Howard**, **Conan el bárbaro**. El otro, **Tarzán de los monos**, el rey de la selva, el personaje surgido de la imaginación de **Edgar Rice Burroughs**.

Es difícil precisar con claridad los antecedentes literarios en los que se basó Burroughs para su creación. La opinión más extendida hace referencia al *Libro de la Selva* de **Rudyard Kipling** y a las aventuras africanas narradas por Rider Haggard. Sin embargo, fue el propio Burroughs el que desmintió en su día estas afirmaciones y señaló haberse inspirado en la leyenda clásica de Rómulo y Remo, utilizando además la obra *In Darkest Africa* de **Stanley** para referirse a los datos sobre los antropoides y la jungla.

En cualquier caso, lo cierto es que **Tarzán de los monos** fue un éxito ya desde su primera aparición en Octubre de 1912. Por petición popular a Burroughs no le quedó más remedio que escribir una novela tras otra del rey de la jungla. Así, para que os hagáis una idea, en 1919 ya se habían publicado siete de sus novelas y se esperaba una octava, y, previamente, en 1918, dirigida por **Scott Sidney** e interpretada por **Gordon Griffith** como Tarzán niño y **Elmo Lincoln** como Tarzán adulto, se había estrenado la primera versión cinematográfica del personaje con un absoluto éxito de público. En 1920 Burroughs ya reside en California y, gracias a los derechos sobre el personaje, es poseedor de una fortuna considerable. En 1929, diecisiete años después de su primera aparición, el éxito no sólo no le ha abandonado sino que Harold Foster dibuja la primera versión en el comic de Tarzán para la cadena Hearts, y en 1932 todo se desborda con la versión cinematográfica dirigida por **W. S. Van Dyke** e interpretada por **Johnny Weissmuller** y **Mauren O'Sullivan** que, a pesar de ser detestada y aborrecida por el propio Burroughs, se proyecta hasta siete veces al día, algo impresionante para la época.

¿Dónde residió el éxito del personaje? No es fácil de explicar, y menos todavía para aquellos que sólo conozcan a Tarzán a través del Cine. Sin juzgar en absoluto la calidad literaria de la obra, ya que eso es algo que cada cual debe realizar desde su propia óptica y experiencia, siempre hay que tener presente que es lo que se pretendía con este tipo de literatura: evasión pura y dura. Simplemente diversión. El alejamiento de los problemas sociales y personales que otros escritores ya cultivaban con profundidad, y quizá, sólo quizá, el deseo inconsciente de regresar a una vida más simple y natural, algo que el hombre perdió al entrar en la civilización con todas

sus consecuencias.

La otra referencia de esta introducción es Pellucidar, el mundo interior imaginado por Burroughs, pero si tú, lector, estás leyendo esto, es que con toda seguridad poco hay que explicarte a estas alturas del entorno en el que se desarrolla la serie.

Para situaros en lo ocurrido hasta ahora, a principios de siglo David Innes y Abner Perry penetraron por accidente en el interior de la corteza terrestre llegando a Pellucidar, un mundo antediluviano dominado por los Mahars, reptiles evolucionados semejantes a pterodáctilos, que, con la ayuda de sus sirvientes Sagoths, tiranizan a la raza humana. Innes y Perry construyen una Federación entre las tribus humanas de Pellucidar y tras singulares aventuras derrocan a los mahars y erigen un Imperio. Todo ello se narra en las dos primeras entregas de la saga, *En el corazón de la Tierra* y *Pellucidar*.

Más tarde, en la tercera entrega de la serie, *Tanar de Pellucidar*, descubrimos que el Pellucidar que hasta entonces conocíamos es tan sólo una parte de un mundo inmenso. Lo que en nuestra superficie está cubierto por el mar (las tres cuartas partes del globo) en Pellucidar se corresponde con tierra firme. El resultado de este descubrimiento será que desde el norte del Imperio de Pellucidar empiezan a aparecer unos extraños incursores que empujan hacia el sur a los derrotados y expulsados mahars, que se verán en la necesidad de solicitar ayuda a David Innes. David envía a los guerreros del Imperio contra los misteriosos invasores, que se llaman a sí mismos Korsars, y que aparentan ser descendientes de antiguos bucaneros del siglo XVI que, según sus leyendas, penetraron en el mundo interior por uno de los polos del planeta. Al poseer barcos de vela y, sobre todo, armas de fuego han logrado dominar gran parte del territorio del norte, y ahora comienzan a expandirse hacia el sur.

Gracias a los adelantos que David trajo consigo del mundo exterior los guerreros del Imperio rechazan a los invasores norteños, pero estos, en su retirada, apresarán a varios de los guerreros de Sari entre los que se encuentra Tanar, el hijo de Ghak, rey de Sari.

David y Ja de Anoroc parten en solitario en su rescate, pero también se verán capturados por los korsars. Mientras tanto, Tanar ha logrado escapar junto a Stellara, la hija del Cid, el caudillo korsar, pero, tras diversos avatares, ambos serán de nuevo apresados por los korsars y trasladados a su capital. Allí se reúnen con David y Ja, y todos juntos realizan una nueva fuga con éxito. Pero los enfurecidos korsars salen en su persecución, obligándoles a separarse en varios grupos para tener más posibilidades de llegar hasta Sari. Tanar y Ja lo consiguen. David no.

El relato de lo ocurrido es narrado, en la ficción, por Abner Perry a Edgar Rice Burroughs y al joven Jason Gridley, gracias a una potente emisora de radio inventada por este último. Pero la emisión se corta después de que Perry, tras pedirles ayuda, les informe de los intentos de Tanar y Ja por rescatar a David. Ante lo desesperado de la

situación, Jason decide acudir a Pellucidar para llevar a cabo el rescate de Innes.

La conclusión de la historia se encuentra aquí. *Tarzán en el centro de la Tierra* (*Tarzan at the Earth's Core*) fue publicada por entregas en la revista Blue Book Magazine desde Septiembre de 1929 a Marzo de 1930, editándose posteriormente en forma de libro en este último año.

La novela presenta una originalidad con respecto a todas las demás de Burroughs y es que, al alistar Jason Gridley a Tarzán en su búsqueda de David Innes, se sitúa al mismo tiempo en la serie de Tarzán (de la que constituye la decimotercera novela) y en la de Pellucidar (de la que constituye la cuarta), siendo la única vez en que los personajes de una de las series de Burroughs participan activamente en otra, algo hoy muy frecuente en el mundo de la ficción norteamericana, pero no en la producción de Burroughs.

También queremos haceros una última aclaración en lo que a El Rastro Ediciones se refiere. *Tarzán en el Centro de la Tierra* es la única novela del Ciclo de Pellucidar que se puede encontrar con facilidad en cualquier librería de nuestro país, gracias a la editorial Juventud. Además la editorial Edhasa, que actualmente publica la serie de Tarzán en España (edición que desde aquí os recomendamos a todos por la seriedad con que está realizada), tiene previsto volver a editarla para principios del año 2001.

Por todo ello, inicialmente, no pensábamos que fuera necesaria su publicación por El Rastro Ediciones, pero, sin embargo, varios de vosotros nos habéis insistido en que sería de agradecer el tener toda la serie de Pellucidar en un mismo formato.

Como no sabíamos qué hacer ante opiniones tan dispares, finalmente hemos decidido adoptar una solución intermedia, esto es, sacar únicamente aquellas novelas que particularmente nos habéis solicitado. Por lo tanto, la edición ha quedado reducida a un número simbólico de ejemplares con los que esperamos haber acertado, aunque siendo conscientes que este tipo de decisiones siempre tiende a generar polémica.

Hecha esta aclaración, os dejamos ya con *Tarzán en el Centro de la Tierra*, sin ninguna duda, una de las mejores novelas escritas por Edgar Rice Burroughs.

EL RASTRO EDICIONES

Capítulo I

EL O-220

Tarzán de los Monos se detuvo para escuchar y olfatear el aire. Si tú hubieras estado allí no habrías podido oír lo que él oyó, o al menos no lo habrías comprendido. Sólo hubieras podido percibir el débil aroma del moho de la vegetación pútrida, con el que se mezclaba el tenue perfume de los tallos y matas que empezaban a germinar.

El ruido que percibió Tarzán provenía de una gran distancia, y resultaba débil incluso para su agudo oído; al principio no comprendió su significado, aunque tuvo la impresión de que anunciaba la llegada de un grupo de hombres.

Buto, el rinoceronte, Tantor, el elefante, o Numa, el león, podían ir de un lado a otro a través de la selva sin despertar otra cosa que la indiferencia en el señor de la jungla; pero cuando se acercaba el hombre, Tarzán indagaba y se ponía en guardia, pues sólo el hombre de entre todos los seres vivos traía cambios, discordias y disputas allí donde posaba sus pies.

Duramente educado entre los grandes monos, los gorilas, sin tener conocimiento de que existieran otros seres semejantes a él, Tarzán había aprendido desde entonces a considerar con inquietud e interés cada nueva invasión de sus dominios selváticos por aquellos heraldos de lucha y discordia que eran los hombres, los animales de dos patas. Entre muchas razas humanas había encontrado amigos, pero ello no le impedía averiguar e indagar los propósitos y motivos de la presencia de cualquier extraño en sus dominios. Así aquel día se dirigió silenciosamente, a través de la llanura arbolada que iba atravesando, hacia el sitio de donde le había llegado aquel ruido.

A medida que disminuía la distancia entre el lugar donde oyera aquel rumor y el sitio del que procedía, su fino oído pudo deducir que se trataba de blandos pasos de pies desnudos, al tiempo que escuchaba los cánticos de unos indígenas que avanzaban llevando a sus espaldas pesados fardos. En ese momento llegó hasta su olfato el peculiar olor de los hombres blancos y, con él, más débil, otro olor singular. Tarzán comprendió que un hombre blanco atravesaba el país con un safari, antes de que la cabeza de la columna apareciera ante sus ojos en el amplio y bien marcado sendero hecho por las fieras en la selva, sobre la cual Tarzán observaba el paisaje desde una zona escarpada.

A la cabeza de la columna marchaba un joven blanco. Cuando Tarzán lo hubo examinado un momento, el rostro del señor de la jungla expresó su agrado porque, a semejanza de las fieras salvajes y los hombres primitivos, Tarzán poseía un misterioso instinto para juzgar correctamente el carácter de los desconocidos con los que se encontraba.

Volviéndose, Tarzán empezó a avanzar rápida y sigilosamente entre las ramas de los árboles hasta que llegó a poca distancia de la cabeza del safari; entonces se dejó caer a tierra, y esperó la llegada de la columna.

Siguiendo una curva del sendero el safari apareció por fin, y entonces todos se detuvieron empezando a hablar atropelladamente, ya que aquellos hombres habían sido reclutados en otro distrito y no reconocieron a Tarzán de los Monos.

—Yo soy Tarzán —dijo el hombre mono—. ¿Qué hacéis en el país de Tarzán?

Inmediatamente el joven blanco, que se había detenido a la cabeza de la columna, avanzó sonriendo hacia el hombre mono.

—¿Es usted Lord Greystoke? —preguntó con cierta ansiedad.

—Aquí soy Tarzán de los Monos —contestó el hijo criado a los pechos de Kala.

—Entonces la suerte me ha favorecido —exclamó el hombre blanco—. Vengo desde el sur de California en tu busca.

—¿Quién eres? —Preguntó el hombre mono— ¿Qué quieres de Tarzán de los Monos?

—Mi nombre es Jason Gridley —contestó el otro—. Y el objeto de mi viaje en tu búsqueda sería una historia muy larga de explicar. Tan sólo deseo que dispongas del tiempo necesario para acompañarnos al próximo campamento, y que tengas la paciencia suficiente para escucharme mientras te explico el objeto de mi misión.

Tarzán asintió.

—En la jungla rara vez tenemos prisa por nada —murmuró—. ¿Dónde piensas levantar tu campamento?

—El guía que conseguí en la última aldea que hemos atravesado se sintió enfermo y se volvió hace una hora, y ya que ninguno de mis hombres conoce este país no sabemos si hay un lugar a propósito para levantar el campamento a una o a diez millas de aquí.

—Existe un sitio adecuado a media milla, en el que hay además excelente agua —dijo entonces Tarzán.

—Perfecto —exclamó Gridley.

Así el safari reanudó su marcha, mientras los indígenas reían y cantaban, contentos ante la idea de un descanso en un lugar cercano donde levantarían el campamento.

Sólo cuando Jason y Tarzán estuvieron saboreando un buen café aquella tarde, el hombre mono volvió sobre el tema del viaje del americano.

—Y ahora, dime, ¿qué te ha traído desde el sur de California al corazón de África?

Gridley sonrió.

—Ahora que estoy aquí, hablando contigo —dijo—, creo que cuando hayas oído mi historia va a ser difícil convencerte de que no estoy loco y, sin embargo, estoy tan

profunda y absolutamente convencido de la verdad de lo que voy a contarte, que he invertido ya una considerable suma de dinero y empleado mucho tiempo para venir a exponerte mi proyecto, con el fin de obtener tu apoyo y ayuda, personal y financiera, y todavía estoy dispuesto a emplear en ello más dinero y todo mi tiempo. Desgraciadamente, no puedo sufragar totalmente la expedición que planeo con mis propios medios, pero esta no es la razón principal que me ha obligado a venir a buscarte. Sin duda, podría haber encontrado el dinero suficiente en otro sitio, pero estoy convencido de que eres la persona más apta e indicada para dirigir una expedición como la que proyecto.

—Sea cual sea la expedición que proyectas —dijo Tarzán a su vez—, los beneficios económicos deben de ser muy grandes, si estás dispuesto a arriesgar tanto dinero en ella.

—Al contrario —opuso Gridley—; no habrá beneficios económicos para nadie, al menos que yo sepa.

—¿Y tú eres americano? —preguntó sonriendo Tarzán.

—No todos los americanos sienten la fiebre y la locura del oro —contestó Gridley.

—Entonces, ¿dónde está el incentivo, el aliciente? Explícamelo.

—¿Has oído alguna vez la teoría que sostiene que la Tierra es una esfera hueca que contiene en su interior un mundo habitable?

—Esa teoría ha sido definitivamente refutada por los científicos —contestó el hombre mono.

—¿Pero ha sido refutada satisfactoriamente? —preguntó Gridley.

—A satisfacción de los hombres de ciencia —repuso Tarzán.

—Y también a la mía —siguió diciendo entonces el americano—; hasta que recientemente recibí un mensaje desde el mundo interior.

—Me sorprendes —dijo el hombre mono.

—Yo también me quedé sorprendido, pero el hecho que sigue en pie es que he estado en comunicación con Abner Perry en el mundo interior de Pellucidar. He traído conmigo una copia de aquella comunicación, así como una certificación de su autenticidad de un hombre cuyo nombre no te será extraño, y que se hallaba conmigo cuando la recibí; en realidad, los dos la escuchamos al mismo tiempo. Aquí están.

De un portafolio que llevaba sacó una carta que alargó a Tarzán, y un voluminoso manuscrito atado entre tapas de cartón.

—No voy a leerte toda la historia de Tanar de Pellucidar —dijo Gridley—, porque hay aquí muchas cosas que no son esenciales ni necesarias para la exposición de mi proyecto.

—Como quieras —dijo Tarzán—. Te escucho.

Durante media hora Jason Gridley estuvo leyendo fragmentos del manuscrito que

tenía ante sus ojos, y al fin dijo:

—Esto es lo que a mí me ha convencido de la existencia de Pellucidar, y la desgraciada situación de David Innes es la que me ha movido a venir en tu busca con la idea de que emprendamos una expedición, cuyo fin primordial sería rescatar a ese hombre de la mazmorra en la que le tienen preso los korsars.

—¿Y cómo crees que puede llevarse a cabo esa tarea? —preguntó el hombre mono—. ¿Acaso estás convencido de la certeza de la teoría de Innes de que hay una entrada al mundo interior en cada polo?

—No me importa decirte que no sé qué pensar —repuso el americano— pero después de recibir el mensaje de Perry empecé a investigar y he podido averiguar que la teoría de un mundo habitado en el centro de la Tierra, con entradas en ambos polos, norte y sur, no es nueva, y hay grandes probabilidades de que sea exacta. He encontrado una completa exposición de dicha teoría en un libro escrito allá por el año 1830, y también en otro publicado más recientemente. Allí he encontrado una explicación racional a varios fenómenos bien conocidos, y que hasta ahora no habían sido explicados satisfactoriamente por las hipótesis científicas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Tarzán.

—Por ejemplo los vientos y las corrientes cálidas del océano que proceden del norte, y con los que se han topado todos los exploradores árticos; la presencia de troncos y ramas de árboles de follaje verde flotando hacia el sur en los parajes donde se sitúan esas corrientes y vientos, precisamente en lugares y latitudes muy lejanos de aquellos que, en la superficie de nuestro globo, constituyen las regiones propias de aquellas especies; además, el fenómeno de las luces árticas que, según David Innes, pudieran ser explicadas por los rayos del sol del mundo interior que a veces surgen, atravesando la niebla y las luces del polo, a través de la entrada; y, por último, el polen que a menudo cubre espesamente el hielo y la nieve de las regiones polares. Este polen no puede llegar hasta allí de otro sitio que del mundo interior. Y, además de todo esto, está todavía la insistencia de numerosas tribus de esquimales que afirman que sus antepasados vinieron de unas regiones situadas al norte.

—¿Pero no llegaron a negar Amundsen y Ellsworth, después de la famosa expedición Noruega, la teoría de que en el Polo Norte existiera un gran agujero en la corteza terrestre, al igual que lo han hecho los numerosos aeroplanos que frecuentemente realizan vuelos sobre regiones polares hasta ahora inexploradas? —preguntó el hombre mono.

—La respuesta a eso podría ser que la abertura polar es tan enorme, que un buque, un dirigible o un aeroplano podrían llegar hasta su mismo borde y no descubrir nada; pero la teoría más factible es que la mayoría de los exploradores, sencillamente, han bordeado la parte exterior del orificio, lo que podría además explicar satisfactoriamente los errores y la falta de exactitud de las brújulas y otros

aparatos científicos para fijar con precisión el polo norte magnético, punto este que, como es sabido, ha intrigado mucho a todos los exploradores árticos.

—Entonces, ¿tú estás convencido de que no sólo hay un mundo interior, sino que además existe una entrada a ese mundo en el Polo Norte? —preguntó Tarzán.

—Estoy convencido de que existe un mundo interior, pero no estoy seguro de la existencia de una abertura en el polo —contestó Gridley—. De todos modos, lo que sí puedo decir es que existen evidencias de sobra para justificar una expedición como la que me propongo llevar a cabo.

—Suponiendo que existiera una entrada en el polo hasta ese mundo interior, ¿de qué medios piensas valerte para descubrir y explorar esa entrada?

—El medio más práctico que existe hoy para llevar adelante mi plan sería un modelo especial de dirigible, construido bajo el mismo tipo y líneas de los modernos zepelines. Tal dirigible, utilizando el moderno gas de helio, representaría el medio de transporte más rápido y seguro de que podríamos disponer. He pensado mucho en ello y creo que, en caso de existir una gran abertura polar, los obstáculos que pudiéramos encontrar para penetrar en ella serían mucho menores que los que encontró la expedición Noruega en su famoso viaje al polo a través de Alaska; siempre he pensado que lo que aquella expedición en realidad hizo fue dar un gran rodeo al seguir el borde del orificio polar, realizando de ese modo un camino mucho más largo del que nosotros tendríamos que hacer para alcanzar un punto en el que razonablemente pudiéramos pensar para aterrizar cerca del mar helado del polo que David Innes descubrió al norte de la tierra de los korsars, antes de que estos le hicieran prisionero. El mayor riesgo que correremos será la imposibilidad de regresar a la superficie exterior del globo, debido a la pérdida que experimentaremos en el gas de helio del dirigible. Pero esto no es, en realidad, sino el mismo riesgo de vida o muerte que por su propia voluntad corren todos los exploradores, cuando intentan llevar a cabo sus ideas y empresas. Si pudiéramos construir un dirigible lo suficientemente ligero y a la vez lo suficientemente fuerte para resistir la presión atmosférica, no tendríamos que utilizar ni el peligroso gas de hidrógeno, ni el caro y raro del helio, sino que tendríamos la máxima seguridad y facilidad de un dirigible sostenido enteramente por tanques en los que se hubiera hecho el vacío.

—Quizá eso pudiera ser factible —dijo Tarzán, que empezaba a mostrar un creciente interés por la proposición de Gridley.

El americano denegó con la cabeza.

—Eso quizá sea posible algún día —murmuró—, pero no hoy con los materiales de que disponemos. Cualquier receptáculo que fuera lo suficientemente fuerte como para resistir la presión atmosférica en un tanque vacío, sería demasiado pesado para que por medio del vacío precisamente se pudiera elevar.

—Tal vez sí, y tal vez no —opuso Tarzán.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Gridley.

—Que eso que acabas de comentar —contestó Tarzán—, me recuerda algo que recientemente me dijo un buen amigo. Erich von Harben es a la vez que un explorador, un científico, y la última vez que lo vi acababa de volver de una segunda expedición a las montañas Wirambazi, en las que me comentó haber descubierto una tribu lacustre que usaba unas extrañas canoas hechas de un metal que, aparentemente, era ligero como el corcho y, sin embargo, era más fuerte que el acero. Trajo con él varias muestras de dicho metal, y la última vez que le vi estaba realizando algunos experimentos en un pequeño laboratorio que él mismo había instalado en la misión de su padre.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó Gridley.

—La misión del doctor von Harben está en el país de Urambi, a unas cuatro jornadas al oeste del sitio en que nos encontramos —señaló el hombre mono.

Aquella misma noche los dos hombres discutieron los planes del proyecto, pues Tarzán se hallaba ahora muy interesado, y al día siguiente se dirigieron hacia el país de Urambi y la misión del doctor von Harben, adonde llegaron al cuarto día de marcha, siendo recibidos por el doctor von Harben, su hijo Erich y la mujer de este último, la hermosa Favonia de Castrum Mare.

No es mi intención molestar a los lectores con el relato de los detalles de la organización y equipo de la expedición a Pellucidar, aunque los que se refieren a la búsqueda y descubrimiento de la mina conteniendo el singular metal que ahora se conoce como harbenita, son detalles llenos de aventura y emoción que dignamente podrían llenar un volumen por sí solos.

Mientras Tarzán y Erich von Harben ponían la mina en explotación y transportaban el metal hacia la costa, Jason Gridley estaba en Friedrichshaffen, negociando con los ingenieros de la compañía que había escogido para construir el dirigible en el que intentarían llegar al mundo interior.

Se hicieron pruebas exhaustivas con las muestras de harbenita llevadas a Friedrichshaffen por Jason Gridley. Se trazaron planos, y cuando llegó el envío del metal ya estaba todo dispuesto para empezar inmediatamente la construcción, lo cual se llevó a cabo en secreto. Seis meses después, cuando el O-220, como fue bautizado oficialmente, estuvo listo para despegar, todo el mundo creyó que se trataba de un nuevo tipo de dirigible destinado a prestar servicio en una de las numerosas rutas comerciales europeas.

El gran dirigible en forma de puro que era el O-220, tenía 997 pies de longitud por 150 de diámetro. El interior del dirigible estaba dividido en seis grandes compartimentos estancos, tres de los cuales, que ocupaban toda la longitud de la nave, estaban situados por encima de la línea media del dirigible, y los otros tres, debajo. En el interior del casco y en ambos lados del dirigible, entre los

compartimentos estancos donde se había hecho el vacío, había largos corredores en los que se encontraban los motores, bombas y aparatos, así como los depósitos de gasolina y de aceite.

La situación interna de la sala de máquinas se había hecho pensando en evitar en lo posible los riesgos del fuego, peligro siempre presente en los dirigibles que utilizan hidrógeno para elevarse. Igualmente toda la construcción del dirigible se había realizado a prueba del fuego, de modo que podía decirse que todas las partes del dirigible estaban compuestas de harbenita, excepto algunos utensilios y muebles de las cabinas, y los forros y soportes de los motores, generadores y hélices.

Uniendo la parte de babor y la de estribor de la aeronave, había dos corredores transversales que a su vez se unían a aquellos en los que estaban situados las máquinas y el combustible, uno de ellos en la proa y el otro en la popa del dirigible; además, dividiendo en dos partes iguales a los dos corredores transversales, había dos tubos que iban desde el fondo hasta la parte más alta del dirigible.

La parte alta del tubo de la proa terminaba en una pequeña cabina de tiro y observación, y en toda la extensión superior del dirigible se encontraba un estrecho pasadizo, similar a una pequeña terraza, que iba desde la parte delantera de la aeronave hasta una torreta situada en la cola del aparato, en la que se había dispuesto todo para instalar una ametralladora.

La cabina principal, que se extendía a lo largo de la quilla, formaba parte del casco, y a causa de la construcción completamente rígida de todo el dirigible, lo que eliminaba la necesidad de haber construido otras cabinas bajo el casco, el O-220 iba equipado de un juego de aterrizaje formado por seis grandes ruedas, provistas de excelentes neumáticos, fijado bajo la cabina principal. En la popa de esta cabina de la quilla, iba instalado un pequeño aeroplano para realizar funciones de exploración, ajustado y dispuesto de tal modo, que podía ser bajado hasta el fondo del dirigible y lanzado al aire mientras el O-220 se hallaba en pleno vuelo.

Ocho motores de aire frío impulsaban otras tantas hélices, dispuestas por parejas a cada lado de la aeronave, e instaladas de tal forma que el aire expulsado por las delanteras no se mezclaba ni se confundía con el de las situadas más atrás.

Las máquinas, que desarrollaban una potencia de 5.600 caballos, podían conseguir que el dirigible alcanzase una velocidad de 105 millas por hora.

En el O-220, el tronco del eje central, que atravesaba toda la aeronave de un extremo a otro, consistía en un enorme tubo de harbenita del que irradiaban brazos más pequeños, semejantes a los radios de una rueda, hasta los cilindros tubulares, a los que estaban completamente soldadas unas placas de harbenita, que por el otro extremo también estaban soldadas al forro exterior del eje.

Gracias a la extrema ligereza de la harbenita el peso total de la aeronave era de unas 75 toneladas, mientras que los tanques o compartimentos estancos, al hacerse en

ellos el vacío, podían elevar y sostener en el aire hasta 225 toneladas.

Para efectuar las maniobras del dirigible y facilitar el aterrizaje, cada uno de los tanques de vacío o compartimentos estancos iba equipado con una serie de ocho válvulas de aire que se manejaban desde el cuadro de mandos de la cabina principal de proa, en el extremo delantero de la quilla, mientras que seis bombas, tres en los corredores de estribor y tres en los de babor, estaban destinadas a expeler el aire de los tanques cuando era necesario hacer el vacío. Timones especiales y elevadores también eran maniobrados desde la cabina delantera, así como desde el corredor de babor en la popa para el caso de que el cuadro de mandos situado en la cabina del timón se averiase.

En la enorme cabina principal de la quilla se hallaban situados los camarotes de los oficiales y la tripulación, los depósitos de armas, municiones y víveres, las cocinas, los depósitos de gasolina y aceite, así como los grandes tanques que contenían el agua. Estos últimos estaban contruidos de tal forma, que su contenido podía ser vaciado instantáneamente en caso de peligro, mientras que una parte de los tanques de gasolina y del aceite también podía ser transportada inmediatamente al fondo del dirigible, desde donde podía ser arrojada en caso de peligro extremo, cuando se hiciera necesario y urgente reducir de modo instantáneo el peso de la carga.

Este era, en definitiva, el enorme dirigible en el que Jason Gridley y Tarzán de los Monos esperaban descubrir la entrada del Polo Norte que conducía al mundo interior, para rescatar a David Innes, el emperador de Pellucidar, de las mazmorras de Korsar.



Capítulo II

Pellucidar

Poco antes del amanecer de un día claro de Junio, el O-220 salió lentamente del hangar por sus propios medios. Completamente equipado y cargado, se hallaba preparado para realizar su primer vuelo de prueba en condiciones idénticas a las que tendría que enfrentarse cuando partiese para su largo viaje. Los tres tanques de vacío inferiores iban aún llenos de aire, y como el dirigible llevaba, además, una gran carga de agua como lastre, suficiente para mantener su equilibrio, cuando avanzó sobre el césped del aeródromo lo hizo con total seguridad, dejándose dirigir y maniobrar con la misma facilidad que un automóvil.

Una vez fuera del hangar, las bombas expulsaron el aire de los tres tanques, luego se descargó poco a poco el lastre del agua e inmediatamente el inmenso dirigible comenzó a elevarse lenta y majestuosamente en el espacio.

Toda la tripulación que iba a bordo durante aquel viaje de prueba era la misma que se había escogido para la expedición. Zuppner, que era quien había sido designado como capitán, también era el que se había encargado de la construcción del dirigible, y el que había diseñado en gran parte los planos y dibujos. Además había dos pilotos, Dorf y von Horst, que anteriormente habían sido oficiales en la aviación del Imperio, al igual que el piloto navegante, el teniente Hines. Por último, iban a bordo doce ingenieros, ocho mecánicos, un cocinero negro y dos muchachos filipinos para el servicio de las cabinas.

Tarzán era el comandante en jefe de la expedición y llevaba como segundo a Jason Gridley, mientras que las fuerzas del dirigible consistían en Muviro y nueve de sus guerreros waziris.

Cuando el dirigible comenzó a elevarse graciosamente sobre la ciudad, Zuppner, que iba en el cuadro de mandos, apenas pudo contener su entusiasmo.

—¡No he visto en mi vida una cosa más dulce y suave! —exclamó—. ¡Responde al más ligero movimiento de mis manos!

—No me extraña —contestó el teniente Hines—. Estaba seguro de que sería así. Por eso insisto en que llevamos el doble de la tripulación necesaria para manejar el dirigible.

—Ya lo sé, teniente —dijo entonces Tarzán, sonriendo—, pero no crea que mi insistencia para que lleváramos a bordo una tripulación excesiva obedecía a mi falta de confianza en la nave; piense que viajaremos a un mundo misterioso y extraño. Quizá nuestra ausencia dure mucho tiempo. Si conseguimos llegar a nuestro destino, seguramente tendremos que luchar, como ya he dicho repetidamente a todos los hombres que vienen con nosotros, de modo que, si bien es verdad que ahora sobra la

mitad de la gente, en el viaje de regreso tal vez nos falten hombres porque no todos volveremos.

—Quizá tenga razón —concedió Hines—. Pero la verdad es que al manejar con tanta facilidad y suavidad la nave, y contemplando esta escena de paz bajo nuestros pies, el peligro y la muerte parecen muy lejanos.

—Y espero que lo estén en realidad —repuso Tarzán—. Como también espero que todos los hombres que vienen a bordo vuelvan con nosotros cuando regresemos; pero es preciso estar preparados contra cualquier posibilidad, y a tal fin Gridley y yo hemos estado estudiando algo de navegación, y quisiéramos que usted nos diera algunas lecciones practicas antes de llegar a nuestro destino.

Zuppner sonrió.

—¡Querido Hines, parece que está usted condenado! —comentó.

El teniente esbozó una sonrisa.

—¡Estoy dispuesto a enseñarles cuanto sé! —dijo— ¡Pero apuesto la mejor comida que pueda servirse en Berlín, a que si este dirigible vuelve a Alemania yo continuaré siendo su piloto navegante!

—¡Eso es echar la suerte a cara o cruz! —comentó sonriendo Gridley.

—Volviendo al tema que nos preocupa de este viaje —siguió diciendo Tarzán—, les voy a rogar que permitan que mis guerreros waziris ayuden a los mecánicos de a bordo. Los negros son gente inteligente que aprende pronto las cosas, y, si ocurriera alguna desgracia, siempre tendríamos a bordo hombres aptos y capaces de manejar las máquinas.

—Tiene razón —contestó Zuppner—. Me ocuparé de ello.

El majestuoso dirigible volaba firme y con seguridad hacia el norte. Ravensburgo quedó atrás, y media hora más tarde apareció bajo la aeronave la cinta gris del Danubio. El entusiasmo de Zuppner aumentaba a cada momento.

—Tenía plena confianza en el éxito del vuelo de prueba —exclamó—, pero les juro que jamás pude soñar con una perfección semejante. Este dirigible marca una nueva era en la aeronáutica, y estoy convencido de que mucho antes de que cubramos las cuatrocientas millas que nos separan de Hamburgo, todos estaremos completamente convencidos de los méritos y de la inmensa valía de nuestra nave.

—El vuelo de prueba consistía en llegar hasta Hamburgo y después regresar a Friedrichshaffen —comentó Tarzán—, ¿pero por qué vamos a volver de Hamburgo?

Todos le miraron ansiosamente al oír su pregunta, y Gridley fue el primero en contestar.

—¡Es cierto! ¿Por qué hemos de volver desde Hamburgo?

Zuppner se encogió de hombros.

—La verdad es que vamos completamente equipados y aprovisionados —murmuró.

—Entonces, ¿por qué vamos a recorrer ochocientas millas volviendo a Friedrichshaffen? —preguntó Hines.

—Si todos están de acuerdo podemos continuar hacia el norte —dijo Tarzán.

Y así fue como el vuelo de prueba del O-220 se convirtió en el inicio definitivo hacia su viaje en dirección al interior de la Tierra; de ese modo la partida quedó en secreto, como todos habían deseado.

El plan había sido seguir el meridiano 10 Este de Greenwich, siguiendo en línea recta hasta el Polo Norte, pero, para evitar exhibiciones innecesarias, se hicieron pequeños rodeos y el dirigible pasó al oeste de Hamburgo, lanzado luego, ya por encima del Mar del Norte, en dirección a las heladas regiones polares.

Volando a una velocidad media de unas 75 millas por hora, el O-220 llegó a las cercanías del Polo Norte alrededor de la media noche del segundo día. La emoción embargó a todos cuando Hines anunció que en ese momento debían estar sobrevolando precisamente por encima del mismo polo.

A sugerencia de Tarzán, el dirigible descendió hasta unos pocos centenares de pies del suelo, trazando lentos círculos sobre aquella inmensa y quebrada llanura de hielo y nieve.

—Reconoceremos el Polo por la bandera italiana —comentó riendo el capitán Zuppner.

Pero la verdad era que, si en efecto en aquella llanura helada quedaba algún vestigio del paso de la expedición Noruega, todo había quedado cubierto bajo muchas capas de nieve.

El dirigible trazó un nuevo círculo por encima la desolada llanura de hielo antes de reemprender su rumbo, ahora hacia el sur, siguiendo el meridiano 170 Este.

Desde el momento en que la nave tomó rumbo hacia el sur, Jason Gridley permaneció constantemente con Hines y Zuppner vigilando ansiosamente los aparatos, o mirando hacia el desolado paraje que se extendía a sus pies. Gridley creía que la abertura polar debía hallarse en las proximidades del grado 85 de latitud norte, y 170 de longitud este. Ante él se hallaban las brújulas, estatoscopios, indicadores de velocidad, inclinómetros, relojes, termómetros y otra serie de aparatos extraños; pero, sobre todo, eran las brújulas las que reclamaban su máxima atención, ya que Jason Gridley tenía una teoría de cuya exactitud dependía el éxito o el fracaso de encontrar la famosa abertura polar.

Durante cinco horas el dirigible voló en línea recta en dirección sur, hasta que de pronto empezó a mostrar una marcada tendencia a desviarse hacia el oeste.

—Procure mantener el dirigible en dirección sur, capitán —recomendó Gridley —, porque, si mi teoría es exacta, precisamente ahora estamos volando sobre el borde de la abertura polar, y la desviación que observamos es solamente en las brújulas y no en nuestro rumbo. Y cuanto más avancemos, más inciertas, caprichosas e inseguras se

mostrarán las brújulas; y si ascendiéramos, o, por decirlo de otro modo, si atravesáramos la abertura polar por su mismo centro, la aguja de la brújula parecería volverse loca y trazaría círculos constantemente. Pero no debemos alcanzar el centro de la abertura porque ello requeriría una altitud tremenda. Creo que en estos momentos nos encontramos sobre el extremo este de la abertura. Si hace algún cambio o desviación de nuestro rumbo, procure que sea hacia el estribor de la nave porque de ese modo descenderemos trazando una especie de espiral hacia el interior mismo de Pellucidar. Pero lo que resulta evidente es que nuestras brújulas serán inútiles a partir de ahora, hasta que hayamos recorrido unas cuatrocientas o seiscientas millas.

Zuppner movió la cabeza en signo de duda.

—Si continúa el buen tiempo quizá consigamos nuestro propósito —dijo—; de otro modo, no creo poder mantener un rumbo determinado si me falla la ayuda de las brújulas.

—Haga lo que pueda —aconsejó al fin Gridley—; y cuando tenga dudas o se levante viento, incline la nave hacia estribor.

Tanta era la emoción que ahora embargaba a todo el mundo que, durante varias horas, nadie dijo una palabra.

—¡Miren! —exclamó de pronto Hines—. ¡Hay agua delante de nosotros!

—¡Eso era lo esperado! —repuso Zuppner—. Aunque no hubiera tal abertura polar, y como saben me he mostrado escéptico en ese punto, desde que Gridley nos expuso por primera vez su teoría...

—Creo —dijo ahora Gridley sonriendo—, que he sido el único de la partida que ha tenido fe en esa teoría; pero no le llame “mi teoría”, porque no hay tal cosa, y le advierto que no me hubiera sorprendido mucho que pudiéramos probar que la teoría era falsa. De todas formas, si alguien ha observado el sol durante las últimas horas, habrá podido darse cuenta de que, aunque no haya tal abertura polar que comunique con un mundo interior, en esta parte de la Tierra que estamos sobrevolando hay una gran depresión, y que el dirigible ha penetrado en ella hace ya varias horas, porque como fácilmente pueden comprobar el sol de medianoche está ahora mucho más bajo que antes, y, a medida que sigamos avanzando, quizá vaya descendiendo más y más todavía, hasta desaparecer totalmente de nuestra vista. Lo que me hace suponer que acaso pronto vayamos a poder ver la luz eterna del día de Pellucidar.

De pronto sonó el timbre del teléfono y el teniente Hines descolgó el auricular, escuchando durante unos instantes.

—¡Muy bien, señor! —dijo, colgando a continuación el aparato—. Era von Horst, capitán. Dice que acaba de descubrir tierra ante nosotros.

—¡Tierra! —exclamó Zuppner—. ¡La única tierra que señalan nuestras cartas por aquí es Siberia!

—Siberia está a más de mil millas al sur del grado 85, y nosotros nos hallamos ahora a menos de trescientas millas del 85 —dijo Gridley.

—En tal caso —señaló Hines—, o hemos descubierto una nueva tierra polar o nos estamos acercando al extremo norte de Pellucidar.

—Es esto último —murmuró Gridley—. Miren los termómetros.

—¡Demonios! —exclamó Zuppner estupefacto—. ¡Sólo marcan seis grados y medio bajo cero!

—Ahora se puede ver la tierra con toda precisión —dijo Tarzán—. Parece desierta y desolada, desde luego, pero sólo hay rastros de nieve aquí y allá.

—Este paisaje concuerda con las tierras que describe Innes al norte de Korsar —apuntó Gridley.

Pronto corrió la voz por toda la aeronave de que la tierra a la vista debía ser Pellucidar, y una enorme emoción embargó a todo el mundo. Oficiales y tripulación corrían a la pequeña terraza superior o se asomaban por las ventanillas en cuanto disponían de un minuto libre, deseosos de contemplar aquel mundo interior y extraño.

El O-220 avanzaba lenta pero firmemente hacia el sur, y, precisamente cuando el disco del sol de medianoche desaparecía en el horizonte, por la popa del dirigible, la esfera del sol de Pellucidar apareció ante los ojos de los viajeros.

La naturaleza del paisaje ahora iba cambiando rápidamente. Las tierras estériles y montañosas habían ido quedando atrás, y aparecían una serie de selvas primigenias que se curvaban siempre hacia lo alto, hasta esfumarse en la bruma de la distancia. Aquello era evidentemente Pellucidar, el Pellucidar que Jason Gridley había soñado.

Más allá de las selvas apareció de pronto una llanura, moteada aquí y allá por grupos de árboles, y cortada por numerosas cintas de riachuelos que iban a desembocar en un gran río.

Enormes ganados pastaban en un prado inmenso, pero no se veía ningún hombre en parte alguna.

—¡Esto me parece el Cielo! —dijo Tarzán—. Aterricemos.

El dirigible, al llenarse los tanques de aire, fue descendiendo lentamente a tierra, y luego, con la ayuda de unas escalerillas, todo el mundo fue bajando al suelo de Pellucidar, excepto un centinela, un oficial y dos hombres. Los que descendieron se encontraron hundidos en la fresca hierba hasta las rodillas.

—Creo que deberíamos cazar algo —dijo Tarzán—; pero, desgraciadamente, nuestro dirigible ha espantado toda la caza.

—Pero la abundancia de ella es tal que no creo que tengamos que ir muy lejos para procurarnos alguna pieza —contestó Dorf.

—De todos modos, lo que más necesitamos de momento es descansar —dijo Tarzán—. Desde hace varias semanas todos hemos trabajado intensamente preparando la expedición, y, en los últimos tres días, apenas creo que ninguno de

nosotros haya podido dormir más de dos horas. Propongo, pues, que descansemos aquí mismo, y luego emprendamos una búsqueda minuciosa y activa de la ciudad de Korsar.

El plan fue aceptado por unanimidad, y se hicieron todos los preparativos para acampar allí durante varios días.

—Creo —dijo luego Gridley al capitán Zuppner—, que deberíamos dar órdenes severas para que nadie pueda alejarse del dirigible y menos lanzarse a campo abierto, a no ser que se trate de grupos mandados por un oficial, pues tengo la seguridad de que encontraremos hombres y, sobre todo, bestias salvajes en esta tierra de Pellucidar.

—Supongo que me excluirán a mí de esa orden —dijo Tarzán sonriendo.

—Sí; usted puede cuidarse por sí mismo no importa dónde esté —señaló el capitán.

—Yo puedo cazar mejor solo que acompañado —añadió el hombre mono.

—En todo caso —continuó diciendo Zuppner—, la orden viene de usted como comandante en jefe de la expedición, y nadie protestará si quiere ocuparse de su propia subsistencia, ya que estoy seguro de que ninguno de los hombres del dirigible siente el más leve deseo de aventurarse solo por estos parajes de Pellucidar.

Oficiales y tripulación, con excepción del centinela que era relevado cada cuatro horas, se fueron entonces a dormir.

Tarzán de los Monos fue el primero que despertó y abandonó el dirigible. Se había despojado de las ropas que le habían convertido en un perfecto caballero desde que abandonara sus selvas africanas, y ahora era un hombre casi desnudo, un guerrero primitivo armado con un cuchillo de caza, una lanza, un arco y flechas, y una larga cuerda que Tarzán acostumbraba a llevar siempre consigo, puesto que al salir de caza prefería las armas de su juventud a las de fuego de la civilización.

El teniente Dorf, el único oficial de guardia en aquel momento, vio partir a Tarzán y se quedó mirándole con franca admiración, siguiéndole con la vista hasta que el moreno rey de la selva avanzó a campo abierto y desapareció por fin entre la arboleda.

Había algunos árboles que le eran familiares a Tarzán, y otros que no había visto nunca, pero aquello era una selva y eso bastaba para que ejerciera un irresistible atractivo sobre el rey de la jungla, permitiéndole olvidar los recuerdos y las sensaciones desagradables de las semanas pasadas en el seno de la civilización. Se alegraba de haber abandonado el dirigible, y aunque sentía simpatía por todos sus compañeros de expedición, se encontraba más contento y feliz solo.

En esta su primera escapada al recobrar la libertad, Tarzán era como un muchacho al que se le libera del colegio. No sintiendo ya las torturas de los odiosos vestidos de los hombres civilizados, y libre al fin de la visión de tantas y tantas cosas que pudieran recordarle las atrocidades y sacrilegios con las que los hombres

enmascaraban y destrozaban la hermosa faz de la naturaleza, Tarzán llenó ansiosamente sus pulmones con el aire puro de Pellucidar, saltó a la rama de un árbol, y empezó a avanzar entre el selvático follaje con una profunda alegría que delataba su sensación de vida desbordante. Al cabo de un rato descendió al suelo, continuando a través de aquella selva virgen. Pájaros extraños, asustados por el rápido y silencioso paso del intruso, huían despavoridos lanzando agudos chillidos de protesta, mientras bestias también extrañas se alejaban escondiéndose a espaldas del hombre. Pero Tarzán no se ocupaba ni de unos ni de otros. No iba cazando; ni siquiera exploraba la selva virgen de aquel mundo nuevo y extraño. Sencillamente se sentía vivir.

Mientras este estado de ánimo dominó a Tarzán, el hombre mono no se preocupó del paso del tiempo; tampoco pensó que en Pellucidar el tiempo ni se medía ni transcurría como en nuestro mundo, ya que el sol, eternamente inmóvil en el cénit de Pellucidar, engañaba a todos los habitantes del mundo exterior, cuyo astro diurno gira eternamente persiguiendo en loca carrera a la Tierra. Tarzán tampoco calculó ni se preocupó de la distancia que recorría, ni siquiera de la dirección que llevaba, ya que estos detalles no le preocupaban al hombre mono, cuya extraña habilidad para orientarse atribuía a un instinto especial que habitaba en él, sin haberse parado jamás a considerar que en sus selvas africanas podía confiar para orientarse y para calcular el tiempo en el sol amigo, en la luna y en las estrellas protectoras que día y noche le guiaban, y en toda una serie infinita de pequeñas cosas que le hablaban en un lenguaje mudo y familiar, sólo descifrable para los habitantes de la selva.

Pero al fin Tarzán se detuvo, cambiando de idea e internándose en una senda bien marcada, en una vía hecha por las bestias de la selva. Sus ojos quedaron prendados en ese momento de las maravillas que le rodeaban. Comprendió que aquella selva debía ser secular, milenaria, a juzgar por el enorme tamaño de los árboles y las espesas cortinas de lianas y yedras que colgaban de muchos de sus troncos, por no hablar de la profusión infinita de flores que se veía por todas partes.

De repente algo se enroscó rápidamente al cuerpo de Tarzán, y le lanzó con violencia por los aires.

Tarzán se encogió por instinto. Su mente, ocupada en la contemplación de tanta maravilla, le había hecho olvidar durante unos momentos aquel eterno temor y desconfianza propio de las fieras de la selva de las que formaba parte.

Casi instantáneamente el hombre mono comprendió lo que había ocurrido. Aunque podía calcular las desastrosas consecuencias del suceso, una sombra de sonrisa, o una amarga sonrisa de tristeza más bien, torció su gesto durante unos momentos. Tarzán comprendió que había caído en una trampa, en un cepo primitivo y rústico, de los que él mismo había puesto cientos para coger a las fieras imprudentes de la selva.

En efecto, una correa atada a la rama más baja de un árbol, cuyo follaje se

extendía sobre el sendero, estaba disimulada en la tierra, y Tarzán al pasar había hecho saltar el mecanismo del cepto. Eso era todo. De cualquier modo, lo más lamentable era que las cuerdas y correas del cepto habían aprisionado fuertemente a Tarzán por brazos y tronco.

Quedó colgado a seis pies por encima del suelo, fuertemente atado por aquellas cuerdas que le sujetaban por codos y muñecas, uniendo dolorosamente sus brazos al tronco. Y para mayor desgracia, había quedado cabeza abajo balanceándose y dando vueltas como una autentica plomada humana.

Intentó liberar un brazo para alcanzar su cuchillo y desatarse, pero con sus movimientos y esfuerzos no conseguía más que apretar las cuerdas y las correas que se hundían cruelmente en su carne.

Se dio cuenta de que la existencia de aquel cepto implicaba la presencia cercana de hombres, y sabía que no habrían de tardar en venir a inspeccionar el lazo, ya que, conociendo los hábitos de los cazadores de la selva, estos acudirían pronto para no exponer las posibles presas a la voracidad de bestias y aves rapaces.

Se preguntó con ansiedad qué clase de hombres serían aquellos, si le mirarían como amigo o no; pero, de cualquier forma, deseaba que llegasen antes de que las bestias salvajes se percatasen de su situación. Mientras estaba entregado a estos pensamientos su agudo oído percibió el rumor de unos blandos pasos que se acercaban, pero que no eran humanos.

De todos modos, fuera quien fuera quien que se acercaba, lo hacía contra el viento y Tarzán no podía percibir su olor peculiar. Sin embargo, la bestia que se aproximaba tampoco podía olfatear a Tarzán, según creía este, ya que sus pasos eran suaves y lentos, como si marchara sin rumbo por aquel bosque selvático. Tarzán dedujo enseguida que debía de tratarse de algún animal con pezuñas, lo cual representaba una ventaja para él, a no ser que se tratase de alguna bestia apocalíptica de Pellucidar, algún monstruo prehistórico que el hombre no hubiera visto nunca.

A los pocos instantes de haber tenido estos pensamientos que le tranquilizaron un tanto, llegó hasta el olfato de Tarzán un olor peculiar que siempre había tenido la virtud de erizar sus cabellos, no por miedo, sino por la natural reacción de encontrarse ante la presencia de un enemigo hereditario. Sin embargo, esta vez era un olor especial que hasta ahora jamás había percibido así Tarzán. No era el olor de Numa, el león, ni de Sheeta, el leopardo. Era el olor indudable de algún enorme y extraño felino. Y ahora, escuchando sus silenciosos pasos a través de la manigua, comprendió que la bestia se acercaba al sendero, atraída quizá por la presencia del hombre, o tal vez por la del otro animal al que Tarzán había percibido poco antes.

Fue este último el primero que apareció ante los ojos de Tarzán de los Monos. Era una especie de toro enorme, con largos y anchos cuernos, muy separados, y una piel cubierta de espeso y largo pelaje, que avanzó algunos pasos por el sendero antes de

descubrir al hombre mono, girando colgado de la cuerda y pendiente de un árbol. Era el thag de Pellucidar, el bos primigenus de los paleontólogos de nuestro mundo, el abuelo ancestral y hace muchos años extinguido de todas nuestras razas bovinas.

Durante unos instantes estuvo inmóvil contemplando al hombre, que seguía girando colgando de la cuerda.

Tarzán permaneció todo lo inmóvil que pudo. No quería espantar al animal, porque adivinaba que uno de los dos iba a ser presa del gran felino que se acercaba oculto entre la espesura de la selva. Pero Tarzán se equivocó al pensar que el gigantesco toro iba a huir, puesto que, lanzando un mugido horrible, comenzó a escarbar la tierra y a mover la testa de un modo amenazador, y luego, bramando espantosamente, emprendió un trote preconizando su ataque, al tiempo que alzaba su cola en el aire.

El hombre mono se dijo que si aquellos cuernos terribles o aquella cabeza bestial llegaban a golpearle, su cabeza estallaría en añicos, como si fuera el cascarón de un huevo.

El loco movimiento de la cuerda, causado por su peso, se había tornado ahora en un lento movimiento de rotación, de forma que Tarzán a veces le daba la cara al toro y a veces le volvía la espalda.

La terrible situación le dio a Tarzán un vivo deseo de salvarse. Desde su niñez se había familiarizado con la muerte, la había visto de cerca muchas veces, de modo que no le inspiraba terror. Sabía que la muerte era la última sensación de todas las criaturas, que tenía que llegar inevitablemente tanto para él como para los demás, y que, mientras amara la vida, era preciso que la defendiera sin histerismos ni nerviosismos inútiles. Pero Tarzán no quería resignarse a perecer sin luchar e intentar defender su vida, y se estremeció de rabia al pensar que ahora no le iba a ser concedido ni siquiera el mirar cara a cara a la muerte.

En el breve instante que Tarzán esperó el mortal choque, el aire fue rasgado de pronto por un rugido tan bestial y espantoso como jamás lo hubiera oído hasta entonces el hombre mono. Igualmente el bramido del toro subió a un grado agudísimo, mezclándose con el otro pavoroso bufido.

En ese momento el cuerpo de Tarzán dio otra vuelta, y los ojos del hombre mono presenciaron una escena como jamás ningún ser humano la hubiera podido contemplar en nuestro mundo.

Encima del toro, sobre la amplísima grupa y el ancho cuello, se veía un tigre de tales proporciones que Tarzán apenas podía dar crédito a sus ojos. Enormes colmillos en forma de sable se hallaban hundidos en el cuello del toro, el cual, en vez de intentar escapar se revolvía furiosamente, intentando cornear a su enemigo, saltando y brincando para sacudirse al felino, al tiempo que rugía de rabia y de dolor.

El tigre, lenta y gradualmente, cambió la posición de su espantoso mordisco, y

entonces lanzó a su enemigo un zarpazo tan horrendo que la cabeza del toro quedó materialmente aplastada y la enorme mole de carne se desplomó al suelo, ya sin vida. A continuación, el tigre, subido encima de su víctima, empezó a devorarla.

Durante la batalla, el terrible felino de los dientes de sable no había descubierto al hombre mono. Sólo cuando hubo comenzado su festín, sus ojos se posaron sobre aquella figura que giraba lentamente colgando de una cuerda sobre el sendero, a pocos pasos de él. Instantáneamente, la bestia dejó de comer. Se agachó, pegando la cabeza al suelo, al tiempo que sus horribles fauces se abrían mostrando, en un gesto feroz, sus dientes formidables y afilados. Ahora miraba con terrible fijeza al hombre mono. Una serie de bufidos graves y cavernosos surgieron de su garganta. Su cola larga y sinuosa se agitó lentamente con aire de cólera, al tiempo que, separándose de su presa, comenzaba a acercarse con paso sigiloso y amenazador hacia Tarzán de los Monos.



Capítulo III

Los grandes felinos

El reflujo de la pleamar de la Gran Guerra había dejado sedimentos humanos en más de una playa desconocida. Las olas habían dejado a Robert Jones, que desempeñaba un importante papel en un batallón del ejército, y lo habían depositado en un campo de prisioneros tras las líneas enemigas. Allí su buen talante y su buen carácter le granjearon amigos y favores, pero ni unos ni otros consiguieron devolverle la libertad. Jones pareció quedar olvidado, incluso cuando la prisión quedó vacía, aunque ello, en verdad, no le causó gran tristeza. Había logrado aprender el idioma de sus captores, y había hecho muchos y buenos amigos entre ellos. Le encontraron una ocupación, y Robert Jones, de Alabama, se alegró por último de quedarse allí. Había sido ascendido de simple criado a cocinero de unos oficiales, y estando desempeñando este cargo reparó en él el capitán Zuppner, que lo reclutó para la expedición del O-220.

Robert Jones bostezó, revolviéndose en su estrecha litera del dirigible, abrió los ojos y se incorporó lanzando una exclamación de sorpresa. Saltó rápidamente al suelo y asomó la cabeza por una ventanilla abierta.

—¡Demonios! —exclamó—. Todo el mundo está todavía durmiendo.

Durante unos momentos estuvo contemplando el sol que brillaba sereno e inmóvil en el cielo. Luego, vistiéndose con rapidez, corrió hacia la cocina.

—¡Que raro! —se dijo a sí mismo—. Nadie se ha levantado. ¡Todos duermen como troncos!

Miró el reloj que había en la pared y que marcaba las seis; hizo comba con una mano en la oreja, y escucho.

—¡Pues no, no está parado! —dijo.

Entonces, acercándose a la puerta que desde la cocina comunicaba con el exterior, la abrió y volvió a mirar al sol, moviendo la cabeza dubitativamente.

—¡Demonios, demonios! —murmuró—. ¡La verdad es que no sé si preparar el desayuno, la comida o la cena!

Jason Gridley, saliendo entonces de su cabina, atravesó el corredor que se dirigía hasta la cocina, y se detuvo ante su umbral.

—¡Buenos días, Bob! —comentó alegremente—. ¿Qué te parece si me pones algo para desayunar?

—¿Para desayunar, dice? —preguntó Robert.

—Sí —contestó Gridley—. Unas tostadas, café, un par de huevos... ¡Cualquier cosa que tengas a mano!

—¡Ya! —dijo entonces el cocinero negro complacido—. La verdad es que estoy

un poco desorientado, y no sabía si preparar el desayuno, la comida o la cena, porque lo cierto es que el señor sol aquí nos engaña bastante.

Gridley sonrió a su vez.

—Yo voy a bajar y a pasear un rato —dijo—. Volveré dentro de un cuarto de hora. ¿Has visto a Lord Greystoke?

—No, señor, no. No he visto al señor Tarzán desde ayer.

—Es extraño, porque no está en su cabina.

Durante quince minutos, Gridley paseó a grandes zancadas por las cercanías del dirigible. Cuando regresó al comedor, encontró a Zuppner y a Dorf esperando a que les sirvieran el desayuno.

—¡Buenos días! —les saludó alegremente.

—La verdad es que no sé si son buenos días o buenas tardes —contestó Zuppner sonriendo.

—Ya hace doce horas que estamos aquí —contestó a su vez Dorf—, y está exactamente igual que cuando llegamos. He estado de guardia las últimas cuatro horas, y de no haber sido por el reloj no podría jurar si habían transcurrido quince minutos o una semana.

—La verdad es que este mundo produce una sensación de irrealidad que es muy difícil de explicar —añadió Gridley.

—¿Dónde está Greystoke? —preguntó Zuppner—. Generalmente se levanta muy temprano.

—Precisamente se lo he preguntado a Bob hace poco —contestó Gridley—, pero me ha dicho que no lo ha visto.

—Salió del dirigible poco después de haber entrado yo de guardia —dijo Dorf—. Calculo que hará unas tres horas, o tal vez algo más. Le vi internarse en la selva.

—Me hubiera gustado que no fuera solo —dijo Gridley.

—Bueno, Greystoke siempre me ha parecido un hombre capaz de no necesitar a nadie y de cuidar de sí mismo sin ninguna ayuda —comentó el capitán.

—Pues yo he visto tales cosas durante las cuatro horas que he estado de guardia —murmuró Dorf—, que me hacen dudar si en este mundo un hombre solo, por valiente que sea, puede valerse sin ayuda; sobre todo si va armado con las armas con las que he visto que iba armado Tarzán cuando se alejó del dirigible.

—¿Me está diciendo que no llevaba armas de fuego? —preguntó Zuppner.

—Llevaba flechas, un arco, una lanza y una cuerda —contestó Dorf—. Y creo que también un cuchillo de caza; pero lo mismo hubiera dado que se llevase una cerbatana de caña, si se ha encontrado con alguno de los animales que he visto mientras me hallaba de guardia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el capitán—. ¿Qué es lo que ha visto?

Dorf sonrió apagadamente.

—Preferiría no decírselo, capitán, porque la verdad es que yo mismo no puedo creerlo —dijo—.

—¡Hable usted, hombre! —le animó Zuppner—. Si es necesario tendremos en cuenta su juventud, y los efectos que el sol y las perspectivas de Pellucidar pueden haber causado en su visión.

—Bien —se decidió por fin, Dorf—, hace cosa de algo más de una hora un oso pasó cerca del dirigible.

—¿Y eso es todo? —inquirió el capitán.

—Bueno... Es que era un oso especial.

—¿En qué sentido?

—Pues verá; era un oso grande como un toro, y si yo saliera a cazar osos en este mundo me llevaría artillería pesada.

—¿Y eso es todo lo que ha visto... un oso? —preguntó Zuppner.

—No —contestó Dorf—; también he visto muchos tigres, quizá una docena, infinitamente más grandes que los tigres de Bengala, así como el oso era el ejemplar más enorme que he visto en mi vida en el mundo exterior. Los tigres tenían un aspecto terrorífico, con unas zarpas descomunales. Se acercaron a beber en el arroyo cercano y luego se alejaron, internándose unos en la selva y otros yendo hacia el gran río.

—Si ello es así, Greystoke no habría podido hacer nada contra semejantes fieras, ni aun en el caso de que hubiera llevado un rifle —señaló Zuppner.

—Si está en la selva, quizá haya podido escapar de las fieras —añadió Gridley.

—Me parece difícil —dijo el capitán moviendo la cabeza en signo de duda—. Hubiera preferido que no se hubiera ido solo.

—De todos modos —continuó diciendo Dorf—, el oso y los tigres, aunque eran bestias terribles, no eran nada comparados con la bestia que vi a continuación.

Robert, el cocinero negro, que era de un carácter singular, había llegado hacía poco de la cocina, y estaba escuchando el relato que hacía Dorf de cuanto había visto, mientras Víctor, uno de los muchachos filipinos, iba sirviendo a los oficiales.

—Sí —continuó Dorf—, he visto una bestia extraña y terrible. Se aproximó volando hasta muy cerca del dirigible, y he podido contemplarla a mi placer. Al principio pensé que era un ave, pero luego comprobé que se trataba de un reptil volador. Tenía la cabeza estrecha y unas mandíbulas poderosas, armadas de terribles dientes. Cada una de sus alas debía medir por lo menos veinte pies. ¡Era inmenso! Se posó en tierra, muy cerca del dirigible, como digo, y cuando volvió a levantar el vuelo llevaba entre sus garras un animal muy grande, que bien podía ser del tamaño de una oveja inmensa, y que la bestia se llevaba sin esfuerzo. Evidentemente, se trata de un animal carnívoro, y es perfectamente capaz de llevarse entre sus garras a un hombre.

Robert, el cocinero negro, se tapó la boca con la palma de la mano, y, girando sobre sus talones, salió de puntillas, conteniendo la risa. Una vez en la cocina, cerró la puerta y rompió en una gran carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Víctor.

—¡Calla, hombre! —repuso el negro, medio ahogándose de la risa—. ¡El teniente Dorf miente que da gusto! ¡Nadie le ganaría en inventar historias ni aventuras! ¿No has oído eso que contaba de un reptil alado que se llevaba entre sus garras a una oveja?

Pero en el comedor, los oficiales tomaban más en serio las palabras del teniente Dorf.

—Podría ser un pterodáctilo —dijo el capitán Zuppner.

—Sí —contestó Dorf—. Yo le había clasificado como un pteranodonte.

—¿Creen que sería conveniente enviar una partida de socorro en busca de Tarzán? —propuso Gridley.

—Me temo que eso no le agradaría mucho a Lord Greystoke —contestó Zuppner.

—La partida podría salir como si se tratase de una expedición de caza —dijo Dorf.

—Si dentro de una hora no ha vuelto —dijo el capitán—, veremos de hacer algo por el estilo.

Hines y von Horst entraron en ese momento en el comedor, y al enterarse de la ausencia de Tarzán y de lo que había visto Dorf, se mostraron tan inquietos como los demás.

—Deberíamos salir con el dirigible en su búsqueda —propuso von Horst al capitán.

—Pero, ¿y si Tarzán regresa en nuestra ausencia? —señaló Gridley.

—¿Usted se comprometería a traer de nuevo el dirigible a este mismo sitio? —preguntó el capitán.

—Dudo que sea posible —concedió el teniente—. Todos nuestros aparatos resultan prácticamente inútiles en este mundo de Pellucidar.

—En ese caso, tenemos que permanecer aquí hasta que regrese —dijo Gridley.

—Y si enviamos una partida de hombres a pie en su busca, ¿quién nos garantiza que van a saber regresar al dirigible? —inquirió Zuppner.

—No creo que nos costara mucho trabajo —repuso Gridley—. Podríamos hacer señales en los árboles al ir avanzando para guiarnos luego al regresar.

—¡Muy bien! —aprobó el capitán.

—A mí me parece —siguió diciendo Gridley—, que von Horst y yo deberíamos salir con Muviro y los guerreros waziris. Es gente dura, grandes conocedores de la selva y valientes en la pelea.

—Pero no conocedores de estas selvas —opuso Dorf.

—De todas formas, conocen las selvas mucho mejor que todos nosotros —insistió Gridley.

—Me gusta su plan, Gridley —dijo el capitán—. Además, usted es ahora el comandante en jefe, y los demás acatamos gustosos sus órdenes.

—Las condiciones que nos rodean son nuevas para todos —señaló a continuación Gridley—. Ahora todos podemos opinar y dar órdenes, ya que la experiencia y las observaciones de cada uno pueden sernos preciosas al resto. Así es que lo mejor es que prescindamos por completo de direcciones y jefaturas.

—Esa ha sido la política de Tarzán —comentó Zuppner—, y a todos nos ha complacido y convencido hasta ahora. En consecuencia, estoy de acuerdo con usted, Gridley, pues creo que su plan es excelente e inmejorable.

—De acuerdo entonces —murmuró Gridley sonriendo—. Teniente, ¿quiere usted acompañarme?

—¿Qué si quiero? No le habría perdonado nunca que me hubiera dejado atrás en esta ocasión —contestó von Horst sonriendo.

—¡Perfectamente! —exclamó Gridley—. Entonces debemos hacer los preparativos necesarios y partir lo antes posible. Ocúpese de que los waziris vengan alimentados, y dígame a Muviro que quiero que todos lleven rifles. Aunque desprecien las armas de fuego, es preferible que las lleven.

—Sí —señaló Hines—. Muviro me comentó hace unos días que los negros consideran las armas de fuego como cosas diabólicas, propias de cobardes. Prefieren sus lanzas y sus flechas. Según él, les estuvo enseñando a tirar al blanco, pero la verdad es que cuando esos hombres persiguen leones u otras fieras, prefieren sus armas primitivas.

—Cuando hayan visto lo que yo —dijo Dorf—, ya les inspirará más aprecio y respeto un rifle.

—Ocúpese de que lleven bastantes municiones —recomendó Gridley, dirigiéndose a von Horst—, porque por lo que he divisado en la selva no hace falta que llevemos apenas víveres.

Von Horst salió a cumplir las órdenes de Gridley, mientras este último se dirigía a su cabina para preparar la expedición.

Cuantos oficiales y tripulación quedaron en el dirigible desearon toda clase de suertes a los expedicionarios que partieron en busca de Tarzán de los Monos. Cuando los diez gigantescos negros, marchando en pos de Gridley y von Horst, se perdieron en la espesura de la cercana selva, el cocinero negro suspiró.

—¡Qué inocentes! —murmuró— ¡Salen en busca de reptiles voladores!

Después de que el grupo se perdiera entre la arboleda, el cocinero volvió a mirar al sol, alto e inmóvil, y elevó sus manos al cielo con ademán de resignación, volviendo hacia su cocina.

En cuanto la partida abandonó el dirigible, Gridley dijo a Muviro que se encargara de buscar el rastro de Tarzán, puesto que, de todos los guerreros negros, él era el más experimentado en el arte de seguir un rastro en la selva. Muviro no tuvo ningún problema en seguir la pista de Tarzán a través de la llanura y la primera parte de la selva, pero, finalmente, al llegar junto a un gran árbol, se detuvo.

—El gran bwana trepó aquí a los árboles. Nadie será capaz de seguir ahora su rastro —dijo.

—¿Qué hacemos entonces, Muviro? —preguntó Gridley.

—Si esta fuera la selva de Tarzán —contestó el guerrero negro—, casi podría estar seguro del lugar al que se hubiera dirigido, pero aquí... Lo más probable es que Tarzán estuviera cazando, y, de ser así, su rumbo habrá sido caprichoso, siguiendo el rastro de las piezas.

—Con toda seguridad, Tarzán vino aquí a cazar —comentó von Horst.

—En tal caso, ¿Qué podemos hacer, Muviro? —preguntó Gridley.

—Quizá Tarzán ha pasado de largo el sendero o lo ha seguido —contestó Muviro—. Creo más bien lo último, porque a Tarzán le gusta explorar los territorios nuevos que visita.

—En ese caso, sigamos en esta dirección selva adelante, hasta que encontremos alguna pieza de caza —decidió Gridley.

Muviro y tres de sus guerreros fueron delante, cortando troncos o maleza allí donde era necesario, y marcando los árboles de vez en cuando para poder orientarse al regresar. Con ayuda de una pequeña brújula de bolsillo, Gridley dirigía la marcha de la pequeña columna siempre en la misma dirección, ya que de otra forma habría sido imposible orientarse, a causa de aquel sol, cuyos ardientes rayos penetraban de modo invariable a través del follaje de aquel bosque selvático.

—¡Dios mío, qué selva! —comentó al rato von Horst—. ¡Buscar aquí a un hombre es como buscar una aguja en un pajar!

—A no ser —dijo Gridley a su vez—, que pudiéramos tener alguna posibilidad de encontrar la aguja.

—Tal vez fuera conveniente hacer un disparo de vez en cuando —propuso von Horst.

—Excelente idea —aprobó Gridley—. Los rifles hacen más ruido que los revólveres.

Tras comunicárselo a los demás, Gridley ordenó a uno de los waziris que disparara tres tiros con su rifle con intervalos de pocos segundos, ya que ni él ni von Horst llevaban rifles, sino Colts del calibre 45. A partir de ese momento se realizaron varios disparos cada media hora, aunque, conforme avanzaban selva adentro, todos iban teniendo la sensación de que sus esfuerzos resultaban inútiles.

Por fin, la selva se hizo menos espesa y los expedicionarios se encontraron en un

terreno más abierto, donde, aunque la maleza también era abundante, podía verse un sendero hecho por miles de pezuñas y plantas de animales, que habían socavado el suelo hasta hacer en él una amplia depresión de más de dos pies de profundidad.

Y aquí, Jason Gridley cometió un error.

—Bien, amigos —dijo—; a partir de ahora no tendremos que molestarnos en ir señalando nuestro camino en los troncos de los árboles. Bastará solo con que hagamos algunas marcas en aquellos sitios en que el sendero se bifurque con otros, para luego evitar tener dudas.

Después de todo, aquello era lógico, porque siguiendo aquel sendero podrían volver por él cuando quisieran.

A partir de entonces el avance fue más fácil, y, como los waziris iban a un paso ágil y rápido, la expedición devoró muchas millas casi sin darse cuenta, ya que aquel sol de mediodía, eternamente inmóvil, confundía a negros y blancos en el sentido del transcurso del tiempo.

Además, las maravillas de aquel mundo nuevo y desconocido llamaban la atención de los expedicionarios a cada instante. Los monos, algunos de ellos del tamaño de enormes orangutanes y muy parecidos a hombres primitivos, les observaban pasar con ojos curiosos. Pájaros de brillantes o sombríos plumajes huían ante su paso, lanzando chillidos y gritos de protesta, y a cada instante aparecían entre la espesura masas y bultos, oscuros y enormes, que miraban con ojos encendidos a los exploradores.

A veces, atravesaban un paraje donde reinaba un silencio de muerte, pero, un poco más adelante, les volvía a rodear un concierto terrible de gritos y aullidos, de rugidos y bufidos de fieras.

—Preferiría que se acercara alguna de esas bestias —dijo, de pronto, von Horst.

—Sin duda nos extrañan —contestó Gridley—, no sólo por el temor que les inspira nuestro número, sino por el olor que emanamos y que debe serles desconocido. O quizá también les haya asustado el estrépito de los disparos.

—Os habéis dado cuenta —comentó von Horst—, que la mayoría de los rugidos y los chillidos de las bestias y los pájaros vienen de nuestras espaldas, quiero decir, que se oyen detrás de nosotros. También me ha parecido oír ruidos extraños, como si fueran de elefantes, delante de nosotros, aunque muy lejanos.

—La única ventaja que tenemos en este mundo extraño —dijo Gridley—, es que el eterno día tiene sus compensaciones. Al menos tenemos la seguridad de que la noche no nos sorprenderá en esta selva.

En aquel instante, la atención de los dos hombres blancos fue absorbida por el grito de uno de los guerreros negros. Al volverse, vieron que el hombre, extendiendo el brazo hacia atrás, gritaba:

—¡Mirad, bwanas, mirad!

Entonces, los dos hombres blancos pudieron ver una enorme bestia que aparecía en el sendero, a sus espaldas.

—¡Dios mío! —exclamó von Horst—. ¡Y yo que había creído que Dorf exageraba!

—Es increíble —murmuró Gridley, pensativo—, que a quinientas millas bajo nuestros pies haya automóviles que crucen las avenidas de las grandes ciudades, que exista el telégrafo, el teléfono y la radio, que millones y millones de vidas puedan existir sin necesidad de tener que defenderse y que, en el mismo instante, nosotros estemos aquí, frente por frente con un tigre colosal, en un paisaje hostil y bárbaro como no habrá podido existir en nuestro mundo desde hace miles de años.

—¡Mirad! —exclamó de pronto von Horst—. ¡Detrás de ese tigre debe venir por lo menos una docena!

—¿Hacemos fuego, bwana? —preguntó uno de los guerreros waziris.

—Todavía no —contestó Gridley—. Juntémonos y estemos en guardia. Parece que nos vienen siguiendo.

La partida, agrupada ahora, comenzó a retroceder lentamente en dirección a los tigres, que les imitaron a su vez. Muviro se acercó a Gridley y le dijo:

—Desde hace un rato, bwana, he estado percibiendo en la selva el olor peculiar de los elefantes o de algo parecido. Ahora, he podido ver a algunos de ellos cerca. Me han parecido elefantes o una bestia muy similar a ellos.

—En ese caso, estamos entre la espada y la pared —repuso Gridley.

—Los elefantes que he visto estaban delante de nosotros —siguió diciendo Muviro—. Pero también hay elefantes o tigres a ambos lados del sendero. Los oigo moverse entre la maleza.

Quizá todos en aquel momento estaban pensando en que tenían el recurso de subirse a los árboles; pero no se sabe por qué razón, nadie expresó su pensamiento en voz alta. Así, el grupo fue avanzando hasta llegar a un claro.

De pronto, desde varias rutas y senderos que parecían converger en aquella gran explanada de la selva, surgieron varias partidas de bestias apocalípticas y monstruosas, tan extrañas como jamás las contemplaran los ojos humanos. Eran animales enormes, algunos parecidos a gigantescos toros, con amplios cuerpos peludos y largos cuernos muy abiertos. Otros eran una especie de ciervos o gamos rojizos, y también había ardillas y alimañas de tamaño colosal, mastodontes y mamuts de terrorífica presencia, y una especie de elefante, de enorme cabeza y larguísimos colmillos curvos, que seguramente levantaba más de diez pies del suelo. Lo único que le diferenciaba de los elefantes eran sus orejas pequeñas y peludas, semejantes a las del cerdo.

Los dos hombres blancos, olvidándose momentáneamente del peligro de los tigres a sus espaldas, se quedaron inmóviles y boquiabiertos a la vista de tanto monstruo

como se agrupaba en la explanada.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido? —preguntó Gridley el primero.

—No, ni yo ni nadie —repuso von Horst.

—Podría catalogar a muchos de estos monstruos, aunque todos están ya extinguidos en nuestro mundo. De cualquier forma, aquella bestia me intriga más que todas las demás.

Esto último lo dijo señalando al monstruo que se parecía al elefante.

—Creo que es un dinoterio del periodo mioceno —contestó von Horst.

Muviro, detenido ante los dos hombres, miraba también a los monstruos con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te parece todo esto, Muviro? —preguntó Gridley—. ¿Qué hacemos?

—Creo que sé lo que está ocurriendo, bwana —contestó el jefe negro—. Si queremos escapar con vida de aquí, debemos huir cuanto antes de esta zona. Los tigres están empujando a todos esos monstruos hacia la explanada, y en breves momentos cargarán sobre ellos originando una carnicería como jamás hayamos visto. Si no nos devoran los tigres, nos matarán estos monstruos en su desesperado intento de huir de la matanza que va a sobrevenir en pocos minutos.

—Me parece que tienes razón, Muviro —concedió Gridley.

—Por fortuna, hay un sendero amplio y fácil de recorrer frente a nosotros —dijo von Horst.

Gridley ordenó que los hombres se agruparan más todavía, y luego señaló al otro extremo de la explanada.

—Nuestra única posibilidad de salvarnos —dijo—, es atravesar la explanada antes de que nos cerquen los tigres al rodear a todos estos monstruos. Hemos avanzado demasiado a través de la explanada para intentar retroceder hasta el punto de partida y refugiarnos en los árboles, porque los tigres están muy cerca y nos cerrarían el paso. ¡Manteneos todos bien unidos y que nadie haga fuego a menos que nos veamos atacados!

—¡Mirad! —exclamó ahora von Horst—. ¡Los tigres comienzan a entrar en la explanada por todos los lados! ¡Han rodeado por completo a sus presas!

—Pero por el sendero de enfrente todavía no hay tigres, bwana —dijo Muviro.

El grupo comenzó a atravesar la explanada, en la que bestias y monstruos se movían de un lado a otro dando muestras de un nerviosismo y una inquietud extremas. Hasta la aparición de los tigres, unas y otros habían mantenido una actitud casi tranquila, e incluso algunos de ellos pacían la hierba o mordisqueaban las hojas más bajas de los raros árboles que poblaban los alrededores de la explanada; pero con la aparición de los felinos todo había cambiado. Un enorme mastodonte, levantando su colosal trompa, lanzó un horrendo barrunto que semejaba un trompetazo de alarma, y, al momento, todo el rebaño de monstruos se puso en guardia. Ante la vista

de los terribles felinos, todo el rebaño comenzó a rugir, a bufar y a barritar, formando un espantoso y ensordecedor concierto de mil demonios.

—¡Dios mío! —exclamó von Horst—. ¡Debe haber más de cien tigres!

Sus palabras no eran exageradas, ya que por todos los lados de la explanada, excepto el sendero que se abría frente a los expedicionarios, surgían los enormes tigres en cantidad incontable, rodeando a los monstruos que llenaban la explanada. El hecho de que no atacaran a sus enemigos demostraba que los tigres sentían cierto respeto y temor por muchos de los monstruos a los que habían acorralado, a muchos de los cuales no se hubieran atrevido a atacar de no ser tan superiores en número.

De pronto, un enorme mamut, alzando su rabo en el aire, irguiendo las peludas orejas, arrolló su trompa y embistió a los tigres. Pero un gran número de éstos, rugiendo de un modo espantoso, se lanzó enseguida al encuentro del osado enemigo. El mamut, acobardado, giró en redondo y volvió al lado del rebaño de mastodontes. De haber logrado abrir una brecha en el círculo de tigres, el grupo de bestias apresadas en la explanada hubiera podido huir hacia la cercana selva.

Las acorraladas bestias, atentas tan sólo a la presencia y amenaza de los tigres, apenas habían prestado atención a los hombres, seres insignificantes para ellas. Pero hubo una excepción, un enorme thag, una especie de toro colosal que, mugiendo y escarbando la tierra, miraba al grupo expedicionario excitado por el ruido de las otras bestias y deseando descargar su furia y su cólera. Al fin, inclinando su cabeza casi a ras del suelo, cargó contra ellos. Entonces, uno de los waziris, echándose el rifle a la cara, disparó, y el enorme toro prehistórico rodó por la hierba, muerto por una bala representativa de los modernos tiempos de la Tierra.

Al sonido del disparo, los demás ruidos de la explanada cesaron instantáneamente. Un silencio terrorífico reinó durante unos momentos, y todos los ojos de bestias, felinos y monstruos, se fijaron ahora en el pequeño e insignificante grupo de hombres. Un dinoterio, erguidas sus pequeñas orejas, alzado el rabo, empezó a avanzar hacia ellos, e inmediatamente todo el monstruoso rebaño le siguió. La selva se hallaba todavía a unas cien yardas del grupo expedicionario, y Jason Gridley comprendió el horrendo peligro que se les venía encima.

—¡Es preciso que corramos hacia los árboles! —gritó Gridley—. ¡Hay que hacer una descarga cerrada y luego correr, y si las bestias nos persiguen que cada cual cuide de su propia salvación!

Los guerreros waziris se giraron y, apuntando sus rifles hacia el rebaño de monstruos que avanzaba lentamente hacia ellos, hicieron fuego a la voz de mando de Gridley.

La descarga tuvo su efecto, ya que las bestias, aterradas por el estrépito o heridas por aquélla, retrocedieron unos pasos; pero enseguida, ante la amenaza de los tigres que se les echaban encima, reanudaron su avance hacia los hombres, que ahora

corrían ya abiertamente en dirección a la cercana selva.

—¡Vienen! —gritó von Horst viendo, al volver la cabeza rápidamente, que todas las bestias, presas del pánico ante la persecución de los tigres, habían emprendido una loca carrera en su misma dirección.

Fuera aquella enloquecida carga o no dirigida contra ellos, el caso es que el solo hecho de encontrarse en el camino de aquellos monstruos sellaba su sentencia de muerte si no conseguían alcanzar pronto los primeros árboles de la selva.

—¡Haced fuego de nuevo! —ordenó Gridley.

Los guerreros negros obedecieron y varias bestias se desplomaron al suelo, barritando y rugiendo lúgubrementemente; pero el resto del rebaño continuó su loca carrera sin detenerse un ápice, saltando por encima de las bestias muertas o heridas.

Tan cerca estaba el terrible rebaño, que los waziris, presas del pánico, arrojaron al suelo sus rifles, que les estorbaban para huir con mayor rapidez.

Algunos ciervos y gamos enormes, más veloces en la carrera que el resto de la heterogénea manada, se habían adelantado y, pasando entre los hombres, dispersaron totalmente el grupo.

Gridley y von Horst intentaban ahora cubrir la retirada de los negros utilizando sus revólveres. Al principio consiguieron derribar a alguna de las bestias que marchaban en vanguardia, pero a los pocos instantes, un enorme venado pasó entre ellos obligándoles a separarse para evitar sus colosales cuernos y, tras éste, se precipitaron más bestias que aumentaron la distancia que había separado a los dos hombres blancos.

Gridley corrió hacia un árbol enorme y aislado que se alzaba a pocos pasos, mientras que von Horst no tuvo más remedio que seguir corriendo en dirección al lindero de la selva, ahora ya más cercano.

Gridley fue derribado al suelo por un animal enorme, pero, haciendo un gran esfuerzo, consiguió alcanzar el árbol cuando el resto de la manada estaba ya a punto de darle alcance. El inmenso tronco le protegió momentáneamente, y unos instantes después había conseguido trepar refugiándose entre sus ramas.

Enseguida pensó en sus compañeros. Pero en el sitio donde hasta poco antes se encontraban sólo aparecía ahora un enloquecido rebaño de bestias que huían. No se veía ni un alma, y Gridley pensó que era imposible que nadie hubiera sobrevivido a aquel espantoso alud de incalculables toneladas de carne.

Sin embargo Gridley también pensaba que algunos de los hombres habrían conseguido ponerse a salvo, aunque no todos. Sobre todo le inquietaba von Horst, al que había visto por última vez a poca distancia detrás de los negros.

Los ojos del americano se volvieron entonces hacia la gran explanada, y pudo presenciar un espectáculo que seguramente no se había ofrecido antes a ningún ser humano. Miles y miles de bestias, de monstruos, de animales de todas clases, grandes

y pequeños, seguían a los de su especie que les guiaban en una lucha espantosa por su vida y su libertad, mientras, a sus flancos

y a sus espaldas, centenares de tigres enormes y salvajes les perseguían, abatiendo y derribando a los débiles, luchando con los más fuertes, y dejando tras de sí un reguero de sangre y de cadáveres, mientras que otros saltaban por encima de ellos y seguían persiguiendo a los fugitivos.

Ciervos, gamos y otros animales, locos de pánico, saltaban sobre las masas enormes de los mastodontes que iban delante con la misma facilidad con que las cabras montesas suben por encima de peñas y riscos. Los mamuts pasaban por encima de las bestias más pequeñas, derribándolas y aplastándolas en su loca fuga. Colmillos y cuernos aparecían teñidos en sangre, mientras las bestias luchaban ferozmente por sus vidas. La escena, con aquel círculo terrible y bestial de enormes tigres, tenía un aspecto fascinador, una grandiosidad que sobrecogía el ánimo.

Los felinos habían ido disgregando el rebaño que huía, hasta que consiguieron cercar a unas cuantas bestias fugitivas, todavía no heridas ni alcanzadas por zarpas o pezuñas. Entonces, la bestial manada de tigres cayó sobre los prisioneros abatiéndolos entre salvajes rugidos y bufidos, hasta que sólo quedó en pie un gigantesco mamut, cuya peluda piel y cuyos colmillos aparecían cubiertos de sangre. Barritando furiosamente, la hermosa y primitiva bestia quedó acorralada, formando una bella estampa de la fuerza ancestral, del valor y de la astucia de los animales de la prehistoria.

El corazón del americano se estremeció ante la vista del pobre animal, barritando de modo desafiante frente a enemigos tan numerosos que sin duda le aplastarían, frente a una muerte segura, porque decenas de tigres le estaban ahora cercando. Pero, a pesar de su número, los tigres se seguían manteniendo a cierta distancia, como si aquel enemigo les inspirase un innegable respeto.

Rugiendo y bufando de forma terrible, algunos tigres, sin embargo, trazaban furtivos círculos en torno al mamut y, aprovechándose de un giro de su enemigo, tres de los felinos se lanzaron sobre él. Pero el mamut, con una velocidad vertiginosa, se revolvió furiosamente lanzando a dos de ellos por los aires, despanzurrándolos con sus colmillos. En ese momento otros tantos tigres cayeron sobre el monstruo, agarrándose ferozmente a sus flancos y a su grupa; la bestia apocalíptica cayó, al fin, de espaldas, aplastando bajo su enorme mole a una docena de tigres que no pudieron apartarse a tiempo.

Gridley apenas pudo reprimir una exclamación de júbilo cuando vio al animal ponerse en pie nuevamente y lanzarse hacia delante, con el acompañamiento de horribles bufidos y rugidos de dolor por parte de los tigres, a los que aplastaba bajo sus terribles pezuñas; pero ahora de la pobre bestia manaba sangre por cien heridas, y nuevas manadas de tigres cayeron sobre ella.

Aunque el animal sostuvo una magnífica y valerosa batalla, el fin era inevitable y el desenlace esperado; por último, los tigres le abatieron, despedazándole. El mamut, de todas formas, se defendió valientemente hasta el último momento.

Entonces comenzó una nueva batalla cuando los tigres empezaron a disputarse las presas, porque aunque había carne de sobra para todos, la avaricia, la gula y la voracidad de los felinos les hacía batallar con sus semejantes para disputarles su parte.

Era evidente, de todos modos, que los tigres habían pagado bien cara su victoria, ya que la explanada y la selva cercana estaban llenas de cadáveres de los enormes felinos. Por fin, cuando los supervivientes, ya en paz, se dedicaron a devorar cada cual su parte, se presentaron en el lugar de la batalla los chacales y numerosas especies de hienas y perros salvajes, para devorar a su vez los huesos y carroñas.





"En ese momento otros tantos tigres cayeron sobre el monstruo, agarrándose ferozmente a sus flancos y a su grupa" (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo IV

Prisionero de los Sagoths

Cuando el gran felino comenzó a acercarse, Tarzán de los Monos comprendió que su muerte era inevitable, y, sin embargo, a pesar del inminente peligro, experimentó un sentimiento de admiración hacia la hermosa bestia que se acercaba.

Tarzán habría preferido morir luchando si es que tenía que morir, y, sin embargo, el sentimiento de admiración le seguía embargando al contemplar a la hermosa bestia que iba a terminar con su existencia. No sentía miedo, sino una especie de curiosidad de lo que sentiría después, de lo que ocurriría después de su muerte.

El señor de la jungla no era un creyente, pero, no obstante, como todos aquellos seres que han vivido siempre en contacto con la Naturaleza, tenía un profundo sentido religioso. Su gran conocimiento de las enormes fuerzas de la Naturaleza, de sus maravillas y milagros, le habían forzado a admitir que el origen de todo aquello tenía que estar más allá de los límites de la mente del hombre y de todos los alcances de su ciencia. Cuando pensaba en Dios, se imaginaba a un Dios a su imagen y semejanza, y, aunque admitía que no sabía nada de tales cuestiones, le gustaba pensar que después de su muerte continuaría viviendo en otra vida, en otro mundo.

Infinidad de pensamientos cruzaron por su mente en el instante en que el tigre se acercó a él. Se hallaba observando las terribles zarpas del felino que pronto habrían de hundirse en su carne cuando, de repente, su atención se vio atraída por un ruido que provenía de los árboles. El tigre también oyó aquel ruido porque, deteniéndose, miró hacia lo alto. Entonces Tarzán pudo ver a una especie de gorila que estaba entre el follaje y miraba hacia abajo.

Otros dos gorilas aparecieron entre la espesura, y en breve fueron seguidos por varios más, todos igualmente bestiales y feroces. En realidad, aunque aquellos seres parecían gorilas, tenían cierta semejanza con los hombres. Muchos de ellos empuñaban enormes garrotes y, al mirar de nuevo al tigre, Tarzán pudo ver que el felino bufaba, mostrando sus enormes dientes a los seres de los árboles.

Pero el tigre sólo se detuvo unos instantes en su avance hacia el hombre mono. Rugiendo furiosamente, reanudó su marcha hacia delante; pero en aquel instante, uno de los gorilas que se hallaba en el mismo árbol del que colgaba Tarzán, cogió la cuerda que sostenía al prisionero y tiró de ella hacia arriba rápida y fuertemente.

Entonces ocurrieron varias cosas a la vez: el tigre dio un salto brutal para apoderarse de la presa que se le escapaba, pero en aquel mismo momento una docena de enormes garrotes vibraron por el aire, cayendo sobre la cabeza y el cuerpo del tigre haciéndole perder el equilibrio, al tiempo que le arrebataban su presa humana. Enseguida, también Tarzán se sintió subido al árbol y en poder de tres de aquellos

monstruosos gorilas peludos cuya actitud y aspecto le hicieron pensar que más le hubiera valido ser devorado por el feroz tigre.

Dos de los gorilas, uno por cada lado, le sujetaron por los brazos, mientras el tercero, poniéndole una mano en el cuello, levantó el garrote que sostenía en la otra. Un sonido gutural, brutal y horrible, surgió de entre los labios de aquel monstruo.

—¡Ka-goda!

En el lenguaje de los simios de las selvas africanas de Tarzán, aquella palabra, “¡Ka-goda!”, significaba, según la inflexión con que se pronunciaba, una invitación a rendirse o una pregunta: “¿Te rindes?”.

Pero esa palabra, viniendo de los labios de un hombre gorila como aquel, podía tener diversos significados. Durante muchos años, Tarzán había considerado el lenguaje de los gorilas como la raíz y el origen de todas las lenguas habladas en el mundo, y en la selva, gorilas, monos grandes y pequeños, utilizaban ese lenguaje con mayor o menor perfección, e incluso muchos animales de la selva de otras especies entendían ciertas palabras o sonidos del mismo, incluidos no pocos pájaros. Pero tal vez, con el paso de miles y miles de años, el significado de dicho lenguaje y sus mismos sonidos se habían ido perdiendo en nuestro mundo.

Ahora, el hecho de que los gorilas de aquel mundo interior hablaran ese lenguaje, o al menos pronunciaran una de sus palabras, sugería una de estas dos posibilidades: o que aquellos gorilas habían tenido alguna vez relación directa con los seres del mundo exterior, o bien que las leyes de la evolución de las especies eran tan fijas y exactas en todas partes, que aquellos gorilas hablaban ahora el primitivo lenguaje de los habitantes de la Tierra antes de llegar a la perfección que suponía el hombre.

De cualquier forma, a Tarzán le impresionó enormemente el hecho de escuchar aquella palabra que concordaba de modo exacto con otra de las habladas por los gorilas que fueron sus compañeros de infancia, los que le enseñaron el primer lenguaje de su niñez.

—¿Ka-goda? —repitió el monstruo que le tenía agarrado por el cuello.

—¡Ka-goda! —contestó Tarzán de los Monos.

El bruto que lo sujetaba bajó casi totalmente su garrote ante el asombro que le produjo oír que el prisionero hablaba el lenguaje de los gorilas.

—¿Quién eres tú? —preguntó en su lengua bestial.

—Yo soy Tarzán —repuso el hombre mono—; gran cazador y gran luchador.

—¿Y qué haces aquí, en el país de M´wa-lot? —siguió preguntando el gorila.

—He venido aquí como amigo —contestó Tarzán—. Yo no he luchado contra tu pueblo.

El gorila acabó de bajar su enorme garrote, mientras que de los árboles vecinos acudían numerosos gorilas, hasta el punto de hacer inclinarse las gruesas ramas del que los sostenía bajo su peso.

—¿Cómo has aprendido la lengua de los sagoths? —preguntó el gorila—. Ya habíamos capturado antes otros gilaks, pero tú eres el primero que habla y comprende nuestro propio idioma.

—Es la lengua de mi pueblo —repuso Tarzán—. Cuando era un niño, aprendí esta lengua de Kala y de otros que lo hablaban en la tribu de Kerchak.

—Nunca hemos oído nombrar a esa tribu de Kerchak —dijo el gorila.

—Quizá nos está engañando —sugirió otro de los gorilas—. Matémosle, no es más que otro gilak.

—No —dijo un tercero—; llevémosle hasta M´wa-lot, y que toda la tribu de M´wa-lot pueda tomar parte en el sacrificio.

—De acuerdo —murmuró otro gorila—; llevémosle a la tribu, y mientras le matamos, danzaremos.

El lenguaje de los gorilas no es como los nuestros. Al oído humano, las palabras parecen ladridos o gruñidos, salpicados de vez en cuando por gritos o chillidos agudos, de modo que no es comprensible ni traducible a ningún idioma humano. Pero para Tarzán y los sagoths su lenguaje había expresado los pensamientos antes señalados.

Una vez decidida la suerte de su prisionero, los sagoths volvieron su atención sobre el tigre, que había regresado junto a su víctima, encima de la cual se había sentado. La bestia no comía, sino que miraba con ojos feroces a los seres de los árboles.

Mientras tres de los gorilas ataban las manos de Tarzán a sus espaldas con rústicas correas, los demás volvieron su atención hacia el tigre. Tres o cuatro de ellos se entretenían en lanzar sus enormes garrotes contra el felino, a intervalos tan maravillosamente calculados, que el tigre se limitaba a contenerlos con sus zarpas o a evitarlos con ligeros y rápidos movimientos. Mientras esto ocurría, los otros gorilas, los que ya habían arrojado sus armas contra el felino, bajaron al suelo a recogerlas con una agilidad y una presteza que habrían acreditado al más tardo mono de la selva. Y al mismo tiempo demostraban un gran valor, ya que muchos de ellos tenían que acercarse a recoger sus garrotes casi en las mismas garras del tigre.

Molido y apaleado, el tigre, incapaz de resistir por más tiempo aquella lluvia de duros garrotes, retrocedía palmo a palmo hasta que por fin, se dio la vuelta y huyó rápidamente perdiéndose entre el follaje del selvático bosque, donde se oyeron sus acelerados pasos durante largo rato. Entonces los sagoths, saltando todos a tierra, se precipitaron sobre el cadáver del thag y con sus poderosas garras empezaron a rasgar la carne de la bestia muerta, luchando a veces ferozmente entre ellos por la posesión de un pedazo escogido; pero a diferencia de ciertos hombres de baja calaña, no se hartaron glotonamente, sino que, una vez satisfecha su hambre, abandonaron el esqueleto y la carroña a los chacales y perros salvajes, que ya habían acudido en gran

número.

Tarzán de los Monos, espectador silencioso de aquella escena salvaje, tuvo así ocasión de examinar más detenidamente a sus captores. Pudo darse cuenta ahora de que aquellos brutos parecían menos toscos que los gorilas de sus selvas africanas; pero aunque no eran, o no parecían al menos, tan enormes y pesados como bolgani, eran, sin embargo, fortísimos y terribles. Los brazos y piernas eran más humanos que simioscos, pero sus cuerpos, totalmente cubiertos de un vello espeso y oscuro, les daban un intenso aspecto bestial. Los rostros eran incluso de expresión más feroz que el de bolgani, pero el desarrollo de su cráneo revelaba cierta superioridad de su cerebro, lo que les acercaba más al hombre, a diferencia de los gorilas del mundo exterior.

Iban completamente desnudos, y sus únicas armas eran aquellos garrotes enormes. De todas formas, éstos parecían tallados o perfeccionados con algún instrumento o herramienta cortante y afilada, como en un intento por hacerlos más útiles y manejables como armas.

Terminada su comida, los sagoths emprendieron la marcha sendero adelante, en la misma dirección que llevaba Tarzán cuando hizo saltar el gatillo del cepo. Antes de partir, no obstante, varios de ellos arreglaron de nuevo la trampa cubriendo cuidadosamente la cuerda con hojas y tierra, y dejando el gatillo preparado y dispuesto para que lo volviera a hacer saltar el primer animal imprudente que cruzara por allí.

Tan seguros eran sus movimientos y tan hábiles sus dedos que Tarzán comprendió enseguida que, aunque aquellos brutos parecían en realidad bestias salvajes, hacía tiempo que habían entrado en un estadio casi humano. Quizás se hallaban en las primeras evoluciones del desarrollo del hombre, pero indudablemente eran semejantes a hombres primitivos aunque con rostro y cuerpo de gorilas.

Los sagoths al avanzar lo hacían erguidos y erectos, como seres humanos, aunque sus actitudes y movimientos recordaban a Tarzán a los gorilas de su selva ya que ni reían ni hablaban y su silencio y taciturno aspecto les daban un aire de brutos. De todos modos, algunos de sus sentidos estaban más desarrollados que en el hombre, como lo probaba la confianza que ponían en su oído y en su olfato más que en su vista, para protegerse de sorpresas y peligros.

Si comparados con los hombres podía haberseles tachado de parecer bestiales y hasta repulsivos, Tarzán les encontraba cierta majestuosidad y una bárbara belleza que le hacía evocar los rostros y el aspecto que debieron tener los hombres de la era prehistórica.

Los teóricos acostumbran a describir a los hombres de la prehistoria como unos animales débiles, temerosos y llenos de miedo, que recorrían el mundo en perpetuo terror y siempre huyendo de las bestias y demás animales que les perseguían sin

cesar. Pero no es razonable pensar que una criatura tan mal dotada para atacar y defenderse hubiera podido sobrevivir sobre la faz de la Tierra si no hubiera tenido valor y coraje; por eso es fácil deducir que, al aparecer en el hombre los primeros albores de la razón, se desarrolló en él una personalidad compleja, un claro y al principio estúpido egotismo, una especie de loca vanidad, que hizo nacer en él la prudencia, pero no el miedo. De lo contrario, no podríamos admitir que un ser temeroso como un conejo hubiera sido capaz de luchar y vencer a monstruos prehistóricos tales como el mamut y el oso de las cavernas, utilizando armas tan simples como lanzas con punta de pedernal.

Los sagoths de Pellucidar podían haber sido, por tanto, iguales en su evolución a los hombres prehistóricos de nuestro mundo, o quizás se hubieran detenido en una escala evolutiva más baja que la nuestra. De todos modos, su aspecto no hablaba a Tarzán de decadencia ni de debilidad, sino, al contrario, en su porte y manera de conducirse le parecían animales superiores, muy confiados y seguros de sí mismos, como si se considerasen en lo más alto y fuerte de la creación, como si no temieran a nada. Y Tarzán comprendía esto mejor que nadie, porque él mismo se había criado en una selva y no había sentido jamás miedo ni temor por nada.

No habían avanzado una gran distancia desde el lugar donde habían capturado a Tarzán, cuando los gorilas se detuvieron junto al tronco enorme y hueco de un árbol caído junto al camino. Entonces uno de los gorilas empezó a golpear rítmicamente el tronco hueco. Un golpe, dos, tres; uno, dos, uno, dos, tres... Luego, tras una breve pausa, repitió los golpes. Cuando hubo dado la señal tres veces, hizo una pausa y se quedó esperando con el oído atento, mientras algunos de los otros se echaban al suelo pegando una oreja a tierra.

Débilmente a través del aire y más claramente a ras del suelo, llegó una señal que contestaba a la del gorila. Un golpe, dos, tres; uno, dos, uno, dos, tres...

Entonces los gorilas parecieron sentirse satisfechos y subieron a los árboles, sentándose cómodamente en ellos como si se dispusieran a esperar. Dos de ellos subieron a Tarzán, imposibilitado de hacerlo por sí mismo a causa de tener sus manos atadas a la espalda.

Tarzán, que había guardado silencio desde que se pusieran en marcha, se dirigió ahora a uno de sus guardianes.

—Quítame las correas que sujetan mis manos —le dijo—. Yo no soy enemigo vuestro.

—Tar-gash —dijo el gorila al que se había dirigido Tarzán—. El gilak quiere que le desate las manos.

Tar-gash, un gorila enorme de blanquísimos colmillos, volvió su salvaje rostro hacia Tarzán, mirándole fijamente con ojos de afilada expresión. Le contempló durante unos instantes, y a Tarzán le pareció distinguir en las pupilas del bruto el

resplendor de una nueva idea. Por fin, se dirigió hacia el sagoth que le había hablado.

—Desátalo —dijo.

—¿Por qué? —preguntaron al mismo tiempo numerosos gorilas en tono de desafío.

—Porque yo, Tar-gash, digo que lo desatéis —contestó el que parecía el jefe de aquellos brutos.

—¡Pero tú no eres M'wa-lot! ¡El rey es él! Si M'wa-lot ordena que se le desate, lo haremos.

—¡Pues yo no soy M'wa-lot y ordeno que lo desatéis, To-yad, y basta!

To-yad se puso entonces al lado de Tarzán.

—M'wa-lot no tardará en llegar —dijo—, y si él manda que se desate al prisionero, obedeceremos; pero nosotros no obedecemos las órdenes de Tar-gash.

Como una pantera, rápida y silenciosamente, Tar-gash se lanzó al cuello de To-yad. No hubo ni aviso ni vacilación por parte del atacante. Tarzán vio en ello una diferencia notable con los gorilas de sus selvas africanas, porque en ellas dos gorilas machos no se hubieran lanzado el uno contra el otro hasta después de haber rugido y danzado coléricamente frente a frente durante unos momentos. Por el contrario, el cerebro de Tar-gash había reaccionado con la misma rapidez y celeridad que el de un hombre, de modo que decisión y acción habían sido casi simultáneas.

El golpe del cuerpo de Tar-gash contra su enemigo fue tan terrible, que lanzó a To-yad por los aires, arrancándolo de la rama del árbol en el que se encontraba; sin embargo, tan acostumbrados estaban aquellos brutos a su existencia arbórea, que los dos, mientras caían por el aire, consiguieron asirse a la misma rama del árbol, y allí, peleando con la mano que les quedaba libre y con los dientes, mantuvieron el equilibrio durante unos momentos, antes de dejarse caer a tierra. Allí lucharon silenciosamente, lanzando únicamente sordos gruñidos, Tar-gash buscando la yugular de su enemigo con sus terribles colmillos, mientras que To-yad, completamente a la defensiva retorció su rostro convulsivamente, hasta que, por fin, volviéndose de un modo vertiginoso emprendió una rápida fuga. Pero Tar-gash, saltando como si de un jugador de rugby se tratase, alcanzó las piernas de su enemigo y le hizo caer pesadamente a tierra. Un instante después estaba sobre él, pero en vez de hundir sus colmillos en la yugular de To-yad, optó por soltar un rugido bestial.

—¿Ka-goda?

—¡Ka-goda! —contestó el vencido.

Instantáneamente, Tar-gash se puso en pie y, con una agilidad inusitada, trepó de nuevo al árbol en el que se encontraban Tarzán y los dos gorilas que le custodiaban.

—Quitadle las correas al gilak —ordenó.

Al decir esto miró a su alrededor para comprobar si había otro gorila tan osado como To-yad. Pero nadie protestó ni dijo nada cuando uno de los dos guardianes

desató las muñecas de Tarzán.

—Si intenta escapar, matadlo —ordenó Tar-gash.

Cuando se vio liberado, Tarzán pensó que le quitarían su cuchillo de caza. Había perdido su lanza, su arco y la mayoría de sus flechas, cuando el lazo le había lanzado por los aires; sin embargo, aunque estaban en el suelo, cerca del cepo, los sagoths no habían prestado atención a aquellos objetos. Ni siquiera se la prestaban ahora a su cuchillo. Aquello no lo entendía, a no ser que ignorasen el uso de aquel arma o que considerasen a sus prisioneros con tal desdén, que no se tomasen las molestias de desarmarlos.

To-yad acabó por subir también furtivamente al árbol, pero fue a sentarse solo y encogido algo más lejos.

De pronto, Tarzán oyó un ruido débil y lejano que parecía acercarse, y lo oyó un momento antes de que lo percibieran los sagoths.

—Ya vienen —dijo Tar-gash.

—Viene M´wa-lot —dijo otro sagoth a To-yad.

Tarzán comprendió por qué habían hecho sonar aquella especie de tambor primitivo, pero lo que no acababa de entender era por qué los sagoths permanecían agrupados e inmóviles.

Cuando por fin llegaron los otros, no le fue difícil a Tarzán reconocer a M´wa-lot, el rey de aquellos sagoths. Era un ser gigantesco que avanzaba al frente del grupo que se aproximaba; un gorila de apariencia bestial, con parte de los hirsutos pelos de su rostro tan canosos, que éste tenía un aspecto azulado.

Tan pronto como los sagoths que acompañaban a Tarzán se hubieron convencido de la autenticidad de los que se acercaban, descendieron todos de los árboles. Cuando el grupo de M´wa-lot llegó hasta unos veinte pasos de ellos, el rey se detuvo.

—¡Yo soy M´wa-lot —dijo—, y conmigo viene el pueblo de mi tribu!

—¡Y yo soy Tar-gash —contestó el que parecía capitanear a este otro grupo—, y conmigo están otros sagoths de la tribu de M´wa-lot!

Cumplidas estas formalidades preliminares, M´wa-lot avanzó seguido de sus gorilas, las hembras y los pequeñuelos de la tribu.

—¿Qué es esto? —preguntó de pronto M´wa-lot al descubrir a Tarzán.

—Es un gilak que hemos encontrado en uno de nuestros cepos —repuso Tar-gash.

—¿Y este es el festín para el que nos habéis convocado? —preguntó el rey colérico—. Podíais haberlo llevado a la tribu.

—No, no es este el festín que os hemos anunciado con el tambor —opuso Tar-gash—. Cerca del cepo donde estaba este gilak hay un thag muerto por un tarag.

—¡Ugh! —gruñó el rey—. Ya nos comeremos al gilak más tarde.

—Podemos danzar —sugirió uno de los gorilas que habían capturado a Tarzán—. Ya hace tiempo que no danzamos.

Cuando los sagoths, guiados por Tar-gash, emprendieron el camino hacia donde estaba el cuerpo del thag, las hembras gruñeron ferozmente al ver que uno de sus pequeños se acercaba a Tarzán. Los gorilas miraron con recelo al prisionero, y todos parecían inquietos por su presencia. Por estos y otros detalles, a Tarzán le recordaban a los gorilas de sus selvas, hasta el punto de que llegó un momento en que se creía en su verdadero mundo.

A escasa distancia delante de Tarzán marchaba M'wa-lot, el rey, y junto a él, To-yad. Los dos hablaban en voz baja, y a juzgar por las miradas furtivas que ambos lanzaban de vez en cuando hacia Tar-gash, que marchaba por delante de ellos, era evidente que hablaban de él. El rey parecía intrigado e irritado.

Tarzán se dio cuenta de su cólera y comprendió que la causa eran las palabras que le iba musitando en voz baja To-yad. La irritación del rey parecía ir contagiando a los otros gorilas, excepción hecha de Tar-gash. Pero la tormenta no estalló hasta que estuvieron a la vista del cadáver del thag. Entonces M'wa-lot se adelantó, esgrimiendo en alto su enorme garrote, con la evidente intención de partir el cráneo de Tar-gash atacándole por la espalda.

Tarzán, acostumbrado por la vida a defenderse con prontitud de los peligros, había aprendido también a pensar con rapidez. Sabía muy bien que no contaba con un solo amigo entre aquellos salvajes sagoths, pero también sabía que Tar-gash era el único entre todos ellos que podía llegar a serlo. Además, Tar-gash estaba necesitado en esos momentos de un amigo, ya que nadie, ni una voz, ni una mano amiga, se elevaban ahora para advertirle del peligro que corría.

Y Tarzán de los Monos, empujado por consideraciones de egoísmo y de legítima defensa, a la vez que de diversión y valor, tomó una decisión enérgica y tan rápida que nadie, entre la multitud de brutos que le rodeaba, pudo detenerle ni se dio cuenta de lo que ocurría.

—¡Kreeg-ah, Tar-gash! —gritó Tarzán con voz fuerte y potente, y, en el mismo instante, se lanzó hacia delante con inmenso ímpetu y rapidez, arrojando a To-yad de cabeza, con un simple pero fortísimo movimiento de su brazo de hierro, hacia la maleza que bordeaba el camino.

Al oír aquel grito de ¡Kreeg-ah!, que en el lenguaje de los gorilas significaba ¡cuidado!, Tar-gash se volvió con rapidez viendo entonces a M'wa-lot a pocos pasos de él con el garrote levantado; y vio además otra cosa que le hizo abrir muchísimo los ojos, con infinita sorpresa: el extraño gilak, al que él había hecho prisionero, había corrido hacia delante y estaba al lado y por detrás del rey M'wa-lot, y en aquel mismo instante su moreno brazo pasaba bajo el cuello del rey de los sagoths y apretaba, apretaba...

Enseguida, Tarzán, inclinándose, elevó sobre una de sus caderas a su enemigo y luego, levantándolo en vilo, lanzó al enorme M'wa-lot al suelo en medio de sus

asombrados guerreros. Un segundo después, Tarzán se plantó de un salto junto a Tar-gash y, volviéndose, se quedó mirando con desafío a toda la tribu de gorilas.

Instantáneamente, una infinidad de garrotes se elevaron amenazadores en el aire.

—¿Luchamos, Tar-gash? —preguntó el hombre mono.

—Nos matarán —contestó Tar-gash—. Si no fueras un gilak podríamos escapar subiéndonos a los árboles y huyendo entre el follaje; pero tú no puedes trepar; tendremos que enfrentarnos a ellos aunque ello signifique nuestra muerte segura.

—¡Ve delante y muéstrame el camino! —contestó Tarzán—. ¡No hay sitio al que pueda trepar un sagoth que Tarzán no sepa escalarlo también!

—¡Ven conmigo entonces! —repuso Tar-gash.

Y diciendo esto, lanzó su garrote contra los gorilas que estaban más cercanos; a continuación, volviéndose, echó a correr sendero adelante. De un par de saltos trepó a un árbol corpulento, seguido de cerca por Tarzán de los Monos.

Los peludos guerreros de M'wa-lot les persiguieron de cerca durante algún trecho, pero acabaron renunciando a cazarles, tal y como Tarzán había supuesto, al saber que los gorilas cuando uno de ellos deserta de la tribu le dejan marchar, sin volverse a preocupar más de él.

Cuando se dieron cuenta de que sus enemigos no les perseguían, Tar-gash se detuvo entre las ramas de un árbol gigantesco.

—Me llamo Tar-gash —dijo al ver como Tarzán se detenía a su lado.

—Y yo Tarzán —contestó el hombre mono.

—¿Por qué me avisaste del peligro? —preguntó Tar-gash.

—Ya te dije antes que no había venido a vuestro país como enemigo, sino como amigo —contestó Tarzán a su vez—. Por eso, cuando me percaté de que To-yad había conseguido irritar a M'wa-lot y lanzarlo contra ti para que te matara, te avisé. Tú habías sido el que impidió que los otros sagoths me dieran muerte cuando me hicisteis prisionero.

—¿Qué hacías aquí, en el país de los sagoths? —preguntó Tar-gash.

—Estaba cazando —repuso Tarzán.

—¿Y a dónde quieres ir ahora? —siguió preguntando el gorila.

Tarzán de los Monos vaciló. Miró al cielo, hacia el inmóvil sol de mediodía, cuyos rayos seguían penetrando entre el follaje de los árboles. Luego miró a su alrededor. Todo era arboleda, hojas, flores... Nada entre aquellos árboles y ramas podía indicarle, ni siquiera remotamente, la dirección por la que había venido.

¡Tarzán de los Monos se había perdido en aquella selva virgen!



Capítulo V

Después de la carnicería

Jason Gridley, mirando hacia abajo desde las ramas del árbol en el que había encontrado refugio, observaba fascinado el horrible festín de los enormes felinos.

La escena que acababa de presenciar, aquel espectáculo horrible y salvaje, le hacía pensar en lo que debía de haber sido la vida en nuestro mundo al principio de la humanidad.

Aquello también le explicaba, tal vez, el fenómeno de la extinción de muchas especies.

El hecho de que los tigres hubieran acorralado a tantas bestias en aquella inmensa explanada selvática, para después asesinarlas y devorarlas, revelaba una inteligencia muy superior a la que tenían los carnívoros de nuestro mundo.

Gridley se fijó entonces en el inmenso número de animales que habían sido sacrificados, la mayor parte de ellos inútilmente desde el momento en que había mucha más carne de la que los tigres pudieran consumir antes de que llegara a una completa putrefacción. Este hecho le hizo pensar que, en el futuro, los mismos tigres llegarían a extinguirse. Además, en su ferocidad, al luchar luego entre ellos por las presas muertas, los felinos habían matado a muchos de los de su especie, machos y hembras, jóvenes y viejos. De modo que si aquella carnicería continuaba años y años, al final, extinguidas muchas especies, los tigres, empujados por el hambre, se devorarían entre ellos.

Los antepasados de los grandes felinos en nuestro mundo debían de haber desaparecido de ese modo, como ocurriría en Pellucidar.

Aquel fenómeno explicaba, quizá, la extinción en edades remotísimas de monstruos prehistóricos como los dinosaurios del período jurásico, que después de haber causado la extinción de numerosas especies contemporáneas suyas, se habían extinguido a sí mismos, al devorarse entre ellos los individuos de la misma especie.

Gridley, siguiendo un pensamiento y un razonamiento lógico, llegaba a su vez a imaginarse la extinción del hombre en nuestro mundo en época no muy lejana; en realidad, Gridley recordaba haber leído que numerosos sabios y científicos afirmaban que, dentro de unos doscientos años, o tal vez menos, la humanidad habría crecido de tal manera, y los recursos de nuestro globo, por el contrario, se habrían llegado a agotar de tal modo también, que las últimas generaciones de hombres acabarían por perecer o por recaer en el canibalismo más primitivo para continuar existiendo, aunque fuera por un corto período de tiempo.

Gridley veía en ello una imagen de la evolución de las especies, y se decía que

quizá cada una de las que habían tenido una época de dominio y superioridad representaba una etapa hacia la perfección. Los invertebrados dieron nacimiento a los peces y a los reptiles; los reptiles a los pájaros y a los mamíferos, y estos, a su vez, se habían tenido que inclinar ante la mayor inteligencia del hombre.

¿Qué vendría después? Gridley tenía la certeza de que después del hombre vendría algo más, porque el hombre representaba el mayor error del Creador, que había puesto en nuestra especie todos los vicios y los malos instintos de los tipos precedentes de invertebrados y mamíferos, y apenas ninguna de sus virtudes.

Mientras tales ideas le asaltaban al contemplar la carnicería que había a sus pies, otros pensamientos más importantes vinieron a llenarle de nueva inquietud: los referentes a la suerte que hubiera podido caer a sus pobres compañeros de expedición.

Sus ojos no distinguían a ningún ser humano ni vivo ni muerto. Empezó a dar gritos, llamándoles con todas sus fuerzas, pero los rugidos de las fieras que devoraban su festín ahogaban su voz. Tenía una vaga esperanza de que todos sus compañeros hubieran logrado salvarse, pero la suerte de von Horst sobre todo le llenaba de inquietud.

Otra idea que le asaltó, atormentándole, fue la de cómo podría regresar al dirigible. Pensaba que al caer la noche las bestias acabarían regresando a sus guaridas, pero, de pronto, al mirar al sol, recordó que en aquel extraño mundo nunca se hacía de noche. Entonces empezó a preguntarse cuánto tiempo haría que habían salido del dirigible; pero cuando consultó su reloj, no consiguió poner nada en claro: las manecillas podían haber dado una vuelta completa a la esfera desde que él consultara el reloj por última vez. ¿Cómo podía nadie calcular el tiempo después de las últimas emociones y sucesos ocurridos desde que abandonaron el O-220?

De cualquier forma, tan pronto como los tigres se hartaran, acabarían por marcharse. Sin embargo, luego vinieron hienas, chacales y perros salvajes, y, viendo a estos últimos, que formaban una espesa barrera manteniéndose a considerable distancia de los tigres, Gridley se dijo que en todo caso le impedirían huir.

Las hienas, sobre todo, tenían un aspecto horripilante. Eran tan grandes como los mastines de nuestro mundo, mostraban unas enormes mandíbulas y su piel estaba cubierta de un pelaje hirsuto y oscuro, excepto por el vientre y el pecho, en que era blanco.

Un hambre feroz asaltó a Gridley, al tiempo que un irresistible deseo de dormir. Aquello le confirmó su temor de que hacía mucho tiempo que habían salido del dirigible. Sin embargo, pasaba el tiempo y los tigres continuaban comiendo en la explanada.

Un toro gigantesco yacía muerto al pie del árbol en el que se encontraba Gridley. El tigre más cercano se encontraba a unas cincuenta yardas, y Gridley se encontraba

hambriento, tan hambriento que miraba ansiosamente al toro muerto. Paseó la vista a su alrededor, calculando la distancia que separaba al tronco del árbol del tigre más próximo y el tiempo que tardaría en trepar de nuevo allí en el caso de que la bestia le atacara al bajarse al suelo. Había visto la batalla sostenida por los tigres, y sabía con qué rapidez se movían y cómo cualquiera de ellos, saltando, podía llegar muy cerca de la rama en la que se encontraba.

De todos modos su plan tenía pocas posibilidades de éxito, ya que el tigre más cercano podía darse cuenta de que bajaba. Pero a pesar de los innumerables riesgos, el hambre pudo más que la prudencia. Gridley sacó de la funda su cuchillo de caza y se deslizó suavemente a tierra, sin quitar ojo al tigre más próximo. Rápidamente cortó varios trozos de carne de una de las patas del toro.

De pronto, el tigre levantó la cabeza. Jason cortó una última rebanada de carne, se enfundó el cuchillo y subió prudentemente hacia lo alto. El felino cerró entonces los ojos y siguió comiendo sobre su presa.

El americano buscó entre el ramaje del árbol algunos tallos y hojas secas, y, en una cruz del mismo árbol encendió una hoguera, asando un gran trozo de la carne del toro. Esta le salió chamuscada por fuera y cruda por dentro; pero Gridley no recordaba haber comido en su vida un manjar tan exquisito.

No supo cuánto tiempo empleó en sus preparativos culinarios; pero cuando volvió a mirar hacia abajo, vio que la mayoría de los tigres habían abandonado sus presas y se alejaban lentamente de la explanada, en dirección a la inmediata selva. Sus vientres hinchados delataban a lo lejos el completo hartazgo de las fieras. Y, al retirarse los tigres, hienas, chacales y perros salvajes comenzaron a acercarse.

Las hienas mantuvieron alejados a los otros, y Gridley vio en perspectiva otra espera interminable. No se equivocó. Finalmente, cuando las hienas se retiraron, hartas, se acercaron los perros salvajes mientras los chacales se mantenían alejados del festín.

Entretanto, Gridley se había arreglado en una gran cruz del gigantesco árbol una especie de rústica plataforma y se echó a dormir, despertándose más sereno y despejado, aunque sintiendo una sed irresistible.

Los perros salvajes comenzaban ahora a alejarse de la explanada, y Gridley decidió no esperar más tiempo. La carne exhalaba un hedor insoportable, y existía el peligro de que volvieran los tigres.

Bajando, pues, del árbol comenzó a rodear furtivamente la explanada, manteniéndose cerca del lindero de la selva y buscando el sendero por el que él y sus compañeros habían llegado hasta allí. Los perros salvajes gruñían, mostrando sus afilados colmillos. Pero Gridley, que les sabía hartos, no se inquietó. Los chacales, por su parte, no le inspiraban más que el mismo desdén que inspiran a todas las criaturas.

Gridley sintió una nueva angustia, al darse cuenta de que numerosos senderos venían a morir en aquella explanada. En consecuencia, le era imposible reconocer aquel por el que él y sus compañeros habían llegado, ya que las huellas de pies humanos habían sido completamente borradas por el furioso pateo del rebaño en fuga.

Al fin, haciendo un gran esfuerzo por recordar el camino por el que llegara al árbol en el que se había refugiado, consiguió encontrar un sendero que le pareció aquel que les había conducido a la explanada, aunque no estaba totalmente seguro de ello.

Comenzando a andar por el solitario sendero, se decía a cada instante que podía encontrarse frente a frente con cualquier monstruo antediluviano, y Jason se preguntó cómo los remotos ancestros del hombre podían haber subsistido en un mundo tan hostil, consiguiendo transmitir a sus descendientes sus características, instintos y pasiones. Ahora dudaba que pudiera llegar siquiera al dirigible. Incluso la idea de llegar a casarse alguna vez, fundar una familia y tener descendientes, le parecía completamente absurda.

Aunque la parte de la selva por la que ahora iba atravesando le parecía familiar, Gridley comprendió que esto podía ser un error de sus sentidos, y se reprochó amargamente el no haber seguido marcando los árboles conforme avanzaron por el sendero. ¡Qué estúpido había sido! Pero sus reproches no eran tanto por él como por sus pobres compañeros, cuya vida había sido confiada a su mando.

Nunca en su vida se había sentido tan débil y abatido. Así, andando por aquel camino desconocido, sin saber siquiera si se acercaba o se alejaba del dirigible, experimentó una sensación angustiosa, casi enloquecedora. Sin embargo, comprendía que no podía hacer otra cosa. ¡Y siempre aquel eterno sol de mediodía, inmóvil y burlón, luciendo implacablemente sobre su cabeza! ¡Aquel sol que podía ver su dirigible y que se negaba a decirle o a guiarle hasta donde se encontraba!

Su sed le atormentaba, pero al fin llegó a un pequeño riachuelo en el que pudo beber y descansar un largo rato. Encendió un fuego, asó parte de la carne que aún le quedaba, comió y volvió a beber, y finalmente reanudó la marcha mucho más animado.

A bordo del dirigible, las horas habían pasado llevándose con ellas las últimas esperanzas de oficiales y tripulación por la suerte de los desgraciados expedicionarios. Todos tenían ahora la firme convicción de que a los infelices les había ocurrido alguna desgracia irreparable. ¡Quizá ya hiciera mucho tiempo que hubieran muerto!

—¡Hace ya setenta y dos horas que se marcharon! —dijo el capitán Zuppner, que con Dorf y Hines pasaba la mayor parte del tiempo en la cabina de observación, o paseando por la terraza superior del dirigible—. ¡Nunca en mi vida me he sentido

más desesperanzado! Tengo que confesarles que no sé qué hacer.

—Esto nos demuestra —dijo a su vez Hines— cuánto influyen en todas nuestras acciones el hábito, las costumbres y los precedentes, hasta en aquello que nos parece más casual. Aquí no hay costumbre ni precedente que pueda servirnos de guía.

—Aquí hemos de confiarnos a nuestros propios recursos para decidir, y es desesperante el tener que confesar que no nos queda recurso alguno —exclamó Dorf.

—En estas circunstancias, con estas condiciones que nos rodean, no —añadió el capitán Zuppner—. En nuestro mundo, esto no sería problema. Todo se reduciría a hacer diferentes salidas con el dirigible en busca de nuestros compañeros. Podríamos hacer rápidas incursiones, y luego volver aquí, a nuestra base. Pero si en este mundo de Pellucidar nos marchásemos de este lugar con nuestro dirigible, ninguno de nosotros sabría regresar, y no debemos correr ese riesgo. El permanecer aquí es la única esperanza que pueden abrigar nuestros hombres, si regresan, de poder salvarse.

A ciento cincuenta pies bajo los oficiales, Robert Jones se asomó por uno de las ventanillas de la cocina en un esfuerzo por ver el sol, luciendo inmóvil en aquel cielo eternamente sereno. Su rostro, de expresión sencilla y bondadosa, tomó ahora un matiz de asombro, no exento de temor; cuando volvió al centro de la cocina, sacó de uno de los bolsillos de su pantalón una pata de conejo. A continuación, se pasó la pata de conejo por los ojos y luego la frotó vigorosamente contra su cabello, al tiempo que musitaba extrañas palabras incoherentes.

Mientras tanto, el teniente Hines, desde la parte más alta de la terraza superior del dirigible, oteaba el paisaje en todas direcciones gracias a unos potentes gemelos de campaña. Tantas veces había repetido aquella operación, que todos los accidentes del terreno le eran familiares.

Los tres oficiales apenas hacían ya caso a los monstruos y fieras que constantemente pasaban frente al campo visual de los potentes gemelos, o se acercaban al dirigible. Lo único que les interesaba, cuando divisaban algún animal en la lejanía, era el cerciorarse de que no se trataba de un hombre. De pronto, Hines lanzó una súbita exclamación nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zuppner—. ¿Qué es lo que ha visto?

—¡Un hombre! —repuso Hines vivamente—. ¡Estoy seguro de que es un hombre!

—¿Dónde? —preguntó Dorf, mientras Zuppner se llevaba sus gemelos a los ojos.

—Por aquel lado, a babor del dirigible.

—¡Ya lo veo! —gritó ahora Dorf a su vez—. No sé si es Gridley o von Horst, pero sea el que sea, viene solo.

—¡Coja diez hombres y salga enseguida, teniente! —ordenó Zuppner a Dorf—. ¡Que vayan todos bien armados! ¡Marchen enseguida a su encuentro!

Pero el teniente corría ya escaleras abajo, cuando el capitán le gritaba las últimas

palabras.

Poco después, los dos oficiales vieron como Dorf y sus hombres salían del dirigible, apresurándose al encuentro del que llegaba caminando penosamente hacia ellos. Luego les vieron encontrarse en un recodo de la selva, y sólo entonces el teniente reconoció a Gridley.

Éste, después de que se estrecharan calurosamente la mano, preguntó, antes que nada, por el resto de sus compañeros de expedición.

—Usted es el único que regresa al dirigible —contestó Dorf con un gesto de tristeza.

Una sombra de tristeza cruzó también por el rostro de Gridley, mientras saludaba a los ingenieros y mecánicos de la aeronave.

—He estado mucho tiempo ausente del dirigible —dijo luego Jason Gridley—. No sé cuánto, porque se me ha roto el reloj en la selva al huir de un tigre enorme. Luego me persiguió otro, haciéndome llegar hasta un claro de la floresta, desde donde por fin he podido distinguir nuestra aeronave. ¡Me parece que haya transcurrido una semana desde que salimos de aquí! ¿Cuánto tiempo hace, Dorf?

—Unas setenta y dos horas.

El rostro de Gridley expresó ahora una gran alegría.

—¡En ese caso, no hay que perder la esperanza de que podamos encontrar todavía vivos a mis compañeros de expedición! —exclamó—. Pensaba que por lo menos habría transcurrido una semana. He dormido varias veces, no sé cuánto tiempo, y además he andado mucho. El tiempo se me hacía larguísimo, debido a lo hambriento y cansado que estaba.

Cuando llegaron al dirigible, Gridley relató las terribles aventuras que le habían ocurrido durante la desgraciada expedición.

—¡Lo primero que quiero es un buen baño! —dijo después de haber saludado a los oficiales—. Después pregunten si Bob, el cocinero, dispone de un par de bueyes, y díganle que me los prepare al horno. Mientras me los como, les daré todos los detalles que quieran de nuestras terribles aventuras, porque han de saber que un poco de carne de toro y algunas frutas silvestres ha sido todo lo que he comido desde que salimos del dirigible.

Media hora después, ya refrescado y descansado por el baño, afeitado y con ropa limpia, Gridley se unió a los otros oficiales que le esperaban en el comedor.

Robert Jones llegó desde la cocina, con el rostro radiante de alegría.

—¡Me alegro muchísimo de volver a verle, señor Gridley! —dijo con una amplia sonrisa que dilató su faz negra y brillante—. ¡Yo estaba seguro de que iba a volver, de que íbamos a tener buena suerte!

—¡Yo también me alegro muchísimo de haber vuelto, amigo Bob! —repuso Gridley—. ¡Si supieras lo que he echado de menos tus platos! Pero, dime, ¿por qué

tenías la certeza de que íbamos a tener buena suerte?

—Porque he tenido una breve conversación con mi pata de conejo. ¡Nunca me engaña! Si la perdiera... ¡pobres de nosotros!

—Bueno, no te apures, Bob. He visto a miles los conejos por ahí. Te podremos cazar un montón —comentó Zuppner.

—Ya lo sé, capitán —siguió diciendo el cocinero negro—. Pero no podría ser conejo cazado a la luz de la luna; y no siendo así, la pata de conejo no tiene virtud de ninguna clase.

—En tal caso, Bob, me alegro doblemente de que hayas venido con nosotros —dijo sonriendo Jason Gridley—. Esto traerá la buena suerte a todo Pellucidar. De todas formas, dentro de un minuto vas a necesitar tu famosa pata de conejo.

—¿Cómo es eso, señor Gridley? ¿Por qué?

—Porque los espíritus me dicen que te va a ocurrir algo muy grave si no nos traes la comida inmediatamente...

—¡Oh, ahora mismo, señor, ahora mismo! —exclamó el cocinero, saliendo disparado hacia la cocina.

Luego, mientras comía, Gridley narró en detalle sus aventuras de las últimas setenta y dos horas, y los tres hombres hicieron cálculos y conjeturas para ver si podían tener una idea de la distancia que había cubierto la expedición y la dirección en que se habían movido.

—¿No podría guiar a otro grupo de hombres hacia esa explanada donde se separó de von Horst y de los waziris? —preguntó el capitán Zuppner.

—Por supuesto —contestó Gridley—. Desde el momento en que entramos en la selva, tuvimos la precaución de ir marcando los árboles hasta que llegamos al sendero que seguimos más tarde, a la izquierda. Pero no creo que sea buena idea el enviar allí a nadie, y si se organiza esa nueva expedición, yo no formaré parte de ella.

Los otros oficiales le miraron sorprendidos, y durante unos instantes hubo un embarazoso silencio.

—Sí; es que tengo un plan mejor —siguió diciendo Gridley—. Escúchenme. Disponemos en el dirigible de veintisiete hombres; en caso de absoluta necesidad sólo harían falta doce hombres para gobernarlo. Así pues, quedarían quince para formar parte del grupo expedicionario, y, sin contarme a mí, catorce. No obstante, si después de haber oído mi plan, deciden enviar esa expedición, creo que debe mandarla el teniente Dorf y quedarse el Capitán Zuppner y Hines para gobernar el dirigible en el caso de que no regrese ninguno de nosotros, o bien, que decidan salir en nuestra búsqueda.

—Pero... había llegado a pensar que no se quería marchar —dijo Zuppner.

—Yo no saldría con el grupo expedicionario. Lo haría solo, en el aeroplano explorador, y mi consejo es que no envíen ninguna expedición hasta veinticuatro

horas después de que yo haya partido, pues calculo que en ese tiempo habré podido encontrar a nuestros compañeros, o me habré convencido de mi fracaso.

Zuppner movió la cabeza dubitativamente.

—Hines, Dorf y yo, hemos discutido largamente la conveniencia de usar el aeroplano. El teniente Hines tenía un gran empeño en ello, a pesar de que comprende mejor que ninguno de nosotros que, una vez que el piloto haya perdido de vista el dirigible, podría no volver a encontrarlo. Hay que tener siempre presente que no conocemos ninguna señal sobre el terreno de la dirección que habríamos de seguir.

—Ya he pensado en ello —repuso Gridley a su vez—. Y comprendo que es muy difícil, pero debemos intentarlo.

—Escúchenme entonces —dijo Hines—. Soy el que más experiencia tiene como aviador y ya he estado considerando el asunto. También comprendo el elevado riesgo existente de que el piloto se extravíe.

—Cualquiera de ustedes —dijo entonces Gridley—, tiene más experiencia que yo; pero eso no impide que me considere el máximo responsable de lo que ocurre. Soy el responsable de que nuestros compañeros se hayan extraviado o perecido, y por eso no puedo consentir que nadie corra el nuevo riesgo de salir con el aeroplano, salvo yo mismo, y, como estoy seguro de que todos se hacen cargo de lo que siento en estos momentos, no creo que se nieguen a dejarme partir.

Hubo un largo silencio, durante el cual los cuatro hombres sorbieron lentamente su café y no dejaron de fumar. Zuppner fue el primero en romper el silencio.

—Antes de emprender ese vuelo —dijo—, debe dormir largamente; mientras tanto, nosotros bajaremos el aeroplano a tierra y lo revisaremos. Es preciso que vaya perfectamente equipado y que no se nos olvide ningún detalle, si queremos que tenga éxito en la empresa.

—Gracias —contestó Gridley—. Creo que tiene razón en que debo dormir. No quisiera perder tiempo; pero si ustedes prometen llamarme cuando esté listo el aeroplano, me iré inmediatamente a mi cabina y dormiré hasta entonces.

Mientras Gridley dormía, el aeroplano fue descendido a tierra, donde ingenieros y mecánicos se aplicaron a la tarea de revisarlo cuidadosamente.

Antes de que terminaran la operación, apareció Gridley.

—¡Poco ha dormido, amigo mío! —le dijo Zuppner.

—¡No sé! —repuso Gridley sonriendo—. De todas formas, me siento más despejado y no habría podido dormir más, pensando que nuestros compañeros tal vez estén esperando que vayamos a prestarles socorro.

—¿Qué dirección piensa seguir? —preguntó Zuppner—. ¿Y cómo se las va a arreglar para volver al dirigible?

—Pienso volar por encima de la selva hasta la distancia que calcule han podido recorrer nuestros compañeros desde que salieron del dirigible, teniendo en cuenta que

van perdidos y habrán avanzado sin prisas. Tan pronto como gane suficiente altitud para observar bien el terreno, buscaré accidentes o cosas que puedan servirme de orientación, alguna montaña, algún río, etc., que esté cercano al dirigible; luego, a medida que me aleje, repetiré la operación. Calculo que, de este modo, podré encontrar el camino de regreso, teniendo en cuenta, que con la gasolina que voy a llevar en el aeroplano, no podré recorrer una distancia mayor de doscientas cincuenta millas y la vuelta. Cuando alcance el límite de la distancia que calcule hayan podido recorrer nuestros compañeros, empezaré a trazar vueltas en círculo, confiando en que el ruido del motor pueda atraer a los extraviados, y confiando también en que ellos puedan hacer alguna señal para que yo los vea. Alguna hoguera o algo por el estilo...

—¿Intentará aterrizar? —preguntó Zuppner, al ver el rifle que llevaba Gridley.

—Si los encontrara en campo abierto, sí. Pero aun suponiendo que no los encuentre quizá tenga que aterrizar de todos modos, y mis recientes experiencias me han hecho comprender lo peligroso que es andar por Pellucidar sin llevar un rifle.

Después de inspeccionar el aparato, Gridley estrechó la mano de todos sus compañeros, que observaban con ansiedad sus preparativos para la partida.

—¡Adiós, amigo! le dijo Zuppner—. ¡Qué Dios y la suerte le acompañen!

Gridley estrechó la mano de aquel hombre, al que había llegado a considerar como un amigo fiel y leal, y subió al aeroplano. Dos mecánicos pusieron en marcha la hélice, y un instante después el motor empezó a trepidar y el aparato se deslizó suavemente por encima del césped, en dirección a la selva, elevándose en el espacio con majestuosidad y precisión. Luego, todo el mundo vio como el aeroplano describía un gran círculo. Gridley estaba buscando un punto de orientación, una señal sobre el terreno. Por dos veces repitió la prueba, y al fin se dirigió por encima de la llanura hacia la selva.

Sólo cuando Gridley trazó el primer círculo por encima del dirigible, comprendió totalmente los peligros y las dificultades que ofrecía Pellucidar, sin horizonte alguno, para poder regresar al punto de despegue. Había pensado que alguna montaña se elevaría por la zona, pues esto le hubiera servido mejor que nada como punto de partida.

Había, sí, montañas a lo lejos, pero no se recortaban sobre el cielo azul ni sobre ningún horizonte. Se erguían, sencillamente, con el paisaje en que se encontraban, curvándose siempre hacia arriba en la distancia. Mientras trazaba aquellos círculos sobre el dirigible, Gridley intentó buscar algún accidente del terreno cercano a la aeronave que pudiera servirle de punto de mira para regreso; pero no pudo descubrir más que la gran llanura en que el dirigible había aterrizado.

Al no poder gastar ni tiempo ni gasolina en buscar un accidente del terreno que no acababa de encontrar, porque no existía, se decidió por fin a partir hacia la selva, diciéndose que la misma llanura en la que se encontraba la aeronave le serviría de

punto de orientación a su regreso.

Al sobrevolar la primitiva selva, la tierra desapareció de la vista del aviador, que pensó que podía estar pasando por encima de sus amigos sin verlos. Pero no podía hacer otra cosa. Si regresaba, tendría que limitarse a seguir describiendo círculos sobre la floresta, o a trazar zigzags en busca de alguna señal de sus camaradas.

Durante cerca de dos horas, Gridley voló siempre en línea recta, atravesando selvas, llanuras, regiones plagadas de colinas, aunque sin descubrir rastro de los compañeros que buscaba. Ya había llegado al límite de la distancia que se había propuesto recorrer, cuando descubrió una altísima cadena montañosa. El aviador se dijo que regresaría desde allí, ya que aunque sus compañeros hubieran llegado hasta ese punto, habrían comprendido que avanzaban en dirección errónea.

Cuando ya frenaba para virar, el aviador creyó percibir con el rabillo del ojo algo que había en el aire por encima de él. Al volver la cabeza rápidamente, Jason contuvo el aliento, dominado por la sorpresa y el asombro.

Revoloteando ahora casi encima del mismísimo aeroplano, Gridley pudo ver un animal gigantesco, cuyas alas eran tan descomunales que lo hacían casi tan grande como su aparato. El hombre, en el preciso instante en que comprendió que el monstruo ancestral se disponía a atacarle, pudo distinguir unas mandíbulas enormes, armadas de poderosos dientes.

Gridley volaba a una altura aproximada de tres mil pies, cuando el monstruo, el enorme pteranodonte, se precipitó contra el aparato. Jason intentó esquivar el choque descendiendo con rapidez. Pero, de pronto, sonó en el aire un horrendo estallido; mil maderas crujieron, la parte metálica del aeroplano vibró y saltó, con un doloroso quejido, al tiempo que fragmentos y trozos del aeroplano volaban por el espacio. ¡El monstruo había chocado contra la hélice del aparato!

Lo que sucedió entonces ocurrió con tal rapidez, que Jason Gridley no habría podido reconstruir la escena cinco segundos más tarde.

El aeroplano se inclinó, dando una vuelta completa. En el mismo instante, Gridley saltó de su asiento y tiró de la cuerda de su paracaídas. Algo le golpeó pesadamente la cabeza, y el hombre perdió el conocimiento-



Capítulo VI

Un Phorrhacos del Perioso Mioceno

Dónde está tu pueblo? —preguntó de nuevo Tar-gash.

Tarzán movió la cabeza en señal negativa.

—No lo sé.

—Pero, ¿de dónde eres?

—De muy lejos de aquí —contestó el hombre mono—. Mi país no está en Pellucidar.

Aquello no lo pudo comprender el gorila, como tampoco podía entender que ningún ser pudiera perderse, ya que él poseía el instinto que le era propio a todos los habitantes de Pellucidar para orientarse en un mundo en el que nadie podía guiarse por las señales del cielo.

Si se hubiera podido trasladar instantáneamente a Tar-gash a cualquier punto de aquel vastísimo mundo interior, el gorila habría sabido encontrar indefectiblemente su país de origen y el sitio donde había nacido; y como aquello en él era un instinto poderoso y seguro, no podía entender como se había extraviado Tarzán.

—Sé dónde hay una tribu de gilaks —dijo al fin el gorila—. Quizá sean tu pueblo y tus compañeros. Te llevare allí.

Al no tener Tarzán la más mínima idea del lugar en el que se encontraba el dirigible, y ser bastante probable que el gorila se estuviese refiriendo a los expedicionarios del O-220, se dijo que debía seguirle a dónde este quisiera llevarle.

—¿Hace mucho tiempo que has visto a esa tribu? —preguntó después de una pausa—. ¿Cuánto tiempo hace que se encuentran en el lugar en el que los has visto?

De las respuestas del gorila dependía que Tarzán averiguase si la tribu de hombres a la que se refería Tar-gash eran sus compañeros del dirigible; pero las contestaciones del gorila no le sirvieron al hombre mono, desde el momento en que Tar-gash desconocía lo que era el tiempo. Así es que ambos partieron en busca de aquella tribu misteriosa. Por aquella misma razón, porque Tar-gash no daba valor alguno al tiempo, lo hicieron sin prisas.

Formaban una original pareja. Uno era un monstruo primitivo, en el umbral de la humanidad. El otro, un lord inglés en toda su acepción, y, al mismo tiempo, en muchos aspectos, un hombre tan ancestral como un salvaje de la selva, semejante a aquellos peludos gorilas entre los que le había arrojado la suerte.

Al principio, Tar-gash había mirado con desdén a aquel ser de distinta raza, al que consideraba inferior por carecer de su fuerza, agilidad, valor y de sus instintos para conocer y vivir en la selva. Pero pronto empezó a sentir respeto por el hombre mono, y se sintió inclinado por la amistad hacia su nuevo compañero, al menos todo lo que

le permitían sus instintos y sentimientos ancestrales.

Cazaron juntos y lucharon juntos. Subían a los árboles cuando aparecían los grandes felinos, o seguían interminables caminos a través de la selva milenaria, persiguiendo las piezas. Luego atravesaban llanuras o prados naturales llenos de flores, en los que crecía una hierba altísima.

Vivían perfectamente de aquellas tierras ubérrimas ya que ambos eran excelentes cazadores.

Tarzán construyó un nuevo arco y flechas y una fuerte lanza, cosas que al principio no llamaron la atención del gorila, pero que cuando este vio lo que facilitaban la caza a su compañero, se interesó verdaderamente por aquellos objetos, hasta hacerse enseñar por Tarzán su uso y la manera de construirlos.

El país que iban atravesando abundaba en agua y en caza. Las selvas eran enormes, con grandes espacios abiertos entre ellas, y en los que inmensos rebaños de herbívoros pacían la alta hierba bajo los eternos y constantes rayos de aquel sol inmutable. Como consecuencia, las bestias, algunas de ellas enormes, eran abundantísimas.

Tarzán había creído que no podían existir un mundo ni unas selvas como las suyas, pero, conforme avanzaban por los infinitos parajes de Pellucidar, iba sintiendo mayor admiración y asombro por aquel mundo milenario, henchido con la vida de miles de animales y fieras. Sin embargo, lo que Tarzán más adoraba de Pellucidar era la escasez de hombres. De no haber habido ninguno, aquel habría sido un mundo ideal para Tarzán, pues, ¿quién conocía mejor la crueldad y la maldad del hombre que las fieras salvajes de la selva?

La amistad y la camaradería que se había establecido entre Tarzán y el sagoth — basadas ambas en el respeto que cada uno sentía por la fuerza y las hazañas del compañero— aumentaban a medida que cada uno iba descubriendo cualidades admirables en el otro, entre las cuales, la más apreciada por los dos era el taciturno silencio que sabían guardar en las interminables marchas. No hablaban sino cuando era absolutamente necesario, lo que ocurría muy rara vez.

Si el hombre no hablase más que cuando tiene algo interesante que decir, y lo dijera lo más breve y rápidamente posible, el mundo sería un auténtico paraíso.

Por esto, la compañía de Tar-gash, unida al encanto natural y profundo de los paisajes, de los extraños sonidos y de los olores nuevos de aquel mundo nuevo también, influían en el ánimo de Tarzán con la misma intensidad que una droga enervante y excitante al mismo tiempo, adormeciendo su sentido de la responsabilidad, y haciendo así que la necesidad y la idea de encontrar a sus compañeros fueran quedando relegadas a un segundo plano. De haber sabido Tarzán que alguno de sus compañeros de expedición estaba en peligro, su actitud hubiera cambiado inmediatamente; pero no lo sabía. Por el contrario, creía que aquella gente

estaba a salvo, que podrían volver cuando quisieran al mundo exterior y que sus camaradas no se inquietarían grandemente por su ausencia. De todas formas, seguía pensando que cuando él lo quisiera, podría volver inmediatamente al dirigible, y que, más pronto o más tarde, acabaría regresando con los otros al mundo del que provenían.

De todas maneras, estos pensamientos apenas le inquietaban. Ahora atravesaba inmensas selvas y llanuras en compañía de Tar-gash, ambos en busca de aquella misteriosa tribu de hombres. En ese momento se encontraban en una extensa llanura, y, Tarzán, comparándola con otras por las que ya había cruzado antes, la encontraba extrañamente desierta. Tal vez la razón radicaba en que la hierba del inmenso prado aparecía cortada a ras del suelo, como si unos enormes rebaños hubieran estado pastando allí y se hubieran luego marchado a otro lugar en busca de nuevos pastos. Aquel silencio y aquella quietud comenzaron a causar a Tarzán una cierta molestia, como una ligera intranquilidad que le hacía echar en falta los peligros y la vida exuberante de otros parajes por los que antes atravesaran.

Casi habían llegado al centro del inmenso prado, mientras se dirigían hacia una gran selva que se divisaba al fondo del paisaje, cuando, de pronto, su atención fue atraída por un zumbido extraño y poderoso, un ruido inexplicable que les hizo detenerse en seco. Simultáneamente miraron hacia atrás y hacia lo alto, ya que el misterioso ruido parecía descender del cielo.

Muy alto, a lo lejos, surgiendo de la bruma de la lejanía, apareció una especie de punto oscuro.

—¡Pronto! —exclamó Tar-gash en un tono inquieto y apremiante—. ¡Es un thipdar!

Y, haciendo señas a Tarzán para que le imitara, corrió velozmente a esconderse debajo de un árbol enorme.

—¿Qué es un thipdar? —preguntó Tarzán cuando ambos estuvieron refugiados bajo el gigantesco árbol.

—¡Un thipdar es un thipdar! —contestó el gorila, sin poder añadir otra cosa que los thipdars eran empleados en ocasiones por los mahars para protegerse y cazar.

—Pero, ¿el thipdar es un animal? —siguió preguntando Tarzán.

—Sí, es un animal muy fuerte y feroz.

—En ese caso, eso no es un thipdar —dijo Tarzán.

—¿Qué es entonces? —preguntó el gorila.

—Un aeroplano —contestó Tarzán.

—¿Y qué es un aeroplano?

—No sabría cómo explicártelo —dijo Tarzán—. Es una cosa que construyen los hombres de mi mundo, y que les permite volar por el aire.

Después de decir esto, salió a campo abierto y empezó a hacer señales al piloto,

que suponía era alguno de sus compañeros del dirigible que había salido en el pequeño aeroplano explorador, precisamente en su busca, en busca de Tarzán de los Monos.

—¡Vuelve al refugio! —gritó el gorila—. No podrás luchar con un thipdar. Bajaré como un rayo y te cogeré entre sus garras, si estás en campo abierto.

—No me hará ningún daño —repuso Tarzán—. Ahí dentro va uno de mis amigos.

—Tú también iras pronto dentro de él, si no te refugias aquí —insistió el gorila.

Cuando se acercó el aeroplano, Tarzán empezó a correr trazando pequeños círculos para atraer la atención del piloto, deteniéndose a veces y alzando los brazos. Pero el aparato pasó por encima, siendo evidente que el piloto no le había visto.

Tarzán permaneció allí, en campo abierto, hasta que el aeroplano se perdió de vista, aquel aeroplano en el que iba uno de sus camaradas.

La presencia del aparato aéreo despertó en Tarzán su sentido de la responsabilidad. Se dio cuenta de que alguien arriesgaba su vida por buscarle, y decidió hacer todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero del dirigible.

El paso del aeroplano también suscitó dudas en Tarzán. Si iba trazando un gran círculo, la dirección del aparato, en el momento en que lo había descubierto Tarzán, no implicaba que viniese del O-220; y si no estaba trazando círculos, tampoco, porque nadie podía saber si iba o volvía del lugar donde se encontraba el dirigible.

—No, no es un thipdar —dijo Tar-gash saliendo de debajo del gran árbol—. Es un animal que no había visto nunca. Es más grande y tal vez más terrible que un thipdar. Además, debía de ir muy furioso, porque rugía terriblemente.

—Eso no era un animal —dijo Tarzán—. Es una cosa que construyen los hombres de mi mundo para poder volar. En él iba ahora uno de mis amigos. Va en mi busca.

—Me alegro de que no haya bajado a tierra —dijo el gorila moviendo la cabeza en signo negativo—. Debía ir o muy irritado o muy hambriento.

Tarzán comprendió entonces que Tar-gash jamás entendería la explicación de lo que era un aeroplano: para él aquello era un enorme monstruo volador. Pero esto no era lo que preocupaba a Tarzán; lo que a Tarzán verdaderamente le preocupaba era la dirección que debían seguir ahora para encontrar el dirigible. Así, decidió seguir en la misma dirección que llevaba el aeroplano, que, por suerte, era la misma en que le llevaba Tar-gash en busca de aquella tribu de hombres.

El zumbido del motor se había perdido ya en la distancia, cuando Tarzán y el gorila reanudaron la marcha atravesando poco después una región de colinas bajas y rocosas.

El camino, bien señalado en el terreno, dijo Tar-gash que atravesaba aquellas colinas, siguiendo luego un sinuoso desfiladero poco profundo que estaba, por uno de sus lados, bordeado por unos acantilados no muy altos, en los que se abrían cuevas y hondonadas. El fondo del desfiladero estaba plagado de rocas de diferentes tamaños,

y la vegetación era tan rala y escasa como jamás la había visto Tarzán en la fecunda tierra de Pellucidar. Y como tampoco se veía por allí ni agua ni caza, hombre y gorila emprendieron un paso ligero para atravesar cuanto antes aquella región desolada y hostil.

En el lugar reinaba un silencio absoluto. Tarzán caminaba con el oído alerta para ver si conseguía volver a escuchar el lejano rumor del aeroplano, cuando, de pronto, el silencio se rasgó con un terrible rugido que parecía venir del fondo del desfiladero.

—¡Un dyal! —gritó Tar-gash, deteniéndose en seco.

—¿Qué es un dyal? —le pregunto Tarzán mirándole con aire interrogativo.

—Es un ave terrible, y este dyal además está irritado. De todas formas, su carne se come, y Tar-gash tiene hambre.

Por tanto, absolutamente nada importaba lo terrible que fuera el tal dyal. Bastaba que su carne fuera comestible y que Tar-gash tuviera hambre para que los dos cazadores se pusieran en guardia, y continuaran avanzando, ahora con infinitas precauciones, para no espantar a su posible presa. Una suave brisa, viniendo desde el fondo del cañón, trajo hasta Tarzán un olor nuevo y extraño. Era un olor a pájaro que recordaba vagamente el del avestruz y, por su intensidad, el hombre mono adivinaba que se debía tratar de un ave enorme, juzgándolo también por el ronco rugido que había lanzado, y al que siguió un estrépito como de algo terrible que se arrastrara por el suelo.

Tar-gash, que caminaba delante, ocultándose entre los peñascos, se detuvo al abrigo de una enorme piedra. Tarzán le siguió, y entonces el gorila le invitó a que se asomara con cautela.

Al hacerlo, Tarzán pudo ver al monstruo que había ocasionado aquellos ruidos. Ya que Tarzán era un hombre salvaje, en muchos aspectos similar a una bestia salvaje, exteriormente no dio muestra alguna del asombro y la extrañeza que le causó la visión del monstruo, que en aquel momento escarbaba rudamente en la entrada de una gruta que se veía en el acantilado.

Para Tarzán, aquello era un monstruo sin nombre de otro mundo. Para Tar-gash, simplemente era un dyal. Ni uno ni otro, sin embargo, sospechaban que lo que tenían ante ellos en aquel momento era un phororhacos del periodo mioceno. Vieron sólo al monstruo cuya cabeza, coronada por una cresta, era más grande que la de un caballo, y alcanzaba una altura que sobrepasaba los ocho pies. Su pico, enorme y curvo, se hallaba entreabierto, como si el animal experimentara una gran cólera. Agitaba vivamente sus cortas e inútiles alas, mientras lanzaba poderosos zarpazos a algo que estaba escondido en la entrada de la cueva. Y sólo entonces pudo ver Tarzán que lo que el enorme monstruo intentaba abatir con sus zarpazos era una lanza sostenida por manos humanas; un arma pobre e insignificante.

Tarzán se preguntó cómo el gorila, armado sólo con su débil garrote, iba a hacer

frente a tan terrible animal. Pero pronto vio como Tar-gash, saliendo de su escondite, se deslizaba hasta detrás de otra piedra, acercándose cada vez más al monstruo. Este, ocupado por entero en atacar a su enemigo, no se dio cuenta de la presencia de otro a sus espaldas.

Tarzán siguió al gorila, y ambos se situaron sólo a unos cincuenta pies del pajarraco.

El gorila, fuera ya de su refugio, enarboló el garrote girándolo varias veces por encima de su cabeza, al tiempo que corría al encuentro del dyal. Tarzán imitó a su amigo, y, al salir de detrás de la roca, puso una flecha en su arco.

Tar-gash había cubierto la mitad de la distancia cuando el dyal oyó sus pasos, revolviéndose furioso. Al descubrir a sus dos nuevos enemigos que corrían hacia él y osaban interrumpir su ataque a su segura presa, lanzó un agudo chillido, y, abriendo terriblemente su pico, atacó a aquellos dos imprudentes seres con las alas extendidas.

El gorila arrojó su garrote contra una de las patas del monstruo, mientras Tarzán comprendía la táctica del sagoth: este intentaba romper una de las patas de su enemigo, lo que le dejaría fuera de combate y a merced del gorila. ¿Pero y si el garrote no daba en el blanco? En ese caso, Tar-gash podía darse por muerto.

Tarzán ya había tenido ocasión de apreciar el valor y el desprecio a la vida que mostraba el gorila cuando intentaba abatir a sus presas; pero aquello le parecía el colmo de la imprudencia al perseguir así a un enemigo.

Y, como Tarzán había temido, el garrote no dio en el blanco. En el mismo instante, Tarzán disparó su flecha, que fue a hundirse en el pecho del monstruo. Tar-gash se echó rápidamente a un lado, esquivando el choque con su enorme enemigo, mientras otra flecha más se hundía en el pecho del pájaro. Entonces, el hombre mono se tuvo que apartar de un salto a su derecha, para evitar aquel alud de destrucción que se le venía encima, aunque el ímpetu del monstruo era ahora bastante inferior a causa de las dos flechas profundamente clavadas en su pecho.

Antes de que el dyal hubiera tenido tiempo de volverse para atacar de nuevo a sus dos enemigos, Tar-gash lanzó una pedrada contra la cabeza del monstruo, haciendo blanco, lo que aturdió momentáneamente al pajarraco, mientras Tarzán disparaba rápidamente otras dos flechas que también se clavaron en las carnes de la bestia. A pesar de todo, el dyal tuvo aún fuerzas para levantarse y atacar al hombre mono; pero en ese momento, una lanza pasó silbando por encima de Tarzán, hundiéndose profundamente en el pecho del enloquecido dyal. Al recibir ese último proyectil, la bestia se desplomó al suelo, a los mismos pies de Tarzán de los Monos.

Este, aunque ignorante de la fuerza y de los métodos de ataque de su enemigo, cayó sobre la bestia con su cuchillo en la diestra. Lo hundió tan rápidamente en la garganta del dyal, que este se estremeció con los últimos estertores de la agonía. Luego, al volverse, Tarzán pudo ver al hombre que había arrojado la lanza.

Manteniéndose erguido, con una expresión de curiosidad y extrañeza en el rostro, allí, junto al acantilado, se hallaba un hombre alto, un gigantesco y poderoso guerrero, cuya piel morena y tersa relucía al sol, portando una espesa cabellera negra atada por detrás con una tosca correa.

Por armas, además de su lanza, llevaba un cuchillo de sílice en el cinturón que sujetaba su taparrabos. Sus ojos eran expresivos e inteligentes; sus facciones, bellas y nobles. En conjunto, daba una impresión de belleza y virilidad, como Tarzán jamás había visto en su vida.

Tar-gash, que había recuperado su garrote, avanzó hacia el desconocido.

—¡Me llamo Tar-gash, y voy a matarte! —dijo.

El desconocido sacó su cuchillo de sílice y se quedó esperando, después de echar una mirada a Tar-gash y Tarzán.

El hombre mono se adelantó, colocándose frente al gorila.

—¡Espera! ¿Por qué vas a matarle?

—Es un gilak —le contestó Tar-gash.

—¡Pero te ha salvado la vida en la lucha contra el dyal! —recordó Tarzán al gorila—. Mis flechas sólo no le hubieran detenido. De no haber sido por la lanza de este hombre, uno de los dos, o tal vez los dos, habríamos muerto.

El sagoth pareció desconcertado, y se rascó la peluda cabeza.

—Pero, si no lo mato, él me matará a mí —dijo.

Tarzán se volvió entonces hacia el desconocido.

—Yo soy Tarzán —dijo—, y este es Tar-gash.

Luego esperó.

—Yo soy Thoar —repuso al fin el desconocido.

—Bien, seamos amigos —apuntó Tarzán—. No tenemos por qué luchar contra ti.

Ahora fue Thoar el que pareció intrigado. Tarzán, pensando que quizá no le entendía, se dirigió a él.

—¿Entiendes el lenguaje de los sagoths? —preguntó.

—Un poco —contestó Thoar—. ¿Pero por qué hemos de ser amigos?

—¿Y por qué hemos de ser enemigos? —preguntó a su vez el hombre mono.

Thoar hizo un gesto de duda.

—No lo sé —contestó—. Siempre es así.

—Juntos hemos dado muerte al dyal —siguió diciendo Tarzán—. De no haber llegado nosotros te habría matado, y si tú no hubieras arrojado tu lanza a tiempo, nos habría matado a nosotros. Por eso debemos ser amigos, no enemigos. ¿Adónde te diriges?

—Regresaba a mi país —contestó Thoar, señalando en la dirección que poco antes seguían Tarzán y el gorila.

—Nosotros también vamos en esa misma dirección —dijo Tarzán—. Vayamos

juntos. Seis manos pueden más que cuatro.

Thoar miró al gorila.

—¿Marcharemos como amigos los tres, Tar-gash? —preguntó Tarzán.

—Aún no lo somos —repuso el sagoth, como si sobre él todavía pesasen miles de años de civilización y cultura.

Tarzán sonrió con una de sus extrañas sonrisas.

—Pronto lo seremos —dijo—. ¡Venid!

Dando por sentado que los otros dos le obedecerían, el hombre mono se dirigió entonces al cuerpo del dyal, y, sacando su cuchillo de caza, empezó a cortar grandes trozos de carne. Por un instante, Thoar y Tar-gash vacilaron, mirándose el uno al otro con desconfianza, hasta que por fin, el guerrero de bronce se acercó a ayudar a Tarzán y enseguida le imitó el gorila.

Thoar demostró un gran interés en el cuchillo de Tarzán, que tan fácilmente cortaba la carne, mientras que él forcejeaba y luchaba para cortar con su cuchillo de sílice la carne del pajarraco. Pero el gorila, sin preocuparse de las herramientas de los otros, sencillamente hundió sus garras en la carne de la pieza muerta, y separó grandes pedazos de ella con destreza y facilidad, poniéndose a continuación a devorarlos crudos. Tarzán, al tener mucha hambre, estaba a punto de hacer lo propio, pues desde su niñez se hallaba acostumbrado a comer carne cruda, cuando se dio cuenta de que Thoar se disponía a encender un fuego, utilizando el ancestral procedimiento de frotar dos trozos de pedernal. Los tres comieron en silencio, el sagoth algo más alejado de los otros dos, quizá porque, en el fondo, en él era más fuerte el instinto de la bestia salvaje.

Cuando hubieron terminado su festín, continuaron la marcha en dirección a las colinas. Tarzán decidió preguntar a Thoar acerca de su país y su pueblo, pero tan limitado era el primitivo vocabulario de los gorilas sagoths y tan grande su desconocimiento por parte de Thoar, que Tarzán desistió de ello, decidiendo, por el contrario, aprender la lengua de Thoar.

La gran facilidad que tenía el hombre mono para aprender nuevos idiomas o dialectos, y su gran voluntad y decisión para no dejar nunca una tarea sin acabar, facilitaron enormemente sus progresos, aumentados además por el interés que demostró el mismo Thoar en enseñarle su lenguaje.

Cuando llegaron a la cima de aquel país de bajas colinas, pudieron ver a lo lejos, difuminadas en la distancia, una cadena de altas montañas.

—Allí está Zoram —dijo Thoar, extendiendo una mano.

—¿Qué es Zoram? —preguntó Tarzán.

—Es mi país —contestó el guerrero—. Está en las Montañas de Thipdars.

Esta era la segunda vez que Tarzán oía aquella palabra. Tar-gash le había dicho que el aeroplano era un thipdar, y ahora Thoar le hablaba de las Montañas de

Thipdars.

—¿Qué es un thipdar? —preguntó intrigado.

Thoar le miró sorprendido.

—¿De qué país has venido tú? —le preguntó a su vez— ¿Cómo es que no sabes lo que es un thipdar ni hablas la lengua de los gilaks?

—Yo no soy de Pellucidar —contestó Tarzán.

—Casi podría creerlo —dijo Thoar—, si hubiera otro país del que pudieras proceder, pero no lo hay, excepto el Molop Az, el océano ardiente sobre el que flota Pellucidar. Pero los únicos habitantes del Molop Az, son los pequeños demonios que se llevan a los muertos que enterramos, y, aunque no he visto nunca a uno de esos pequeños demonios, tengo la certeza de que no son como tú.

—No —dijo Tarzán—, no procedo del Molop Az; sin embargo, a veces he pensado que el mundo del que vengo está realmente habitado por demonios, grandes y pequeños.

Como cazaban, comían, dormían y caminaban juntos, aquellos tres seres fueron experimentando una creciente confianza el uno en el otro. Incluso el propio Tar-gash ya no miraba con inquietud y desconfianza a Thoar, y aunque representaban tres fases distintas de la evolución del hombre, cada una separada de las otras por miles y miles de años, tenían tantas cosas y sentimientos comunes, que el avance hecho por la naturaleza desde Tar-gash a Tarzán parecía una débil recompensa por el tiempo y el esfuerzo empleado por ella en su obra evolutiva.

Tarzán no podía calcular el tiempo que hacía desde que había salido del dirigible, pero temía que seguía una falsa ruta para regresar junto a sus camaradas. De todas formas, sería inútil intentar volver hacia atrás, ya que no tenía la más mínima idea de la dirección que tendría que seguir. Su única esperanza radicaba en que, o bien le viera el piloto del aeroplano, que era evidente que lo buscaba, o bien que el mismo dirigible atravesara el cielo por algún paraje cercano, a la suficiente distancia como para que él pudiera hacer señales a sus compañeros. Mientras tanto, tan bien podía estar en compañía de Thoar y Tar-gash como en cualquier otra parte.

Habían comido y dormido, y se disponían a reemprender de nuevo la marcha, cuando los perspicaces ojos de Tarzán descubrieron desde una colina algo que se hallaba en un prado lejano. No sabía lo que era, pero tenía la certeza de que aquello no pertenecía al paisaje, como así se lo indicaban todos sus instintos de hombre de la selva. Al ser casi instintivo en Tarzán el averiguar y ver bien todo aquello que no comprendía o le intrigaba, se dirigió a vivo paso hacia el objeto que había llamado su atención.

Aquella cosa lejana que le inquietaba, ahora desapareció de su vista al comenzar a descender la colina, y no la volvió a ver hasta que estuvo cerca de ella. Entonces, con gran asombro y una sensación de profundo pesar, Tarzán pudo comprobar que se

trataba de los restos de un aeroplano.



Capítulo VII

La Flor Roja de Zoram

Jana, la Flor Roja de Zoram, se detuvo mirando hacia abajo en aquel terreno abrupto y rocoso. Tenía hambre y hacía mucho tiempo desde la última vez que había dormido, ya que detrás de ella venían en furiosa persecución cuatro terribles hombres de Pheli, el país que se encontraba en las laderas de las Montañas de Thipdars, más allá de la tierra de Zoram.

Durante unos momentos permaneció en pie, y luego se escondió detrás de una gran roca, observando desde allí el terreno salvaje y sin ningún camino de ascenso que acababa de atravesar en su escalada, plagado de peñascos y rocas de granito. Nacida y criada en las montañas, la muchacha había vivido siempre entre los altos picos de las Montañas de Thipdars, mirando con desprecio a los pueblos de las llanuras, a los que pertenecían los cuatro hombres que ahora la venían persiguiendo. Quizá si la alcanzaban, tendría que defenderse valerosamente de ellos y darles una muestra de su desprecio y su desdén; pero, de todas formas, la muchacha no quería renunciar al esfuerzo de escapar de sus implacables enemigos.

El odio y el desprecio hacia las gentes de Pheli estaban en la misma sangre de la Flor Roja, ya que los hombres de Pheli se aventuraban a veces hasta los puntos más lejanos de las Montañas de Thipdars para robar mujeres. El orgullo del pueblo montañés radicaba en la fama de sus bellezas femeninas, y por ello, los hombres del llano llegaban desde los países más lejanos, desafiando a la muerte, para robar a muchachas de la belleza de Jana, la Flor Roja de Zoram.

Así habían robado a Lana, la hermana de Jana, y esta también recordaba a otras dos muchachas de Zoram que habían sido robadas por los hombres del llano. Aquello mantenía vivo el miedo y la sensación de peligro en el corazón de la Flor Roja. Para ella, semejante destino era mil veces peor que la muerte, puesto que implicaba, no sólo el alejamiento para siempre de sus amadas montañas, sino que la convertía en una mujer del llano, que además tendría hijos del llano, lo cual era para los pueblos montañeses la peor de las desgracias. Por eso los hombres de las montañas sólo se emparejaban con mujeres de las montañas, ya fueran de Zoram, de Clovi o de Daroz, eligiendo a las mujeres de sus tribus, o robándolas de los pueblos cercanos.

Jana era amada y deseada por muchos de los jóvenes guerreros de Zoram, y aunque hasta ahora ninguno había logrado estremecer el corazón de la muchacha, ella sabía que tarde o temprano alguno de ellos sería su compañero, a no ser que antes fuera robada por algún terrible guerrero de otra tribu.

Si cayera en manos de cualquier joven de las tribus de Clovi o de Daroz, esto no la haría desgraciada, incluso quizá algún día llegaría a ser feliz. Pero estaba dispuesta

a morir antes que resignarse a ser presa de un pheli.

Hacía ya mucho tiempo, aunque la muchacha no sabía exactamente cuánto, que había salido a robar huevos de thipdar. Los buscaba entre riscos y peñascos, sobre las cavernas en las que vivía su pueblo, cuando, inesperadamente, un hombre enorme y peludo había surgido desde detrás de un peñasco y había pretendido cogerla. Ligera como una gacela de las montañas, la muchacha escapó fácilmente después de dejarle algún recuerdo al hombre de las llanuras. Pero el joven se interpuso entre ella y su poblado, y cuando Jana intentó dar un rodeo, descubrió que había otros tres hombres más cortándole el paso. Entonces, la hermosa muchacha emprendió una loca huida que la había llevado hasta aquellas imponentes alturas, muy lejos de Zoram, en parajes en los que nunca había estado Jana.

Abajo, no muy lejos de ella, cuatro velludos jóvenes se habían sentado en cuclillas a descansar unos momentos.

—¡Regresemos! —dijo uno de ellos—. Jamás lograremos darle alcance en un terreno como este, Skruk. Aquí sólo pueden vivir los thipdars, no los hombres.

Skruk arrojó una piedra hacia las alturas.

—¡Cogeré a esa muchacha —dijo—, aunque tenga que llegar hasta el mismo borde del Molop Az!

—Nuestras manos sangran a causa de los afilados peñascos —dijo otro—. Nuestras sandalias prácticamente ya no existen, y los pies también nos sangran. No podemos seguir adelante. Vamos a morir en esta empresa.

—Pues moriréis —repuso Skruk en tono de mando—, pero hasta entonces continuaremos persiguiéndola. Yo soy el jefe, y así será.

Los otros lanzaron rugidos de cólera, pero cuando Skruk se levantó y reanudó la ascensión, todos le siguieron. Nacidos en el llano, aquellos jóvenes encontraban demasiado fatigosa la marcha y la estancia en aquellas enormes alturas. Sin embargo, lo que verdaderamente les aterraba era el gran declive por el que Jana les estaba obligando a subir.

Desde arriba, la muchacha vio como reanudaban la marcha, y, al comprobar que iban derechos hacia donde ella se encontraba, se puso en pie y salió de su escondite. Entonces, se vio que iba vestida con una simple piel de carnero, que apenas tapaba la morbidez y belleza de sus piernas y su adorable cuerpo de muchacha. El sol brillaba en su piel bronceada y en sus cabellos, que a veces parecían oscuros y a veces de dorado bronce. Sujetaba su largo cabello con huesos de dimorfodonte, una especie cercana al thipdar. Los extremos de aquellos huesos estaban trabajados y tallados, y algunos de ellos pintados de colores. Una tira de piel suave de varios tonos se anudaba a su frente, y llevaba brazaletes y collares en tobillos y muñecas, sujetos por correas, también trabajados y decorados con profusión. En los pies calzaba unas fuertes sandalias con la suela hecha de piel de mastodonte. De la banda que ceñía su

cabeza, surgía una pluma solitaria. Al cinto llevaba un cuchillo de sílice y, en la diestra, una pequeña lanza.

Jana se agachó, y cogiendo una piedra la arrojó contra sus perseguidores.

—¡Marchaos a vuestras llanuras pantanosas, hijos del llano! —les gritó—. ¡La Flor Roja de Zoram no es para vosotros!

Y, al instante, echó a correr por aquel pedregoso terreno. A su izquierda quedaba Zoram, pero entre ella y su aldea natal había un enorme precipicio. La muchacha lo bordeó sin experimentar inquietud alguna, buscando un sitio adecuado para descender por él. Pero el acantilado parecía cortado a pico, y no dejaba ver ningún punto en el que un ser humano pudiera intentar posar los pies o agarrarse con las manos para poder bajar.

Cuando Jana rodeó el gran pico de la montaña, vio como a sus pies se extendía un enorme valle, un territorio que ella nunca había visto hasta ahora. Comprendió entonces que había atravesado las montañas y contemplaba el país que se extendía al otro lado de los picos. El precipicio que había venido rodeando se ensanchaba aquí en un gran desfiladero que conducía a un país de boscosas colinas, pasadas las cuales se divisaba una inmensa llanura. Las laderas de las colinas estaban cubiertas de arboleda, y en el llano se veían zonas de bosque.

Aquel mundo era nuevo para Jana, pero no le atraía en modo alguno, porque sabía que hombres y bestias salvajes poblaban las selvas y las llanuras de aquellas comarcas bajas.

A su derecha se alzaban las montañas que acababa de rodear; a su izquierda, se encontraba el gran precipicio, y detrás venían Skruk y sus feroces compañeros.

Por un instante, la muchacha se sintió cogida en un cepo, pero al acercarse más al borde del abismo, vio que allí se había derribado una parte de la montaña, creando una serie de escalones en la pared del precipicio. De todas formas, no estaba segura de si se podría intentar un arriesgado descenso.

Al detenerse varias veces a buscar un sitio adecuado para bajar al llano, Jana había perdido un tiempo precioso, y ahora se percató de que sus perseguidores habían ganado terreno y se hallaban muy cerca. De nuevo echó a correr hacia delante, saltando de roca en roca, mientras los cuatro hombres forzaban también su marcha, tropezando tras ella, pero seguros ahora de darle alcance.

Jana miró hacia abajo viendo a unos cien pies un gran desprendimiento de tierra que formaba una especie de amplia cornisa. La muchacha volvió la cabeza. Ahora pudo ver a Skruk, que aparecía jadeando entre los peñascos. ¡Tenía que decidirse!

¡No había más que un camino para escapar! ¡Aunque arriesgase la vida, tenía que decidirse a descender por el acantilado!

Su pequeña lanza tenía una correa en sus extremos y ella se la pasó por encima de la cabeza, colgándosela a la espalda; enseguida, echándose al suelo, se deslizó al

borde del acantilado. Quizá encontrase un punto de apoyo, aunque no estaba segura. Miró hacia abajo. El acantilado no era perpendicular en esa zona, sino que tenía una ligera pendiente. Tocó con la punta de los pies, buscando un punto de apoyo, hasta que consiguió encontrarlo. Entonces soltó una de sus manos y buscó en la pared de la montaña un punto en el que hundir sus dedos y agarrarse.

Tenía que proceder rápidamente, porque ya se oían las pisadas de sus perseguidores por encima de su cabeza. La muchacha encontró un saliente, aunque débil, al que aferrarse. Jana se colgó de él, pensando que por encima de ella se agitaba la dura ley de las llanuras, mientras que a sus pies sólo había la muerte, mucho más dulce y preferible.

Descendiendo un poco más, buscó de nuevo con la punta de sus pies otro lugar de apoyo. Un paso, dos, tres... la muchacha siguió descendiendo; pero, de pronto, escuchó un ruido arriba. Al mirar hacia el borde del precipicio, Jana vio el rostro peludo y bestial de Skruk.

—¡Sostenedme por las piernas! —gritó éste a sus compañeros.

Al mismo tiempo, le vio arrodillarse sobre el borde del abismo, y como sus compañeros habían obedecido sus órdenes, el joven extendió hacia la muchacha un brazo fuerte y peludo. Jana estaba ya dispuesta a soltarse, dejándose caer al fondo del desfiladero, antes que dejarse coger por aquel bruto. Miró hacia arriba, y vio el puño de Skruk a pocas pulgadas de su rostro.

Los dedos estirados del joven rozaron el cabello de la preciosa muchacha en el preciso instante en que el pie de Jana encontraba un punto de apoyo, lo que le permitió descender un poco más, evitando así el ser capturada por su enemigo.

Skruk estaba furioso. La visión del bello rostro de la joven, vuelto ahora hacia arriba, aumentaba su deseo y su furia. Había tenido casi al alcance a su codiciada presa. Pero luego, al mirar hacia el fondo del precipicio, temió por la vida de la hermosa muchacha. Era increíble que no hubiera caído ya en la sima del barranco, y eso que aún apenas había empezado a descender.

Skruk era consciente de que ni él ni sus compañeros serían jamás capaces de bajar por allí y se dijo que, si la amenazaban desde arriba, la muchacha acabaría, en su afán de descender cuanto antes, por precipitarse en el abismo.

Entonces, Skruk se levantó y se dirigió a sus compañeros en voz baja.

—Vamos a buscar algún sitio por donde sea más fácil bajar —dijo.

Luego se asomó al precipicio y miró hacia Jana.

—¡Me has burlado, hija de las montañas! —gritó—. Hoy regresamos a Pheli, pero pronto volveremos, y entonces te cogeré como mi compañera.

—¡Ojalá os encontréis con los thipdars y os saquen el corazón antes de que lleguéis a Pheli! —gritó a su vez Jana.

Pero Skruk no contestó, y la muchacha les vio poco después volverse por el

camino por donde habían venido, aunque sin sospechar que, en realidad, lo que estaban haciendo era buscar un sitio más fácil para descender al fondo del precipicio, y que las palabras de Skruk no habían sido más que un ardid para engañarla.

La Flor Roja, ya sin prisas, fue bajando con cautela y lentitud hasta llegar a la gran cornisa de granito. Allí, afortunadamente, encontró un huevo de thipdar, que le proporcionó a la vez comida y bebida.

Luego reanudó el descenso hacia el fondo del acantilado y, aunque era difícil y arriesgado, la muchacha salió airosa de su empeño. Mientras tanto, Skruk y sus compañeros, encontrando un paso adecuado, habían bajado también al fondo del abismo, aunque unas cuantas millas más allá.

Al llegar abajo, Jana dudó un momento qué dirección seguir. El instinto la empujaba a ir hacia arriba, siguiendo el fondo del precipicio, en la dirección en la que se encontraba Zoram, pero, reflexionando, decidió dirigirse en dirección contraria, hacia abajo, bordeando luego la base de la montaña hacia la izquierda, en busca de un camino que la llevase hasta su poblado. De este modo, la muchacha empezó a caminar lentamente hacia el valle, mientras que a sus espaldas caminaban en su busca los hombres de Pheli.

La pared del precipicio, a la izquierda de la muchacha, aunque iba disminuyendo en altura, todavía ofrecía un formidable obstáculo, así que decidió seguir por el fondo del desfiladero hasta llegar al hermoso valle.

Nunca en su vida se había acercado Jana tanto al llano. Nunca tampoco se había llegado a imaginar las bellezas que el llano podía encerrar, ya que las llanuras siempre le habían inspirado una profunda aversión, considerándolas unos lugares odiosos, indignos de ser habitados por las duras tribus de las montañas.

Pero el atractivo de las bellezas y el interés que las escenas y paisajes que iba descubriendo le inspiraban, la empujó más allá de lo que la necesidad pedía.

De repente, un extraño ruido, totalmente nuevo para su oído, llamó su atención, y, mirando hacia arriba, acabó descubriendo al animal que lo profería.

Un gran thipdar —al menos lo parecía—, zumbaba en el aire. Era un animal enorme, como jamás había visto en su vida.

Al mirarlo, descubrió, de improviso, otro thipdar mucho más pequeño que volaba por encima del primero. De pronto, el más pequeño de los dos thipdars se precipitó sobre el otro considerándolo una especie de presa. Jana oyó débilmente el estruendo de un choque, y los dos colosales animales cayeron dando vueltas hacia tierra. En ese momento, Jana vio que algo se separaba de la masa de los dos animales, un cuerpo extraño, encima del cual, de repente, se desdobló una cosa inexplicable que tenía la forma de un enorme hongo, y que hizo que el objeto que caía pareciera detenerse un instante en el espacio. Luego, empezó a descender lenta y suavemente, de un modo acompasado, balanceándose ligeramente en el aire, como Jana había visto hacer a una

pedra que ella ataba a veces con una correa.

Cuando aquel extraño objeto se acercó a tierra, Jana se estremeció de terror al darse cuenta de que lo que se balanceaba en el extremo de una larga cuerda era un hombre.

El pueblo de Jana tenía pocas supersticiones, no habiendo avanzado lo suficiente como para inventar una religión; pero aquello era algo sobrenatural. La muchacha había visto dos enormes reptiles voladores chocar en el aire, y de uno de ellos había salido un hombre. Era algo increíble, pero, sobre todo, aterrador. Y así, la Flor Roja de Zoram, obrando lógicamente, echó a correr, presa del pánico.

El instinto la hizo correr de nuevo hacia el desfiladero del que acababa de salir, pero apenas había avanzado unos pasos cuando descubrió a Skruk y sus compañeros.

También los hombres de Pheli habían presenciado la extraña batalla aérea, y aquella cosa misteriosa que caía a tierra flotando lentamente en el espacio. Y como no habían podido descubrir lo que era, estaban a punto de volver sobre sus pasos y huir despavoridos, cuando Skruk vio a Jana que llegaba corriendo hacia ellos. Entonces, todos sus terrores y todas sus ideas desaparecieron ante la vista de la hermosa muchacha, y su deseo, sobreponiéndose a todo, le hizo gritar nuevas órdenes a sus compañeros, al tiempo que él mismo se lanzaba en dirección a Jana con salvaje ímpetu.

Jana se dirigió hacia su derecha para intentar escapar, pero Skruk ordenó a uno de sus hombres que le cortaran el paso, y cuando la muchacha volvió a cambiar de dirección, pudo ver como sus cuatro enemigos la estaban cercando.

Prefiriendo cualquier suerte, por dura que fuera, a la que le esperaba si caía en poder de Skruk, Jana se volvió de nuevo sobre sus pasos y corrió en dirección al valle perseguida por los hombres de Pheli.

En el momento en que Jason Gridley tiraba de la cuerda de su paracaídas, un trozo de la hélice, al hacerse añicos, le dio un fuerte golpe en la cabeza. Cuando recobró el sentido, se encontró tendido sobre una hierba muy alta, en un hermoso valle, cerca del cual se abría un desfiladero que se perdía en un país montañoso.

Disgustado por el desgraciado fin que habían tenido sus aventuras en busca de sus compañeros, Gridley se levantó, desembarazándose del paracaídas. Se tranquilizó un tanto al convencerse de que sólo había sufrido una ligera herida en la sien.

Su primer pensamiento fue para el aeroplano, y aunque tenía la certeza de que se había estrellado contra el suelo, se dijo que tal vez pudiera salvar el rifle y las municiones.

De pronto, su atención fue atraída por un coro de salvajes ladridos que sonaba a sus espaldas. Entonces, pudo ver, en una ligera eminencia del terreno, aunque a cierta distancia, cuatro feroces perros lobo de Pellucidar. En nuestro mundo se habría denominado a aquellas bestias hienodontes, y allí se las llamaba jaloks. Eran más

grandes, altos y corpulentos que un perro mastín, con largas y gruesas patas, y enseñaban con gesto de espantosa ferocidad sus poderosos colmillos.

Jason se dio cuenta, al descubrir a los hienodontes, que estos no le habían visto a él. Al mirar en la dirección en la que lo hacían las fieras, distinguió a una muchacha que corría velozmente hacia los animales, perseguida de cerca por cuatro hombres.

Al sonar en aquel paraje silencioso los ásperos ladridos de los hienodontes, la muchacha se detuvo en seco. Era evidente que hasta aquel momento la infeliz no se había dado cuenta de aquella nueva amenaza; pero, al ver a los hienodontes, la Flor Roja, loca de terror, pareció encogerse, volviendo luego la cabeza para mirar a sus perseguidores.

Los hienodontes empezaron a avanzar entonces hacia la muchacha con un ligero trote. La joven miró a su alrededor con ademán enloquecido. No tenía más que una vía de escape y, al echar a correr en aquella dirección, descubrió a Gridley. De nuevo se detuvo y vaciló.

Jason comprendió la naturaleza de la duda que embargaba a aquella muchacha salvaje. Perseguida por los que para ella eran enemigos conocidos, veía interrumpido su camino por otro, extraño y misterioso, que le cortaba la única retirada posible.

Entonces Gridley, obrando impulsivamente y de acuerdo con el código que había regido siempre todas sus acciones, corrió a su vez hacia la joven, a la vez que le gritaba palabras de aliento y la animaba a que se acercase a él.

Skruk y sus compañeros la acosaban por detrás y por la derecha; a su izquierda se encontraban los jaloks. Entonces, la muchacha, optando por arrojarse en brazos del peligro desconocido antes que caer en manos de Skruk o en las garras de las bestias, echó a correr hacia Gridley, perseguida cada vez más de cerca por las cuatro fieras y los cuatro hombres.

Gridley, corriendo a su vez hacia la muchacha, desenfundó uno de sus Colts 45.

Jana tropezó en ese instante y cayó al suelo, en el momento en el que uno de los hienodontes estaba a punto de darla alcance. Pero Gridley disparó y la bestia rodó por el suelo, cayendo encima de la muchacha.

Al oír el ruido del disparo, que ni hombres ni bestias habían escuchado jamás, los hienodontes se detuvieron en seco y los hombres les imitaron.

Apartando rápidamente el cadáver del hienodonte, Gridley ayudó a la muchacha a levantarse, pero Jana, con un movimiento fulgurante, sacó del cinto su cuchillo de sílice. Jason nunca supo lo cerca lo cerca que estuvo en aquel instante de la muerte, ya que para Jana cualquier hombre que no fuera de Zoram era un enemigo natural. La ley más simple y elemental impulsaba a la muchacha a matar antes de que la mataran. Sin embargo, cuando se disponía a hundir su cuchillo en el cuerpo del enemigo, vio algo en los ojos y en el rostro de aquel hombre que no había visto hasta entonces en ningún otro rostro ni ojos humanos. Con tanta claridad como si se lo hubiera

expresado en palabras, comprendió que aquel desconocido había venido a prestarla ayuda, a salvarla; que era un amigo antes que un enemigo. Así, aunque aterrada por el humo y el estrépito de aquella cosa inexplicable, aquel corto palo que aún empuñaba el desconocido, que había causado en hombres y fieras un efecto cercano al pavor, la muchacha se dio cuenta que aquel había sido el medio empleado por su salvador para protegerla de sus perseguidores.

Jana bajó su cuchillo, y al ver que el hombre le sonreía, la Flor Roja de Zoram le sonrió a su vez.

Ambos permanecieron inmóviles un instante en aquella actitud. Por fin, Gridley la levantó, pasándole un brazo por la espalda y sosteniéndola con gesto protector, mientras volvía la cabeza para mirar a los perseguidores de Jana, que, luego de haberse detenido durante un momento, ahora vacilaban, como si se dispusiesen a volver al ataque.

No obstante, dos de los hienodontes habían reparado en Skruk y sus compañeros, mientras el tercero se acercaba lentamente hacia Jana y Jason, mostrando en un gesto horrible sus afilados colmillos.

Los hombres de Pheli se habían puesto en guardia para detener el ataque de los jaloks, retrocediendo un poco y disponiendo sus garrotes. Al cargar los hienodontes, dos de los hombres arrojaron sus armas contra cada una de las bestias. Skruk disparó la suya con fuerza hercúlea contra la fiera que le atacaba, rompiendo una de las patas delanteras del animal, que cayó al suelo. Entonces, otro de los compañeros de Skruk saltó junto a la desplomada bestia y le descargó un furioso aluvión de golpes en la cabeza.

El garrote dirigido al otro hienodonte, dio al animal en un flanco, pero no llegó a detener el ímpetu de la fiera, que se precipitó sobre el hombre, cuya única defensa era ahora su cuchillo de sílice. Pero otro de sus compañeros corrió en su ayuda, alzando en el aire su garrote, al tiempo que Skruk y el cuarto de los jóvenes acudían también en auxilio del atacado.

La salvaje batalla entre hombres y bestias pasó inadvertida para Jason Gridley, cuya atención estaba centrada únicamente en el cuarto perro lobo, que se acercaba hacia Jana y hacia él con aire amenazador.

Jana, comprendiendo que la atención de los hombres estaba concentrada en defenderse de los jaloks, se dijo que aquel era el momento ideal para escapar. Sentía el brazo del desconocido en su cintura, pero con una presión dulce y suave, tan suave que a la muchacha no le costaría nada liberarse y escapar. Sin embargo, había algo en la presión de aquel brazo que comunicaba a Jana una sensación de protección y seguridad como jamás había sentido desde que había dejado las cavernas de su pueblo. Tal vez fuese el instinto protector del hombre sobre la mujer; pero fuera lo que fuese, la muchacha no huyó, sino que optó por permanecer inmóvil, sintiéndose

allí más segura y protegida que en cualquier otro lugar.

Entonces, el cuarto hienodonte se lanzó al ataque, pero fue contenido por un nuevo disparo del Colt. La bestia rodó por el suelo, pero sólo por un instante, ya que enseguida se levantó, enloquecida por el dolor y haciendo frente a la muerte. De su hocico hediondo surgía una baba viscosa cuando se lanzó a la garganta de Gridley.

De nuevo sonó un disparo, y esta vez Jason rodó por el suelo debido al ataque del hienodonte, mientras los hombres de Pheli remataban a la segunda de las bestias que les habían atacado.

Gridley sintió la garra del animal sobre su garganta, mientras que con la otra le inmovilizaba el brazo, y esperó la muerte. Pero las garras del hienodonte no llegaron a abatirse sobre la carne del hombre, que, de repente, se liberó con relativa facilidad del peso del monstruo. Al levantarse, pudo ver como la muchacha tiraba de su pequeña lanza con punta de sílice, que se hallaba clavada en el cuerpo del hienodonte.

Gridley no supo si fue su último disparo o el lanzazo de la valiente muchacha lo que había rematado a la bestia, pero experimentó una inmensa admiración hacia aquella, que permanecía a su lado sin haber perdido ni el equilibrio ni la serenidad durante la batalla.

Los cuatro hienodontes yacían muertos, pero la inquietud de Jason no había desaparecido ni mucho menos, porque apenas se acababa de levantar tras la muerte del segundo hienodonte, cuando la muchacha, agarrándole por el brazo, le indicó algo a su espalda.

—¡Vienen! —dijo Jana al mismo tiempo—. ¡Vienen! ¡Te matarán y me llevarán con ellos! ¡Oh, no les dejes que lo hagan!

Jason no comprendió ni una palabra de lo que ella decía, pero adivinó por la actitud de la muchacha y por la aterrada expresión de su bello rostro que los cuatro hombres que ahora se acercaban le inspiraban más terror que los hienodontes. Gridley se dio cuenta de lo que ocurría al ver el horrible aspecto de aquellos seres peludos que avanzaban hacia ellos. En sus rostros no se leía ninguna pasión, ni siquiera mostraban la furia que antes había visto en las bestias, lo que era curioso de observar al comparar al hombre con las llamadas especies inferiores.

Entonces, Gridley apuntó con su revolver hacia el primero de los que avanzaban, que no era Skruk.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Vuestros feos rostros asustan a la chica!

—¡Yo soy Gluf! —repuso el hombre de Pheli—. ¡Voy a matarte!

—Si pudiera entender lo que dices, estaría de acuerdo contigo —dijo a su vez Gridley, sonriendo—, pero tus enormes patillas y tu rostro peludo y pequeño hacen que me parezcas un borracho.

No quería matar al hombre, pero era consciente de que no podía dejarle que se

acercara mucho. Sin embargo, los escrúpulos que le impedían matar a aquel individuo no eran compartidos por la muchacha, que hablaba atropelladamente, impulsándole a todas luces a la acción. Cuando se dio cuenta de que él no la entendía, se atrevió a tocar ligeramente el cañón del arma de Jason, señalando a continuación con un dedo extendido hacia Gluf.

El hombre se encontraba ahora a sólo quince pasos de ellos, y Jason observó que los otros empezaban a rodearles. Sabiendo que tenía que hacer algo, disparó su arma, pero apuntando por encima de la cabeza de Gluf. Al oír el disparo, los cuatro guerreros de Pheli se detuvieron asustados; pero al ver que ninguno de ellos estaba herido, estallaron en gritos y amenazas, y Gluf, queriendo apoderarse cuanto antes de la muchacha para poder regresar a su país, reanudó su avance, al tiempo que agitaba su garrote por encima de la cabeza. Entonces Jason, muy a pesar suyo, apuntó y disparó. Gluf se detuvo en seco, se irguió como si lo hubiera alcanzado un rayo, se giró y cayó de bruces.

Volviéndose de nuevo hacia los otros, Gridley disparó de nuevo, temiendo que los garrotes de los salvajes les pudieran alcanzar. Otro hombre rodó por la hierba, y entonces, Skruk y el individuo que quedaba se dieron la vuelta y huyeron.

—¡Demonios! —exclamó Gridley, luego de lanzar una mirada a los cuerpos de los hienodontes y de los salvajes caídos—; ¡este es un hermoso país, pero debe de ser difícil llegar hasta aquí para contemplar tanta belleza!

La Flor Roja de Zoram le miraba mientras tanto con ojos admirativos. Todo en el desconocido despertaba su interés, excitaba su curiosidad y estimulaba su imaginación. No se parecía en nada a los demás hombres que había visto hasta entonces. Nada de lo que llevaba encima se parecía ni remotamente a lo que ella había visto llevar a otros hombres. Aquella arma que arrojaba humo y fuego, acompañados de un terrible estrépito, la llenaba de admiración y temor; pero lo que colmó todo su asombro fue el no sentir miedo de aquel hombre, porque para ella el temor ante los desconocidos no sólo era instintivo, sino que desde su más tierna infancia la habían inculcado que debía de huir de todos los hombres que no fueran de su propia tribu, y escapar de su lado a la mínima ocasión. Tal vez había sido la sonrisa de aquel hombre lo que la había desarmado, o tal vez el brillo y la expresión de amistad y protección que había en sus ojos, y que la hacía sentirse tranquila y se ganaba la confianza de la muchacha. Fuera lo que fuera, lo cierto es que la Flor Roja de Zoram no hizo esfuerzo alguno por escapar del lado de Jason Gridley, que se encontraba a su vez completamente perdido en un mundo extraño, y que además era lo suficientemente loco para haber añadido a tantos peligros y responsabilidades como le rodeaban, la protección de una muchacha desconocida y salvaje, joven y hermosa, que no comprendía ni una sola de sus palabras y que no se podía tampoco hacer entender por Gridley.



Capítulo VIII

Jana y Jasón

Tar-gash y Thoar miraban asombrados los restos del aeroplano, mientras Tarzán se precipitaba a buscar el cuerpo destrozado del piloto. El hombre mono experimentó una sensación de alivio, al comprobar que allí no había cadáver alguno, y unos instantes después descubrió sobre la alta hierba del prado, las huellas de unas pisadas que se alejaban en dirección opuesta a aquella en que había caído el aeroplano, unas huellas hechas por pies calzados con botas, y que Tarzán reconoció inmediatamente como las de Jason Gridley. Aquello le indicaba que el americano no sólo no había muerto en el accidente, sino que ni siquiera estaba malherido.

A este descubrimiento le siguió otro que le intrigó sobremanera: al lado, y mezcladas con las huellas de Gridley, había otras más pequeñas hechas por unos pies calzados con sandalias.

Un examen más detenido del terreno hizo comprender a Tarzán que dos personas, una de ellas Gridley y la otra aparentemente una joven de alguna tribu de Pellucidar que acompañaba al aviador, se habían aproximado al aeroplano después de haberse estrellado este, habían permanecido cerca del aparato durante algún tiempo, y luego habían vuelto a marcharse por el mismo sitio por donde habían venido. Con estos indicios en su poder, era cosa fácil para Tarzán seguir el rastro del aviador y de su acompañante.

A tenor de los detalles, parecía que Gridley se había visto obligado a abandonar el aeroplano en pleno vuelo, y que había descendido con el paracaídas sin novedad; pero lo que no podía adivinar Tarzán era dónde, cuándo y en qué circunstancias había podido encontrar Gridley a su compañera.

Le costó gran trabajo a Tarzán arrancar a Thoar del lado del aeroplano, ya que el extraño artefacto había llenado al salvaje de gran curiosidad, y no se cansaba de hacer preguntas y más preguntas.

A Tar-gash, en cambio, le sucedía lo contrario. El gorila había mirado los restos del aparato con débil interés y desconfiada curiosidad.

—¿Qué es esto? —se limitó a preguntar.

—Esto es lo que pasó antes por encima de nosotros, y que tú decías que era un reptil volador —contestó Tarzán—. Ya te dije que aquí iba uno de mis amigos. Algo le ocurrió, y esta cosa cayó a tierra, pero mi amigo ha escapado sin ser herido.

—¿No tiene ojos esto? —preguntó el gorila—. ¿Cómo podía ver para volar?

—Esto no era un animal, no tenía vida —contestó Tarzán.

—Pues yo le oí rugir —dijo el gorila, sin poderse convencer de que aquello no era un animal, un ser que tenía vida antes de la catástrofe que había acabado con él.

Finalmente dejaron el aeroplano, y apenas habían avanzado una corta distancia siguiendo las huellas de Jason y Jana, cuando encontraron el cadáver de un enorme pteranodonte. Su cabeza aparecía medio aplastada, machacada y casi separada del cuerpo, y en ella se veía clavada una gran astilla de pulida madera que Tarzán reconoció inmediatamente como un fragmento de la hélice del aeroplano. Entonces Tarzán adivinó inmediatamente la causa de la catástrofe sufrida por Gridley.

Media milla más lejos encontraron nuevas evidencias que confirmaron la opinión de Tarzán, pero algunas de ellas muy inquietantes: un paracaídas totalmente extendido yacía sobre la hierba, y a corta distancia se veían cuatro hienodontes muertos y los cadáveres de dos hombres peludos.

Al examinar unos y otros, Tarzán pudo comprobar enseguida que los hombres y dos de las bestias habían muerto a consecuencia de las balas de un arma de fuego. Por todas partes se veían, marcadas sobre la hierba, las huellas de las sandalias de la compañera de Gridley. Tarzán, con su perspicacia y su experiencia, comprendió de inmediato que otros dos hombres, también salvajes nativos de aquel país, habían tomado parte en la batalla que se había librado en aquel prado. También dedujo que los dos hombres eran de la misma tribu que los que yacían muertos sobre la hierba, ya que las huellas de las sandalias correspondían exactamente a las que calzaban los cadáveres, mientras que las de la compañera de Gridley eran totalmente distintas.

Examinando el terreno, Tarzán descubrió rápidamente que los dos hombres que habían huido lo habían hecho en dirección a un desfiladero cercano, mientras que Jason y su compañera se habían dirigido entonces hacia el lugar en el que se encontraban los restos del aeroplano. Luego habían regresado, marchándose finalmente hacia las montañas, pero mucho más hacia la derecha del camino que habían tomado los indígenas fugitivos.

Thoar estaba también muy interesado en las diferentes huellas que aparecían sobre la hierba del llano donde se había librado la batalla, pero no dijo nada hasta que Tarzán hubo concluido sus investigaciones.

—Aquí ha habido cuatro hombres y una muchacha, o un joven, con mi amigo —dijo al fin Tarzán.

—Los cuatro hombres eran de la tribu de Pheli, y la otra, una muchacha de Zoram —aclaró Thoar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tarzán siempre deseoso de completar sus conocimientos sobre todo lo referente a las selvas, llanuras, huellas y demás.

—Las sandalias de las gentes del llano no se ajustan tan bien al pie como las de las gentes de las montañas —contestó Thoar—; además la suela de aquellas es mucho más fina, al ser hecha con la piel del thag, mientras que las de los montañeses está hecha con la piel del Maj, una de las variedades del tandor, que es mucho más dura y más gruesa, para poder caminar por los terrenos de piedras y granito. Si observas las

huellas de la muchacha de Zoram, verás que las sandalias aparecen casi nuevas, mientras que las suelas de las de los muertos están gastadas y llenas de agujeros.

—¿Se halla Zoram muy lejos de aquí? —preguntó Tarzán.

—No —contestó Thoar—. Está más allá, en aquellas primeras montañas que se divisan frente a nosotros.

—Cuando nos encontramos, tú me dijiste que eras de Zoram, Thoar —dijo Tarzán.

—Sí —repuso Thoar—; Zoram es mi pueblo.

—En ese caso, ¿conoces a la joven que acompaña a mi amigo?

—Sí; es mi hermana —contestó Thoar.

Tarzán de los Monos miró vivamente y con sorpresa a Thoar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—He encontrado sus huellas en un sitio donde no había hierba, sino sólo polvo y tierra removida, y he podido reconocer sus sandalias. La forma en la que están trabajadas y el corte especial de su suela han hecho que la reconociera enseguida. Además, cada tribu tiene una especie de marca especial en la suela; así, por ejemplo, la tribu de Zoram tiene en la suela de la sandalia izquierda tres pequeños cortes característicos, como mellas, que sirven para distinguirnos.

—¿Pero qué hacía tu hermana tan lejos de su país natal, y cómo es que viaja en compañía de mi amigo?

—Es sencillo —contestó Thoar—. Estos hombres de Pheli han intentado capturarla; uno de ellos debía quererla como esposa, pero mi hermana escapó, y la debieron perseguir a través de las Montañas de Thipdars, llegando hasta aquí, a las llanuras, donde se encontraron con los jaloks. Entonces llegó tu amigo, mató a las bestias y a dos de los hombres de Pheli, e hizo huir a los otros dos. Es evidente que mi hermana no pudo escapar de él, y tu amigo se la ha llevado consigo.

Tarzán de los Monos sonrió.

—Las huellas no parecen indicar que tu hermana haya hecho ningún esfuerzo para escapar del lado de mi amigo —dijo.

Thoar se quedó indeciso.

—Es verdad —contestó—, y no lo entiendo. Las mujeres de mi tribu nunca se emparejan con extranjeros, y además Jana, mi hermana, preferiría que la mataran antes que aceptar a un hombre que no fuera de Zoram o de las Montañas de Thipdars. Se lo he oído decir en muchas ocasiones, y mi hermana no es de las que hablan por hablar.

—Mi amigo no se la habría llevado con él a la fuerza —dijo Tarzán—. Si ella se ha ido con él, lo ha hecho voluntariamente. Creo que, si llegamos a encontrarlos, comprobaremos que mi amigo simplemente va acompañando a tu hermana en su regreso hacia Zoram, pues él nunca dejaría que una mujer viajase sola y desamparada

por medio de las montañas.

—Ya veremos —murmuró Thoar—. Pero si se ha llevado a Jana contra su deseo, tu amigo morirá.

Mientras Tarzán, Tar-gash y Thoar seguían el rastro de Jana y Jason, un grupo de hombres, llenos de desaliento, caminaban por el extremo de las Montañas de Thipdars, a cincuenta millas al Este de donde se encontraban Tarzán y sus compañeros, penetrando luego en el Gyor Cors, o gran llanura de los gyors.

El grupo se componía de diez guerreros negros y un hombre blanco, e, indudablemente, jamás en la historia de la humanidad once hombres se habían encontrado tan completa e irremediabilmente perdidos como aquellos.

Muviro y sus guerreros, los más hábiles rastreadores de huellas que nunca hubo, estaban descorazonados y desesperados al descubrir su impotencia para encontrar el camino que les llevase de vuelta con sus compañeros.

La ciega huida de las bestias enloquecidas por el miedo, y de la que los waziris y von Horst habían escapado milagrosamente, había borrado de tal modo del suelo las huellas del grupo humano, que los negros no pudieron volver a encontrar el camino por el que habían llegado hasta allí, y aunque todos tenían la seguridad de que no se habían alejado mucho de la famosa explanada, lo cierto es que no pudieron volver a encontrarla. Por eso von Horst hacía ahora que todos marchasen por campo abierto, con la esperanza de que los compañeros del dirigible, que no dejarían de salir en su búsqueda, pudieran encontrarlos.

A bordo del O-220, el grave temor que había nacido entre los oficiales y la tripulación por la suerte de los trece miembros desaparecidos se convirtió en una profunda convicción de que les había ocurrido alguna desgracia, al ver que, transcurrido un tiempo prudencial, tampoco Gridley regresaba con su aeroplano.

Entonces, el capitán Zuppner se decidió a enviar una nueva partida al mando del teniente Dorf en busca de sus compañeros ausentes; pero al cabo de setenta horas, el grupo volvió al dirigible para comunicar al capitán su completo fracaso. La partida había seguido el sendero selvático, hasta llegar a una gran explanada en la que habían encontrado numerosos chacales devorando los putrefactos cuerpos de varios animales; pero a partir de allí no pudieron descubrir rastro alguno de sus compañeros.

En la ida y en la vuelta, la partida había sido acosada por los enormes tigres de Pellucidar, con tanta ferocidad, que Dorf, al regresar al dirigible, le dijo al capitán que existían grandes posibilidades de que todos los compañeros que faltaban hubiesen sido devorados por los grandes felinos.

—Hasta que no tengamos prueba evidente de ello —dijo el capitán—, no hay que perder la esperanza, ni desistir de encontrarlos vivos o muertos. Y eso no se puede conseguir permaneciendo aquí.

Ya no había nada que impidiera la salida del dirigible. Empezaron a hacerse los

preparativos para la partida; se pusieron los motores en movimiento y comenzaron a vaciarse los tanques respectivos. En el momento en que el inmenso dirigible empezó a despegar del suelo, el cocinero negro escribió estas palabras en su cuadernillo de notas: “Salimos a mediodía”.

Cuando Skruk y su compañero, huyeron dejando dueño del terreno al victorioso Jason, este guardó su revólver y se volvió hacia Jana.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? —le preguntó.

Ella hizo un dulce gesto de negación.

—¡No te entiendo! —contestó—. Tú no hablas el lenguaje de los gilaks.

Jason permaneció indeciso.

—En vista de que no nos podemos entender el uno al otro —murmuró—, y que por ahora no vamos a poder entablar una conversación, voy a echar un vistazo a mi aeroplano, y a rogar a todos los dioses que mi rifle y las municiones estén a salvo. Ya es una gran suerte el que no se haya incendiado, porque si no habría visto las llamas o el humo, toda vez que no debe haber caído muy lejos de aquí.

Jana le escuchó atentamente, y luego repitió su movimiento en señal de negación.

—Ven conmigo —dijo Gridley a continuación, avanzando hacia el sitio en que creía que debía haber caído el aeroplano.

—No, no; por ahí, no —dijo Jana, que corriendo hacia su salvador, le cogió de un brazo, intentando detenerle, al tiempo que señalaba hacia las montañas en las que se encontraba el país de Zoram.

Jason intentó la difícil tarea de explicar a la muchacha, mediante un lenguaje de señas y gestos, que estaba buscando los restos del aeroplano que debía de haber caído cerca de allí; pero cuando se convenció de que era imposible, acabó por sonreír, y cogiendo a Jana de una mano, tiró de ella llevándola en la dirección que quería seguir.

Una vez más, aquella dulce sonrisa del hombre desarmó a la Flor Roja de Zoram, y aunque la muchacha sabía que su salvador la llevaba en dirección opuesta a su poblado, se dejó conducir, si bien experimentando una gran extrañeza al no sentir ningún miedo ni desconfianza de aquel extraño que había caído del cielo, y sin explicarse tampoco porque se dejaba llevar voluntariamente por él, que ni siquiera debía ser un gilak, pues no hablaba la lengua de éstos.

Media hora de búsqueda bastó para que Jason y la muchacha encontraran los restos del aparato, que había sufrido mucho menos daño del que Gridley esperaba.

Era evidente que al caer debía haberlo hecho planeando, y aunque desde luego sus múltiples averías no podrían repararse allí ni mucho menos, Jason se alegró de que no hubiera ardido en llamas, ya que gracias a ello pudo recuperar su rifle y sus municiones, que no habían sufrido daño alguno.

Jana se interesó vivamente por el aeroplano, y se puso a examinar el aparato minuciosamente. Nunca en su vida había sentido tal necesidad de preguntar, porque

jamás tampoco había sentido tanta curiosidad por algo, como la que le inspiraba aquella cosa extraña y misteriosa. Y teniendo a su lado a la única persona que podía contestar sus preguntas y saciar su curiosidad, no podía hacerlo porque aquel hombre no la entendía. Por un instante sintió rabia, pero, de pronto, él levantó la cabeza, la sonrió, y estrechó su mano con dulzura; entonces la muchacha, irresistiblemente, le sonrió a su vez, olvidando todo.

—Y ahora —dijo Jason—, ¿dónde vamos? A mí, me da lo mismo un sitio que otro.

Considerándose absolutamente perdido, Gridley se decía que la única esperanza de volver a reunirse con sus compañeros radicaba en que éstos le vieran desde el dirigible; y como esto en realidad iba a resultar difícil, lo mismo le daba dirigirse al norte, al sur, al este o al oeste. En una hora el dirigible podía recorrer una distancia igual a la que él recorrería en varios días del mundo exterior. Aunque ahora se alejara en dirección opuesta al lugar en el que había aterrizado el dirigible, Gridley nunca podría alejarse lo suficiente para que el O-220 no le alcanzara en cualquier punto, si daba la casualidad de que pasara cerca de donde él se encontrase.

Entonces, sonriendo a la muchacha, señaló primero en una dirección y luego en otra, queriendo hacerle entender que él estaba dispuesto a ir hacia donde ella decidiese. Y Jana, comprendiendo el significado de aquellas señas, indicó hacia las altas Montañas de Thipdars.

—Allí está Zoram, mi país —dijo la muchacha.

—Tu lógica es abrumadora, como incomprensibles para mí son tus palabras —murmuró Jason, sonriendo a su vez—. Y no sé lo que daría por entenderte, preciosa amiga, porque con ese lindo rostro y esos dientes tan blancos, no se pueden decir más que cosas interesantes.

Jana no quiso añadir más, y emprendió la marcha hacia el país de Zoram, mientras a su lado caminaba Jason Gridley de California.

La inquieta mente de Jana había estado trabajando activamente, hasta llegar a la conclusión de que no podía resistir mucho más tiempo la tortura que suponía su curiosidad insatisfecha. Tenía que encontrar la manera de comunicarse con el interesante extranjero, y para ello lo mejor que se le ocurrió fue enseñarle su propio idioma. ¿Pero cómo empezar? Jamás ni ella ni nadie de su tribu habían tenido la necesidad de enseñar a nadie su lengua, pues en Pellucidar todos la hablaban, y hasta ahora jamás se le había ocurrido que pudiera necesitar enseñársela a alguien. Si podéis llegar a imaginaros el mundo en el que tenía que desenvolverse la muchacha, concederéis que desde luego aquella joven de la Edad de Piedra poseía una gran inteligencia innata. La cosa no era tan fácil, sino que requería una gran inteligencia y suma habilidad. Darle sino, a un hombre que jamás la haya visto, una máquina de vapor, y decirle que la ponga en marcha. Pero la magnitud de la recompensa la

espoleaba, porque no se puede dejar la curiosidad insatisfecha, y más si se trata de una linda joven y el objeto de su curiosidad es un hombre guapo y varonil. Las modas pueden cambiar infinitas veces, pero la naturaleza humana es inmutable.

Así, la Flor Roja de Zoram se señaló el pecho con uno de sus dedos finos y bronceados.

—¡Jana!, ¡Jana! —dijo varias veces.

A continuación miró a su acompañante, y levantó las cejas en un gesto de interrogación. El americano lo entendió todo al momento.

—¡Jason!, ¡Jason! —contestó.

Y de aquel modo, comenzó la lenta y difícil tarea, mientras ambos se dirigían hacia las laderas de las Montañas de Thipdars.

Tenían que andar mucho hasta llegar hasta las elevadas montañas pero, por fortuna, la llanura que iban recorriendo y las bajas colinas en las que ahora se encontraban, eran abundantes en agua, que a través de corrientes y barrancos descendía hacia el valle. En éste también abundaban frutas y plantas comestibles que conocía muy bien Jana, así como la caza.

De camino hacia Zoram, Jason tuvo la oportunidad de estudiar más detenidamente a su compañera, llegando a la conclusión de que la naturaleza había llegado a la cima de la perfección dando nacimiento a aquella bellísima muchacha salvaje. Todo en ella hablaba de belleza y simetría; la Flor Roja de Zoram era un verdadero poema de hermosura. Además de una preciosa boca, Jason tenía que conceder que no eran menos atractivos los ojos, la nariz o cualquiera de sus evidentes encantos. Y cuando la muchacha le ayudó a desollar una pieza de caza, con un tosco cuchillo de piedra, y dispuso la comida, o cuando vio la celeridad y la destreza con la que preparaba y encendía un fuego, valiéndose de los utensilios más primitivos, o cuando vio su maravillosa habilidad para descubrir nidos en los que había huevos y lugares en los que crecían plantas y frutas comestibles, se convenció de que las perfecciones de aquella chiquilla encantadora y salvaje no eran sólo físicas, y experimentó un ansioso deseo de comunicarse con ella y de aprender su lenguaje, aunque comprendía que luego su desilusión y su desengaño serían grandes al comprobar lo limitado de la mente de Jana.

Cuando la muchacha estaba cansada, hacía una especie de lecho rústico de ramas y hojas bajo un árbol, se echaba allí y se quedaba inmediatamente dormida, mientras Gridley quedaba de vigilancia para evitar los peligros de aquella tierra primitiva y salvaje. Casi tan a menudo como Gridley disparaba contra las piezas para procurar carne y comida para ambos, tenía que hacerlo contra las bestias y los animales que les asaltaban, hasta el punto que el toparse con el peligro y la muerte era una cosa tan corriente en su avance, como lo es para los peatones de las grandes urbes de nuestro mundo el esquivar y librarse de las congestiones del tráfico.

Cuando Jason sentía sueño, Jana se quedaba vigilando; otras veces no dormían ninguno y se limitaban a sentarse o a echarse bajo un gran árbol donde se sentían más y mejor protegidos contra los peligros de las selvas y, sobre todo, de los feroces thipdars que daban nombre a aquellas montañas. Aquellos espantosos y terribles reptiles voladores constituían una constante amenaza, pero tan maravillosamente había la naturaleza dotado a los demás seres de una defensa contra ellos, que Jana podía oír su poderoso vuelo mucho antes de que los reptiles pudieran acercarse y descubrirlos.

Jason no tenía idea ni podía calcular el tiempo que había transcurrido desde que se encontrara con la muchacha, aunque estaba seguro de que en nuestro mundo habría sido mucho, cuando llegaron ante un obstáculo que parecía infranqueable. Jason había aprendido ya algunas palabras y frases en la lengua de Jana, y ambos empezaban a entenderse, con gran delicia por parte de la muchacha.

Ahora se encontraban al borde de un profundo desfiladero, excavado durante miles de años por las lluvias y las corrientes que descendían desde las cumbres, y que parecía impedir cualquier acceso desde el valle a las montañas hacia las que ahora se dirigían.

Jana buscó durante largo tiempo un lugar adecuado para descender al fondo del abismo. No quería continuar hacia la izquierda por temor a que aquella dirección les llevara hacia el cañón donde la habían perseguido Skruk y sus compañeros y se encontraran con los hombres de Pheli. Así, guió a Jason hacia la derecha, buscando siempre el sitio más conveniente para poder descender al fondo del desfiladero.

Jason comprendió que tardaban mucho más tiempo así, pero también se dio cuenta de que en Pellucidar el tiempo carecía de importancia. No había que contar con el tiempo por la sencilla razón de que allí no existía, y a Jason le causó una infinita sorpresa observar que él, que siempre había sido esclavo del tiempo, aceptaba con tanta facilidad y alegría aquella existencia sin responsabilidades y tan sencilla de asimilar de Pellucidar. No sólo influía esto en él, sino también el hecho de que su vida allí carecía de ocupación, de objeto o trabajo alguno que cumplir. Al no existir el tiempo, allí no se sentía uno responsable de nada, ya que era el tiempo lo que hacía sentirse al hombre como un esclavo, y lo que originaba su castigo o su recompensa. Pero donde no existe el tiempo, no existe el futuro. Jason experimentó lo mismo que antes había experimentado Tarzán, al pensar en la suerte de sus compañeros extraviados. Lo que le hubiera ocurrido a los infelices les habría ocurrido de todos modos ya, y él, Jason Gridley, no podía evitarlo. No podía llegar a su lado y, por tanto, no podía ayudarles en nada. Y ya que allí no existía el tiempo ni, en consecuencia, la noción de futuro, ¿quién podía hacer planes para el porvenir?

Gridley apartó de su mente aquellos pensamientos atormentadores y se quedó contemplando con delicia el bellissimo perfil de su amiga.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó la Flor Roja, pues ahora ya eran capaces de entenderse el uno al otro.

Gridley se sintió un tanto confuso, apartando la vista de la muchacha. La pregunta de la Flor Roja, formulada a bocajarro, le hizo darse cuenta de que, en efecto, hacía largo rato que la estaba mirando. Fue a contestar algo, pero vaciló y se detuvo. Sí, ¿por qué miraba tanto a la muchacha? ¿Sería demasiado inocente decir que porque la encontraba muy linda!

—¿Por qué no dices nada, Jason? —insistió Jana.

—¿Decir qué? —preguntó él.

—Lo que hay en tus ojos cuando me miras.

Gridley la miró ahora asombrado. Sólo un estúpido no habría entendido el sentido de las palabras de Jana, y Jason no era un imbécil en modo alguno.

¿Era posible que él hubiera estado contemplándola con aquella intención? ¿Es que se habría vuelto loco de remate, para estar acariciando semejantes pensamientos con respecto a aquella muchacha salvaje que apenas conocía, que cogía la carne cruda con ambas manos y la desgarraba con sus dientes de lobezna como una fiera del bosque? ¿Sería posible que sus ojos hubieran dicho a aquella chiquilla bárbara y salvaje, que él acariciaba pensamientos de amor y ternura hacia ella? Y entonces, los prejuicios de miles y miles de años de civilización y cultura surgieron en su pecho, con un sentimiento de horror ante tal idea.

En la imaginación de Jason Gridley surgió el recuerdo y la imagen de la altiva Cynthia Furnois de Hollywood, la hija del famoso director Abe Furnois, más conocido como Abe Fink. Recordó la meticulosidad con que Cynthia observaba las modas, los rituales sociales y su perfección como deportista, que había causado más de una vez sorpresa y admiración al propio Jason. También recordó la belleza aristocrática y la elegancia de Bárbara Green, la hija de John Green, el millonario de Texas, pues aunque el viejo John no tenía ascendientes ilustres, su mujer y Bárbara habían sido exquisitamente educadas, ambas habían estudiado en la Universidad de Coconut Grove, y Bárbara además había pasado dos años en la de Marlborough, de donde había salido hecha una verdadera señorita.

También era verdad que Cynthia era una aristócrata tanto exterior como interiormente, tanto en su porte y trato como en su espíritu, y que el esnobismo y la aristocracia de Bárbara eran artificiales, de ese tipo tan corriente y común en Hollywood que consigue engañar a los más ingenuos.

De todas formas, ambas constituían típicas hijas de la moda y el refinamiento, y al intentar contestar la pregunta de Jana, Jason Gridley se imaginó a la salvaje muchacha comiendo carne cruda como ya la había visto en tantas ocasiones. Jana resultaba una excelente compañera en una aventura como en la que él se encontraba ahora, pero, en cualquier caso, un hombre moderno no iba a quedarse durante toda su

vida en aquel mundo de la edad de piedra, y no sería honesto con Jana si le dijera otra cosa. Si sus ojos habían dicho a la muchacha otra cosa que la dulce y amable camaradería que sentía por ella, Gridley lo sentía profundamente, pero, por el bien de ambos, el americano comprendía que jamás podría existir otra cosa.

Mientras Jason vacilaba buscando la respuesta adecuada, los ojos de la Flor Roja de Zoram buscaron el alma del muchacho en sus pupilas, y luego, lentamente, su bella boca se curvó en una triste sonrisa. Quizás era una muchacha salvaje de la edad de piedra, pero no era tonta, y, además, era mujer.

Entonces, lentamente, Jana irguió su linda y perfecta figura y se apartó de Jason dirigiéndose hacia la parte del desfiladero por la que había descendido cuando la perseguían Skruk y sus compañeros.

—¡Jana! —exclamó Gridley—, ¡no te enfades! ¿Adónde vas?

La muchacha se detuvo y, levantando altivamente su rostro, miró fríamente al americano, por encima de uno de sus perfectos hombros.

—¡Sigue tu camino, jalok! —contestó—. ¡Jana seguirá el suyo!





“Tarzán estaba a punto de caer en el nido, cuando, de pronto, des-cargó un terrible golpe con su cuchillo, claván-dolo en pleno pe-cho del thipdar.” (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo IX

En el nido del thipdar

Sobre los altos picos de las Montañas de Thipdars se vislumbraban en aquel momento unas nubes negras y amenazadoras que pronto se esparcieron por el Este y el Oeste.

—Las lluvias van a volver —dijo Thoar—. Las aguas van a caer pronto sobre Zoram y enseguida estarán aquí.

La luz se iba haciendo cada vez más turbia y opaca, y pronto las nubes acabaron por oscurecer y tapar el eterno sol sobre las cabezas de los tres viajeros.

Tarzán vio ahora un paisaje nuevo, un paisaje sombrío, hosco y terrible. Era la primera vez que veía la tierra de Pellucidar sin sol, y, la verdad, no era nada grato. El efecto del cambio era muy notable sobre la actitud de Thoar y Tar-gash, que parecían silenciosos y cabizbajos, como si estuvieran atemorizados. No sólo eran los hombres los afectados por aquel cambio y por la ausencia del sol, pues desde las altas montañas empezaron a descender hacia las llanuras, en busca del sol y de la luz, toda clase de animales y bestias, tan aterrados y presurosos, que los carnívoros más feroces caminaban o corrían al lado de sus presas favoritas. Todos ellos pasaban cerca de los tres viajeros sin hacerles el menor caso.

—¿Por qué no nos atacan, Thoar? —preguntó Tarzán.

—Saben que va a caer la lluvia —contestó Thoar—, y eso les causa un miedo cerval. Olvidan su hambre y sus odios con tal de huir a tiempo del azote del agua.

—¿Tan grande es el peligro? —preguntó el hombre mono.

—No, si conseguimos situarnos en alguna altura —contestó Thoar—. A veces los barrancos y las hondonadas se llenan de agua en un instante. El único peligro que existe al refugiarse en alguna altura, es que los dardos de fuego que disparan las nubes suelen buscar las cimas más altas; pero si nos quedamos en campo abierto no habrá tanto peligro, ya que los dardos de fuego buscan con preferencia los árboles. No hay que situarse nunca debajo de los árboles cuando las nubes arrojan lluvia y dardos de fuego.

Al tapar las nubes el sol, el aire se hizo de pronto frío y desapacible, y los tres caminantes se estremecieron dada su desnudez.

—Recojamos leña, y hagamos un fuego para calentarnos —aconsejó Tarzán.

En efecto, los tres recogieron leña. Tarzán encendió un fuego, y juntos se sentaron alrededor de las llamas, calentándose, mientras a su lado seguían pasando los animales y bestias de las montañas, que descendían hacia el valle en busca del sol.

Al fin llegó la lluvia; no era una lluvia formada por gotas sueltas, sino mantas imponentes de agua que golpeaban con dureza a los tres viajeros, dejándoles a punto

de asfixiarse. En un instante, barrancos y desfiladeros se convirtieron en rugientes torrentes de agua.

El viento formaba capas espesas con el agua que caía cubriendo todo el suelo, hasta el punto que era imposible distinguir nada a pocos pasos. Animales, presas del pánico, pasaban corriendo velozmente en dirección al llano, constituyendo, en su enloquecida y ciega carrera, la mayor amenaza y el más grande peligro de la tormenta. Los truenos hacían retumbar la tierra, los relámpagos iluminaban téticamente el paisaje, y las bestias corrían cada vez más, espoleadas por el miedo.

Por encima del retumbar del trueno y del gemido cavernoso del viento, se escuchaban los aullidos, los rugidos y el espantoso barritar de los monstruos antediluvianos, de los animales horribles y feroces de la prehistoria, mientras que por el aire cruzaban espantosos reptiles voladores, agitando sus enormes alas en busca del sol y de las llanuras. Los monstruosos pteranodontes pasaban oscilando terriblemente sobre sus colosales alas, vacilando bajo el feroz azote de la lluvia, mientras los tres viajeros corrían como podían alejándose del sitio en donde habían encendido el fuego, cuyas cenizas habían arrastrado y dispersado las aguas.

A Tarzán le pareció que la tormenta duraba mucho tiempo pero, al igual que sus dos compañeros, también estaba acostumbrado a la dureza y a la incomodidad de la vida primitiva. Y en circunstancias en las que un hombre civilizado se habría desesperado maldiciendo a los elementos, los tres hombres primitivos, sentados estoica y silenciosamente de espaldas a la dirección en que venía la borrasca, esperaban pacientemente el fin de la tormenta, sabiendo que sería inútil cuanto intentaran hacer o decir para calmar la furia de la naturaleza.

De no haber sido por el ejemplo que le daban Tarzán y Thoar, Tar-gash habría huido también enloquecido hacia el valle, al igual que las otras bestias, en busca del sol y de la luz. Y no porque él sintiera más temor o pánico que ellos, sino porque se dejaba gobernar más por los instintos que por la razón. Sin embargo, al ver que sus dos compañeros permanecían allí, él se quedó junto a ellos, conforme de permanecer allí, esperando, sumido en la miseria general, el regreso del sol confortador.

Al fin la lluvia empezó a disminuir y el viento a ceder. Las nubes comenzaron a disgregarse, y el sol brilló de nuevo sobre la tierra empapada por todas partes. Los tres hombres salvajes se pusieron en pie, y se sacudieron durante largo rato.

—Tengo hambre —dijo Tarzán.

Thoar señaló a su alrededor, indicando a numerosos animales muertos por la furia de la tormenta en su enloquecida huida.

Ahora hasta el mismo Thoar comió la carne cruda, puesto que no había leña seca con la que encender un fuego, si bien para Tar-gash y Tarzán aquello no supuso ningún sacrificio. Mientras comía, un atisbo de sonrisa cruzó por el rostro de Tarzán. Estaba recordando a cierto atildado y anciano caballero con el que cenara una noche

en Londres, en un elegante club, y al que por poco no le había dado un ataque de apoplejía al ver que el pollo que les presentaba el camarero estaba ligeramente crudo.

Cuando hubieron saciado su hambre, se pusieron en pie para continuar la marcha en busca de Jana y Jason. Pero ahora la furia de las aguas había borrado todo vestigio del rastro que antes habían estado siguiendo.

—No podremos volver a encontrar el rastro de mi hermana y de tu amigo, hasta que lleguemos a donde hayan reanudado la marcha después de la lluvia —dijo Thoar—. A la izquierda hay un profundo desfiladero muy difícil de salvar; frente a nosotros se extiende un gran paso que continua en ambas direcciones hasta la ladera de la montaña; pero a la derecha encontraremos un lugar por el que nos será fácil descender y cruzar al otro lado. Por ahí es por donde deben de haber seguido. Quizá no nos sea difícil encontrar de nuevo su rastro.

Sin embargo, aunque así lo hicieron, llegando hasta las montañas, y empezando a subir en dirección a los altos picos, no encontraron ningún rastro de Jana y Jason.

—Tal vez hayan regresado a tu pueblo por otro lado —apuntó Tarzán a Thoar.

—Quizá —admitió este—. Sigamos hasta Zoram; no podemos hacer otra cosa. Una vez allí, los guerreros de mi tribu nos ayudarán a buscarlos.

Mostrando el camino hasta las cumbres a sus compañeros, Thoar recorría sendas seguidas durante miles de años por las bestias de las montañas. En otras ocasiones, les llevaba por paredes y desfiladeros terribles, escalando tajos que obligaban a pensar a Tarzán que era milagroso ascender por ellos sin despeñarse al abismo.

Al llegar a una alta y desolada cima, los tres viajeros, después de conseguir unos huevos del nido de un thipdar, se hallaban comiéndoselos, cuando, de repente, Thoar aguzó el oído con inquietud y escuchó. Al fino oído de Tarzán llegó un rumor leve y lejano, semejante al batir de unas alas enormes.

—¡Un thipdar! —exclamó Thoar—. ¡Y no tenemos sitio donde escondernos!

—¡Somos tres! —dijo Tarzán—. ¿Por qué hemos de tenerle miedo?

—Tú nunca te has enfrentado a un thipdar —contestó Thoar—. Son terribles. No cejan en su pelea hasta que han matado a sus enemigos. Tienen un cerebro tan pequeño, que muchas veces, cuando cazamos alguno, al abrir su cabeza nos es difícil encontrarlo. Por ello, porque carecen casi por completo de cerebro, no tienen miedo; ni siquiera a la muerte, pues desconocen lo que significa. El dolor tampoco parece afectarles mucho, sólo sirve para aumentar su cólera y ponerlos más furiosos. De todas formas es posible matarlos, aunque, en cualquier caso, preferiría que hubiese un árbol por aquí cerca.

—¿Y por qué sabes que va a atacarnos? —preguntó Tarzán.

—Porque viene hacia aquí. No tardará en vernos, y los thipdars atacan a todo lo que ven.

—¿Alguna vez te ha atacado un thipdar? —preguntó Tarzán.

—Sí —repuso Thoar—. Pero cuando no hay cerca ni árbol ni cueva alguna, los zorams no nos avergonzamos de decir que tememos a los thipdars.

—Si ya has matado a algún thipdar, ¿por qué no vamos a poder matar ahora a este? —preguntó el hombre mono.

—Tal vez lo consigamos —repuso Thoar—. Pero siempre es mejor eludir su encuentro, sobre todo si no estamos cerca de otros guerreros de mi tribu. Cuando un cazador se aleja de nuestro poblado y no regresa, ha sido pasto de los thipdars. Eso nos hace temerlos. Incluso cuando somos muchos guerreros, siempre resulta alguno muerto o gravemente herido al luchar contra un thipdar.

—¡Viene! —murmuró Tar-gash, señalando un punto en el cielo.

—¡Sí, viene! —repuso Thoar, apretando más su lanza.

Tarzán dejó su lanza en el suelo, y sacando del carcaj un puñado de flechas puso una en el arco. Tar-gash, mientras tanto, se había apartado y hacía describir a su garrote lentos círculos, por encima de su cabeza, al tiempo que gruñía sordamente.

El enorme reptil volador se acercaba cada vez más, haciendo vibrar el aire con el tremendo silbido de sus gigantescas alas. Los tres amigos esperaban, inmóviles y al acecho, la embestida del monstruo.

No hubo ataque preliminar alguno. El gigantesco animal, el monstruoso pteranodonte, se dirigió en línea recta hacia sus tres enemigos, mientras Tarzán disparaba su primera flecha, que fue a hundirse en pleno pecho del monstruo.

Este lanzó un horrendo rugido de cólera, pero, Tarzán, en rápida sucesión, le disparó otras tres flechas que también se clavaron en la carne del reptil volador.

Que la recepción fue calurosa y cordial, lo probó el hecho de que el monstruo remontó el vuelo de inmediato, como si fuese a abandonar el ataque. Pero, de repente, con una rapidez inverosímil en una bestia de tal tamaño, se arrojó como una flecha sobre la espalda de Tarzán, que sintió como se hundían en su carne unas feroces garras.

Tan repentino fue el ataque que no hubo defensa posible, y Tarzán se sintió elevado en el aire por aquellas garras bestiales.

Thoar levantó su lanza al mismo tiempo que Tar-gash blandía su garrote, pero ninguno de los dos se atrevió a atacar al reptil volador por miedo a herir a su camarada. No les quedó más remedio que resignarse a permanecer allí sin hacer nada, mientras el monstruo se llevaba a Tarzán de los Monos hacia las cimas más altas de las Montañas de Thipdars.

Los dos permanecieron en silencio, mirando al thipdar hasta que desapareció de su vista, siempre llevando entre sus garras el balanceante cuerpo de Tarzán de los Monos. Cuando desaparecieron tras uno de los picos de las montañas, Tar-gash se volvió hacia Thoar.

—Tarzán ha muerto —dijo.

Thoar de Zoram asintió tristemente.

Tar-gash puso una de sus manos en el hombro de Thoar, y sin añadir más palabras se dio media vuelta y empezó a caminar en dirección al valle del que habían venido. El único lazo de unión que existía entre aquellos dos primitivos seres, y que les había permitido mirarse como amigos, se había roto, y ahora Tar-gash regresaba a su país de origen, a reunirse con los demás sagoths de su tribu.

Thoar le miró durante unos momentos en silencio. Luego, con un encogimiento de hombros, reanudó su marcha hacia Zoram.

Mientras el monstruo le llevaba por los aires, sobrevolando las altas cimas de granito, Tarzán se decía a sí mismo que si el azar le reservaba todavía alguna esperanza de salvación, habría de esperar a que llegaran a tierra, pues si intentaba luchar ahora contra su enemigo, este podía dejarle caer, estrellándolo contra el rocoso suelo. Su única esperanza radicaba por tanto en llegar con conocimiento a tierra, donde podría luchar contra el reptil volador, aunque Tarzán era consciente de que muchas aves de presa suelen matar a sus presas dejándolas caer desde una gran altura, si bien esperaba que el pteranodonte de Pellucidar no hubiera adquirido semejante costumbre.

Observando las montañas que estaban cruzando, el hombre mono se dio cuenta que el reptil volador le estaba conduciendo muy lejos del lugar en que le había atrapado, quizá a más de veinte millas del mismo.

Finalmente, el vuelo les llevó por encima de un escarpado desfiladero en dirección a un pico altísimo. Al llegar a él, el thipdar empezó a descender a tierra. Ahora Tarzán divisaba bajo él un nido lleno de pequeños thipdars que abrían sus horribles fauces en espera de la carne que su madre les traía en sus garras.

El nido se hallaba situado en la cima de un puntiagudo y elevadísimo peñasco, que además presentaba en su cumbre una pequeña superficie plana de muy pocos pies. ¡Un lugar demasiado complicado para pensar en entablar una batalla con su espantoso captor!

Lentamente y con gran cuidado, Tarzán de los Monos sacó su cuchillo de caza de la funda, y empezó a acercar su mano izquierda hacia la pata del thipdar, hasta tocar cautelosamente con ella el tobillo del reptil. Este descendía ahora lentamente hacia su nido, en el que el pequeño grupo de diablillos rugía y siseaba con anticipada alegría. Tarzán estaba a punto de caer en el nido, cuando, de pronto, descargó un terrible golpe con su cuchillo, clavándolo en pleno pecho del thipdar.

Era un golpe al azar, del que, como un hilo sutil, dependía la vida de Tarzán de los Monos. El monstruo lanzó un agudo chillido, se estiró en el aire, y abrió sus garras soltando su presa en medio de sus hambrientas crías.

Afortunadamente para Tarzán el monstruo sólo tenía tres retoños, y eran demasiado pequeños, aunque sus agudos dientes y sus garras llegaron a herir a Tarzán

levemente. No obstante, éste, repartiendo tajos y mandobles a diestro y siniestro, pudo librarse de sus pequeños enemigos con facilidad.

Luego, acercándose al borde del pico, miró el cuerpo de su muerto enemigo, y acabó empujándole al precipicio, observando como caía hasta el fondo desde más de trescientos pies de altura. Enseguida se puso a examinar el pico, aunque sin demasiadas esperanzas, ya que, cuando el thipdar descendía con él desde las alturas, se había dado cuenta de que no existía manera de bajar de allí.

Los jóvenes thipdars chillaban y siseaban, pero no se movieron cuando Tarzán volvió a acercarse al nido para seguir investigando la naturaleza de aquel inaccesible pico, en el que quizá terminase la azarosa vida de Tarzán de los Monos.

Tendiéndose de bruces sobre el borde, miró hacia abajo, y luego fue recorriendo toda la periferia de la pequeña cima, examinando minuciosamente la pared del pico, para ver si encontraba por algún sitio la posibilidad de escapar de allí.

Percibió todos los salientes existentes en la roca, incluso los más pequeños, todos los que le podían ofrecer un asidero para sus pies o un agarre para sus manos.

Al fin, optando por un punto, cogió su rollo de cuerda que todavía llevaba al hombro, y sujetando en sus manos los dos extremos, dejó caer la comba a plomo, comprobando que la cuerda, así doblada, sólo alcanzaba unos veinticinco pies escasos, de los trescientos que él calculaba que debía tener el pico.

A continuación, cogiendo la cuerda por uno solo de sus extremos, la dejó caer cuan larga era, observando con alivio que llegaba veinticinco pies más abajo del sitio que había marcado antes con la cuerda doblada. Pero era difícil calcular la distancia a partir de aquel punto, y Tarzán tendría que confiar en el azar.

Tirando de la cuerda hacia arriba, la pasó a continuación por un grueso saliente de la roca, dejando sueltos los dos extremos, que colgaban por el borde del pico. Luego, cogiéndose fuertemente con ambas manos a la cuerda, uno de sus cabos en cada mano, se dejó caer poco a poco hacia el abismo. A unos veinte pies encontró un ligero saliente en la roca, en el que con grandes dificultades consiguió apoyar los pies, agarrándose a unas grietas del granito.

Casi enfrente de su rostro caía un pequeño estribo de la roca, y luego más abajo había otros. En aquellos estribos había puesto Tarzán su débil esperanza de salvación.

Con inmensa cautela soltó un cabo de la cuerda y tiró del otro, haciendo que esta cayera sobre él. Tan precario y difícil era ahora su equilibrio, que cuando la cuerda cayó encima de él, Tarzán contuvo el aliento por temor a que aquel ligero peso le precipitara al vacío.

Tuvo que mover lenta y cuidadosamente la cuerda, pasándola por sus manos, hasta que el centro de ella estuvo entre sus dedos. Luego la pasó por el saliente de la pared de granito, asegurándola todo lo posible, cogiendo cada cabo con una mano, y disponiéndose a descender otros veinte o veinticinco pies.

Aquella fase del descenso era la más terrible y peligrosa de todas, ya que la cuerda estaba apenas levemente sujeta en aquel saliente, del que se podía escurrir en cualquier momento. Finalmente, Tarzán lanzó un suspiro de alivio cuando sintió bajo sus pies un nuevo estribo de roca al que había conseguido llegar gracias a la cuerda.

A partir de allí, la pared comenzaba a presentar más salientes y protuberancias, grietas y cornisas, que hacían relativamente fácil el descenso de Tarzán a tierra firme. Sólo cuando llegó abajo se preocupó de sus heridas.

Sus piernas estaban llenas de mordiscos y arañazos de los jóvenes thipdars, pero aquellas heridas no eran nada en comparación con las que le habían causado en la espalda y en los hombros las garras de la hembra thipdar. Se daba cuenta de que las heridas eran muy profundas, aunque no podía verlas, como tampoco la sangre que se había coagulado sobre ellas.

Las heridas le dolían, y sentía los músculos agarrotados a causa de aquellas; pero lo único que le preocupaba al hombre mono era que pudiese haberse envenenado su sangre, aunque no era fácil que sucediese, ya que desde niño estaba acostumbrado a ser mordido o arañado por infinidad de fieras y bestias de la selva.

Un rápido examen del paraje en que se hallaba, le hizo comprender que le sería prácticamente imposible salvar el terrible desfiladero que le separaba del sitio del que había sido separado de sus amigos tan brusca e inesperadamente por el thipdar. Aquello le hizo comprender también que era muy poco verosímil que el pueblo, la tribu de hombres hacia la que le guiaba Tar-gash, fueran sus compañeros del dirigible. Por otra parte, también parecía absolutamente imposible intentar encontrar a Tar-gash y a Thoar en aquel mundo de espantosos e inaccesibles picos, barrancos y hondonadas. En consecuencia, decidió buscar un sitio por el que poder descender al valle, a las llanuras y a las selvas, que le atraían mucho más que aquel territorio hosco y quebrado de peladas montañas.

Abajo se divisaban, en varias direcciones, grupos de árboles, y Tarzán empezó a buscar la manera de descender hacia ellos.

El descenso era relativamente fácil, aunque a veces tenía que recurrir a su cuerda para bajar desniveles y mesetas. Al fin llegó a una de estas donde ya empezaba a verse vegetación: primero arbustos y matorrales, luego árboles solitarios y enormes, y, al fin, el primer bosque, en el que Tarzán no tardó en encontrar una senda.

Era un sendero que atravesaba variados paisajes. Al principio zigzagueaba entre medias de un bosque, y luego ascendía a una rocosa meseta, desde la que se veía un inmenso desfiladero. Más allá el sendero se perdía de vista debido a los recodos y salientes del terreno.

Caminando siempre con el oído alerta, silencioso y en guardia, Tarzán de los Monos percibió de pronto algo que le hizo comprender que alguien avanzaba por la senda, por delante de él, y además en su misma dirección.

Como el viento soplaba hacia los picos desde el fondo del desfiladero, ni Tarzán ni el animal que caminaba delante de él podían percibir el olor del otro; pero a los pocos momentos, el hombre mono dedujo que, fuera el animal que fuese, lo alcanzaría a no tardar mucho.

El sendero era estrecho, y sólo en alguna que otra ocasión, cuando se cruzaba con algún barranco, presentaba un sitio adecuado para escapar de él.

El encuentro con alguna bestia del páramo en aquel lugar hubiera sido embarazoso y comprometido hasta para Tarzán de los Monos; pero él no solía retroceder una vez que había escogido una senda o un camino, así que siguió adelante.

Además, tenía la ventaja sobre el animal que le precedía de ir detrás de él y a mayor altura, y la seguridad de que la bestia no podía sospechar que la seguía un hombre, pues nadie, ni animal ni hombre, era capaz de andar y moverse más sigilosamente que Tarzán, ya que cuando éste así lo quería, era como la sombra de otra sombra.

La curiosidad le hizo avivar el paso para salir de dudas, y poco después se convencía de que lo que le precedía era un cuadrúpedo de patas blandas, aunque, aparte de esto, no tenía la más ligera noción de lo que pudiera ser. La senda se perdía a cada momento en vueltas y recodos, mientras el silencioso perseguidor seguía avanzando, hasta casi tener la certeza de que estaba a punto de dar alcance a la bestia que perseguía. Hasta que, de repente, resonó un terrible y espantoso rugido a pocos pasos por delante de Tarzán.

El tremendo rugido despertó todavía más la curiosidad de Tarzán, que no pudo sino pensar que el animal que lo había lanzado debía de ser enorme, pues la tierra entera había retumbado.

Adivinando que estaba a punto de atacar o que ya había atacado a otro animal, y espoleado por la curiosidad, Tarzán de los Monos echó a correr hacia delante, y, al girar un recodo del sendero, sus ojos se encontraron con una escena que le impulsó instantáneamente a la acción.

A unos cien pies por delante de él, la senda terminaba en la boca de una gran caverna, y en la entrada de esta se veía a un muchacho, un apuesto y frágil mozalbete de unos diez o doce años sobre el que avanzaba un oso enorme, el bestial oso de las cavernas.

Al ver a Tarzán, los ojos del muchacho brillaron de alegría; pero al instante, al comprobar que no era un hombre de su tribu, su expresión cambió aunque permaneció inmóvil, con su lanza y su cuchillo de piedra preparados para defenderse.

La escena que presenciaba le recordaba a Tarzán su propia historia. El oso, al volver a su cueva, había encontrado al muchacho que salía de ella, mientras que el pequeño, con no menor sorpresa, se veía acorralado por la bestia y sin escape ni

salida posible.

Las primitivas leyes de la selva que habían guiado y conducido la juventud de Tarzán de los Monos, no le empujaban a aceptar la responsabilidad que suponía el asumir el peligroso papel de salvador, pero en sus venas ardía la llama caballeresca de los grandes señores ingleses, legado de sus antepasados, que con frecuencia le empujaba a arriesgar su propia vida para salvar la de los demás. Aquel niño de una tribu salvaje y desconocida, en un mundo ignorado y perdido, no podría tener derecho al respeto y a la simpatía de las bestias, ni siquiera de otros hombres que no fueran los de su propia tribu, y, sin embargo, la juventud y la indefensión siempre habían ejercido una profunda influencia en el espíritu del hombre mono, influencia que en ese momento no nacía de otra cosa sino de que el ser que se hallaba ante él era un niño y se encontraba completamente desamparado.

Se pueden analizar los hechos y las hazañas de un hombre de acción y luego deducir consecuencias de ellos, aunque aquel hombre no se preocupe de nuestra opinión y se limite a actuar. Esto ocurría con Tarzán de los Monos. Al ver la escena y el peligro en el que se encontraba el muchacho, corrió hacia él sin ninguna vacilación. Desde el momento que se había percatado que le precedía una bestia llevaba dispuestas sus armas, ya que la existencia y la experiencia de toda una vida en la selva le había enseñado el valor de la previsión y la presteza en la lucha por la existencia.

La cuerda aparecía enrollada y colgando de su hombro izquierdo, y en su mano izquierda llevaba dispuesta la lanza, el arco y tres flechas, mientras que en la derecha llevaba otra flecha, preparado para dispararla en cualquier momento.

Al ver el enorme oso ante él, Tarzán comprendió que sólo una hábil combinación de un ataque fulminante y una gran suerte, podía librarle de su enemigo, de aquel enorme monstruo, para poder vencer al cual el hombre mono sólo disponía de armas que resultaban casi inofensivas, pero al menos podía llamar la atención de la bestia y alejarla del muchacho hasta que éste hubiera podido encontrar algún refugio.

Así pues, apenas vio al enorme y feroz oso, una flecha partió veloz clavándose en la espalda de la fiera, cerca de su espina dorsal. Al mismo tiempo, Tarzán lanzó un salvaje grito para advertir a la bestia que otro enemigo la atacaba por la retaguardia.

Enloquecido de rabia y sorprendido al oír el rugido del hombre, el oso se giró rápidamente, adivinando que aquel nuevo enemigo era el que le había herido.

Tarzán se vio obligado a reconocer que jamás en su larga vida selvática había visto una bestia más feroz ni dando muestras de semejante rabia. El oso, que lanzaba horrendos bramidos, arremetió contra Tarzán con una fuerza y un ímpetu demoledores.

Con vertiginosa rapidez, tres flechas más se clavaron en el pecho de la bestia cuando esta se abalanzaba sobre el hombre mono.

Tarzán, levantando luego su lanza por encima de la cabeza, retrocedió dos pasos, y la lanzó con la fuerza de una catapulta contra la rugiente mole que se le echaba encima.

Un segundo después, y sin ni siquiera poder presenciar el efecto conseguido con aquel espantoso lanzazo, impulsado por sus músculos de gigante, Tarzán de los Monos, girándose con una rapidez increíble, empezó a correr por la misma senda estrecha y pedregosa que le había llevado hasta allí, mientras, a sus espaldas, los rugidos cada vez más fuertes y espeluznantes de la bestia, y sus lentos pasos, probaron al hombre mono el valor de su estrategia.

Tarzán estaba convencido de que en aquel sendero estrecho y tortuoso podría huir con relativa facilidad del oso, pues sólo Ara el relámpago, era más veloz que Tarzán de los Monos.

Por supuesto que existía el riesgo de que, en su huida, Tarzán se encontrara con la compañera del oso que regresase a su guarida, en cuyo caso la situación del hombre mono sería muy crítica. Pero esto era una posibilidad remota, y, mientras, él estaba seguro de haber infligido a la bestia que le perseguía severas y graves heridas, que habían disminuido ostensiblemente su fuerza y que tal vez acabasen por matarla.

El oso parecía, sin embargo, incansable, y aunque Tarzán también lo era, acabó por reconocer que su enemigo era muy peligroso. En consecuencia, buscando la forma de terminar con aquella carrera, Tarzán observaba la pared que limitaba la senda y que ascendía a ambos lados como si estuviera cortada a pico. Por fin encontró lo que buscaba, un saliente de la roca a unos veinticinco pies por encima del sendero. Entonces, lanzó su cuerda hacia lo alto y la dejó enganchada de aquel firme saliente, calculó su resistencia colgándose sobre ambos extremos de la cuerda, y después, cuando ya llegaba junto a él, enfurecido y terrible, el oso de las cavernas, Tarzán, con la agilidad de Manu, el chimpancé, trepó velozmente hacia arriba.





“...y en la entrada de esta se veía a un muchacho, un apuesto y frágil mozalbete de unos diez o doce años sobre el que avanzaba un oso enorme” (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo X

"Dónde solo un verdadero hombre puede ir"

No se necesitaba el instinto de Sherlock Holmes para saber que Jana estaba furiosa, y Jason no era tan estúpido como para no comprender la causa de su enfado e irritación, que atribuía a la natural humillación femenina, al verse defraudada la muchacha cuando había pensado que sus encantos habían logrado efectuar la conquista del hombre. Gridley juzgaba a Jana a partir de su experiencia femenina con otras mujeres. Él sabía que era bella, y ella también debía saber que lo era. Jana le había contado que en Zoram muchos hombres la deseaban como compañera, e incluso el mismo Gridley la había salvado de las garras de uno de sus perseguidores, que por conseguirla había llegado a arriesgar su vida. Por eso, Jason pensaba que ella debía sentirse segura del hechizo que ejercían sus encantos, a los que debía juzgar irresistibles, enamorando a todos los hombres. Lo que no acababa de entender era por qué ahora se mostraba furiosa al no haberse rendido Gridley a sus encantos. Los dos se habían compenetrado muy bien, y se sentían alegres y cómodos; de hecho, Gridley no recordaba haber estado nunca antes al lado de ninguna otra mujer junto a la que se hubiera sentido con el ánimo tan dulce, tranquilo y sereno. Así, lamentaba que algo hubiera enturbiado su recién nacida amistad, y por ello pensó que lo mejor era no darse por enterado de la causa de su disgusto y continuar a su lado, hasta que se le pasara el enfado. De todas formas, era lo único que podía hacer, pues no iba a dejar que Jana continuara sola su viaje y sin ninguna protección. Cierto que la muchacha no había sido muy amable al llamarle jalok, que aunque Gridley no sabía lo que significaba, sí sabía que era un insulto muy fuerte en la lengua de las gentes de Pellucidar; pero, en cualquier caso, no iba a hacer caso de ello y esperaba a que pasase la tormenta.

En consecuencia, Gridley fue detrás de la muchacha; sin embargo, apenas había dado una docena de pasos, cuando Jana se revolvió como una tigresa y sacó del cinto su cuchillo de sílice.

—¡Te he dicho que sigas tu camino! —gritó furiosa—. No quiero verte más. Si te obstinas en seguirme, te mataré.

—No puedo dejar que te marches sola, Jana —contestó el americano con voz serena.

—La Flor Roja de Zoram no necesita protección de un hombre como tú —respondió ella con altivez.

—Hemos sido buenos amigos, Jana —insistió él en tono conciliador—. Déjame

seguir a tu lado, como antes. Yo no tengo la culpa si...

Entonces vaciló y se calló.

—¡A mí no me importa que no me quieras! —dijo ella entonces—. Pero te odio porque tus ojos mienten. A veces mienten los labios, pero eso no nos hace daño a las mujeres porque ya sabemos que la mentira sale con frecuencia de los labios; pero cuando mienten los ojos, entonces es que también miente el corazón y en ese caso el hombre entero es falso de pies a cabeza. No puedo confiar en ti. No quiero tu amistad. No tengo deseos de volver a verte más ni de que me acompañes. ¡Márchate!

—No lo entiendes, Jana —insistió Jason de nuevo.

—Entiendo que si insistes en acompañarme o en seguirme, te mataré —señaló ella.

—En ese caso, tendrás que matarme, porque de todos modos voy a acompañarte. No puedo dejar que te vayas sola, me odies o no me odies.

Y tras decir esto, el americano avanzó hacia ella.

Jana le esperó firme y decidida, empuñando su cuchillo en la diestra apretada, mirándole con ojos relucientes de furor.

Jason Gridley, con las manos abatidas, avanzó lentamente hacia la muchacha, como si le ofreciera su pecho como blanco para su arma. El cuchillo de sílice relució en el aire, se detuvo un instante sobre la cabeza de Jana, y luego la muchacha, de manera imprevista, se dio la vuelta y emprendió una fuga precipitada en dirección al borde del precipicio.

La salvaje muchacha se alejó velozmente, dejando rápidamente atrás a Jason, al que retrasaban sus ropas, sus armas y las municiones. Gridley la llamó a gritos repetidas veces, pero ella forzaba más su paso. El hombre se sintió herido y humillado, y además lamentaba que su dulce amistad hubiese sido echada a perder de forma tan inesperada y tan estúpida por su parte.

Poco a poco, Jason se iba dando cuenta de que había sido muy feliz junto a Jana, y que la presencia de la hermosa joven le había hecho olvidarse de todas sus inquietudes y preocupaciones. Hasta la suerte y el destino de sus perdidos compañeros se habían borrado por completo de su mente y de su corazón, olvidados ante la responsabilidad que con alegría había aceptado de acompañar a Jana a su país de origen, protegiéndola y amparándola durante el camino.

—¡Demonios, esta vez sí que he hecho el tonto de verdad! —dijo Gridley, sonriendo—. Alguna vez tenía el héroe que encontrarse con una Circe poderosa y vengativa. ¡Jamás encontré otra mujer que me inspirara la mitad del afecto ni una sombra del interés que me produce esta muchacha!

Y mientras se decía esto a sí mismo, suspiró, evocando con tierna emoción los encantos de la linda muchacha salvaje.

Sí, era una muchacha completamente salvaje, como lo probaba aquel cuchillo

alzado sobre su cabeza intentando matarle. Pero Jason sonrió al recordar el fin del incidente, que había delatado a Jana como un ser de delicada complejidad femenina. De nuevo suspiró, y reanudó la marcha en pos de la Flor Roja de Zoram.

De vez en cuando la veía aparecer entre los recodos del camino, pero aunque ella no corría ni avanzaba siquiera tan rápidamente como al principio, Jason no era capaz de darle alcance. El temor del americano era que la muchacha se viera de pronto atacada por alguna bestia salvaje y pereciera entre sus garras antes de que él tuviera tiempo de intervenir con su rifle. No obstante, estaba seguro de que, más tarde o más temprano, Jana tendría que detenerse a descansar, y entonces confiaba en alcanzarla y convencerla de que cesara en su enojo y le dejara acompañarla, reanudando su hermosa amistad del principio.

De todas formas, Jana continuaba su avance sin dar muestras de cansancio, mientras el americano jadeaba cada vez más, sintiendo que sus armas y municiones se iban haciendo cada vez más pesadas, hasta el punto de que llegó un momento en que el rifle le pesaba como un cañón de artillería pesada. Decidido a no detenerse, Gridley salvaba colina tras colina y pico tras pico, sintiendo que sus piernas eran algo parecido a un instrumento de tortura que no formaba parte de su cuerpo, que clamaba por un descanso inmediato.

A la tortura de la fatiga se añadía la del hambre y la de la sed, y por ellas, Jason deducía que debía llevar mucho tiempo caminando. De pronto, al llegar a la cima de una de las colinas que estaban atravesando, vio que Jana estaba cerca, detenida al borde de un desfiladero.

Era evidente que dudaba qué dirección seguir. El precipicio le impedía continuar la ruta que hasta ahora había llevado. A la izquierda de la muchacha se extendían las colinas y los llanos que conducían al valle, en dirección opuesta a la que se encontraba Zoram, mientras que si volvía sobre sus pasos, se encontraría con Jason.

La salvaje muchacha buscaba el sitio más adecuado para descender al fondo del abismo, cuando, de repente, vio a Gridley.

—¡Márchate! —gritó, viendo que el americano se acercaba—. ¡Márchate, o me arrojo por aquí de cabeza!

—¡Por favor, Jana! —suplicó él en tono dulce y humilde—. ¡Déjame acompañarte! No te molestaré. Incluso no te hablaré, si así lo deseas; pero déjame acompañarte para defenderte de las bestias.

La muchacha se echó a reír.

—¿Tú, protegerme? —preguntó, con cruel sarcasmo—. ¡Tú desconoces los peligros que existen en Pellucidar! De no llevar ese pequeño bastón que arroja fuego, estarías completamente indefenso y a merced de las más pequeñas fieras que habitan en las Montañas de Thipdars. Aquí hay bestias tan enormes que podrían devorarte a ti y a tus armas de un solo bocado. ¡Vuelve a tu patria, hombre de otro mundo! ¡Vuelve

junto a esas frágiles y delicadas mujeres de las que tú mismo me has hablado! ¡Sólo un hombre, un verdadero hombre, puede ir a donde ahora va la Flor Roja de Zoram!

—Prácticamente me has convencido de que soy un inmundo gusano —repuso Gridley con una triste y modesta sonrisa—, pero hasta los gusanos a veces tienen arranques de hombría, y yo ahora voy a acompañarte, Flor Roja de Zoram, hasta que algún monstruo enorme y de ojos saltones del periodo jurásico me arrebaté de este valle de lágrimas.

—¡No te entiendo! —dijo Jana de mal humor—; pero si te empeñas en seguirme, morirás. Recuerda lo que te he dicho: ¡sólo un hombre puede ir a donde va ahora la Flor Roja de Zoram!

Y para hacer verdad sus palabras, la muchacha avanzó rápidamente hacia el borde del precipicio, desapareciendo de la vista.

Gridley corrió también hacia el borde del abismo, y entonces pudo ver que Jana estaba descendiendo por el talud cortado a pico, en dirección al fondo de la sima. Jason contuvo el aliento, horrorizado. Parecía increíble que alguien pudiera encontrar un punto de apoyo, o algún sitio al que agarrarse, en aquella pared completamente vertical. Se estremeció, al tiempo que un sudor frío recorría todo su cuerpo.

Poco a poco, lentamente, la muchacha fue descendiendo mientras Gridley, echado de bruces sobre el borde del desfiladero, la miraba en silencio. No se atrevía ni siquiera a hablarla, por temor a distraer su atención. Cuando al cabo de una eternidad Jana llegó al fondo del abismo, Gridley se descubrió temblando como una hoja, y por primera vez fue consciente de la terrible tensión nerviosa que había tenido que sufrir.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Qué maravillosa habilidad, qué valor y qué nervios los de esta muchacha!

Una vez en el fondo del abismo, Jana ni siquiera se dignó a mirar hacia el sitio en el que se hallaba Gridley, sino que emprendió su marcha barranco arriba, buscando sin duda un sitio adecuado para ascender al lado opuesto.

Gridley, contemplando el inmenso abismo, repitió mentalmente las palabras de Jana: “¡sólo un hombre, un verdadero hombre, puede ir a donde ahora va la Flor Roja de Zoram!”

El americano vio desaparecer a la muchacha en un recodo del abismo, y se dijo que, a menos que se atreviese a descender al fondo del desfiladero, nunca más volvería a ver a Jana.

“¡Sólo un verdadero hombre puede ir a donde ahora va la Flor Roja de Zoram!”

Gridley se puso en pie, echándose el rifle a la espalda y asegurándolo con su correa; luego se reafirmó las dos pistolas, y, a continuación, quitándose las botas, las arrojó al fondo del desfiladero. Después, echándose de bruces al suelo, empezó a descender lentamente al fondo del abismo, mientras desde lejos, en un recodo del fondo del abismo, un par de ojos le observaban llenos de terror, de espanto y de

asombro.

Los pies de Gridley buscaron a tientas en el talud un punto de apoyo, y después descendió unas pulgadas.

Lejos, los ojos de Jana, luego de haber expresado el escepticismo y la sorna, reflejaban ahora el terror, sin poder apartarse ni un instante de Gridley.

“¡Sólo un verdadero hombre puede ir a donde ahora va la Flor Roja de Zoram!”

Cuidadosamente, con inmensa cautela, Jason fue buscando en el talud todos los puntos posibles de apoyo para sus pies, y los mejores sitios para clavar sus dedos, conteniendo el aliento a cada instante, temeroso de perder el precario equilibrio. Hambre, sed y fatiga, habían sido ya olvidadas. Todos sus nervios y sus músculos estaban en tensión intentando realizar aquella proeza.

Suspendido en el abismo, el americano no se atrevía ni a mirar hacia abajo, ni siquiera tenía idea de la distancia que había descendido. Tan imposible le parecía llegar a realizar aquella hazaña, que Jason no creyó llegar a terminarla nunca. Cada vez que sus manos o sus pies encontraban un punto de apoyo, le parecía éste más débil y precario, hasta que llegó a un sitio donde le faltó completamente. No podía moverse ni a la derecha ni a la izquierda, ni tampoco podía descender.

Sin embargo, no pensaba darse por vencido. Sosteniéndose firmemente en el último soporte encontrado por sus pies, soltó sus manos y buscó un sitio al que aferrarse. Lo encontró: unos pequeños salientes en la pared de granito. Agarrándose a ellos, quedó suspendido en el abismo, alargando su cuerpo cuanto pudo y palpando con los dedos de sus pies, que ya sangraban, el talud, en busca de nuevos apoyos.

Suspendido de aquel modo en el vacío, Gridley se reprochó no haberse aligerado antes de descender de sus armas y municiones, ya que, a causa de su peso, no podría permanecer suspendido de aquella pared mucho más tiempo, y cuando sus manos, perdidas por completo sus fuerzas, se soltasen y él se viera arrastrado al abismo, la última y débil esperanza de volver a ver a la Flor Roja de Zoram desaparecería para siempre. Es muy notable y digno de destacar que, en aquel momento de claro peligro, suspendido sobre la eternidad, no surgieron en su mente ni los recuerdos ni las imágenes de Cynthia Furnois ni de Bárbara Green.

Sintió como sus dedos perdían fuerza y comenzaban a escurrirse del saliente al que estaban agarrados. El fin llegó inesperadamente: los dedos de Gridley se escurrieron y el hombre cayó... pero desde una altura de apenas dieciocho pulgadas del fondo del barranco.

Al encontrarse sobre aquel firme terreno rocoso, Gridley no se podía ni explicar su buena suerte. Miró al suelo, y sólo entonces pudo cerciorarse de que, en efecto, había llegado al fondo del barranco. Sus rodillas se le empezaban a doblar, incapaces de sostenerle más. A lo lejos, en la cima del desfiladero, una muchacha que había presenciado su hazaña, rompió a llorar.

A escasa distancia del sitio por el que había bajado discurría un torrente sonoro y cantarín, formando un arroyuelo que se deslizaba barranco abajo. Cuando Jason se hubo tranquilizado un poco y recobrado sus botas, se acercó en busca del agua reparadora. Allí sació su sed y lavó sus ensangrentados pies, curándoselos como mejor pudo, y vendándoselos luego con tiras hechas de su pañuelo. Después de calzarse las botas reanudó su marcha, barranco arriba, en busca de Jana.

En lo alto, por encima de la cordillera, de pronto distinguió Jason unas negras nubes. Eran las primeras nubes que veía en Pellucidar, pero sólo por esta razón le parecieron destacables. Desde luego presagiaban lluvia, pero ni por asomo sospechó Gridley las catastróficas proporciones de la amenaza que se cernía sobre él.

Mientras tanto, por delante de él, Jana iba ascendiendo ahora por un pedregoso sendero, que al parecer llevaba a la cima del abismo a la que la muchacha ahora quería llegar. Cuando vio a Jason en el inminente peligro en el que se había encontrado, Jana había experimentado un hondo remordimiento y un inmenso terror; pero al ver que Gridley llegaba sano y salvo al fondo del abismo, los sentimientos de la muchacha cambiaron, y, con la perversidad propia de su sexo, decidió continuar huyendo del joven. Llegaba ya a la cima de la enorme pared cuando estalló la tormenta, y la muchacha comprendió que el hombre que venía detrás de ella ignoraba por completo el terrible peligro que ahora le amenazaba, todavía mayor que el que había corrido al descender al fondo del abismo.

Entonces, sin vacilar un instante, la Flor Roja de Zoram se lanzó rápidamente por el abrupto sendero por el que tan trabajosamente había subido. Tenía que llegar junto a Jason antes de que le arrastrasen las aguas. Debía guiar a su amigo hacia alguna altura, ya que Jana estaba convencida de que, en breves momentos, el abismo sería un rugiente río de turbias aguas de doscientos pies de profundidad. Ya se empezaba a oír el bramar de las aguas bajando desde las cumbres junto al trepidar de la tormenta, y de los bordes del abismo empezaban a surgir torrenceras y mangas formando cataratas del líquido elemento, que en su ímpetu arrastraban piedras y tierra al fondo del abismo. En su vida, jamás había presenciado Jana una tormenta semejante. Los truenos estremecían la tierra, los relámpagos iluminaban tétricamente el paisaje, el viento silbaba y el agua caía formando mantas que todo lo arrollaban. Sin embargo, a pesar de que tanto peligro ponía su vida al borde de la muerte, en ningún instante pensó Jana en retroceder, y continuó descendiendo a la sima del barranco. Pero enseguida se dio cuenta la muchacha de su impotencia y su locura, pues las aguas ya habían llenado el fondo del abismo y corrían rugientes, arrastrándolo todo. ¡Nada podía haber sobrevivido allí abajo al ímpetu arrollador de la corriente! El hombre que venía detrás de ella debía haber sido ya arrastrado hacia el valle.

¡Jason había muerto! La Flor Roja de Zoram permaneció durante un instante mirando aterrada el líquido elemento, que subía cada vez más a sus pies, y por un

momento, Jana sintió deseos de arrojarse a las turbias aguas. ¡No quería seguir viviendo! Pero algo la detuvo. Quizá fue el ancestral instinto de los primeros hombres, cuya existencia era un eterno y constante batallar contra la muerte sin saber hacer otra cosa que no rendirse jamás. El caso es que, volviendo sobre sus pasos, Jana corrió hacia arriba, envuelta en lágrimas, mientras el impetuoso río corría bajo sus pies, y mangas y torrenteras, cayendo desde los altos bordes del abismo, pugnaban por arrastrarla.

Jason había presenciado grandes tormentas en California y Arizona, y sabía con qué rapidez barrancos y desfiladeros se convertían en ríos y rugientes torrentes. Había visto en San Simon Flats ensancharse un río más de una milla en apenas unas horas, y al ver que las aguas empezaban a crecer en el fondo del desfiladero, y que esta tormenta era mucho mayor que cualquier otra que hubiera presenciado en su vida, no perdió el tiempo y comenzó rápidamente a buscar una altura en la que ponerse a salvo, no tardando en encontrarla. Entonces escaló hacia lo alto, agarrándose con todas sus fuerzas a todos los salientes del talud, y aunque las aguas crecían bajo sus pies y la lluvia caía sobre él en mantas arrolladoras, consiguió seguir ascendiendo por la empinada cuesta. Varias veces el ímpetu de las aguas y el furor de la tormenta le hicieron detenerse, y una vez en que la crecida le llegaba a las rodillas, Jason perdió su rifle, aunque logró salir del apurado trance en que se hallaba redoblando sus esfuerzos. Al fin consiguió llegar a una especie de pequeña cornisa formada en la pared de granito, donde calculó que no llegarían las aguas, y allí permaneció inmóvil y encogido, al igual que en ese momento, en otra parte de las montañas, lo estaban también Tarzán, Thoar y Tar-gash, esperando que pasara la terrible cólera de la naturaleza.

Pensó en Jana, preguntándose con ansiedad si se habría salvado de aquel espantoso diluvio, pero Jason tenía tanta fe en la habilidad y destreza de la salvaje muchacha para hacer frente a todas las formas que pudiera adoptar la brutal naturaleza de Pellucidar, que se tranquilizó de inmediato.

Allí, encogido en la oscuridad, tiritando de frío y calado hasta los huesos, el americano empezó a hacer planes para el porvenir. ¿Qué posibilidades tendría de encontrar a la Flor Roja de Zoram en aquel salvaje país de inaccesibles montañas, cuando ni tan siquiera conocía la dirección que podía haber seguido la muchacha, ni el lugar en que se encontraba su país natal, en aquella zona desolada en la que no había camino ni sendero alguno y donde hasta las sendas de las bestias que Jana pudiera haber seguido en su marcha habrían sido borradas y materialmente arrasadas por la formidable tormenta?

No tenía otro recurso que vagar ciegamente al azar, toda vez que no sabía dónde se encontraba el país de Zoram, ni tampoco tenía la más ligera idea del paradero de sus compañeros de expedición ni del dirigible.

Al fin cesó la lluvia, volvió a salir el sol, y bajo sus rayos tibios y confortadores, Jason de nuevo sintió que existían esperanzas de salvación. Con nuevas fuerzas, reanudó la marcha y la búsqueda de la muchacha salvaje.

Procurando recordar la descripción del lugar en el que Jana le había comentado que se encontraba el país de Zoram, Jason se dirigió ahora hacia una especie de garganta formada por dos altos picos que parecía coronar la enorme cordillera. Ya no le atormentaba la sed, y el hambre parecía haber adormecido su estómago. Además, no era probable que encontrase caza desde el momento en que la tormenta había barrido a todos los animales hacia el valle. Sin embargo, la fortuna sonrió a Jason: en una oquedad del fondo de un arroyo encontró un nido de huevos que habían resistido la furia de los elementos. Gridley no sabía de qué animal podían ser aquellos huevos, e incluso si eran de reptil o de ave; eran algo comestible y empezó a devorarlos, y eran tan grandes que bastaron dos de ellos para saciar su hambre.

A escasa distancia del sitio donde encontrara el nido, vio un árbol bajo y aislado, y Jason se dirigió bajo sus ramas protectoras, llevando con él los tres huevos que le habían sobrado del festín, para librarlos de reptiles y aves de presa. Una vez allí se despojó de sus ropas, las colgó en una rama baja del árbol para que el aire y el sol las secaran, y luego se echó al pie del mismo, quedándose dormido bajo la dulce caricia del eterno sol de Pellucidar.

Al despertar, no tenía ni idea del tiempo que había permanecido dormido, pero se encontraba totalmente sereno y despejado. Sintió una nueva fuerza y una nueva confianza en sí mismo al ponerse en pie y desperezarse voluptuosamente, mientras se preparaba para vestirse. Pero, de pronto, mientras se estiraba, su rostro expresó la sorpresa y el espanto: ¡sus ropas no estaban! Miró vivamente a su alrededor buscándolas, o cuanto menos, al animal o persona que se las hubiera quitado, pero no descubrió ni rastro de unas u otros.

En el suelo, bajo el árbol, se hallaba la camisa de Jason, que, al caerse, sin duda había escapado a los ojos del ladrón. Esto, sus dos revólveres y los cinturones con las cananas llenas de municiones, que había dejado junto a él mientras dormía, eran todo lo que le quedaba.

La temperatura de Pellucidar es tal, que el uso de ropas resulta un verdadero tormento más que otra cosa. De todas formas, el hombre civilizado está hasta tal punto acostumbrado a ir vestido, que desnudo parece carecer de fuerzas, de iniciativa y de confianza en sí mismo.

Jamás, por tanto, se había considerado Jason Gridley tan desamparado ni tan débil como en el momento en que pensó que habría de ir vestido por aquel mundo hostil y desconocido de Pellucidar simplemente con una camisa rota y un cinturón lleno de municiones. De todos modos, tenía que reconocer que salvo sus botas, no había perdido nada que le fuera absolutamente necesario; pero tal vez, lo que más le

angustiaba y le daba más apuro, era decirse que ahora no podría continuar buscando a la Flor Roja de Zoram: ¿cómo iba a hacerlo vestido únicamente con su camisa destrozada?

Cierto que la Flor Roja de Zoram iba prácticamente desnuda, pero ella no parecía darle mayor importancia. En cambio, a Gridley le hacía sonrojarse hasta la médula la idea y la imagen de su ridícula figura, si alguna vez llegaba a tropezarse con Jana. ¿Cómo decidirse a buscarla de aquella guisa?

A veces, en sus pesadillas, Jason se había visto corriendo por las calles desnudo o ligero de ropa, pero ahora que el tener que ir desnudo era una realidad, veía que jamás, ni en sus sueños más angustiosos, pudo imaginarse una falta de confianza en sí mismo, una torpeza ni una vergüenza como las que sentía en aquel momento.

Tristemente, rasgó su camisa en varias tiras y se improvisó un taparrabos. Luego se puso al cinto el cinturón con las municiones, y se lanzó adelante por aquel mundo hostil y desconocido, como si fuera un moderno Adán armado con dos Colts.

Al reanudar la marcha en busca del país de Zoram, pronto se dio cuenta que lo que más lamentaba en la pérdida de su indumentaria, y lo que más echaba de menos, eran sus botas, pues ahora que tenía que caminar por aquel suelo duro y lleno de guijarros con las plantas de los pies ya heridas por su descenso del desfiladero. Sin embargo, en breve consiguió subsanar esta dificultad, ya que los animales habían vuelto a las montañas y pudo matar un pequeño reptil, con cuya dura y resistente piel se improvisó unas toscas sandalias.

El sol, alcanzando de lleno su cuerpo desnudo, no le causaba el efecto que habrían tenido los rayos de su mundo exterior, aunque, de todos modos, su piel se tostaba y todo su cuerpo iba tomando un tono bermejo que le hacía más llevadera y aceptable su desnudez. Lo que hasta entonces más le había avergonzado había sido la extraordinaria blancura de su piel, que contrastaba con el color de los demás animales y bestias de las montañas, dando al hombre una sensación de inferioridad y de debilidad. Ahora, en cambio, acostumbrado por completo al aire libre, viendo que su piel se coloreaba cada vez más, y que sus pies también se iban acostumbrando gradualmente a aquel suelo duro y pedregoso, Jason fue sintiendo renacer su fuerza y su confianza en sí mismo y se acostumbró a su desnudez.

Durmió y comió muchas veces, y se dio cuenta de que debía haber transcurrido mucho tiempo, tal como él entendía esta acepción en su mundo, desde que se separara de Jana.

Avanzando por aquel desierto montañoso, no vio rastro alguno de Jana ni de ningún otro ser humano, aunque se vio atacado por numerosas bestias y reptiles. Pero la lucha con estos animales le enseñó a eludir a unos y otros, y sólo en casos extremos hacía uso de sus armas, pues temblaba al pensar en la idea de que se le agotaran las municiones.

Había logrado salvar los puertos más altos y los picos más inaccesibles de la cordillera, y ahora empezaba a encontrarse con un país menos hostil y rudo. Por supuesto que aún tenía aspecto salvaje y por todas partes se distinguían grandes montañas y terrenos graníticos y rocosos, pero ya empezaban a verse en algunos puntos manchas de vegetación que iban aumentando, y pronto aparecieron grandes bosques primigenios, bordeando las laderas de algunas montañas o ascendiendo majestuosamente hacia los picos. Torrentes y arroyuelos también iban siendo cada vez más numerosos, y la caza aumentó, cosa que tranquilizó a Jason.

A fin de economizar sus municiones, Jason se construyó algunas armas más primitivas: una lanza, como la que había visto llevar a Jana, y un arco y flechas, como las que usaba Tarzán. Hasta que se construyó aquellas primitivas armas, Gridley se había visto obligado a mantenerse gracias a las piezas que cobraba con sus Colts, pero a partir de entonces pudo estar más tranquilo respecto a sus provisiones.

Hacía ya tiempo que había renunciado a la esperanza de volver a encontrar el dirigible y a sus compañeros, aceptando con estoica filosofía su dura suerte y su destino, pensando que ya nunca podría escapar de Pellucidar, y que tendría que vivir el resto de su vida batallando contra bestias salvajes para defender su existencia en aquel hostil mundo interior.

Lo que más le atormentaba y le hacía sufrir era su soledad y la falta de otros seres humanos a su lado, y ansiaba sobre todo encontrar en su camino a otra tribu de hombres con los que compartir su suerte. Aunque sabía por Jana que le sería infinitamente difícil ganarse la confianza o la amistad de alguna tribu de Pellucidar, Jason no perdía la esperanza, y sus ojos estaban siempre alerta esperando encontrar algún signo revelador de la presencia de otros seres humanos. Pero no iba a tener que esperar mucho tiempo.

Había perdido por completo toda noción del sitio en que pudiera estar el país de Zoram, y vagaba errante de paraje en paraje y de montaña en montaña, esperando que el azar le hiciera tropezarse alguna vez con Zoram, cuando, de pronto, una suave brisa que ascendía del valle trajo a su olfato el olor acre del humo. Una enorme emoción le embargó, pues el humo revelaba la existencia del fuego, y el fuego revelaba la existencia del hombre.

Avanzando ahora con enormes precauciones en la dirección de dónde provenía el olor, pronto descubrió un leve hilillo de humo que, en efecto, surgía de un barranco justo enfrente de donde él se encontraba. Era un desfiladero muy profundo, una de cuyas paredes, la de enfrente de él, era muy alta, mientras que la del lado sobre el que avanzaba Jason, era mucho más baja y suave, y presentaba muchas erosiones y accidentes que permitían descender con facilidad al fondo.

Jason se acercó con enormes precauciones al borde del abismo y miró hacia abajo. Entonces pudo ver que por el centro del fondo cubierto de hierba del

desfiladero corría un cristalino torrente; los árboles crecían a uno y otro lado, aislados o formando bosquecillos que daban al paisaje la apariencia y el aspecto de un pequeño parque, aspecto que acentuaban las flores que se veían por doquier, sobre la hierba y en los mismos árboles.

Junto a un pequeño fuego, al borde del torrente, divisó a un bronceado guerrero que se ocupaba en asar un ave sobre las brasas. Jason le estuvo observando durante largo rato, reflexionando sobre la mejor forma de acercarse a él y convencerle de que quería ser su amigo, alejando la natural desconfianza a todo extranjero que caracterizaba a aquellos hombres de las tribus salvajes. Estaba pensando que lo mejor sería adelantarse y plantarse osadamente ante el guerrero, sin llevar arma alguna en las manos, y ya se disponía a poner en práctica su plan, cuando su atención se vio atraída por algo que se movía en la pared de enfrente del desfiladero.

Jason no había oído ruido alguno, pero su atención fue desviada por algo que no encajaba en el paisaje, de forma similar a lo que en ocasiones denominamos un sexto sentido.

En cualquier caso, sus ojos se dirigieron al talud de enfrente, y allí descubrió un monstruo tan enorme como jamás hubieran contemplado ojos humanos en el mundo exterior. Era una especie de dinosaurio, un terrible y gigantesco reptil, que mediría por lo menos sesenta o setenta pies de largo y veinticinco de altura. Su cabeza puntiaguda y relativamente pequeña recordaba la de un lagarto, y sobre su espina dorsal mostraba una serie de láminas o placas óseas, dispuestas alternativamente, la mayor de las cuales tendría casi tres pies de longitud. En la cola, terminando en un apéndice cornudo, también se apreciaban otras placas semejantes. El monstruo se movía sobre cuatro patas similares a las de los lagartos, si bien las delanteras eran tan cortas que hacían que su largo hocico prácticamente se arrastrara por el suelo al andar, lo que aumentaba su aspecto extraño y repugnante.

El monstruo parecía estar observando al guerrero que se hallaba al fondo del abismo, cuando, de pronto, con gran sorpresa por parte de Jason, le vio encoger sus patas traseras y lanzarse al vacío.

El primer pensamiento de Gridley fue que el monstruo se iba a estrellar en el fondo del abismo, pero con infinito asombro vio que no caía, sino que descendía lentamente en el aire, sostenido por las grandes placas óseas de su espina dorsal, que le mantenían en posición horizontal, transformándole en un inmenso planeador.

El silbido que desprendía su monstruoso cuerpo al cortar el aire llamó la atención del guerrero que estaba en el fondo del barranco, el cual se puso en pie de un salto y empuñó instintivamente su lanza. En ese mismo instante, Jason Gridley también se puso en pie de un salto, y empezó a bajar a la carrera el abrupto declive en dirección al solitario guerrero, al tiempo que desenfundaba sus dos Colts.



Capítulo XI

La caverna de Clovi

Cuando Tarzán trepó por la cuerda hacia arriba, el enorme oso que estaba a punto de darle alcance, llegó debajo de donde se encontraba, asentándose sobre sus patas traseras para vencer el impulso de su espantosa carrera.

Pero en aquel instante, ocurrió una de esas cosas imprevisibles contra las que nadie es capaz de ponerse en guardia.

Dio la casualidad de que el saliente de la roca al que Tarzán había sujetado la cuerda para ascender por ella, cedió bajo el peso del hombre, y el señor de la jungla se vio precipitado sobre la espalda del oso.

Todo ocurrió con tal rapidez que no podría decirse quién fue más sorprendido, si Tarzán o el oso. Pero las bestias primitivas que aspiran a sobrevivir, no pueden permitirse el lujo de que ninguna sorpresa las desconcierte, y así, los dos enemigos aceptaron aquel hecho consumado como si hubiera sido algo previsto y esperado.

El oso retrocedió, sacudiéndose furiosamente para arrojar de su espalda a aquel enemigo, pero Tarzán deslizó vertiginosamente uno de sus brazos de hierro bajo el cuello de la bestia, mientras que con la otra mano blandía su cuchillo. Era en verdad un sitio complicado para sostener una pelea, una dura batalla por la vida; por un lado, una de las paredes del desfiladero se elevaba hacia las nubes perpendicularmente; por el otro, caía a pico hasta el fondo de un enorme abismo. Además, los saltos y sacudidas que daba el oso para desembarazarse de su enemigo, en aquel espacio tan precario, les ponía a los dos, hombre y bestia, a punto de rodar juntos hacia la eternidad en cualquier momento.

Los rugidos y bramidos del oso eran repetidos por el eco de las montañas. El hombre mono, por el contrario, luchaba silenciosamente, hundiendo una y otra vez su cuchillo en la espalda de la enfurecida bestia, que intentaba por todos los medios desembarazarse de su enemigo, aunque manteniendo al mismo tiempo su equilibrio en un sitio tan difícil, para no precipitarse al abismo.

Pero la batalla tenía que tener un fin, y así, por último, el cuchillo de Tarzán acabó encontrando la espina dorsal de la bestia, que se quedó rígida al instante, al tiempo que Tarzán saltaba a tierra con increíble rapidez. El oso, ya muerto, fue dando trompicones por el suelo hasta precipitarse en el abismo, llevándose con él cuatro de las flechas de Tarzán y su lanza.

El hombre mono recogió la cuerda del suelo, y después de enrollarla, empezó a retroceder por el sendero en busca del arco que había abandonado en la huida, y del muchacho que dejara en la entrada de la caverna.

Apenas había avanzado unos pasos, cuando en un recodo del sendero apareció el

muchacho. Al ver a Tarzán, el niño se detuvo, apretando su lanza y empuñando en la otra mano su cuchillo de piedra. Llevaba también el arco de Tarzán, pero al descubrir a éste, lo soltó al suelo, para defenderse así mejor de su enemigo.

—Soy Tarzán de los Monos —dijo el señor de la jungla—; soy tu amigo y no deseo matarte.

—Yo soy Ovan —contestó el niño—. Si no has venido a nuestro país para matar, entonces es que has venido a robar una mujer para llevártela como compañera; por eso el deber de todos los guerreros de Clovi es matarte.

—Tarzán no ha venido en busca de compañera —dijo el hombre mono.

—¿Entonces qué haces en Clovi?

—Me he perdido. Tarzán ha venido de otro mundo, muy lejos de Pellucidar. Me he visto separado de mis amigos y compañeros, y ahora no sé encontrar el camino para unirme a ellos. Tarzán quiere ser amigo de las gentes de Clovi.

—¿Por qué has atacado al oso? —preguntó el muchacho de improviso.

—Si no lo hubiera atacado, el oso te habría matado —repuso Tarzán.

Ovan estaba desconcertado.

—Eso es lo que pensaba y lo que habría hecho cualquiera de los hombres de mi tribu —dijo—, pero tú no perteneces a ella. Eres nuestro enemigo, y por eso no puedo entender por qué lo has hecho. ¿Quieres decir que, aunque no soy de tu tribu, has querido salvarme la vida?

—Efectivamente —respondió Tarzán.

Ovan se quedó entonces mirando fija y largamente al gigante que tenía ante él.

—Te creo —murmuró—, aunque no te comprendo. Jamás he oído nada parecido, y no pienso que los hombres de mi tribu lleguen a creerlo. Además, aunque les diga que me has salvado la vida, van a querer matarte, ya que sostienen que nunca se debe confiar en un enemigo.

—¿Dónde está tu poblado? —preguntó Tarzán.

—No muy lejos de aquí —contestó Ovan.

—Me gustaría ir contigo hasta él, y hablar con el jefe de tu tribu —dijo Tarzán.

—De acuerdo. Puedes hablar con Avan, el jefe. Es mi padre. Si decide acabar contigo, te ayudaré e imploraré por tu vida, ya que tú has salvado la mía cuando el ryth estaba a punto de matarme.

—¿Por qué te hallabas en esa cueva? —preguntó Tarzán—. Era fácil darse cuenta de que se trataba del cubil de una bestia.

—Tú también llegaste hasta ella cuando te encontraste al ryth que me atacaba. Fue una desgracia, una casualidad, la que me llevó hasta allí.

—Pero yo no sabía adónde conducía este sendero —dijo Tarzán.

—Ni yo tampoco —repuso el muchacho—. Nunca había salido a cazar solo, pero ahora he llegado a una edad en la que quiero convertirme en guerrero, así es que he

abandonado la caverna de mi pueblo dispuesto a conseguir matar a una bestia yo solo, porque sólo así se convierte un joven en guerrero. Cuando apareció el ryth y me vio, enloqueció de furia, pero, de cualquier forma, yo habría luchado con él. Quizá lo hubiera matado, aunque no me parece probable; pero apareciste tú, y con ese palo curvado disparaste una pequeña lanza a la espalda del ryth, que enfurecido se revolvió contra ti, olvidándose por completo de mí. Deben de ser muy valientes los guerreros del país de donde vienes. Háblame de él. ¿Dónde está? ¿Son vuestros guerreros grandes cazadores, y vuestro jefe muy poderoso?

Tarzán intentó explicar al muchacho que su tierra estaba muy lejos de Pellucidar, en un lugar que Ovan no podía imaginarse; pero enseguida cambió el tema de la conversación, volviendo al muchacho y a su país, mientras ambos seguían un tortuoso camino en dirección a Clovi. El niño alababa sin cansarse la bravura y el valor de los guerreros de su tribu, y la belleza de sus mujeres.

—Avan, mi padre —siguió diciendo luego—, es un jefe muy poderoso, y los hombres de mi tribu son los más valientes guerreros. A veces luchamos contra los hombres de Zoram, e incluso en ocasiones hemos llegado hasta Daroz, más allá de Zoram, ya que en mi tribu siempre hay más hombres que mujeres, y los guerreros tienen que ir a conseguir sus esposas a Zoram o a Daroz. Hace poco, Carb ha ido a Zoram con veinte guerreros a robar mujeres. Las mujeres de Zoram son las más bellas. Cuando yo sea un poco más mayor, iré a Zoram a robar una mujer.

—¿Qué distancia hay desde Clovi hasta Zoram? —preguntó Tarzán de los Monos.

—Unos dicen que está muy lejos, y otros que no. De todos modos, he oído decir que ir a Zoram está mucho más lejos que volver, y así debe de ser, porque los guerreros comen seis veces cuando hacen el viaje desde Clovi hasta Zoram, y en cambio, al volver, un hombre fuerte no tiene necesidad de comer más que dos veces.

—¿Pero cómo es posible que la distancia sea más corta al volver que al ir? —preguntó Tarzán intrigado.

—Porque al volver nuestros guerreros casi siempre son perseguidos por los guerreros de Zoram —contestó Ovan.

Tarzán sonrió interiormente ante la ingenuidad del pequeño, al tiempo que pensaba que le sería imposible calcular el tiempo o las distancias en Pellucidar.

Mientras avanzaban hacia Clovi, el muchacho, poco a poco, iba mostrándose más confiado y abandonaba sus iniciales recelos, hasta que finalmente llegó a tratar a Tarzán como a un miembro de su propia tribu. Al fijarse en las heridas que las garras del thipdar habían causado en la espalda y en los hombros del hombre mono, le preguntó de qué provenían, y cuando hubo escuchado el relato hecho por Tarzán, se maravilló del valor de su nuevo amigo, de su fuerza y de la audacia que le había permitido escapar y salir victorioso de una empresa en la que la mayoría de los

hombres de Pellucidar habrían perecido.

Ovan, al ver lo inflamadas que estaban las heridas, y comprendiendo que le debían causar un gran dolor y una enorme molestia a Tarzán, le rogó a éste, cuando cruzaron un arroyo, que le dejara curárselas. Después de lavarlas concienzudamente, buscó un tipo especial de arbusto, cogió unas hojas y escurrió su jugo sobre las heridas del hombre mono.

El dolor de la inflamación no había sido nada comparado con la enorme agonía que experimentó Tarzán al serle aplicado el jugo de aquellas hojas. Sin embargo, aunque Ovan sabía lo que debía estar sintiendo su amigo, no le vio mover ni un solo músculo del rostro; aquello aumentó su admiración por el guerrero.

—Te va a doler —explicó el muchacho—; te va a doler mucho, pero impedirá que se infecten las heridas, y luego curarán más rápidamente.

Durante un largo rato, en efecto, Tarzán sintió espantosos dolores, pero, al fin, fueron remitiendo hasta que cesaron por completo.

Más tarde atravesaron un bosque en el que crecían unos pequeños árboles de madera muy dura, y Tarzán aprovechó para hacerse una nueva lanza y numerosas flechas.

Ovan se interesó mucho por la hoja de acero del cuchillo de Tarzán y por las flechas, aunque estas últimas le inspiraron un cierto desprecio, al considerarlas algo así como unas lanzas más adecuadas para que un niño jugase con ellas; pero cuando los dos sintieron hambre y Tarzán mató, de un solo flechazo, un carnero salvaje, el desprecio de Ovan se convirtió en admiración, y rogó a su nuevo amigo que le enseñara cómo se hacía y se usaba aquella cosa tan maravillosa.

Ovan se ganó pronto la amistad de Tarzán de los Monos, y mientras caminaban hacia Clovi fueron convirtiéndose en buenos amigos. Ovan poseía la serena dignidad de una bestia salvaje; no era dado a la charlatanería ni a la locuacidad que constituyen el orgullo de los hombres civilizados, pues en el periodo plioceno, por suerte, no había muchos muchachos que se dedicasen a la oratoria.

—Ya estamos muy cerca —dijo por fin Ovan, cuando llegaron al borde de un desfiladero—. Ahí abajo se encuentra la caverna de mi pueblo, Clovi. Espero que Aván, como jefe de la tribu, te reciba amistosamente, aunque no te lo puedo prometer. Quizá fuera preferible que siguieras tu camino y no pasases por Clovi. No quisiera que te mataran.

—No me matarán —respondió Tarzán de los Monos—. Vengo como amigo.

Pero, en el fondo de su corazón, comprendía que aquellos salvajes jamás aceptarían a un extranjero como un igual o como un amigo.

—Entonces ven conmigo —dijo Ovan, comenzando a descender hacia el fondo del enorme desfiladero.

Al fin llegaron a un punto en el que el sendero, dirigiéndose horizontalmente

hacia la parte más alta del desfiladero, se convertía en una especie de camino que, en cierto modo, recordaba un tosco trabajo de ingeniería. Ya no se trataba de una senda hecha al azar por las bestias de las montañas al recorrerla durante miles de años, sino de un trabajo artificial, algo en lo que se veía la mano del hombre, la rudimentaria inteligencia de los hombres primitivos.

Apenas habían comenzado a avanzar por aquel camino rústico, cuando Ovan lanzó un silbido que fue contestado por otros más allá de un recodo del sendero. Cuando pasaron este, Tarzán pudo distinguir una inmensa cornisa de granito, como suspendida en el abismo, al fondo de la cual aparecía la negra boca de una colosal caverna.

En la enorme cornisa, que vendría a tener unos dos acres, se hallaban reunidos al menos un centenar de hombres, mujeres y niños.

Todos los ojos se volvieron hacia los recién llegados. Al ver a Tarzán los guerreros se levantaron con rapidez, empuñando cuchillos y lanzas. Las mujeres gritaron llamando a sus hijos y corriendo rápidamente hacia la entrada de la caverna.

—¡No temáis! —gritó Ovan desde lejos—. Es Ovan el que llega, y viene con un amigo.

—¡Matadlo! —gritaron a la vez varios guerreros.

—¿Dónde está Avan? —preguntó el muchacho.

—¡Aquí está Avan, el jefe! —exclamó una voz ronca y fuerte, que Tarzán vio que pertenecía a un bronceado gigante que salía de la entrada de la caverna.

—¿A quién traes contigo, Ovan? —preguntó el jefe—. Si ese hombre es un prisionero de guerra, lo primero que tenías que haber hecho era desarmarlo.

—No es un prisionero de guerra —contestó Ovan—. Es extranjero en Pellucidar, y viene aquí como amigo y no como enemigo.

—¡De todas formas, sigue siendo un extranjero y tú debías haberlo matado! —gritó Avan—. Ahora conoce el camino que conduce a la caverna de Clovi, y si no le matamos, volverá a su pueblo y conducirá a su gente contra nosotros.

—Este hombre no tiene pueblo, ni sabe cómo volver a su país —dijo el muchacho.

—En tal caso, miente —repuso Avan—, porque eso es imposible. No hay ningún hombre que no sepa el camino para regresar a su pueblo. ¡Ven aquí, Ovan! ¡Apártate de su lado, porque voy a matarle!

El muchacho, al oír estas palabras, se irguió al lado de Tarzán.

—¡El que quiera matar a un amigo de Ovan tendrá que matar primero a Ovan!

Un guerrero alto y fornido que estaba junto al jefe, le puso a éste su mano sobre el brazo.

—Ovan siempre ha sido un buen muchacho —dijo—. Ninguno de los muchachos de Clovi tiene tanta inteligencia ni prudencia como él. Sus palabras suelen tener

sabiduría. Si él dice que este extranjero es su amigo, y no quiere que lo matemos, debe tener alguna razón, y hemos de escucharle antes de dar muerte a este hombre.

—De acuerdo —falló el jefe—. Tal vez tengas razón, Ulan. Lo comprobaremos. Habla muchacho, y dinos por qué no debemos de dar muerte a este extranjero.

—Porque arriesgó su vida para salvar la mía —contestó Ovan—. Luchó frente a frente con un enorme ryth, de cuyas garras yo no habría podido escapar de no ser por su ayuda. Después no quiso hacerme daño alguno, ¿y qué enemigo de Clovi, incluso entre los habitantes de Zoram o de Daroz, que son de nuestra misma sangre, no habría querido dar muerte a un muchacho que pronto se convertirá en guerrero? Este hombre, además, es muy valiente y un gran cazador. Estoy seguro de que será un gran bien para la tribu de Clovi, si se queda a vivir junto a nosotros como aliado.

Avan movió la cabeza pensativamente.

—Cuando regrese Carb celebraremos un consejo —dijo al fin—, y entonces decidiremos lo que hemos de hacer. Mientras tanto, el extranjero puede quedarse aquí como prisionero.

—No me quedaré aquí como prisionero —dijo entonces Tarzán—. He venido como amigo, y me quedaré como amigo o me marcharé.

—Déjale quedarse como amigo nuestro —intervino de nuevo Ulan—. Ha venido con Ovan, y no le ha hecho daño alguno al muchacho. Además, ¿por qué hemos de temerle, cuando él es sólo un hombre, y nosotros muchos?

—Tal vez haya venido a robar una mujer —dijo Avan.

—No —repuso enérgicamente Ovan—. Nada de eso. Dejadle que se quede, y yo respondo con mi vida de que no hará daño a nadie.

—¡Déjalo quedarse! —dijeron entonces algunos guerreros, pues Ovan siempre había sido el favorito de la tribu, al que todos mimaban y cuyas palabras eran escuchadas.

—De acuerdo, que se quede —decidió finalmente Avan—. Pero Ovan y Ulan serán responsables de su conducta.

No obstante, pocos de los miembros de la tribu aceptaron sin desconfianza a Tarzán de los Monos, aunque entre los que le trataron desde un principio de forma amistosa se encontraba Maral, la madre de Ovan, y Rela, su hermana. Las dos mujeres le aceptaron con naturalidad, en vista de que así lo hacía Ovan. Ulan también recibió amistosamente a Tarzán, lo que significaba mucho, ya que Ulan era tenido por un hombre muy inteligente, hábil y valeroso, y su opinión pesaba mucho en el consejo de Clovi.

Tarzán, acostumbrado a la vida de las tribus salvajes de los pueblos primitivos, se acomodó pronto a aquellas gentes, no prestando atención a aquellos que tampoco se la prestaban a él, observando escrupulosamente la ética de la tribu y respetando en todo instante las costumbres de Clovi. A Tarzán le gustaba conversar con Maral, a

causa de su carácter alegre y risueño y de su inteligencia. La mujer le contó que ella procedía de Zoram, y que había sido robada por Avan cuando éste era un joven guerrero y decidió tomar compañera. Aquello explicaba a Tarzán la belleza de Maral, pues los clovis parecían aceptar sin vacilaciones la idea de que no había en todo Pellucidar mujeres más bellas que las de Zoram.

En cuanto a Ulan, Tarzán se sintió inclinado hacia él desde el principio, ya que había sido el primero en abogar por su causa. Además, Ulan se diferenciaba en muchos aspectos de sus compañeros de tribu. Parecía haber sido el primero entre las gentes de Clovi en descubrir que el cerebro servía para algo más que para asegurar y procurar las necesidades materiales de la existencia. Había aprendido a soñar, y gustaba de vagar con la imaginación por dulces caminos, deleitándose interiormente con fantásticas historias de su invención, o contándolas en voz alta a toda la tribu que las escuchaba absorta. Era, además, el creador de unas raras pinturas que exhibió a Tarzán con no poco orgullo. Llevó al hombre mono al interior de la gran caverna que era, al mismo tiempo, morada, almacén y fortaleza de la tribu, y encendió una antorcha, que iluminó su interior, mostrando las pinturas que cubrían los muros. Todas ellas constituían la obra de Ulan. Monstruos enormes, mamuts colosales, feroces tigres, osos de las cavernas, ciervos, chacales, reptiles voladores y otras bestias primitivas, muchas de las cuales eran completamente desconocidas para Tarzán, entre ellas un gran monstruo apocalíptico que Ulan le comentó que vivía en el país de Gyor, al otro lado de las Montañas de Thipdars.

Los dibujos, hechos de perfil, eran perfectos, aunque para los demás miembros de la tribu resultaban maravillosos, ya que Ulan era el primero que los había ejecutado y nadie se explicaba como lo había hecho. Tal vez, de haber sido Ulan un hombre débil, habría perdido estima entre las gentes de la tribu, pero como era, por añadidura, un gran cazador y un valiente y esforzado guerrero, sus talentos se añadían a estas otras cualidades, haciendo que aumentara el respeto y la estima en que todos le tenían.

De todas formas, aunque Ulan y algunos otros más miraban a Tarzán como un amigo, el resto de la tribu seguía mirándole con desconfianza. Ninguno recordaba que jamás un extranjero hubiera vivido entre ellos como un igual o como un amigo, y casi todos esperaban que cuando regresara Carb y los guerreros que le acompañaban, el consejo de la tribu condenara a Tarzán a muerte.

No obstante, conforme más trataban a Tarzán, muchos de ellos iban siendo ganados por la causa del hombre mono, sobre todo cuando éste les acompañaba en las cacerías, en las que la habilidad y las hazañas de aquel extranjero ganaban su admiración; igualmente, las armas de Tarzán, que al principio todos habían mirado con gran desprecio, fueron también objeto de admiración y respeto.

Así, cuanto más se dilataba la ausencia de Carb y sus compañeros, mayores iban siendo las posibilidades de que Tarzán fuera aceptado como un miembro más de la

tribu, lo que para él suponía un motivo de alegría, desde el momento en que ello implicaba mayores probabilidades de encontrar a sus compañeros del dirigible.

Tarzán confiaba en que Jason Gridley, si todavía vivía, debía de hallarse perdido por alguno de los abruptos parajes de aquel espléndido país montañoso; y si lograba encontrarlo, los dos, con la ayuda de las gentes de Clovi, podrían descubrir el paradero del O-220.

El hombre mono había comido y dormido varias veces desde que llegara a la tribu, y también había acompañado a los guerreros clovis en numerosas cacerías. Y, sin embargo, el sol había lucido en su cénit cuando él llegó allí, y ahora continuaba del mismo modo, inmóvil en su cénit, sin ninguna variación. En consecuencia, era incapaz de saber si había transcurrido un mes o un día.

Tarzán se encontraba sentado en cuclillas cerca del fuego donde Maral preparaba la comida, hablando con la mujer y con Ulan, cuando a lo lejos, en la gran cañada, se escuchó el silbido que anunciaba la llegada de guerreros amigos. Un momento después, un joven apareció en el recodo del camino y llegó hasta la gran cornisa en la que se hallaba el poblado.

—Es Tomar —anunció Maral—. Seguramente trae noticias de Carb.

El guerrero llegó corriendo hasta situarse en el centro de la cornisa y se detuvo allí. Durante unos instantes permaneció en ese punto, dando a su actitud un toque dramático, con los brazos en alto, sonriendo y haciendo ademanes de silencio a todos.

—¡Carb vuelve! —dijo al fin a voz en grito—. ¡Los victoriosos guerreros clovis vuelven trayendo consigo a la más hermosa de las mujeres de Zoram! ¡Honor y gloria a Carb! ¡Grande es Carb! ¡Grandes son los guerreros de Clovi!

Los fuegos en los que se preparaban las comidas, y todas las ocupaciones domésticas y cotidianas de la tribu, fueron abandonados cuando todo el mundo corrió, en medio de un enorme griterío, a esperar el regreso de Carb y sus valerosos guerreros.

Finalmente, en el recodo del camino, apareció una partida de hombres armados: veinte guerreros, a cuyo frente venía Carb, y en cuyo centro aparecía una muchacha con sus muñecas fuertemente atadas a la espalda, y una correa atada al cuello de la que tiraba uno de los guerreros.

El interés de Tarzán se centró sobre todo en Carb, ya que, por la posición que éste ocupaba en la tribu, sus opiniones y consejos eran decisivos, y quizá iba a depender de aquel hombre la vida de Tarzán.

Como Tarzán había imaginado, Carb, en efecto, era un hombre de gran fuerza, enorme y corpulento. Sus facciones regulares daban a su rostro una expresión de gran belleza varonil, cosa bastante corriente entre las gentes de su pueblo, pero el gesto cruel y bárbaro de su boca y la dura mirada de sus ojos le restaban mucho atractivo y simpatía.

Los ojos de Tarzán se fijaron luego en la prisionera, y, en ese momento, una expresión de asombro cruzó el rostro del hombre mono, que se quedó absorto ante la belleza de la joven. Aquella muchacha, pensó Tarzán, podía efectivamente ser proclamada como la mujer más bella de Zoram, porque indudablemente ni en Pellucidar ni en el mundo exterior, se encontraría a una mujer más bella ni más perfecta que ella.

Avan recibió a los guerreros recién llegados en el centro de la cornisa. Luego contempló larga y complacidamente la hermosa presa, escuchando con atención a Carb, que narra con todo detalle los incidentes y las peripecias de la expedición.

—Bien —falló luego Avan—; vamos a celebrar inmediatamente un consejo para ver quién se queda con la prisionera, y, al mismo tiempo, trataremos otro asunto para el que hemos estado esperando el regreso de Carb y sus guerreros.

—¿De qué se trata? —preguntó Carb con viveza.

—Aquí hay un extranjero que quiere vivir con nosotros en la tribu —dijo Avan señalando a Tarzán.

Carb volvió sus duros ojos hacia Tarzán, y su rostro se ensombreció.

—¿Por qué no lo habéis matado? —preguntó rudamente—. ¡Dejadme! ¡Matémoslo ahora mismo!

—Eso no eres tú el que ha de decidirlo —dijo el jefe, Avan—. Sólo el consejo de guerreros puede decidir lo que ha de hacerse.

Carb se encogió de hombros.

—Si el consejo no decide acabar con él, lo haré yo mismo —murmuró—. No quiero que ningún enemigo viva en el mismo sitio que yo.

—Que se reúna enseguida el consejo —dijo Ulan con sarcasmo—, porque si Carb es más fuerte y poderoso que el consejo, es algo que me interesa saber.

—Hemos caminado un largo trecho sin comer y sin dormir —dijo entonces Carb—. Tenemos que descansar antes de celebrar el consejo, que seguramente exigirá de ti y de nosotros una gran fortaleza.

Mientras decía estas palabras, miró significativamente a Ulan.

Los guerreros que habían acompañado a Carb en su expedición también querían comer y descansar antes de celebrar el consejo, así que Avan accedió a sus deseos.

La muchacha cautiva no había hablado desde que llegara al poblado de sus enemigos, y ahora miraba a Maral que daba órdenes para que le dieran de comer y la dejaran descansar. Le quitaron las ligaduras que sujetaban sus muñecas, y la permitieron acercarse junto al fuego de Maral, donde la muchacha se sentó con una expresión de profundo desdén en su hermoso rostro.

Ninguna de las mujeres de la tribu dio muestras de querer molestar o atormentar a la prisionera, lo que extrañó enormemente a Tarzán, acostumbrado a ver como las mujeres de las selvas africanas martirizaban horriblemente a las mujeres de otras

tribus que caían en su poder. Maral, sobre todo, era la que más amable se mostraba con la cautiva.

—¿Y por qué íbamos a portarnos de otro modo? —le explicó a Tarzán—. Nuestras hijas o cualquiera de nosotras puede ser capturada en cualquier momento por los guerreros de otras tribus, y si fuéramos crueles con ellas, nos tratarían del mismo modo a nosotras. Además, las mujeres que son capturadas por nuestros guerreros han de vivir ya siempre con nosotras. Aquí no somos muchas y siempre estamos juntas. Si nos peleáramos o discutiéramos, seríamos menos dichosas de lo que lo somos. Desde que estás aquí, jamás habrás visto una disputa ni una pelea entre las mujeres de Clovi, ni las verás si te quedas junto a nosotros. Es cierto que a veces ha habido mujeres rebeldes y amantes de las disputas, pero del mismo modo que destruimos a los niños que nacen enfermizos o defectuosos, también matamos a esas mujeres. Todo se hace por el bien de la tribu.

Entonces se volvió hacia la prisionera.

—Siéntate —le dijo—. La comida está en el caldero. Come lo que quieras, y luego duerme y descansa. No temas mal alguno; estás entre amigos. Yo también soy de Zoram.

La cautiva la miró vivamente.

—¿Tú también eres de Zoram? —preguntó—. Entonces debes de sentir lo que yo siento: quiero volver inmediatamente a Zoram. Prefiero morir a vivir en otro sitio.

—Ya se te pasará todo eso —repuso Maral—. A mí también me ocurrió, pero finalmente, después de vivir aquí algún tiempo, me convencí de que las gentes de Clovi son muy parecidas en todo a las de Zoram. Los clovis fueron buenos y amables conmigo; contigo lo serán también, y acabarás sintiéndote feliz entre nosotros. Cuando te hayan dado un esposo, verás la vida de un modo muy distinto.

—¡Nunca seré la esposa de uno de esos hombres! —contestó la prisionera, golpeando el suelo con su sandalia—. ¡Yo soy Jana, la Flor Roja de Zoram, y escogeré por mí misma mi propio compañero!

Maral movió la cabeza con tristeza.

—Así hablaba yo al principio —dijo—, pero luego cambié de parecer, y lo mismo te ocurrirá a ti.

—¡No me ocurrirá! —opuso Jana—. En mi vida sólo vi a un hombre al que tomaría por esposo, y jamás aceptaré a otro.

—¿Tú eres Jana? —preguntó ahora Tarzán de los Monos—. ¿La hermana de Thoar?

La muchacha miró sorprendida a Tarzán, fijándose en él por primera vez.

—¿No eres tú el extranjero al que quería matar Carb? —preguntó.

—Sí —contestó Tarzán.

—¿Y qué sabes de mi hermano, Thoar?

—Hemos cazado juntos. Nos dirigíamos a vuestro país, a Zoram, cuando me vi separado de él. Íbamos siguiendo tu rastro y el del hombre que te acompañaba, cuando sobrevino una gran tormenta que lo borró por completo. Tu compañero era el hombre al que yo iba buscando.

—¿Qué sabes del hombre que me acompañaba? —preguntó Jana.

—Es amigo mío —repuso Tarzán—. ¿Qué ha sido de él?

—Fue sorprendido por la gran tormenta en el fondo de un desfiladero, y debe haberse ahogado —contestó Jana con tristeza—. ¿Tú eres de su mundo?

—Sí.

—¿Y cómo sabes que venía conmigo?

—Reconocí sus huellas, como tu hermano reconoció las tuyas.

—Tu amigo era un gran guerrero —murmuró la muchacha— ¡Un hombre muy valiente!

—¿Pero estás segura de que ha muerto? —preguntó Tarzán.

—Creo que sí —repuso la Flor Roja de Zoram.

Los dos callaron durante un largo rato, ambos pensando en Jason Gridley. Finalmente, Jana se sentó cerca de Tarzán.

—¡Tú eras amigo suyo! —le dijo en voz muy baja—. Escúchame: estas gentes van a matarte. Conozco a estas tribus mejor que tú, y conozco a Carb. Se saldrá con la suya. Tú eras amigo de Jason, y yo también. Si pudiéramos escaparnos de aquí, te guiaría hasta mi país, y si eres amigo de mi hermano Thoar, tanto él como las demás gentes de Zoram te aceptarán como un amigo.

—¿Qué estás hablando en voz baja? —rugió una ruda voz a sus espaldas.

Al volver ambos la cabeza, vieron a Avan, el jefe de la tribu, en actitud recelosa.

Sin esperar respuesta, el jefe se volvió hacia Maral, su mujer.

—Lleva a la prisionera a la caverna —le dijo—. Permanecerá allí hasta que el consejo decida qué guerrero la tendrá por compañera. Mientras tanto, haré que varios guerreros custodien la entrada a la gruta para evitar que pueda escapar.

Maral hizo un gesto a Jana para que la acompañara a la caverna. Al ponerse en pie la muchacha, lanzó una mirada de súplica a Tarzán. Éste, que también se había levantado, miró a su alrededor. Prácticamente toda la tribu estaba sobre la cornisa de granito, y en el camino que conducía a las alturas del gran cañón, que era el único punto de salida de allí, habría al menos una docena de guerreros. El solo tal vez hubiera podido huir, pero con la muchacha era imposible. Entonces, mirando a Jana con fijeza, hizo con sus labios un movimiento firme y duro, pronunciando, aunque sin sonido alguno, una palabra: “Espera”. Un momento después, la Flor Roja de Zoram era conducida a la caverna de la tribu.

—En cuanto a ti, hombre de otra tribu —siguió diciendo Avan en tono amenazador, y dirigiéndose a Tarzán de los Monos—, hasta que el consejo decida tu

suerte eres nuestro prisionero. Entra también en la caverna y espera allí la decisión de los guerreros.

Era cierto que una docena de guerreros impedía ahora el camino a la libertad, pero aquellos hombres estaban tranquilos y confiados, sin esperar peligro alguno. Un impulso súbito y audaz podría llevar a Tarzán de los Monos más allá de donde se encontraban los guerreros y liberarle. Cada vez estaba más seguro de que el consejo iba a condenarle a muerte, y cuando se anunciara la decisión del consejo, cien guerreros rodearían a Tarzán, alerta y armados para evitar que escapara. Aquel era pues, el momento oportuno. Pero Tarzán de los Monos no intentó huir y recobrar la libertad. En vez de ello, dirigió sus pasos hacia la gran caverna en la que se encontraba Jana. La Flor Roja de Zoram había implorado su ayuda, y Tarzán de los Monos no iba a abandonar a la hermana de Thoar y la amiga de Jason Gridley.



Capítulo XII

Los pantanos de Pheli

Cuando Jason Gridley se precipitó hacia el fondo del desfiladero, en dirección al sitio en el que se encontraba el solitario cazador, disponiéndose a hacer frente al ataque del monstruoso reptil volador que descendía hacia él planeando en el aire, el americano, recordando ciertos dibujos y grabados, pudo reconocer al monstruo como un estegosaurio del periodo jurásico, aunque grabados y pinturas no le habían dado ni con mucho, una ligera idea de las proporciones ni del horripilante aspecto del reptil.

Jason vio al solitario guerrero de pie en el fondo del precipicio, esperando una muerte inevitable; pero su actitud no revelaba terror ni miedo alguno. En su diestra empuñaba una lanza y en su mano izquierda un cuchillo de sílice. Iba a morir, sí; pero vendería cara su vida. En su actitud majestuosa no había pánico, ni terror, ni asomo de un deseo de huir, de intentar escapar en una inútil fuga.

La distancia entre Jason y el monstruo era mayor que la que podía alcanzar una bala de revólver, pero el americano pensó que tal vez el estampido de un disparo atrajera la atención del estegosaurio, haciéndole cambiar de presa, o quizá, incluso, le hiciera huir, al no haber oído jamás un ruido semejante. Así, Gridley disparó dos veces consecutivas, sin dejar de descender a la carrera al fondo del abismo. Y entonces se llevó una sorpresa, porque una de las balas dio en el cuerpo del reptil, que cambió inmediatamente de dirección lanzando un agudo y penetrante silbido.

Atraído por el estampido de los disparos, y atribuyendo la herida que acababa de recibir a este nuevo enemigo, el monstruo se dirigió hacia Jason.

Al sonar los dos disparos, que retumbaron en el profundo cañón en el que se encontraba el solitario guerrero, éste miró hacia donde se encontraba Jason, viéndole descender hacia la cuenca del abismo, y observando como el reptil planeador cambiaba de rumbo.

La herencia, las enseñanzas de sus antepasados y su propia experiencia, habían hecho a aquel hombre salvaje y primitivo considerar como enemigo a todo hombre que no fuera de su propia tribu. Nunca en su vida ningún suceso había venido a desmentir esa creencia, así que le pareció absurdo e inconcebible ver que aquel extranjero, al que inmediatamente había reconocido como tal, arriesgaba su vida en un esfuerzo heroico para acudir a prestarle auxilio. Pero no había ninguna otra explicación posible a su conducta, por lo que el perplejo guerrero, en vez de escapar en el momento en que la atención del horrible reptil se apartó de él, corrió rápidamente hacia Jason, para unir sus fuerzas a las del americano y luchar juntos contra el horrible monstruo.

Debido a lo rápido que ahora era el vuelo del estegosaurio, Jason apenas tuvo

tiempo de reflexionar sobre lo que hacía. Sólo vio que se le venía encima una muerte espantosa, sin ni siquiera tener tiempo de ponerse en guardia.

El monstruo se precipitaba hacia el americano con sus horribles fauces completamente abiertas, y lanzando agudos chillidos; pero al mismo tiempo presentaba un blanco admirable, y Gridley se propuso sacar algún partido de aquella situación.

Disparó simultáneamente sus dos revólveres, intentando herir al monstruo en su cerebro, pero haciendo entrar las balas por la boca del enorme reptil, y apuntando al paladar. Jason tenía la esperanza de que el animal no sobreviviera a la terrible descarga de sus dos armas, y en ello no se equivocaba. En medio del ensordecedor estrépito de los disparos, aquella lluvia de plomo que se abatía sobre las partes más sensibles de sus carnes, acabó con las fuerzas del monstruo, que, cuando ya se hallaba a corta distancia de Jason, se elevó en el aire pasando por encima del americano, el cual aprovechó la oportunidad para volver a disparar dos o tres tiros más contra la colosal panza del estegosaurio, logrando otros tantos blancos.

Sin dejar de sisear y chillar furiosamente, debido a la ira y el dolor que sentía, el monstruo descendió a tierra a espaldas de Gridley, y prácticamente de inmediato, volvió a reanudar su ataque. Ahora, al verle posado en el suelo, Jason se dio cuenta verdaderamente de lo enorme que era, a pesar de lo cual se movía con una velocidad y una agilidad inverosímiles.

Mientras esperaba la embestida del monstruo, el guerrero llegó hasta donde se encontraba Jason.

—¡Ponte a aquel lado, mientras yo le ataco por este! —gritó el guerrero—. ¡Ten cuidado con su cola y utiliza tu lanza, porque a los dyrodors no les asusta el ruido!

Jason obedeció con rapidez las instrucciones del guerrero, sonriendo en su interior ante la inocente idea de que los Colts sólo servían para hacer ruido.

El guerrero se situó de modo que al atacar, el monstruo quedase al lado contrario de Jason; pero antes de que tuviera tiempo de arrojar su lanza, o Jason de volver a hacer fuego, el animal cayó hacia delante, arrastrando durante un largo trecho su horrible hocico por tierra, y desplomándose a continuación sobre uno de sus costados, sin vida.

—¡Está muerto! —exclamó el guerrero con inmenso asombro—. ¿Qué es lo que le ha matado? ¡Ninguno de nosotros le ha arrojado su lanza!

Jason, volviendo los revólveres a sus fundas, los golpeó cariñosamente.

—Lo ha matado esto —dijo.

—El ruido no mata a nadie —dijo el guerrero escépticamente—. Ni el rugido de los tarags, ni el aullido de los jaloks, ni el bramido de los ryths inmovilizan ni matan al hombre. El silbido de un thipdar tampoco mata a nadie.

—No ha sido el ruido lo que ha matado al reptil —contestó Jason—. Mira la boca

del monstruo, sobre todo su paladar, y verás lo que ha ocurrido cuando mis armas hacían ruido.

Siguiendo la sugerencia de Jason, el guerrero examinó la cabeza y la boca del dyrodor, y cuando vio las enormes heridas se volvió hacia Jason con un nuevo sentimiento de admiración y respeto.

—¿Quién eres tú, y qué estás haciendo en el país de Zoram? —preguntó intrigado.

—¡Dios mío! —exclamó Jason—. ¿Estamos en Zoram?

—Sí.

—¿Y tú eres uno de los guerreros de Zoram?

—Sí. ¿Pero quién eres tú?

— ¡Dime! —insistió Jason—. ¿Conoces a Jana, la Flor Roja de Zoram?

—¿Qué sabes tú de Jana, la Flor Roja de Zoram? —preguntó a su vez el solitario guerrero frunciendo el ceño, sin duda concibiendo algún nuevo pensamiento que le hizo cambiar el tono de su voz—. ¿Cómo te llaman en el país del que vienes?

—Mi nombre es Gridley —contestó el americano—. Jason Gridley.

—¡Jason! —repitió el otro—. ¡Sí, eso es: Jason Gridley! Entonces, dime, ¿dónde está la Flor Roja de Zoram? ¿Qué has hecho de ella?

—Eso es lo que te he preguntado yo a ti —murmuró el americano—. Nos separamos y desde entonces la estoy buscando. ¿Pero cómo sabes tú de mí?

—He estado siguiéndote durante mucho tiempo. Pero estalló una tormenta, y la lluvia borró tus huellas.

—¿Y por qué me seguías? —preguntó Jason.

—Te seguía porque acompañabas a la Flor Roja de Zoram, y quería matarte; pero él dijo que no la ibas a hacer ningún daño, que ella debía haberse ido contigo por su propia voluntad. ¿Es eso cierto?

—La Flor Roja de Zoram vino conmigo por su propia voluntad durante algún tiempo —contestó Jason—. Luego se marchó; pero no le hice ningún daño.

—Entonces, quizá él llevaba razón —murmuró el guerrero—. Esperaré hasta que la encuentre, y si es verdad que no la has hecho daño alguno, no te mataré.

—¿Pero a quién te refieres al decir él? —preguntó Jason intrigado—. Nadie me conoce en Pellucidar, salvo Jana.

—¿No conoces a Tarzán? —preguntó ahora el guerrero.

—¡Tarzán! —repitió Gridley verdaderamente asombrado—. ¿Lo has visto? ¿Está vivo?

—Lo vi, sí —contestó el guerrero—. Juntos cazamos y seguimos tu rastro y el de Jana; pero ahora Tarzán ya no existe; ha muerto.

—¡Dios mío! ¡Tarzán muerto! ¿Estás seguro?

—Sí; ha muerto.

—¿Cómo ha podido ocurrir semejante desgracia?

—Íbamos atravesando una cadena montañosa, cuando nos topamos con un thipdar que se lo llevó por los aires, y lo arrebató de nuestro lado.

¡Tarzán muerto! Jason lo había estado temiendo, pero ahora tenía pruebas de ello, por increíble que le pareciera. Su mente se resistía a creer aquellas palabras que le hablaban de la muerte de aquel hombre de hierro. ¡Parecía imposible que su cuerpo de gigante no se moviera ya por el impulso de su vitalidad, que aquellos poderosos músculos no se estiraran bajo su piel de bronce, que aquel corazón tan valiente hubiera dejado de latir!

—Lo apreciabas mucho, ¿verdad? —preguntó el guerrero, al observar la tristeza y el abatimiento en que se había sumido Jason.

—Sí —repuso éste—. ¡Mucho!

—Yo también —siguió diciendo el guerrero—. Pero ni Tar-gash ni yo pudimos salvarle. El thipdar se lo llevó con tal rapidez que ni siquiera nos dio tiempo a arrojar nuestras armas.

—¿Quién es Tar-gash? —preguntó Jason.

—Un sagoth, un gorila. Viven en las selvas del valle, y suelen ser utilizados como guerreros por los mahars.

—¿Iba él contigo y con Tarzán?

—Sí. Iban los dos juntos cuando los conocí. Pero ahora Tarzán ha muerto, Tar-gash ha regresado a su lejano país, y yo tengo que seguir buscando a la Flor Roja de Zoram. Tú has salvado mi vida, hombre de otro mundo, pero no sé si le has hecho algún daño a Jana. Quizá la hayas matado. ¿Cómo puedo saberlo? ¡No sé qué hacer!

—Yo también voy buscando a Jana —dijo Jason—. Busquémosla juntos.

—De acuerdo —aceptó el guerrero—; si la encontramos, ella dirá si he de matarte o no.

Jason no podía dejar de recordar la actitud de Jana al separarse de él. La misma muchacha había estado a punto de matarle. Si daban con ella, quizá iba a encontrar más fácil que aquel guerrero diera muerte a Jason. Con toda seguridad que aquel hombre era el prometido de la muchacha, así que Jana no tendría que rogarle mucho para que matara a su rival. Sin embargo, ni sus ojos ni el tono de su voz revelaron su emoción cuando se dirigió al guerrero.

—¡Iré contigo! —dijo—. Y si he hecho algún daño a la Flor Roja de Zoram, puedes matarme. ¿Cuál es tu nombre?

—Thoar —contestó el guerrero.

Jana había hablado de su hermano a Jason, pero si llegó a pronunciar su nombre, Gridley lo había olvidado por completo. Por tanto, siguió pensando que Thoar debía ser el prometido de Jana o tal vez su esposo. Al pensar en este último supuesto, experimentó una sensación de pesar y angustia, aunque no pudo explicarse el motivo.

Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que Thoar era el compañero de Jana. Nadie habría de desear la muerte de Jason más que Thoar, cuando supiera que Gridley había molestado a la muchacha.

Sí, ahora estaba seguro de que Thoar era el compañero de Jana, y este pensamiento le irritó, ya que ella le había hecho creer que era una doncella, todavía sin compañero. El americano se dijo que Jana era una mujer igual que las demás, coqueta y frívola, a todas les gustaba burlarse de los hombres y enloquecerlos para reírse de ello. Pero, por suerte, a Jason no le había vuelto loco la muchacha, ni le había convertido en un esclavo de sus múltiples encantos, lo que había producido la furia de la muchacha, al humillar su vanidad. Por eso Jana le había querido matar, obrando como un ser simple y primitivo. ¡La diablilla había querido enamorarle cuando ya tenía un esposo! Aquello irritaba cada vez más a Jason, que tuvo que echar mano de su sentido más irónico del humor para recobrar el ánimo. De todas formas, aunque por sus labios vagaba una sombra de sonrisa, en el fondo de su ser sentía una profunda pena y una gran irritación, cuyos motivos escapaban a su análisis.

—¿Dónde viste por última vez a Jana? —preguntó Thoar—. Tal vez podríamos volver allí y buscar su rastro.

—No podría decírtelo —repuso Jason—. En este país que carece de puntos cardinales, no sabría precisar ni mi posición ni la de nadie.

—Entonces quizá podríamos empezar a buscar en el sitio en el que encontramos tus huellas y las de Jana —insistió Thoar.

—Quizá no sea necesario si conoces bien la zona —dijo Jason—. Viniendo hacia las montañas desde el sitio donde encontré a Jana por primera vez, había a nuestra izquierda un enorme abismo. Por aquel abismo desaparecieron dos de los cuatro hombres que iban persiguiéndola, después de que yo matara a los otros dos. Ella intentó encontrar un lugar por donde escalar las cimas situadas a la derecha de aquel abismo, pero nuestro camino se vio cortado por otro desfiladero muy profundo que corría en paralelo a la base de las montañas, así que ella se vio obligada a volver hacia el desfiladero, por el que descendió. La última vez que la vi estaba subiendo desde ese abismo, pero por la pared opuesta; de modo que si tú sabes dónde está ese desfiladero, no nos será necesario volver al punto en el que la encontré por primera vez.

—Conozco ese desfiladero —repuso Thoar—. Es muy posible que los dos phelis que dices desaparecieron por allí, la capturaran. Buscaremos por ese desfiladero, y si no la encontramos, bajaremos hacia el valle de Pheli.

Thoar guió a Jason hacia unos altísimos picos dentados, sin ninguna prisa, pues el tiempo nada significaba para los pellucidaros. Para Jason, por el contrario, la interminable marcha era una pesadilla. Cuando encontraban caza, comían; cuando estaban cansados, se echaban a dormir y descansaban. Y siempre había ante ellos

peligrosos abismos, riscos, hondonadas, o taludes por los que tenían que escalar interminablemente. Al americano le parecía imposible que una muchacha hubiera podido atravesar aquellas cadenas montañosas sin perderse, de no haber visto lo bien que conocía Jana el país, como había tenido ocasión de comprobar cuando la iba siguiendo.

Al atravesar un gran bosque que cubría la ladera de una alta montaña, encontraron caza abundante, y Jason, con la ayuda y bajo la dirección de Thoar, se hizo una especie de túnica con la piel de una cabra montés. Al menos, era algo parecido a ropa; pero sin embargo, cuando la llevó puesta durante algún tiempo, con sus brazos y piernas al descubierto, Jason fue dándose cuenta de su comodidad, y acabó preguntándose cómo los hombres de su mundo no adoptaban algo parecido cuando se lo permitía la temperatura.

A medida que Jason y Thoar se fueron conociendo más, la desconfianza del americano se trocó en admiración por su nuevo amigo, y finalmente se convirtió en una sincera amistad por aquel salvaje pellucidaro, a pesar de que este sentimiento se veía mezclado con otro, que aunque no podía llamarse animosidad, era muy semejante a ésta. Era un sentimiento difícil de calibrar. No existía rivalidad entre ellos, y, sin embargo, la actitud de Jason hacia el salvaje guerrero era la misma que habría tenido un perfecto caballero para con un enemigo digno y honorable.

Raras veces hablaban de Jana, aunque los dos pensaban en ella. Jason a menudo se encontraba evocando hasta los menores detalles del tiempo que pasó junto a la muchacha. Sus expresiones y gestos, la belleza y la perfección de su rostro, se hallaban grabados en el cerebro y en los sentidos de Jason de un modo intensísimo. Ni siquiera las duras palabras y la actitud de Jana hacia él en el momento de separarse, enfriaban la admiración y el dulce sentimiento que le inspiraba la salvaje doncella, ni tampoco el recuerdo de su alegre camaradería. Nunca hasta entonces Jason había echado de menos la compañía de mujer alguna, pero ahora procuraba oscurecer la dulce visión de la Flor Roja de Zoram con el recuerdo de Cynthia Furnois o de Bárbara Green. Sin embargo, la imagen y la remembranza de Jana vencían al recuerdo borroso y lejano de sus dos compatriotas.

Aquel sentimiento de subyugación a la muchacha salvaje, por bella que fuese, molestaba y humillaba a Jason, que, para olvidarlo, procuraba pensar en el dolor que le había causado, y todavía le causaba, la muerte de Tarzán de los Monos. No obstante, no conseguía convencerse de que Tarzán hubiera muerto. Era una de esas cosas que es imposible aceptar o concebir.

Al fracasar en su propósito, intentó pensar en lo que habría podido ocurrirles a von Horst, a Muviro y a los negros waziris, o en lo que pudiera estar ocurriendo a bordo del dirigible, en cuya busca los ojos de Jason se volvían con frecuencia hacia el cielo. Pero, pensara en lo que pensara, aunque fuera en su remota colina de Tarzana,

en su California natal, su mente y su espíritu siempre volvían a la hermosa Flor Roja de Zoram.

Thoar, por su parte, también sintió muy pronto un hondo afecto por su nuevo amigo, al que veía como un hombre tranquilo y formal, siempre dispuesto a asumir su parte de trabajo o responsabilidad en aquella vida salvaje que ambos compartían.

Al llegar al borde del gran desfiladero, aunque lo recorrieron durante grandes trechos en uno y otro sentido, no encontraron ningún rastro de Jana ni nada que les pudiera indicar que la muchacha había pasado por allí.

—Iremos hacia el valle —dijo entonces Thoar—, a un país que se llama Pheli, y en el que, aunque no encontremos a Jana, al menos podremos vengarla.

Aquella idea de primitiva justicia sugerida por las palabras de Thoar, no necesitaba ninguna pregunta ni aclaración para el americano. En realidad, parecía la cosa más natural que Jason y Thoar constituyeran a la vez un tribunal y un instrumento de castigo y de ejecución de la justicia, que en definitiva, es lo que hace el hombre cuando se desprende del ligero barniz de la civilización, única diferencia, en realidad, entre el hombre de las cavernas y el hombre contemporáneo.

De aquel modo, un abismo de quizá cien mil años, que había entre la era de Thoar de Zoram y la de Jason Gridley de California, quedó salvado. Dominados ambos por el odio, descendieron de las Montañas de Thipdars en dirección al valle de Pheli, con sus corazones henchidos por el mismo deseo de matar. En ese momento, no habrían hecho falta demasiados fabricantes de armamento para iniciar una guerra.

A través de imponentes bosques y de colinas verdes y doradas, los dos hombres descendieron hacia la tierra de Pheli. Aquellos parajes estaban plagados de caza de todas clases y, a cada instante, los dos amigos encontraban y se veían obligados a eludir grandes bestias, carnívoros enormes y feroces, herbívoros de peso incalculable o gigantescos reptiles que, al avanzar o al atacarles, hacían temblar la tierra bajo sus escamosas patas. Sólo gracias a la superior inteligencia del hombre, combinada con una gran dosis de suerte, los dos viajeros pudieron salvar aquellos parajes, llegando sanos y salvos a las marismas y los valles bajos y pantanosos en los que se encontraba la tierra de Pheli.

Aquella zona parecía exclusivamente poblada por los reptiles. Los había a millares, de todas clases, colores y tamaños. Acuáticos, anfibios, carnívoros y herbívoros, pululaban, chillaban y siseaban por doquier, luchaban entre ellos y se devoraban continuamente, haciendo que Jason se preguntase, asombrado y maravillado, cuándo encontraban tiempo para reproducirse, y cómo los inofensivos herbívoros podían sobrevivir a aquella matanza general y constante. Una horrible orgía de muerte y exterminio parecía regir en aquellos pantanos y en aquellos valles bajos, dando la sensación de ser la única ley que entendían aquellas especies. Sin embargo, el enorme tamaño de algunas de ellas, incluidas no pocas especies de

herbívoros, ponían de manifiesto los muchos años que vivían, ya que, a diferencia de los mamíferos, los reptiles no dejan nunca de crecer mientras viven.

El pantanoso valle donde Thoar decía que se hallaba el poblado de los phelis, estaba en parte ocupado por una selva milenaria y enorme, en la que los árboles alcanzaban un tamaño gigantesco, y cuyas ramas más bajas formaban una maraña tan intrincada, que los dos viajeros tenían que avanzar lenta y penosamente. De todas formas, preferían ir a través de la selva, que hacerlo por los traicioneros pantanos. En la selva los reptiles eran más pequeños, aunque no por ello menos abundantes, si bien había excepciones, sobre todo por parte de las serpientes. Una de estas causó tal sorpresa a Jason, que no pudo dar crédito a sus ojos. Se encontraron con ella de forma imprevista, en el momento en que la colosal serpiente estaba engullendo un enorme paquidermo, un tracodonte del tamaño de un elefante. El enorme herbívoro todavía estaba vivo e intentaba librarse de las espantosas fauces de la serpiente, pero a pesar de su hercúlea fuerza, de sus numerosas hileras de dientes y de sus tremendas quijadas, el reptil lo tragó todavía con vida.

Tal vez se debió a su tamaño diminuto, junto con su inteligencia y una gran suerte, lo que salvó a los dos hombres de ser devorados por las horribles bestias de los pantanos. O tal vez se debió a la gran estupidez de los reptiles, que permitió a los hombres eludirlos y evitarlos con relativa facilidad.

Ni siquiera los enormes toros, ni los gigantes tigres, ni los formidables leones de Pellucidar, se atrevían a aventurarse por los pantanos de Pheli. Jason no se explicaba cómo en semejante lugar podía subsistir el hombre. Incluso dudaba que los phelis ni ninguna otra tribu pudieran tener allí su morada.

—Aquí no puede vivir nadie —dijo Jason a su amigo—. Los phelis tienen que vivir en otro sitio.

—No —opuso Thoar—. Los hombres de mi tribu han venido hasta aquí muchas veces para vengar el rapto de nuestras mujeres, y por la descripción que han hecho de este país, todos conocemos las condiciones de vida de Pheli. Esto es el valle de Pheli, o en realidad, los pantanos de Pheli.

—Seguramente tienes razón —murmuró Jason—, pero hasta que no vea a esos hombres, no podré creer que son capaces de vivir en estos parajes.

—Ya no tardaremos mucho en llegar al poblado de los hombres de Pheli.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Jason.

—Mira ahí, y verás el motivo —contestó Thoar señalando hacia un arroyo que discurría cerca de ellos.

—No veo más que un arroyo —dijo Jason.

—Eso es precisamente lo que buscamos —continuó diciendo Thoar—. Todos los guerreros de mi tribu que han estado aquí, dicen que los phelis viven a orillas de un río que atraviesa la selva y los pantanos. En algunos lugares la tierra es más elevada,

y en la cima de esas pequeñas colinas los hombres de Pheli construyen sus moradas. No viven en cavernas como nosotros, sino que construyen sus viviendas con troncos de árboles, tan enormes y resistentes, que ni siquiera los reptiles más gigantescos pueden romperlos.

—¿Pero por qué han escogido estas gentes un sitio como este para vivir? —preguntó el americano.

—Para poder vivir en una paz relativa —contestó Thoar—. A diferencia de los zorams, los phelis no son una raza guerrera; no aman la pelea ni la lucha, y han preferido construir sus viviendas en estas marismas y tiendas pantanosas para librarse de sus enemigos humanos. Además, en estos parajes la carne y la caza son tan abundantes que puede decirse que la tienen en su misma casa. Para ellos, esto es el paraíso de Pellucidar.

Los dos viajeros procedieron ahora a redoblar su cautela, pues sabían que en cualquier momento podían toparse con el poblado de los phelis. Al cabo de un rato, Thoar se escondió detrás de un gran árbol, desde donde señaló un punto delante de ellos. Al mirar, Jason vio entre los árboles una cercana colina. Era evidente que la colina había sido talada en parte por la mano del hombre, puesto que se divisaban muchos troncos cortados y sin ramas. Los ojos de Jason también descubrieron una casa, si así podía llamarse a lo que distinguía su vista.

Era una edificación construida con troncos de enorme tamaño que formaban sus paredes, sobre las que se extendían otros troncos más pequeños que constituían el techo de la morada. Los huecos que quedaban entre los troncos estaban rellenos de barro. En la fachada principal, varios troncos clavados en el suelo, formaban una especie de estrecho umbral. No obstante, lo que más llamó la atención de Jason fue una serie de postes puntiagudos, clavados en el suelo en sentido diagonal y a lo largo de los muros, y apuntando hacia fuera, de modo que ningún animal, por fuerte o inteligente que fuera, podía aventurarse por allí sin herirse.

Acercándose, los dos amigos pudieron observar mucho mejor el poblado, que, por aquel lado de la colina, mostraba cuatro edificaciones semejantes a la que habían contemplado al principio. Al pie de la loma, se extendía por todas partes una selva espesa y tupida, pero la colina en sí había sido desprovista de vegetación, de modo que nadie podía acercarse a ella sin ser visto por las gentes del poblado que vivían en su cima.

No se veía un alma viviente en los alrededores del poblado, pero aquello no engañó a Thoar, que sabía que muchos pares de ojos debían estar vigilando desde el interior de las viviendas de troncos, a través de las ranuras de estos. Los phelis debían de vivir en aquellas moradas sentados en cuclillas o echados, ya que la altura de aquellas edificaciones no permitía a un hombre adulto permanecer de pie.

—Bien —dijo al fin Jason—. Ya estamos aquí. ¿Qué hacemos ahora?

Thoar miró con vehemencia los dos Colts de Jason.

—No has querido hacer uso de esas cosas, por temor a gastar la muerte que arrojan por sus negras bocas —dijo—, pero con una sola de ellas podemos encontrar rápidamente a Jana, o vengarla si no está aquí.

—Entonces vamos —repuso Jason—. Sacrificaría todas mis municiones y todo lo que fuera preciso para salvar a la Flor Roja de Zoram.

Y tras decir esto, Jason se bajó del árbol al que ambos se habían subido para divisar mejor el poblado enemigo y partió en dirección a la vivienda más próxima. Thoar le siguió con vivo paso.

Pero ninguno de los dos hombres que avanzaban en dirección al cercano poblado, se dio cuenta de que, ocultos entre los espesos árboles que crecían al pie de la colina y bordeaban el río, les observaban varios pares de ojos, unos ojos crueles que brillaban tras tupidas matas de pelo que formaban espesas barbas, y que daban a los rostros de aquellos hombres una apariencia bestial.



Capítulo XIII

Los horibs

Avan, el jefe de la tribu de Clovi, había situado a varios guerreros de guardia ante la entrada de la gran caverna, y cuando Tarzán se acercó a ella, le dieron el alto.

—¿Adónde vas? —le preguntó uno de ellos.

—A la caverna —contestó Tarzán.

—¿A qué?

—Quiero dormir —contestó el hombre mono—. Antes he entrado varias veces, y nadie me lo ha impedido.

—Avan ha dado órdenes para que nadie ajeno a la tribu entre o salga de la caverna, hasta que se haya celebrado el consejo —dijo el centinela.

Avan se acercó en ese instante.

—Dejadle entrar —ordenó a la guardia—. He sido yo el que le ha mandado aquí; pero no le dejéis que vuelva a salir.

Tarzán entró a la caverna sin hacer ningún comentario. Tardó unos instantes en acostumbrar sus ojos a que consiguieran distinguir algo en la semioscuridad que reinaba en el interior de la caverna de Clovi.

Aquella parte de la entrada con la que estaba más familiarizado, era en verdad enorme, aunque se podían distinguir los dos muros laterales; luego, se extendía hacia el fondo, seguramente hasta una gran distancia montaña adentro. Cerca de los muros, en lechos de ramas y hojas secas cubiertos con pieles, se veían numerosos guerreros, algunas mujeres y varios niños de la tribu, casi todos ellos dormitando. Cerca de la entrada, un grupo, sentado en cuclillas, hablaba en voz baja. Tarzán fue hacia el interior, buscando a la hermosa prisionera. Ella le vio primero y llamó su atención con un silbido apenas audible.

—¿Tienes algún plan de fuga? —preguntó la muchacha, cuando Tarzán se hubo sentado sobre una piel a su lado.

—No —contestó el hombre mono—. Lo único que podemos hacer es esperar y ver si se presenta alguna ocasión propicia para huir.

—Creía que a ti te sería más fácil escapar —dijo la hermosa joven—. Los clovis no te tratan como un prisionero, y puedes circular entre ellos con toda libertad; además, te han permitido conservar tus armas.

—Ahora ya soy un prisionero —repuso Tarzán—. Avan acaba de dar órdenes a los centinelas de la entrada para que no me dejen salir de aquí, hasta que el consejo de la tribu haya decidido mi suerte.

—En ese caso tu porvenir no es muy brillante —dijo Jana—. A mí me pasa lo

mismo; sé la suerte que me espera. Pero, de todas formas, no me tendrán, ni Carb, ni ninguno de ellos.

Siguieron hablando en voz muy baja, con largas pausas. Cuando la conversación recayó sobre el mundo del que había venido Jason, la muchacha preguntaba sin cansarse a Tarzán, aunque las respuestas de este estaban muy lejos de ser comprendidas por la joven. El vapor, la electricidad y todo lo que nacía de aquellas fuerzas era incomprensible para Jana, al igual que las orquestas, los instrumentos de música o los libros. Sin embargo, cuando Jana hablaba de las cosas de su mundo, con las que naturalmente estaba familiarizada, mostraba una gran inteligencia, y sus palabras eran siempre interesantes y amenas.

De pronto, uno de los guerreros que dormitaban cerca de ellos abrió los ojos, se incorporó y se desperezó. Luego, mirando a su alrededor, se puso en pie y empezó a recorrer la cueva, despertando a los demás.

—¡Arriba! —iba diciéndoles a cada uno de ellos—. Hay que acudir al consejo de guerreros.

Cuando llegó junto a Tarzán y Jana, reconoció al primero, y se agachó para cerciorarse de que no se engañaba.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó.

Tarzán se puso en pie, mirando fijamente al guerrero, pero no le contestó.

—¡Contéstame! —rugió Carb de mal talante, pues de él se trataba—. ¿Por qué estás aquí?

—Tú no eres el jefe —contestó al fin Tarzán—. Si tienes algo que preguntar, ve y pregúntaselo a las mujeres y a los niños de la tribu.

Carb lanzó un rugido de rabia, pero Tarzán extendió un brazo en dirección a la salida de la cueva.

—Vete —dijo.

Por un instante, el enfurecido guerrero vaciló sin saber qué hacer. Finalmente se marchó, y continuó despertando a sus compañeros.

—Ahora procurará que te maten —dijo la muchacha con tristeza.

—Eso ya lo había decidido —repuso Tarzán—. No estoy peor que antes.

Los dos quedaron en silencio, esperando que decidieran su suerte. Ambos eran conscientes que, afuera, en la gran cornisa donde se celebraría el consejo, se iba a hablar interminablemente, en su mayoría palabras innecesarias y vanas, esgrimiendo cada cual un argumento, también innecesario, ya que, desde tiempo inmemorial, los hombres que hacen las leyes han tenido el privilegio de la palabrería inútil, si bien en este aspecto, nuestros grandes abogados y nuestros grandes políticos ganan con mucho a los primeros hombres.

De pronto, un joven penetró en la caverna portando una antorcha encendida. Al ver a Tarzán, se dirigió resueltamente hacia él. Era Ovan.

—El consejo ha tomado una decisión —dijo el muchacho—. A ti te matarán, y la prisionera será entregada a Carb.

Tarzán de los Monos se levantó.

—Ven conmigo —le dijo a Jana—. Ahora es una ocasión tan buena como cualquier otra. Si logramos atravesar la cornisa y llegar a la entrada del camino, sólo un guerrero muy rápido sería capaz de alcanzarnos. Ovan, si eres mi amigo como me dijiste, y en verdad quieres ayudarnos, no digas nada y déjame probar suerte.

—Soy tu amigo —repuso el muchacho—. Por eso he venido; pero te advierto que nunca lograrás atravesar la cornisa. Hay numerosos guerreros en ella, y todos armados y preparados para recibirte. Saben que tú también tienes armas y esperan que intentes escapar.

—No hay otra solución —contestó Tarzán de los Monos—. Tenemos que escapar por ahí.

—No —opuso Ovan—. Hay otra forma de escapar; he venido a decírtela.

—¿Cómo? ¿Por dónde? —preguntó Jana.

—Venid conmigo.

Levantando la antorcha en alto, Ovan les guió en dirección al fondo de la caverna. Los muros se estrechaban cada vez más, el suelo ascendía, y sólo a duras penas conseguían avanzar por ciertos lugares. Al fin Ovan, levantando más la antorcha, se detuvo. Se hallaban en una especie de pequeña estancia, en cuyo fondo se abría una angosta grieta.

—Por esa estrecha ranura —dijo el muchacho—, se llega a una senda que conduce a la cima de la montaña. Sólo mi padre y yo conocemos la existencia de esta salida de la cueva. Si mi padre llegara a saber que he sido yo el que os ha mostrado el camino, me mataría, pero para evitar que llegue a sospechar de mí, voy a echarme a dormir en una de las cavernas que hay más abajo. El camino que os muestro es duro y difícil, pero no hay otro. ¡Marchaos ya! Este es el pago que te doy por haber salvado mi vida.

Y sin esperar ninguna respuesta, dio un golpe con su antorcha en el suelo y la apagó. La cueva quedó sumida en la más completa oscuridad.

No habló más, y Tarzán y Jana sólo oyeron el sonido de sus sandalias alejándose hacia la entrada de la gruta.

El hombre mono extendió entonces una mano en la oscuridad, encontrando la de Jana. Luego, con cuidado y con dulzura, llevó a la muchacha hacia la entrada de la grieta que se abría en el fondo. Al fin, palpando en las tinieblas, la encontró.

Tropezando y dando traspies sobre un suelo lleno de piedras y resbaladizos guijarros, a los dos fugitivos les daba la sensación de no avanzar nada. Si hubieran medido el tiempo a tenor del esfuerzo físico y las molestias y penalidades sufridas en aquel áspero y difícil camino sumido en tinieblas, les hubiera parecido que caminaron

durante una eternidad. Pero al fin comenzó a disiparse la oscuridad, y al acercarse a la salida de la grieta se encontraron bañados por la alegre luz del eterno sol de Pellucidar.

—¿En qué dirección está Zoram? —preguntó Tarzán a la muchacha.

Jana indicó un lugar en el horizonte.

—Pero no podremos ir directamente hacia allí —dijo—. Tendríamos que volver hacia atrás, y ahora todos los caminos y los senderos estarán vigilados por los guerreros de Carb. No creo que nos dejen escapar fácilmente. Tal vez, buscándonos, acaben por dar con la grieta del fondo de la caverna, y nos sigan por donde nosotros hemos logrado escapar.

—Este es tu mundo —dijo el hombre mono—, y lo conoces mejor que yo. ¿Qué crees que es lo mejor que podemos hacer?

—Deberíamos descender de las montañas, alejándonos todo lo posible de Clovi —dijo Jana—, porque es por aquí, por las montañas, donde nos buscarán. Cuando lleguemos al llano, volveremos hacia atrás, bordeando la falda de la cordillera, hasta que nos encontremos al pie de Zoram. Entonces, volveremos a ascender a las montañas.

El descenso se les hizo muy penoso, ya que ninguno de los dos estaba familiarizado con aquella parte de las montañas. A veces veían cortado su camino por grandes abismos, lo que les obligaba a dar grandes rodeos. Comieron varias veces y durmieron al menos tres, lo cual dio idea a Tarzán de que llevaban mucho tiempo caminando. ¿Pero cómo calcularlo? Además, ¿qué les importaba el tiempo que hubiera transcurrido?

Durante el descenso, Tarzán había venido divisando una gran llanura al pie de la cordillera, que se extendía a lo lejos hasta perderse de vista. La última etapa de su descenso, la realizaron a través de un estrecho y sinuoso cañón, y cuando, por fin, alcanzaron la boca del desfiladero, se encontraron, efectivamente, al borde de una gran llanura casi desprovista de árboles y tan llana que recordaba la superficie de un lago.

—Esto es Gyor Cors —dijo Jana—. Espero que tengamos suerte y no nos encontremos con un gyor.

—¿Qué es un gyor? —preguntó Tarzán.

—Es un monstruo espantoso —contestó la muchacha—. Yo no he visto nunca a ninguno, pero los hombres de Zoram han llegado hasta aquí y los han visto. Dicen que tienen el doble del tamaño de un tador, y su longitud es como la de cuatro hombres muy altos, echados en el suelo uno tras otro. Tienen un hocico enorme y curvo, y tres grandes cuernos, dos sobre los ojos y otro sobre la nariz. Luego, en el cuello, tienen una especie de collar de una materia córnea, que les protege de los cuernos de los de su especie y de las lanzas de los hombres. No comen carne, pero

son muy irritables y se encolerizan fácilmente, atacando a todos los animales que ven, incluso al hombre, lo que hace que esta comarca esté desierta; sólo ellos viven aquí.

—Este valle parece muy grande —dijo Tarzán, contemplando con admiración la enorme extensión de la pradera cubierta de alta hierba, que se perdía en el infinito, curvándose suavemente hacia arriba—, y por lo que me dices de esos monstruos, parece que tienen pocos enemigos que sean capaces de atacarles y disputarles el disfrute de sus dominios.

—Sus únicos enemigos son los horibs —repuso Jana—, que los cazan por su carne y por su piel.

—¿Quiénes son los horibs? —preguntó Tarzán.

Jana se estremeció.

—Es un pueblo de reptiles —contestó con voz temblorosa.

—¿Un pueblo de reptiles? ¿Cómo es posible?

—Mejor que no hablemos de ellos. ¡Son horribles! Mucho peores que los gyors. Su sangre es fría, y los hombres dicen que no tienen corazón, porque no conocen ninguna cualidad buena en ellos, y desconocen la amistad, la simpatía o el amor.

En la misma boca del cañón por el que habían descendido hasta el valle, un torrente había socavado la tierra formando un nuevo desfiladero, cuyas paredes eran tan altas que los dos viajeros decidieron bordearlo para encontrar un lugar más accesible por el que alcanzar la otra orilla, puesto que el torrente les cortaba el camino hacia Zoram.

Habrían avanzado una milla siguiendo el borde del cañón, y empezaban a divisar bajas colinas con pequeños bosquecillos dispersos. La hierba les llegaba a las rodillas en aquel prado infinito, que hacía un paraíso de aquel territorio para los grandes dinosaurios herbívoros. El sol, eternamente en su cénit, daba al valle un aspecto paradisiaco, de una paz y una quietud infinitas; y, sin embargo, Tarzán de los Monos se sentía nervioso e intranquilo. La aparente ausencia de vida animal resultaba inquietante y extraña en aquel mundo en el que los animales pululaban a millares, porque además, a pesar de todo, Tarzán sabía muy bien que había animales a su alrededor, pues los olores raros y desconocidos que la brisa llevaba a su agudo olfato le producían extrañas sensaciones. Los olores conocidos no le inquietaban, pero aquellas emanaciones herían sus sentidos dolorosamente. Algunas de ellas le hacían recordar el peculiar olor de histah, la serpiente, aunque no era exactamente el mismo.

Sobre todo por Jana, Tarzán deseaba encontrar cuanto antes un sitio por el que pudieran cruzar el gran cañón, y comenzar el ascenso de la cordillera en dirección a Zoram, pues al empezar a ascender las montañas, los animales que se encontrasen serían más familiares. Pero, por desgracia, ni aparecía ante su vista lugar alguno por el que fuera factible cruzar al otro lado del cañón, ni la llanura del valle era tan suave y tan continuada como les había parecido desde lejos a primera vista. Por el contrario,

conforme avanzaban, iban encontrando barrancos, hondonadas e incluso pequeños cañones, que cortaban aquella superficie verde y cubierta de hierba, la mayoría de las veces con tajos profundos y muy anchos.

Finalmente, uno de aquellos barrancos, que iba a desembocar en un río, les obligó a dar un gran rodeo que hizo variar su rumbo, dirigiéndoles en sentido opuesto a donde se encontraba Zoram. Allí, luego de avanzar aproximadamente una milla, encontraron un punto por el que pudieron cruzar. Al surgir por el lado opuesto, tras cruzar el barranco, Jana cogió de repente a su compañero por el brazo, al tiempo que indicaba hacia un punto determinado. Tarzán vio de lo que se trataba, al mismo tiempo que la muchacha.

—¡Un gyor! —musitó Jana en voz baja, y en un tono estremecido por el terror—. ¡Echémonos al suelo, y escondámonos entre la hierba!

—Aún no nos ha visto —contestó Tarzán—, y quizá no se acerque hasta aquí.

Ninguna descripción de la bestia que ahora surgía ante ellos habría podido coincidir con las gigantescas proporciones del monstruo, ni con su horrible expresión. A primera vista, Tarzán pensó que aquella bestia se parecía mucho a los gryfs de Palul-don. Tenía al igual que aquéllos dos largos cuernos sobre los ojos, otro cuerno sobre la nariz, un gran hocico córneo y combado, y una especie de caperuza o cresta transversal sobre la nariz. Su color era más amortiguado que el de aquéllos, predominando una nota gris, aunque con un matiz amarillento en el vientre y en el rostro. Los círculos azules alrededor de sus ojos también estaban menos marcados, y la cresta y las protuberancias córneas a lo largo de la espina dorsal, eran igualmente menos brillantes que en los gryfs. Tarzán también se convenció de que, como ya le había dicho Jana, era una bestia herbívora, pues se hallaba pastando en la alta hierba, y tenía grandes puntos de semejanza con los dinosaurios, sus parientes del periodo jurásico.

Jana se había arrodillado en la hierba, y rogaba a Tarzán que hiciera lo mismo. El hombre mono siguió su consejo, aunque mirando al monstruo por encima de la hierba, con gran cuidado y cautela.

—Me parece que ha percibido nuestro olor —dijo Tarzán—; ha levantado la cabeza y mira a su alrededor. Ahora se mueve, trazando una especie de círculo. Tiene una gran ligereza para un monstruo de su tamaño. ¡Sí, ha olfateado algo, pero no es a nosotros, porque el viento no va en esa dirección! Es algo que se acerca a nuestra izquierda, aunque aún está lejos. Creo que oigo algo, un rumor leve y ligero. El gyor está mirando en esa dirección. El animal que sea, se acerca muy rápidamente, a juzgar por el ruido, que cada vez es más intenso. ¡No es un solo animal! ¡Son varios! El monstruo empieza a avanzar para ver qué son, pero está lejos de nosotros, y va a pasar muy alejado de nuestra posición, a nuestra izquierda.

Tarzán permaneció durante un rato observando al gyor, y escuchando el creciente

rumor que hacían los animales hasta ahora invisibles que se acercaban.

—Vienen por el fondo del barranco que hemos atravesado hace poco —le dijo luego a Jana—. Pasarán a nuestras espaldas.

Jana seguía oculta entre la alta hierba, sin atreverse siquiera a asomar la cabeza por miedo a que la descubriera el gyor.

—¡Quizá sería mejor que intentásemos huir mientras el monstruo hace frente a sus enemigos! —propuso a Tarzán.

—Es tarde —repuso el hombre mono—. Ya salen del barranco. ¡Es una gran partida de hombres! Pero... ¡Dios mío! ¿Sobre qué van montados?

Jana se asomó un poco por encima de la hierba, y se estremeció.

—No, no son hombres —dijo horrorizada—. Son los horibs, y eso sobre lo que cabalgan son los gorobors. ¡Si nos descubren estamos perdidos, porque en todo Pellucidar no hay animales más veloces que los gorobors! ¡No te muevas! ¡Nuestra única esperanza de salvación es que no nos vean!

A la vista de los horibs, el gyor lanzó un espantoso rugido que hizo estremecer la tierra, y, bajando la enorme cabeza, cargó contra sus enemigos. Los horibs que habían surgido del fondo del barranco eran aproximadamente unos cincuenta, cabalgando sobre otros tantos monstruos que les servían de monturas. Tarzán pudo distinguir ahora que los jinetes iban armados con largas lanzas, pobres armas para luchar contra semejante monstruo apocalíptico. Sin embargo, pronto comprobó que los horibs no atacaban directamente a su enemigo, ni esperaban de frente su acometida, sino que, girando hacia su derecha, se alinearon en fila detrás del que parecía dirigirlos. Entonces, por primera vez, Tarzán pudo darse cuenta de la increíble rapidez de movimientos de los enormes lagartos sobre los que montaban los jinetes, sólo comparable en nuestro mundo a la que muestra esa especie de pequeño reptil del desierto llamado lagartija relámpago.

Siguiendo una táctica semejante a la que empleaban los indios del oeste americano, los horibs formaron un círculo alrededor de su presa. El monstruo, bramando y rugiendo de un modo espantoso, se precipitaba contra los horibs tan pronto en una dirección como en otra; pero sus enemigos le esquivaban con tal velocidad, que el monstruo siempre encontraba ante sí el vacío. Jadeando y rugiendo, la terrible bestia se revolvía furiosa, pero los horibs iban estrechando cada vez más su círculo y la acorralaban poco a poco. Mientras, Tarzán presenciaba absorto la increíble escena, y se preguntaba por qué medios pensarían los horibs abatir aquellas diez toneladas de rugiente carne, que se revolvía furiosa en todas direcciones intentando aplastar a sus enemigos.

Al fin, un horib y su enorme lagarto se acercaron al monstruo con la velocidad del rayo. El gyor se revolió también con suma rapidez, bajando la cabeza y adelantando sus gigantescos cuernos para clavarlos en su osado enemigo. Pero en aquel instante,

otros dos horibs cayeron sobre el monstruo por su espalda, clavando sus lanzas en los enormes flancos de la bestia. Apenas un segundo después, los tres horibs estaban de nuevo formando parte del mismo círculo que sus compañeros, mientras el gyor aumentaba sus rugidos y se movía presa de una furia espantosa. Bramando horriblemente, volvió a inclinar la cabeza y cargó contra los horibs.

Esta vez la bestia intentaba abrirse paso en el círculo de sus enemigos, y Tarzán comprobó desolado que el gyor se dirigía hacia el sitio en que ellos se hallaban escondidos. Si los horibs no le hacían dar la vuelta, los dos fugitivos estaban irremediablemente perdidos.

Una docena de los hombres reptiles se precipitaron entonces en pos de la bestia que intentaba huir, y doce lanzas se clavaron en su carne, haciéndola revolverse en un acceso de furor, intentando vengarse de sus atacantes.

Pero ahora la batalla se desarrollaba a apenas cincuenta pies de donde se encontraban Tarzán y Jana, lo que hizo que Tarzán se sintiera lleno de angustia por su hermosa compañera, ya que el gyor y los horibs no tardarían en caer sobre ellos en el furor de la lucha.

La bestia permanecía ahora inmóvil, con la cabeza baja y sangrando por una docena de heridas. Un horib se acercó lentamente hacia la cara del monstruo. La atención del gyor quedó concentrada en este único y audaz enemigo, mientras otros dos horibs empezaban a acercarse diagonalmente al gyor por su espalda, de forma que el monstruo no podía verlos debido al gran collar córneo que rodeaba su cuello. Al fin, aquellos dos horibs, cayendo con inverosímil rapidez sobre los flancos del monstruo, hundieron sus lanzas en las carnes del gyor, llegando tan cerca de él, que los enormes lagartos sobre los que cabalgaban tuvieron que apoyar sus patas delanteras en los lomos del gyor, al retroceder para escapar.

La bestia lanzó un rugido espantoso, retrocedió y giró enloquecida de dolor, hasta que por fin se desplomó sobre uno de sus costados, con un horrible estertor de agonía. Las dos últimas lanzas le habían atravesado el corazón.

Tarzán se alegró del desenlace de la batalla, y se estaba felicitando interiormente por no haber sido descubiertos por el terrible grupo de jinetes, cuando los horibs empezaron a galopar hacia su escondite. Una vez más formaron su horrible círculo, pero en esta ocasión Tarzán y Jana estaban en su centro. Era evidente que los horibs habían visto mucho antes a los dos viajeros, pero habían estado esperando a desembarazarse del gyor para luego caer sobre ellos.

—¡Hay que luchar! —exclamó Tarzán, que como ya era inútil permanecer escondidos, se puso en pie.

—¡Sí! —repuso Jana imitándole—. ¡Pero por mucho que luchemos seremos vencidos! ¡Somos dos contra cincuenta!

Tarzán ajustó una flecha en su arco. Los horibs se acercaron lentamente,

estrechando su círculo y examinando a sus nuevas presas. Finalmente, cuando ya se encontraban muy cerca, se detuvieron.

Ahora, Tarzán pudo por primera vez examinar a su antojo a aquellos hombres bestiales con aspecto de reptil, y a sus no menos horribles cabalgaduras. La conformación de los horibs era similar a la de los hombres, en lo que se refiere a las extremidades y al tronco; pero los pies, que tenían tres dedos, y las manos, que tenían cinco, eran en todo iguales a las de los reptiles. La cabeza y el rostro recordaban los de las serpientes, aunque sus puntiagudas orejas, y los dos diminutos cuernos que tenían en la frente, les daban un aspecto grotesco. Los brazos estaban mejor conformados que las piernas, que eran toscas y de groseras líneas. Todo el cuerpo aparecía cubierto de escamas, pero las que cubrían el rostro, los pies y las manos eran tan pequeñas que daban la sensación de la piel desnuda. Esta impresión se veía aumentada, porque el color de las diminutas escamas era de un matiz blanco que recordaba al del vientre de todos los reptiles. Por toda vestimenta, llevaban una especie de pequeño peto hecho con la piel de algún gigantesco reptil. Aquella especie de armadura resultaba muy fuerte, y tenía por único objeto, como pronto pudo deducir Tarzán, proteger los vientres de los horibs. Los extraños petos que hacían las veces de armaduras, y que llegaban algo más arriba del pecho de los monstruos, llevaban grabados en el centro una especie de divisa, una cruz de ocho puntas con un círculo en el centro. De las muñecas, le colgaba a cada horib una pequeña correa que sujetaba una funda de cuero, en la que portaban un cuchillo de hueso. En muñecas y codos, lucían extraños brazaletes, y en otras partes del cuerpo portaban otros adornos igualmente raros. Además del cuchillo de hueso, cada horib llevaba una larga lanza, también con punta de hueso. Cabalgaban sobre sus horribles lagartos, insertando los pies bajo los brazuelos delanteros de los gorobors, horribles reptiles del periodo triásico, más conocidos por los paleontólogos por el nombre de pareiasaurios. La mayoría de ellos medían hasta diez pies de longitud, aunque no levantaban mucho del suelo debido a sus cortas patas, que no obstante eran gruesas y muy fuertes.

Mientras Tarzán observaba a los horibs, “de sangre fría y que carecen de corazón”, según Jana, se dijo que tal vez tuviera ante él alguna de las formas de la evolución que quizá hubiera existido alguna vez en el mundo exterior, marcando una fase hacia la perfección desconocida por los humanos, o que tal vez formase un eslabón en el paso de los reptiles al hombre, como ocurrió entre los reptiles y los pájaros, o como recientemente ha apuntado la ciencia, pudo ocurrir también con los mamíferos.

Aquellos pensamientos cruzaron velozmente por la mente de Tarzán, mientras los horibs permanecían en círculo alrededor de ellos, mirándoles con unos ojos saltones y combados, sin párpados y de expresión bestial. Pero si el aspecto de aquellos monstruos le había impresionado, aquella impresión no fue nada comparada con la

que experimentó al oír que uno de los hombres reptiles le hablaba en el idioma común a todos los gilaks de Pellucidar.

—¡No podréis escapar! ¡Tira al suelo tus armas! —dijo con voz siseante.



Capítulo XIV

A través de la selva oscura

Jason Gridley corrió hacia la cima de la colina donde se encontraba el poblado de los phelis, y en la que esperaba encontrar a la Flor Roja de Zoram. A su lado corría Thoar, con su lanza y su cuchillo dispuestos para rescatar o vengar a su hermana. Mientras, a la espalda de los dos hombres, escondidos entre la espesura y los troncos de los árboles que bordeaban el río, un gran grupo de hombres atezados y barbudos les espiaban.

Con gran sorpresa de Thoar, ningún guerrero surgía de las casas a las que se acercaba, ni se oía ruido o voz alguna en su interior.

—Ten cuidado —aconsejó entonces a Jason—. ¡Podemos caer en alguna emboscada!

El americano redobló su cautela. Sin embargo, llegaron ante la primera morada sin que nadie hubiera aparecido ante sus ojos ni se hubiera opuesto resistencia alguna a su avance.

Jason se detuvo, mirando hacia el interior de la vivienda; luego, agachándose, penetró en su interior, acompañado de Thoar.

—No hay nadie —dijo Gridley—. Está vacía.

—Quizá tengamos más suerte en las otras —repuso Thoar.

Pero en ninguna de las viviendas del poblado encontraron un alma viviente.

—Se han marchado —dijo Jason—.

—Sí —dijo Thoar—. Pero regresarán. Volvamos a la selva y escondámonos entre los árboles que bordean el río. Desde allí espiaremos su regreso.

Inconscientes del peligro que les amenazaba, los dos amigos descendieron la colina penetrando en la espesura de la selva. Una vez allí, siguieron un antiguo sendero, trazado por millares de sandalias de las gentes de Pheli.

Pero, apenas habían avanzado unos pasos, cuando una docena de hombres, surgiendo de los matorrales de la espesura, cayeron sobre ellos, los derribaron al suelo y los desarmaron.

En un instante les ataron las manos a la espalda, y luego les pusieron en pie rudamente. Los ojos de Gridley se abrieron como platos al contemplar a sus captores.

—¡Dios mío! —exclamó en el colmo del asombro—. ¿Cómo puede ser posible? ¡Había llegado a acostumbrarme a contemplar con cierta compostura y naturalidad a los rinocerontes, los mamuts, los pterodáctilos y los dinosaurios de este espantoso mundo! Pero, la verdad, ¿quién podía imaginarse, quién puede permanecer impassible al encontrarse en Pellucidar con el capitán Kidd, Lafitte y sir Henry Morgan?

En su inmensa sorpresa hablaba ahora en su lengua nativa, que, naturalmente, no

entendían los otros.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó uno de sus captores—. ¿Quiénes sois y de qué país venís?

—¡Yo soy cien por cien americano de los Estados Unidos! —contestó Gridley, sonriendo.

Luego se volvió hacia Thoar.

—¿Estos no son phelis, verdad? —dijo en tono más serio.

—No —contestó Thoar—. Son gente extraña. Nunca había visto hombres como estos. ¿Quiénes sois y por qué nos habéis hecho prisioneros?

—Nosotros sí sabemos quiénes sois —dijo entonces uno de sus captores—. Sabemos el país del que venís. No intentéis engañarnos.

—Perfectamente —repuso Gridley—. Si sabéis quiénes somos y de dónde venimos, soltadnos, porque entonces estaréis enterados de que no estamos en guerra con nadie.

—Vuestro país siempre estará en guerra con los korsars —dijo el captor—. Tú eres un sari, un guerrero del país de Sari. Lo sé por las armas que llevabas. Ellas me hicieron comprender, desde el primer momento que te vi, que eras de Sari. El Cid se alegrará de que te llevemos prisionero.

—Tal vez este hombre sea Tanar —dijo otro de sus compañeros—. ¿Tú lo viste cuando estuvo prisionero en Korsar?

—No —contestó otro—. Entonces estaba en otra expedición. Pero si este hombre es Tanar, en efecto, seremos bien recompensados.

—Está bien, de todas formas ahora debemos volver a la embarcación —dijo el que primero había hablado—. Es inútil que permanezcamos más tiempo aquí esperando el regreso de esos cobardes indígenas, con la remota esperanza de que traigan con ellos una de esas hermosas mujeres de Zoram.

—Pero sabes —repuso el otro—, que río abajo nos dijeron que las gentes de este país de Pheli, a veces capturan mujeres muy hermosas de ese país de Zoram. Quizá hiciéramos bien en esperar un poco más.

—No —opuso el primero—. Me gustaría mucho poder ver a una de esas mujeres de Zoram, cuya belleza tanto alaban, pero los indígenas no volverán mientras nosotros continuemos por estos parajes. Ya hace mucho tiempo que faltamos del barco, y yo conozco a nuestro capitán y sé que va a querer matar a más de cuatro cuando volvamos.

Atada a un árbol cerca de la orilla, y guardada por otros cinco guerreros korsars, se veía una pequeña barcaza, o mejor dicho una especie de bote largo y de forma extraña, cuyo aspecto y características hicieron recordar a Jason sus lecturas de niño, al igual que lo hacían los extraños hombres que los habían capturado, con sus extravagantes vestimentas, sus grandes pistolas y machetes, sus alfanjes y sus

antiguos arcabuces.

Los prisioneros fueron atados dentro del extraño bote; los korsars también se introdujeron en su interior, y la pequeña nave se puso en movimiento río abajo.

Mientras ésta se deslizaba velozmente, a impulso de la corriente, que era muy rápida, Jason tuvo oportunidad de examinar a su antojo a sus captores. Era un grupo de hombres de aspecto completamente innoble, tan rudos y repulsivos como jamás pudo imaginarse Gridley que pudieran existir en la realidad, mucho más feroces y repulsivos que aquellos piratas tremebundos que él había imaginado en sus primeras lecturas. Llevaban pendientes en sus orejas, algunos de ellos aros de oro en la nariz, pañuelos de vivos colores atados a la cabeza, y fajines, también de colores, a la cintura. Todo ello les daba una apariencia extraña y teatral, sólo empañada por su suciedad y por sus manchas. No obstante, vistos de lejos, tenían un aspecto soberbio.

Aunque en la historia de Tanar de Pellucidar, que Jason Gridley había recibido por radio de Abner Perry, se había familiarizado hasta cierto punto con el aspecto y la apariencia de los korsars, ahora se daba cuenta de que los había aceptado como aceptara de niño a los piratas de sus cuentos y narraciones, esto es, como personajes legendarios e irreales, y no hombres de carne y hueso como aquellos que ahora tenía ante sus ojos, mascullando blasfemias y juramentos, diciendo y gastándose bromas rudas y de mal gusto, cubiertos de mugre y de suciedad, en una espantosa y cruda realidad de seres humanos hediondos y abyectos.

En aquella nave arcaica en que navegaban, en sus vestimentas y adornos y en sus vetustas armas de fuego, Jason veía pruebas concluyentes e irrefutables de que aquellos hombres descendían de los del mundo exterior, y comprendía como su contemplación debía haber llevado a la mente de David Innes la absoluta convicción de la existencia de una abertura polar que comunicaba nuestro mundo con el de Pellucidar.

Mientras Thoar se entregaba a la tristeza, en vista de la mala suerte que les perseguía, al haberles hecho caer en manos de aquellos hombres extraños, Jason, por el contrario, no estaba muy seguro de que lo que les había ocurrido no resultara, al fin y al cabo, un golpe de suerte para él, ya que, a juzgar por las conversaciones y comentarios que había escuchado de aquellos hombres desde que les habían capturado, parecía deducirse que les iban a llevar a Korsar, la ciudad en la que estaba apresado David Innes y que era, en definitiva, el principal objetivo de su expedición, pues esta se había puesto en marcha para rescatar al emperador de Pellucidar.

El hecho de que llegara a aquella ciudad solo y como prisionero, no era, ni mucho menos, motivo de alegría y regocijo, pero, en cualquier caso, no era mucho peor que haber permanecido vagabundeando por aquel mundo hostil y lleno de peligros en busca de sus compañeros del dirigible, sin tener ni la más remota esperanza de encontrarlos. Ahora, cuanto menos, estaba bastante seguro de ser conducido a un

lugar al que también intentarían llegar los expedicionarios del O-220, de modo que las posibilidades de volver a encontrarse con ellos eran bastante mayores.

El río que iban descendiendo discurría a través de una selva pantanosa y de árboles bajos, y cruzaba numerosas lagunas, algunas tan grandes que más bien podía considerárselas como lagos. Por todas partes, aguas y riberas hervían de la presencia de reptiles, haciéndole evocar a Jason las escenas que había visto desarrolladas en ilustraciones y grabados, reproduciendo fantasías del periodo mioceno que debían haber ocurrido en nuestro mundo hace miles y miles de años. Tan numerosos y, a veces, tan enormes eran los reptiles y las bestias que se iban encontrando, que los korsars permanecían constantemente en guardia y, a menudo, tenían que hacer fuego con sus arcabuces para defenderse de los feroces animales. Por lo general, el ruido de los disparos ahuyentaba a los reptiles; pero algunos de ellos persistían en su ataque, y entonces la tripulación del bote tenía que luchar cuerpo a cuerpo contra el enemigo hasta matarlo. Y hay que tener en cuenta que no era muy difícil que alguno de aquellos monstruos deshiciera la embarcación, devorando a la tripulación y a los restos del bote al mismo tiempo.

Jason y Thoar, con las manos atadas a la espalda, habían sido colocados en el centro del bote, y permanecían sentados en cuclillas. Cerca de Jason se hallaba un korsar al que sus compañeros llamaban por el nombre de Lajo. Había algo en él que atraía particularmente el interés de Gridley. Quizá fuera su rostro más abierto y menos bestial, o tal vez su conducta, menos bárbara y ruda que la de los otros. Lajo no se había unido a sus compañeros en el coro de burlas soeces y bromas innobles a costa de los dos indefensos prisioneros, y sólo se ocupaba de defender la embarcación y sus ocupantes del ataque de bestias y reptiles.

La partida de korsars parecía no tener jefe alguno, ya que todos los asuntos y cuestiones se discutían en común entre ellos hasta que se llegaba a un acuerdo. Sin embargo, Jason observó que todos escuchaban a Lajo cuando hablaba, cosa que no solía hacer con frecuencia, aunque siempre lo hacía con inteligencia y cordura. Guiado por aquella observación, escogió a Lajo para valerse de él en una indagación que quería llevar a cabo. Así, a la primera oportunidad que se le presentó, llamó la atención del korsar, que se dirigió hacia él.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—¿Quién está al mando de vuestro grupo? —preguntó a su vez Gridley.

—Nadie —contestó Lajo—. Nuestro oficial murió durante el viaje de ida. ¿Para qué lo quieres saber?

—Porque quisiera que nos desatarais las manos. No podemos escapar del bote, estamos desarmados, y, además, sólo somos dos. Por el contrario, si la embarcación fuera destruida, o se viera cogida por alguno de esos enormes reptiles, nos encontraríamos impotentes para defendernos o huir.

Lajo sacó su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó uno de los korsars, que había oído la conversación.

—Voy a desatarles —contestó Lajo—. No se saca nada con llevarles atados.

—¿Y quién eres tú para decir que vas a desatarlos y menos todavía para hacerlo? —dijo el otro con tono agresivo.

—¿Y quién eres tú para decirme que no lo haga? —replicó Lajo muy sereno, mientras avanzaba hacia los prisioneros.

—¡Yo te demostraré quién soy! —dijo el otro, sacando al mismo tiempo su cuchillo y yendo al encuentro de Lajo.

Todo ocurrió en un instante. Como una pantera, Lajo cayó sobre su adversario, le dio un golpe terrible en la mano que empuñaba el cuchillo, y, con la diestra, esgrimiendo a su vez el suyo, lo hundió hasta la empuñadura en el pecho de su enemigo. Con un único y horrible grito, ahogado por una bocanada de sangre, la víctima se desplomó al fondo de la embarcación, donde cayó sin vida. Lajo tiró de su cuchillo, lo sacó del cadáver de su adversario, lo limpió en la propia camisa del muerto, y, tranquilamente, cortó las ligaduras de los dos prisioneros. Los demás korsars habían contemplado la terrible escena aparentemente sin conmoverse, y se limitaron a gastar algunas bromas cruentas a costa del muerto, al tiempo que aprobaban con murmullos la conducta de Lajo.

El korsar se acercó a continuación de nuevo a su víctima, y le quitó las armas, apartándolas lejos de Gridley y de Thoar.

—¡Echadlo al agua! —les dijo a estos, señalando al muerto.

—¡Esperad! —dijo otro korsar—. ¡Quiero sus botas!

—¡El fajín es mío! —exclamó otro.

Enseguida, media docena de korsars empezaron a disputarse cuanto llevaba encima el muerto, como una jauría de perros que luchase por un hueso.

Lajo no tomó parte en la pelea, hasta que por fin los pocos objetos que pertenecían al muerto o que tapaban su desnudez fueron repartidos entre todos, llevándose los más fuertes la mejor parte. Después, Jason y Thoar arrojaron el cadáver por la borda al río, donde pronto fue devorado por los terribles moradores de aquellas peligrosas aguas.

El viaje le iba pareciendo a Jason interminable, en una dirección y destino desconocidos. Habían comido y dormido ya muchas veces, y sin embargo, el río continuaba ondulando y serpenteando por entre aquellas selvas y pantanos. La exuberante vegetación y la increíble abundancia de flores que crecían en ambas orillas del río y en aquella selva infinita, habían perdido todo su interés para los ojos de Gridley, que empezaba a encontrarlas odiosas a base de tanta monotonía.

Jason no podía dejar de maravillarse al pensar en el esfuerzo sobrehumano que

tenía que haber costado el llevar el bote corriente arriba, teniendo además que resistir los ataques de las terribles hordas de reptiles que poblaban aquellos parajes.

Pero al fin el paisaje cambió, el río se ensanchó y las lagunas y pantanos desaparecieron para dar paso a un territorio de verdes colinas suaves y onduladas. La selva, que continuaba bordeando el río, aparecía ahora desprovista de maleza, y en ella se veían grandes rebaños de herbívoros, tanto ciervos como bisontes y otras especies. La selva que quedaba a la derecha del río era abierta y colorida, con grandes claros, mientras que la de la parte izquierda era oscura, tupida y sombría. El follaje de los árboles, que alcanzaban proporciones enormes, impedía el acceso de la luz del sol, y los gruesos troncos formaban naves oscuras y sombrías, como si se tratase de templos fantásticos y milenarios.

Por esta zona se veían ya pocos reptiles, pero, sin embargo, los korsars daban muestras de gran nerviosismo e inquietud desde que habían penetrado en este paraje del río. Hasta allí, se habían limitado a dejar que el bote fuera impulsado río abajo por la corriente, utilizando sólo un remo a modo de timón para dirigir la pequeña nave por el centro del río; pero ahora echaban mano de todos los remos, instando a Jason y a Thoar a que también empuñaran sendos remos para que les ayudaran. Los arcabuces, cargados y preparados, estaban al lado de los hombres que se encontraban en la borda, mientras que los demás vigilaban a proa y a popa. Ninguno de los korsars prestaba atención alguna a la selva que quedaba a la derecha. En cambio, todos miraban con ojos inquietos y dando muestras de un gran nerviosismo hacia la oscura selva que se desarrollaba a la izquierda. Jason se preguntó que podía ser lo que causaba la inquietud de aquellos hombres, pero no tuvo ocasión de inquirirlo, ya que tanto él como Thoar no cesaron ni un instante de remar. Los guerreros korsars alternaban entre remar y permanecer de guardia en la borda.

Con el esfuerzo de los remeros y la rapidez de la corriente, la embarcación avanzaba ahora mucho, aunque Jason no sabía si salían o no de la zona de peligro, ni tenía la más ligera idea de la naturaleza de éste.

Los dos prisioneros estaban a punto de caer rendidos, cuando Lajo se dio cuenta de su fatiga y les ordenó que dejaran de remar. Jason no tenía idea del tiempo que llevaban haciéndolo, aunque tenía que haber sido mucho. Durante todo ese tiempo no habían comido ni dormido, aunque Jason calculaba que debían de haber avanzado más de cien millas sin que ni él ni Thoar dejaran los remos.

Pero apenas se habían dejado caer los dos prisioneros en el fondo de la embarcación, resonó un grito agudo.

—¡Están ahí! —dijo una voz llena de espanto.

Entonces se originó una terrible confusión en el bote.

—¡Remad más fuerte! —gritó Lajo—. ¡Nuestra única posibilidad es conseguir romper su frente y continuar río abajo!

Aunque extenuado por la fatiga, Jason, levantándose, se dirigió a la borda y miró hacia fuera. Al principio, no pudo comprender qué clase de animales constituían la horrible horda que nadaba sobre la corriente con la evidente intención de cerrar el paso a la pequeña nave, pero al fin se dio cuenta de que se trataba de unas bestias monstruosas, una especie de hombres con caracteres y atributos de reptiles, que cabalgaban sobre unos colosales reptiles horribles y hediondos. Llevaban grandes lanzas, y sus escamosas cabalgaduras surcaban el agua a una velocidad increíble. Cuando el bote se acercó más a ellos, Jason vio que los jinetes no eran hombres, sino grotescos y horribles reptiles con forma humana, cabeza de lagarto y puntiagudas orejas, cortos cuernos y otros atributos que les convertían en horrendos monstruos.

—¡Dios mío! —exclamó Jason—. ¿Qué es eso?

Thoar, que estaba junto a Gridley, se estremeció de horror.

—¡Son los horibs! —contestó—. ¡Es preferible morir a caer en sus garras!

Impulsado río abajo por la rápida corriente, y por el enorme ímpetu que le comunicaban los remos de los tripulantes, la pesada embarcación se dirigió al encuentro de la horda de bestias. De pronto, el disparo de un arcabuz resonó en la proa. El estallido del disparo pareció despertar el río, alterando la calma y el silencio que reinaba en aquellos parajes milenarios. Cuando la bestial horda llegaba ya ante la misma proa de la nave, los horibs se separaron, y un momento después rodeaban la pequeña embarcación por ambos lados. Los arcabuces ahora vomitaban incesantemente fuego y humo, esparciendo los trozos de hierro y piedra de que iban cargados, mientras los horibs lanzaban agudos siseos; pero por cada horib que caía, otros dos ocupaban su lugar.

Entonces, los monstruos se retiraron a escasa distancia, aunque los horribles lagartos que montaban, sin esfuerzo alguno aparente, se mantenían en el agua a la misma velocidad que el bote. De repente, un horib tras otro, empezaron a arrojar sus lanzas contra la tripulación de la pequeña nave. Tan certera era su puntería, que los hombres se vieron obligados rápidamente a abandonar los remos y a esconderse en el fondo de la embarcación, de donde no asomaban más que los momentos necesarios para descargar sus arcabuces contra el terrible enemigo. Pero esta táctica también fracasó, porque los horibs se iban acercando a la nave, hasta asomar por su borda, atacando con sus lanzas a la tripulación. Ésta hacía fuego a bocajarro, pero los monstruos parecían desconocer el miedo, y aunque muchos caían, agujereados o decapitados, y otros veían volar por los aires una mano o un brazo, el resto de la horda seguía atacando cada vez con más furia.

Al fin, uno de ellos acertó a pasar una cuerda por uno de los listones que salían del bote, e inmediatamente varios monstruos empezaron a tirar de ella, dirigiendo sus monturas hacia la orilla del río.

Completamente exhaustos de fatiga, y no disponiendo de armas para defenderse,

Jason y Thoar habían permanecido en el fondo de la barca, casi insensibles a la dura suerte que les reservara el destino. Medio cubiertos por los cadáveres de los korsars, yacían en medio de un gran charco de sangre. Los arcabuces todavía seguían explotando junto a ellos, entre gritos y maldiciones, y por encima de aquel horrible estrépito se elevaban los agudos siseos de la terrible horda de horibs.

Al fin, la embarcación fue arrastrada a tierra, y la cuerda que la sujetaba atada al tronco de un árbol, pues aunque los korsars la habían conseguido cortar tres veces, en otras tantas ocasiones la habían vuelto a atar los monstruos.

Ya no quedaba en el bote más que un pequeño grupo de korsars, cuando los monstruos, abandonando sus monturas, cayeron sobre la embarcación para apoderarse de los supervivientes. Entonces sobrevino un cuerpo a cuerpo terrible, en el que machetes, cuchillos y arcabuces hicieron una nueva y feroz carnicería. Pero, al fin, aplastados por el creciente número de monstruos, los hombres fueron vencidos.

Cuando terminó la batalla, sólo tres korsars habían escapado a la muerte o a heridas graves, uno de ellos Lajo. Los horibs ataron a los prisioneros por las muñecas, llevándoselos a tierra; después de esto, echaron al bote a los muertos y a los heridos, rematando a estos con sus cuchillos. Finalmente, se acercaron a Jason y a Thoar, los ataron y los llevaron junto a los otros prisioneros.

Concluida la batalla, indefensos y bien atados los prisioneros, los horibs cayeron sobre los cadáveres de sus enemigos y empezaron a devorarlos con terrible ansia, mientras Jason y sus compañeros experimentaban una espantosa náusea contemplando el festín. Incluso los korsars, duros y crueles de corazón, se estremecieron al ver el repulsivo espectáculo.

—¿Por qué crees que nos han perdonado la vida? —preguntó Jason a Lajo.

—No lo sé —contestó este, moviendo la cabeza con signo de duda.

—Seguramente —intervino Thoar—, para cebarnos y ofrecernos luego como comida a sus mujeres y a sus hijos. Dicen que a veces retienen a sus prisioneros humanos para que engorden.

—¿Conoces tú sus costumbres y qué clase de monstruos son? —preguntó Lajo a Thoar—. ¿Los habías visto antes?

—No, no los había visto nunca —contestó Thoar—, pero sé quiénes son; son los horibs, el pueblo reptil. Viven entre el Rela Am y el Gyor Cors.

Mientras Jason contemplaba a los monstruos entregados a su horrendo festín, observó algo que le llamó la atención. Antes, durante la batalla, los horibs habían tenido un color de piel azulado, con las manos, los pies y los rostros de un azul más claro, pero ahora, desde que habían empezado su banquete, estaban tomando un tinte rojizo que variaba de intensidad de unos individuos a otros, aunque los rostros y las extremidades de todos ellos se volvían prácticamente del color de la sangre a medida que avanzaban en su repulsivo festín.

Pero si la horrenda gula y la insaciable sed de sangre de aquellos seres habían llenado a Jason de horror y de asombro, este último no fue menos cuando les oyó hablar entre ellos en el lenguaje común de los hombres de Pellucidar.

La conformación general de los monstruos, sus armas, que consistían en largas lanzas y cuchillos de piedra, la especie de peto, semejante a un delantal que llevaban, y los evidentes intentos de ornamentación que lucían, como por ejemplo la insignia que aparecía en sus pechos, y sus extraños brazaletes, tendían a hacer pensar en una humanidad primitiva que era a la vez horrible y grotesca; pero cuando a todos aquellos atributos se les añadía el lenguaje, la semejanza de los monstruos con el hombre daba una sensación de repulsión indescriptible.

Jason no podía apartar de los monstruos ni su mirada ni sus pensamientos. Así pudo observar que, mientras la mayoría de los horibs medían unos seis pies de altura, había otros de estatura más pequeña, de unos cuatro pies o quizá menos; no obstante, había un individuo enorme, cuya talla pasaba con toda seguridad de los nueve pies. De todas formas, todos ellos eran proporcionados, y la diferencia de altura no parecía tener nada que ver con la edad de los monstruos, salvo por las escamas, que en los más grandes eran mucho más gruesas y duras. Sin embargo, más tarde averiguaría Jason que, efectivamente, la diferencia en tamaño indicaba la diferencia de edad, ya que el crecimiento de aquellos monstruos estaba sujeto a las mismas leyes que el crecimiento de los reptiles, los cuales, a diferencia de los mamíferos, no dejan de crecer durante toda su vida.

Cuando se hubieron saciado de la carne de los korsars, los horibs se tendieron en el suelo, aunque Jason no fue capaz de precisar si dormían o no, puesto que sus ojos sin párpados permanecían siempre abiertos. Además, ocurrió otro nuevo fenómeno: gradualmente, el tinte rojizo de sus cuerpos fue desapareciendo, siendo sustituido por un pardo oscuro que armonizaba y se confundía con el color del suelo sobre el que yacían.

Completamente exhausto por las largas horas que había permanecido remando y por los horrores que había presenciado, Jason acabó por rendirse al sueño, aunque fue turbado por horribles pesadillas en las que veía a Jana en las garras de los horibs. Uno de ellos la sujetaba intentando devorarla, mientras Jason luchaba desesperadamente para romper las ligaduras que le sujetaban.

Le despertó un agudo dolor en la espalda, y, al abrir los ojos, pudo ver a uno de los homosaurios, como él mismo los había bautizado, a su lado, golpeándole con la punta de su lanza.

—¡No hagas tanto ruido! —le ordenó el monstruo.

Jason comprendió que debía de haber estado delirando en voz alta. A su alrededor, los horibs se levantaban del suelo, lanzando extraños silbidos. Entonces, de las aguas del río, y de la tenebrosa oscuridad de la vecina selva, empezaron a acudir

los enormes lagartos que servían de montura a las horribles bestias, contestando a sus llamadas.

—¡Levántate! —dijo el monstruo que había despertado a Jason—. Voy a desatarte, pero no intentes escapar. Si lo haces, te mataremos. ¡Ven conmigo!

Lo desató, en efecto, y le guió hacia el centro del horrible rebaño de pareiasaurios que se movía por la orilla del río, y que, aunque para los ojos de Jason todos eran iguales, debían tener ciertas diferencias ante los ojos de los horibs, ya que el monstruo que le guiaba lo llevó hasta un gorobor determinado.

—¡Monta! —ordenó a Jason, señalando al horrible lagarto—. ¡Siéntate cerca del cuello!

Con una sensación de repugnancia y disgusto, Gridley obedeció y subió a la grupa del gorobor. Al sentir la fría y escamosa piel de la bestia contra sus piernas desnudas, Jason experimentó un profundo estremecimiento que le hizo vibrar nerviosamente. El hombre reptil subió también al gorobor, sentándose detrás de Jason. Un momento después, toda la horda se había puesto en marcha, y cada uno de los prisioneros era llevado sobre uno de los enormes lagartos, delante de un horib.

La extraña y horrorosa partida penetró en la sombría selva, atravesando naves verdes y corredores tan oscuros que apenas de tarde en tarde se filtraba entre ellos un pequeño rayo de sol. Un aire frío y húmedo, extraño en Pellucidar, flotaba en la atmósfera, y los prisioneros experimentaban una honda sensación de opresión y de angustia.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó al fin Jason al horib que iba detrás de él en el mismo lagarto, cuando ya habían avanzado bastante camino.

—Os vamos a cebar con huevos, hasta que estéis lo suficientemente gordos para que os puedan devorar nuestras mujeres y nuestros hijos —contestó el monstruo—. Están cansados de comer pescado y carne de gyor. No solemos cazar tanta carne de gilak como hemos hecho en esta ocasión.

Jason volvió a guardar silencio y no quiso volver a hablar, dado el horror que la respuesta del monstruo le había causado. No era que le diese miedo la muerte, era la idea de que le iban a engordar para sacrificarlo y luego devorarlo, lo que le atormentaba.

Mientras seguían avanzando por la interminable selva, Jason, viendo la imposibilidad de escapar, se puso a reflexionar sobre el origen de aquellos monstruos. Le parecía un supremo esfuerzo por parte de la naturaleza en su escala hacia el hombre, pero seguido por un camino menos perfecto que el seguido por ella en nuestro mundo, al saltar de la era de los reptiles a la del hombre.

Durante la marcha, Jason divisaba en ocasiones a Thoar y a sus otros compañeros de cautiverio, aunque era imposible cambiar ninguna palabra con ellos. Por fin, la comitiva salió de la infinita selva a un terreno más soleado. Jason alcanzó a ver a lo

lejos el brillo de las azules aguas de un lago interior. A medida que se acercaron, Gridley fue descubriendo grupos cada vez más numerosos de horibs, algunos de ellos nadando o flotando en el agua, mientras otros permanecían tendidos o sentados en cuclillas sobre el barro de la ribera.

Cuando llegaron a su lado, los horibs que ocupaban las orillas del lago mostraron un frío interés hacia los que llegaban, y sólo algunas hembras y pequeñuelos parecieron interesados por los prisioneros.

Las hembras adultas se diferenciaban muy poco de los machos. Aparte del detalle de que carecían de cuernos, y de que iban completamente desnudas, Jason no encontraba en ellas diferencia alguna con los machos. No había poblado alguno, ni rastro de ninguna morada que pudiera servir de abrigo a los monstruos, ni otras manifestaciones de las artes que las necesarias para construir las armas de los horibs y los petos de piel que servían como escudo para proteger la blanda piel de sus vientres.

Una vez que fueron descendidos a tierra, varios monstruos llevaron a los prisioneros hacia una pequeña prominencia situada a orillas del lago.

En el camino, encontraron a muchas hembras poniendo huevos que depositaban en el barro, cerca de la orilla, cubriéndolos luego ligeramente también con barro, y colocando después encima un delgado palo, que indicaba la presencia del nido. A todo lo largo de aquella parte de la orilla, había centenares de aquellos palos, y algo más lejos, Jason vio a varios horibs pequeños, sin duda, recién salidos del cascaron, forcejeando por salir de barro. Pero ninguno de aquellos pequeños monstruos mostró la más ligera atención hacia el grupo que pasaba, preocupándose sólo de sus torpes movimientos, que les hacían caminar sobre sus cuatro extremidades, como pequeños y grotescos lagartos.

Al llegar a la parte más alta de la prominencia, el horib encargado de la custodia de Thoar, que era el que caminaba el primero del grupo, puso, de improviso, una de sus manos sobre la boca del prisionero, y con la otra le tapó la nariz; luego, con hercúlea fuerza, tiró de él hacia el agua.

Jason se horrorizó al ver desaparecer a su amigo bajo las fangosas aguas, que, luego de un momento de violenta agitación, quedaron de nuevo inmóviles, trazando ligeros círculos concéntricos en el lugar por donde habían desaparecido hombre y monstruo. Un instante después, otro de los horibs hizo lo mismo con Lajo, y, en rápida sucesión, los otros korsars sufrieron la misma suerte.

Con un esfuerzo sobrehumano, Jason intentó librarse de las garras del horib que le retenía, pero el monstruo lo agarraba firmemente con sus manos frías y viscosas. De pronto, una mano del horib se dirigió a la boca de Jason y los dedos de la otra le taparon la nariz. Gridley se sintió sumergido con una fuerza brutal en las cálidas aguas del lago, que se cerraron sobre su cabeza.

Luchando desesperadamente por desasirse de su enemigo, el humano sintió que el monstruo le conducía velozmente por debajo del agua hasta que llegaron a un punto en el que el limo del fondo era blando y pegajoso. Sus pulmones sentían la horrible sensación de la asfixia, sus sentidos comenzaban a oscurecerse y una negrura de muerte se hacía a su alrededor. Pero, de pronto, la mano que le tapaba la boca se apartó, los dedos que le oprimían la nariz desaparecieron, y, cuando de un modo instintivo sus pulmones se dilataron en busca de aire, Jason notó con inmensa delicia que, en efecto, respiraba, que no se ahogaba. Se encontraba en un viscoso lecho de limo y barro blando, exhalaba aire y no estaba sumergido en el agua.

Una oscuridad absoluta le rodeaba. Entonces sintió un cuerpo húmedo que rozaba con el suyo, después otro, y otro más. Luego oyó un chapoteo en el agua, y enseguida se hizo un profundo y completo silencio, el silencio de una tumba.



Capítulo XV

Prisioneros

Al borde de la gran llanura de los gyors, y rodeado por los armados monstruos que acababan de demostrarle su poder y su fuerza al dar muerte a una de las más feroces bestias producidas por la evolución de las especies, Tarzán de los Monos no se sentía todavía dispuesto a arrojar sus armas al suelo como le ordenaban, y a rendirse, sin resistencia, a una muerte segura o a una suerte ignorada.

—¿Qué pensáis hacer con nosotros? —preguntó al horib que le había ordenado rendirse y tirar las armas.

—Os llevaremos a nuestro poblado, donde os cebaremos —contestó el monstruo—. Es inútil que intentéis huir. No existe animal ni gilak que pueda escapar de los horibs.

El hombre mono vaciló. La Flor Roja de Zoram se acercó más a su lado.

—¡Vámonos con ellos! —le dijo en voz muy baja—. Ahora no podemos escapar; pero si les acompañamos, quizá tengamos más tarde ocasión de huir.

Tarzán asintió levemente y se volvió hacia el horib.

—De acuerdo —dijo—. Nos rendimos.

Montados a lomos de los gorobors, cerca del cuello de las bestias, y llevando cada uno de los prisioneros un horib tras él, a la grupa del gran lagarto, Tarzán y Jana fueron llevados por aquel país de Gyor Cors, a través de la misma selva sombría por la que Jason y Thoar habían sido conducidos, aunque desde distinta dirección que aquellos.

Naciendo al este de las Montañas de Thipdars, un río se dirigía hacia el sudeste, penetrando luego en la selva de los horibs, a través de la cual discurría hasta desembocar en el Rela Am o Río de la Oscuridad. Cerca de la confluencia de estos dos ríos era donde los korsars habían sido atacados por los horibs, y bordeando uno de los ramales altos de aquel río era por donde ahora eran conducidos Tarzán y Jana, en dirección al poblado de los hombres lagartos.

El lago de los horibs se encuentra a gran distancia del extremo oriental de las Montañas de Thipdars, quizá a unas quinientas millas, pero en un mundo donde no existe el tiempo y las distancias se miden por las veces que se duerme y que se come, no existe una gran diferencia entre lugares separados por cinco millas o quinientas. Un hombre puede viajar mil millas sin sufrir ningún contratiempo ni tener que hacer frente a peligro alguno, mientras otro, al intentar recorrer una sola milla, puede encontrar la muerte en el salvaje Pellucidar, donde todo cuanto existe puede esconder un peligro mortal.

Mientras Tarzán y Jana atravesaban la lúgubre y sombría selva, a varias millas de

allí, Jason Gridley consiguió sentarse en aquel ambiente de oscuridad, tan densa que parecía poder palpase.

—¡Dios mío! —exclamó con voz aterrada.

—¿Quién habla? —preguntó una voz en las tinieblas, que Jason reconoció como la de Thoar.

—Soy yo, Jason —contestó Gridley.

—¿Dónde estamos? —dijo ahora con ansiedad una tercera voz, la de Lajo.

—¡Oh, qué oscuridad! —murmuró una cuarta voz—. ¡Hubiera sido mejor la muerte!

—¡No te preocupes por eso! —contestó una quinta voz—. ¡No tardarán en acabar con nosotros!

—Entonces estamos aquí los cinco —murmuró Jason—. Creí que estábamos perdidos cuando vi que los monstruos nos echaban al agua, uno por uno.

—¿Pero dónde nos encontramos? —preguntó uno de los korsars—. ¿Qué clase de sima es esta adonde nos han traído?

—En el mundo del que yo vengo —repuso Jason—, existen unos grandes reptiles, llamados cocodrilos, que construyen sus nidos y sus guaridas a orillas de los ríos o de los lagos, justo por encima de la línea del agua, pero cuyas entradas siempre se encuentran situadas bajo el agua. Quizá este agujero al que nos han traído sea un lugar semejante.

—En ese caso —propuso Thoar—, ¿por qué no podemos salir nadando de aquí?

—Tal vez pudiéramos conseguirlo —contestó Jason—. Pero en tal caso, es muy probable que los monstruos nos descubrieran, y nos hicieran volver aquí.

—¿Pero vamos a resignarnos a permanecer aquí, sumidos en el lodo y en la oscuridad, esperando que nos asesinen? —inquirió Lajo.

—No —contestó Jason de nuevo—, pero tendremos que trazar un plan de fuga que sea lógico y factible. Nada ganaríamos obrando precipitadamente.

Durante largo rato, todos permanecieron en silencio, que finalmente rompió el americano.

—¿Creéis que estamos solos aquí? —dijo—. He estado escuchando con atención, pero sólo he oído el sonido de nuestra respiración.

—Igual que yo —dijo Thoar.

—Acercaos todos a mí —dijo entonces Jason.

Los cinco hombres formaron un apretado círculo en la oscuridad, uniendo sus cabezas.

—¡Tengo un plan! —dijo Jason en voz muy baja—. Cuando nos traían hasta aquí, pude observar que la selva, por esta parte, llegaba muy cerca del lago. Si lográramos hacer un túnel hasta llegar a ella, podríamos escapar.

—¿Pero por qué lado se encuentra la selva? —preguntó Lajo.

—Eso sólo podemos saberlo de una forma aproximada —contestó Jason—. Podemos equivocarnos, pero también podemos tener la suerte de acertar. De todas formas, a mí me parece lógico pensar que la selva debe encontrarse en dirección opuesta a la entrada por la que nos han traído hasta aquí.

—¡Empecemos a cavar enseguida! —exclamó uno de los korsars.

—Esperad hasta que compruebe dónde está la entrada —repuso Thoar.

Entonces se alejó, gateando y palpando con cautela en las tinieblas. Al fin dijo que había encontrado la entrada, y así, juzgando por la dirección de su voz, los otros supieron por dónde tenían que empezar a cavar.

Todos se pusieron con entusiasmo a la tarea, ya que el éxito parecía probable, aunque se encontraron con el problema de la tierra que iban removiendo. Jason ordenó a Lajo que permaneciera en el sitio donde acababan de comenzar a hacer el túnel, y mandó a los demás a explorar la caverna en la que estaban presos. Cada uno de los hombres partió, pues, en una dirección distinta, contando las veces que avanzaban con las rodillas en tierra, hasta que tropezaba con el muro de la cueva.

De este modo, consiguieron averiguar que la caverna era larga y estrecha, y, al parecer, su extensión corría paralela a la orilla del lago. Tendría unos cincuenta pies de largo, por unos veinte de anchura máxima.

Al fin se decidió que esparcirían la tierra sobre el suelo de la caverna durante algún tiempo, llevándola luego hacia el fondo, apilándola contra los muros de modo uniforme, de forma que no atrajera la atención de los horibs si venían a la cueva.

El excavar con los dedos era una labor lenta y penosa, pero los prisioneros realizaban la tarea firmemente y con paciencia, renovándose por turnos. Un hombre excavaba, echando la tierra a sus espaldas, y los otros la esparcían inmediatamente sobre el suelo, o la apilaban sobre las paredes de la cueva, distribuyéndola convenientemente para que si entraban los horibs no se percataran de nada. En efecto, los horibs volvieron, pero el ruido del agua que hacían los monstruos al entrar avisaba a los hombres, que, suspendiendo el trabajo, se alineaban frente al túnel, disimulando así a aquel, y de esta forma, ninguno de los monstruos que iban penetrando sucesivamente en la caverna dio muestras de percatarse de nada extraordinario. Aunque los horibs daban la impresión de poder ver en la oscuridad, lo cierto era que no parecían distinguir bien ni cosas ni objetos, y de este modo, el temor de los prisioneros de que su plan fuera descubierto fue desapareciendo poco a poco.

Después de un trabajo lento y paciente, habían conseguido excavar un túnel de unos tres pies de diámetro por diez de profundidad, cuando Jason, que era al que le correspondía el turno en aquel momento, encontró una gran concha de un molusco, dura y alargada, lo que facilitó mucho los progresos de la excavación. A partir de ese momento avanzaron con mucha rapidez, aunque a los prisioneros les parecía una tarea interminable, puesto que nadie sabía en qué instante los horibs entrarían en la

gruta para llevarse a uno de ellos al horrible sacrificio y al horrendo festín.

Jason pensaba seguir el túnel en línea recta, sin girar hacia arriba hasta que hubieran llegado a la selva; pero para saberlo, era preciso que encontraran las raíces de los árboles, lo que originaría dar un rodeo y una mayor lentitud en el trabajo. De todas formas, era inevitable el hacerlo así, pues de otro modo se exponían a malograr todos los esfuerzos hechos hasta entonces y que constituían su única esperanza de salvación.

Mientras los cinco hombres excavaban pacientemente en la oscuridad, minando la tierra en dirección hacia la lúgubre selva de los horibs, un gran dirigible surcaba el aire por encima de las estribaciones de las Montañas de Thipdars.

—Es imposible que hayan llegado hasta aquí —dijo el capitán Zuppner—. Solamente las cabras montesas serían capaces de salvar estas montañas.

—Yo también soy de la misma opinión, capitán —dijo Hines—. Debemos buscar en otra dirección.

—¡Si al menos supiéramos que dirección tomar! —exclamó el capitán.

—Cualquiera es buena —dijo Hines sonriendo.

—Sí, eso es cierto.

Y desviando ligeramente el timón de la aeronave, ésta se inclinó hacia estribor. Luego, siguiendo en línea hacia el este, voló en paralelo a las Montañas de Thipdars, y se dirigió hacia el país de Gyors Cors. Un ligero movimiento sobre la rueda del timón habría dirigido al enorme aparato en dirección al sudeste, hacia la oscura selva bajo cuyo espeso y milenario follaje eran conducidos en esos momentos Tarzán de los Monos y Jana. Pero el capitán Zuppner ignoraba ese hecho, y así el O-220 continuó volando hacia el este, mientras el señor de la jungla y la Flor Roja de Zoram marchaban en silencio hacia su horrible suerte.

Desde el momento en que penetraron en la selva, Tarzán se había dado cuenta de que le sería muy fácil escapar. Hubiera sido cosa de un segundo saltar sobre el lomo del gorobor en el que cabalgaba, cogerse a una de las ramas más bajas de los árboles, y trepar luego hacia arriba, desapareciendo entre el follaje. Sabía muy bien que una vez en los árboles, ni los horibs ni los gorobors serían capaces de darle alcance. Pero no quería abandonar a Jana y, además, tampoco podía comunicar sus planes a la muchacha, ya que nunca se encontraban lo bastante cerca como para que él pudiera susurrarle disimuladamente unas palabras al oído. De todos modos, ni habiendo tenido ocasión de ello, habría podido Jana seguirle en su fuga a través de la arboleda.

Sin embargo, Tarzán se decía que si lograba acercarse a la muchacha, quizá le fuera posible huir llevándosela en sus brazos. Por tanto, siguió cabalgando en silencio, esperando que la suerte les favoreciera y dispuesto a aprovechar la primera oportunidad que se le presentara.

Ya habían llegado a la ribera del lago, y se encontraban bordeando la orilla

occidental del mismo, y a juzgar por las palabras de los horibs se iban acercando a su destino. Sin embargo, la oportunidad de huir parecía tan remota como al principio de la larga marcha.

Irritado e impaciente, Tarzán sentía el deseo de lanzarse precipitadamente en busca de la libertad, confiando en que su impulso sería tan rápido e inesperado que cogería desprevenidos a los hombres reptiles, pues sólo necesitaría unos cuantos segundos para coger a Jana, echársela al hombro y trepar hacia la verde cúpula que parecía llamarle con voz poderosa.

Los músculos y los nervios de Tarzán de los Monos están siempre y en todo momento sujetos al control de su voluntad; jamás revelan las emociones o los sentimientos del rey de la jungla, y mucho menos sus pensamientos cuando se encuentra en presencia de enemigos o extraños. Sin embargo, ahora estuvieron a punto de traicionarle al revelar su enorme sorpresa cuando una suave y fina brisa trajo a su olfato un olor que Tarzán no pensaba volver a percibir en su existencia.

Los horibs se dirigían ahora contra el viento, por lo que Tarzán estaba seguro de que el olor que percibía y los seres de los que emanaba se encontraban delante de ellos. Desde el momento en que percibió aquel extraño aroma, el rey de la jungla pensó con rapidez y enseguida maduró un plan magnífico. Lo que más le interesaba era la seguridad de Jana, pero para poder salvarla, ante todo era preciso que se salvara él mismo. Había acabado por comprender que era absolutamente imposible que los dos huyeran juntos, pero ahora existía otra forma que les ofrecía enormes posibilidades de éxito. Detrás de él, montado en el mismo gorobor y tan próximo a Tarzán que sus cuerpos se tocaban, iba sentado un gigantesco horib. En una mano portaba una lanza, pero la otra la llevaba libre, y era preciso que Tarzán se moviera con mucha rapidez para que el horib no tuviera tiempo de sujetarlo y retenerlo con aquella otra mano. Hacerlo, por supuesto, exigía una agilidad casi sobrehumana, pero existían pocos seres que a ese respecto pudieran compararse con Tarzán de los Monos.

Las ramas de los árboles a veces se encontraban muy bajas, y Tarzán iba ya en guardia, esperando la oportunidad adecuada para aprovecharla. Por fin vio lo que buscaba: una rama gruesa y lo suficientemente larga y baja como para poder alcanzarla y perderse en las alturas, una especie de umbral en el techo de verde y sombrío follaje. Se inclinó hacia delante, con las manos descansando ligeramente sobre el cuello del gorobor. Prácticamente se encontraban ya debajo de la rama que había escogido, cuando Tarzán, de un solo salto, se puso en pie sobre el lomo de la bestia, y, con el mismo impulso, se colgó de la rama del árbol. Tan rápido había sido su movimiento, que el horib que iba custodiándolo no tuvo tiempo de darse cuenta de nada, y cuando lo hizo ya era tarde: el prisionero se había escapado. Entonces, al igual que otros horibs que habían presenciado también la fuga, lanzó un terrible grito,

avisando a los que cabalgaban delante; pero ya ninguno era capaz de ver al fugitivo, puesto que Tarzán se movía rapidísimamente entre el follaje de los árboles, que le ocultaba por completo.

Jana, que iba un poco más atrás que Tarzán, presencié también la fuga, y un sentimiento de angustia la invadió. La Flor Roja de Zoram experimentó entonces un miedo como jamás experimentara antes en toda su vida. La presencia de Tarzán, al menos, había significado para ella un consuelo y un alivio. Pero ahora, al verle partir, la pobre muchacha tuvo una sensación de intensa inquietud, de mortal terror. Interiormente no podía censurar a Tarzán por haber escapado al aprovechar la primera oportunidad que se le había presentado, pero tenía la seguridad de que Jason no habría hecho algo semejante, abandonándola.

Siguiendo aquel olor que era su única guía, Tarzán avanzaba por entre el follaje de los árboles con extrema rapidez. Desde un primer momento, había subido a las cimas más altas de la arboleda, encontrándose en un mundo distinto, un mundo inundado de sol y de una exuberancia verdosa e infinita, poblado por extrañas aves de variado y maravilloso plumaje que saltaban de un lado a otro. Había también numerosos reptiles voladores y enormes insectos de vivísimos colores. Varias serpientes colgaban de muchas ramas, pero Tarzán desconocía aquellas especies y tampoco sabía si eran venenosas o no. Era a la vez un mundo bello y repugnante, pero lo que más llamaba la atención de Tarzán era el silencio que allí reinaba, pues todos sus habitantes parecían mudos. En cualquier caso, la abundancia de reptiles colgando de las ramas y la espesura de la selva en aquella parte, obligó a Tarzán a descender a un nivel más bajo, ya que, más cerca del suelo, la visibilidad era más clara y podía avanzar más rápidamente. Además, a ese nivel percibía mejor el olor que le iba guiando.

En ningún momento había dudado Tarzán del origen de aquel olor, aunque le parecía increíble el haberlo percibido en el vastísimo mundo de Pellucidar.

Ahora avanzaba cada vez con mayor rapidez, pues deseaba alcanzar su destino antes de que los horibs llegasen al suyo. El hombre mono esperaba que su fuga retrasara la marcha de los monstruos, como, en efecto, así había sucedido, ya que, desde el momento en que lo vieron desaparecer entre el follaje, toda la columna había hecho alto y varios horibs trepaban por los árboles en busca del fugitivo. Apenas se podía observar un leve gesto de ira en sus inexpresivos rostros, aunque el tono azulado que habían adquirido sus escamas, denotaba la cólera que les había producido la facilidad con que aquel prisionero gilak se les había escapado. Finalmente, cuando se dieron por vencidos y reanudaron la marcha, lo hicieron en un silencio hosco y hostil que delataba su furia contenida.

Delante, ya muy lejos de ellos, Tarzán de los Monos descendió a las ramas que bordeaban el suelo. El aroma que le guiaba era ahora muy fuerte, y le decía

claramente que su meta no se encontraba ya muy lejos. En efecto, un momento después, Tarzán bajo al suelo, en una de las grandes naves o túneles verdosos formados por la selva, en medio de un grupo formado por diez corpulentos guerreros negros, que le vieron descender como si lo hiciera del cielo.

Durante unos instantes, los hombres le miraron con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, y finalmente todos corrieron hacia Tarzán, postrándose de rodillas ante él, al tiempo que varios de ellos besaban sus manos con lágrimas de felicidad.

—¡Bwana, bwana! —gritaron a coro—. ¡Eres tú, al fin! ¡Mulungo ha sido bueno con sus hijos y ha hecho que vuelvas a ellos sano y salvo! ¡Oh, gran bwana!

—Bien, escuchadme, amigos míos —dijo Tarzán sonriendo—. ¡Hay trabajo para vosotros! Se acercan los hombres reptiles y traen con ellos a una pobre muchacha a la que han hecho prisionera. ¡Doy gracias a Dios por veros armados con rifles, y espero que tengáis suficientes municiones!

—¡Hemos conseguido ahorrar todas nuestras municiones, gran bwana, utilizando casi siempre nuestras lanzas y flechas!

—Perfecto —repuso Tarzán—. Ahora vamos a necesitar las armas de fuego. ¿Estamos muy lejos del dirigible?

—No lo sé —contestó Muviro por todos.

—¿No lo sabes? —preguntó Tarzán extrañado.

—No, bwana; estamos perdidos —contestó el jefe de los waziris—. Hace mucho tiempo que vagamos perdidos por las selvas.

—¿Pero qué hacéis fuera del dirigible?

—Salimos del gran globo, en unión de Gridley y von Horst, para buscarte, bwana.

—¿Y dónde están Gridley y von Horst?

—Hace mucho tiempo, aunque no podemos precisar cuánto, nos vimos separados de Jason Gridley, al que no hemos vuelto a ver más. Nos separaron de él unas terribles manadas de bestias. Luego también se perdió von Horst, sin que podamos saber cómo ni por qué. Habíamos encontrado una caverna y entramos en ella para dormir; cuando despertamos, von Horst había desaparecido, y no lo hemos vuelto a ver desde entonces.

—¡Callad! —dijo de pronto Tarzán—. ¡Ya vienen!

—Ya los oigo —dijo atento Muviro.

—¿Os habéis encontrado con ellos? —preguntó entonces Tarzán—. ¿Habéis visto alguna vez a esos hombres reptiles?

—No, bwana; hace muchísimo tiempo que no vemos a hombre alguno. Sólo bestias, bestias terribles.

—Pues ahora vamos a encontrarnos a unos hombres terribles también —advirtió Tarzán—. Pero no os asustéis por su espantoso aspecto. Con vuestras armas de fuego

podéis abatirlos y vencerlos con facilidad.

—¿Cuándo has visto a un waziri asustado, bwana? —preguntó Muviro con una sonrisa feroz.

El hombre mono sonrió también.

—Bien —dijo entonces—. Uno de vosotros me dará su rifle, y luego nos esconderemos en la selva. No sé exactamente por dónde pasará la horda enemiga, pero en el instante en que cualquiera de vosotros los descubra haced fuego, y con la mejor puntería posible. Recordad que la muchacha prisionera va entre ellos y no debe resultar herida.

Apenas había acabado de hablar Tarzán, cuando el primero de los horibs apareció a lo lejos. Tarzán y los guerreros waziris no hicieron ningún esfuerzo por esconderse. Al ver a los hombres, el horib que iba en vanguardia lanzó un aullido de alegría, pero, en el mismo instante, sonó un disparo y el horib lanzó un grito de dolor, desplomándose al suelo donde quedó inerte. Los demás monstruos que también iban delante, confiando en la velocidad de sus monturas, se abalanzaron como flechas hacia el grupo de guerreros negros y su gigantesco jefe blanco. Pero más rápidas que los enormes lagartos eran las balas del mundo exterior, y los horibs empezaron a caer a racimos. Nunca hasta entonces habían conocido la derrota los horibs, y lívidos de rabia intentaban llegar hasta las filas de sus enemigos, pero su furia no impedía que se volvieran de un color terroso al desplomarse al suelo atravesados por las balas.

Los gorobors se movían con rapidez, pero con tanta o más rapidez que ellos hacían fuego Tarzán y los waziris, por lo que la batalla quedó decidida a los pocos momentos de haber comenzado. Los horibs supervivientes, comprendiendo que no podrían alcanzar ni vencer a aquellos gilaks armados con esas extrañas armas que les herían y les mataban con mayor rapidez que la que ellos desplegaban al aproximarse para arrojar sus lanzas, acabaron por volver grupas y se diseminaron por la selva, alejándose de ellos, y pretendiendo seguir su camino por otro sitio distinto.

Tarzán no había podido ver a Jana, aunque sabía que la muchacha debía ir en la retaguardia. Pero en ese mismo instante la vio, cabalgando a lo lejos en uno de los horribles gorobors. Tarzán se echó el rifle a la cara, y ya iba a disparar, cuando un gorobor sin jinete, perdido y enloquecido por la batalla, dio un tremendo golpe en la espalda al rey de la jungla que le envió rodando por tierra. Cuando pudo ponerse en pie, Jana y sus captores habían desaparecido, ocultos por la espesura de la selva.

Cerca del grupo de hombres, pululaba un gran número de gorobors, que, perdidos y sin jinetes, habían llegado hasta donde ellos se encontraban. Uno de ellos era el que le había dado a Tarzán el tremendo golpe que lo había enviado por tierra. En ausencia de sus amos las horribles bestias parecían vagar sin rumbo, pero cuando una de ellas partió en pos de la horda que se alejaba, todas las demás la siguieron atropelladamente. Entonces aquel aluvión de bestias enloquecidas y salvajes llegó a

constituir para el pequeño grupo humano una amenaza casi tan grande y terrible como la de los mismos horibs.

Muviro y sus guerreros tuvieron que refugiarse rápidamente detrás de los troncos de los árboles para librarse de la terrible avalancha, pero a Tarzán se le ocurrió una idea temeraria para alcanzar a los fugitivos horibs que se llevaban a la Flor Roja de Zoram, y ante el asombro y el espanto de los waziris, el hombre mono saltó con agilidad simiesca sobre el lomo de uno de los enormes lagartos. Tarzán clavó la punta de sus pies bajo los brazuelos de la bestia, tal y como había visto hacer a los horibs, y en un instante se vio conducido por la espantosa bestia a una velocidad fantástica tras la horda fugitiva. No necesitaba ningún medio para aumentar la carrera del gorobor, suponiendo que hubiera conocido alguna manera de hacerlo, ya que el enorme lagarto, todavía aterrado y excitado por la reciente batalla, corría a toda velocidad, sorteando los troncos de los árboles y dejando atrás a sus compañeros.

Al fin Tarzán vio ante él al horib que llevaba a Jana en su gorobor, y se dio cuenta que pronto los iba a alcanzar. Pero su propio gorobor corría a tal velocidad, que el hombre mono llegó a temer que adelantara al de Jana sin poder hacer nada para rescatar a la muchacha. Así es que se puso a pensar en la manera de detener a la bestia que llevaba a Jana y al horib.

Había que decidirse en un instante, y Tarzán optó por echarse el rifle a la cara y disparar. Quizá fue un blanco maravilloso, o tal vez pura casualidad, pero lo cierto es que el gorobor que llevaba a Jana estiró las patas traseras y se desplomó a un lado, arrojando a sus dos jinetes rodando por la hierba. La bala le había alcanzado en la espina dorsal, matándole al instante. Casi simultáneamente, el gorobor de Tarzán pasó junto al cuerpo del muerto, y el hombre mono, a riesgo de estrellarse, saltó a tierra, cayendo prácticamente de cabeza contra el gorobor muerto.

Levantándose, se quedó frente a frente con el hombre lagarto, y ya se disponía a atacarlo, cuando la tierra se hundió bajo los pies de Tarzán de los Monos, que cayó en una especie de extraño agujero, donde quedó sumido casi hasta la altura de los hombros. Luchaba desesperadamente por salir de allí, cuando sintió como alguien le cogía férreamente por los tobillos y tiraba de él hacia abajo, unos dedos fríos y durísimos que se agarraban con terrible energía a su carne, y le intentaban arrastrar hacia la oscuridad de alguna espantosa cavidad subterránea.



Capítulo XVI

La fuga

El O-220 cruzaba con lentitud por encima del país de Gyor Cors, mientras los ojos de sus tripulantes escudriñaban el terreno, aunque sin distinguir a más seres vivos que enormes dinosaurios. Las enormes bestias, asustadas o irritadas por la presencia del dirigible, trotaban aturcidas o daban círculos bajo la aeronave. Incluso, de vez en cuando, algún individuo aislado embestía, sin dejar de rugir, a la sombra que el dirigible proyectaba contra el suelo.

—¡Una preciosidad de criatura! —comentó con sarcasmo el teniente Hines, que había estado observando a las bestias desde una de las ventanillas del dirigible.

—¡Oh, sí, son horribles! ¿Verdad, mi teniente? —preguntó el cocinero Jones.

—Sí, sí —contestó Hines—. Son triceratops.

Sin que el teniente piloto se diera cuenta, el dirigible estaba variando su dirección hacia el sudeste. A lo lejos, por la parte de babor, se distinguía la gran cadena montañosa, ya apenas visible en la lejanía, y, de pronto, se vio por debajo de ellos la línea gris de un río que, descendiendo de las distantes montañas, se ensanchaba al llegar al valle. Entonces, los tripulantes del dirigible acordaron seguir el curso del río, al tener en consideración que los hombres que se pierden en un territorio extraño y desconocido siempre se sienten inducidos a seguir el curso de la corriente, si tienen la suerte de encontrar un río.

Ya hacía mucho tiempo que iban siguiendo el río, cuando el teniente Dorf telefoneó desde la cabina de observación al capitán.

—Hay una gran extensión de agua delante de nosotros, capitán —dijo—. A juzgar por su aspecto, se diría que nos estamos acercando a la orilla de un gran océano.

Todas las miradas se dirigieron al frente, y, en efecto, comprobaron que ante ellos se encontraba una gran extensión de agua. El dirigible, al llegar a la enorme masa de agua, evolucionó sobre la costa en ambos sentidos, y luego, dado que hacía tiempo que no se habían provisionado de agua fresca ni habían cazado, el capitán decidió aterrizar y levantar un campamento en aquella zona, escogiendo finalmente un lugar al norte del río que habían venido siguiendo, cerca del punto en el que éste se vertía al mar. Cuando el dirigible aterrizó majestuosamente en un inmenso prado de alta hierba, el cocinero Jones escribió en su grasiento cuaderno de notas: “Llegamos aquí a mediodía”.

Mientras el dirigible tomaba tierra en el hermoso prado situado a orillas de aquel silencioso mar de Pellucidar, Jason Gridley y sus compañeros, a varios centenares de millas al oeste, continuaban excavando su túnel en dirección a la selva. Ahora era Jason el que excavaba, echando la tierra a puñados hacia atrás, a los otros hombres

que se encontraban a sus espaldas. Trabajaban de un modo febril, pues el túnel era ya tan largo, que apenas tenían tiempo de volver a la caverna cuando oían el ruido de los horibs al llegar, corriendo un riesgo cada vez mayor de ser descubiertos.

De pronto, mientras Jason escarbaba la tierra sobre su cabeza, escuchó algo que le sonó como disparos de rifle. No daba crédito a sus oídos, y, sin embargo, ¿qué otro ruido podía ser aquello? Hacía tantísimo tiempo que se hallaba separado de sus compañeros de expedición, que a Jason le parecía imposible que un capricho del azar los hubiera traído a aquel rincón perdido de Pellucidar. Aunque su corazón se aceleró por la esperanza, pronto desechó la idea, sustituyéndola por otra más lógica: la de que aquellos disparos debían proceder de los arcabuces de los korsars que se habían quedado en el buque que Lajo le había comentado tenían anclado en cierto paraje río abajo, en el Rela Am. Sin duda, el capitán de la nave había mandado una partida en busca de los miembros de la tripulación que faltaban del buque. Pero hasta la perspectiva de caer de nuevo en manos de los korsars le parecía a Jason una gloria, comparada con la suerte que le esperaba a manos de los horibs.

Jason redobló sus esfuerzos por llegar a la superficie. El estrépito de los disparos, que había durado sólo unos minutos, había cesado, siendo sustituido por el galopar de muchos animales que se acercaban. Se hallaban muy cerca. La tierra trepidaba de tal modo, y el galopar se oía con tanta claridad, que Jason comprendió que la superficie debía de hallarse a escasa distancia.

De pronto sonó otro tiro, esta vez prácticamente encima de Jason, que escuchó el ruido seco de un cuerpo que se desplomaba. La emoción y la ansiedad del americano habían llegado a su límite, cuando, de repente, la tierra cedió sobre su cabeza y algo cayó encima de él por el agujero que se había abierto en el techo del túnel.

Como hacía tiempo que Jason temía que su plan de fuga fuera descubierto por los horibs, lo primero que pensó fue en la necesidad de hacer desaparecer lo antes posible al monstruo que hubiera descubierto su secreto. Por eso, instintivamente retrocedió, tirando con todas sus fuerzas de los tobillos de su enemigo. Pero al caer Tarzán, pues de él se trataba, en el agujero, ocurrió que su rifle quedó atravesado formando una especie de barra en el borde de la abertura, a la que el rey de la jungla se agarró desesperadamente, acabando por tirar de sí hacia fuera, y arrastrando al mismo tiempo a Jason Gridley hacia el exterior. A pesar de ser un hombre fuerte y resistente, el americano no pudo vencer el esfuerzo realizado por los músculos de hierro de Tarzán, que extrajo del agujero el cuerpo del que creía su enemigo.

Jason, a su vez, tuvo la seguridad de que no era un horib, como había pensado en un principio, aquel enemigo que se le había venido encima, pues sus manos se habían agarrado a los tobillos de un hombre, a una piel fina y suave, y no a las escamas de un hombre lagarto. De todas formas, el instinto le hacía aferrarse con todas sus fuerzas, para que no se le escapara su antagonista.

Por su parte, el horib que aguardaba el ataque de Tarzán, vio a este desaparecer misteriosamente bajo tierra, y ni siquiera se esperó a investigar el origen de aquel milagro, sino que, cogiendo a Jana por la cintura, escapó en pos de sus compañeros, sin preocuparse de los esfuerzos de la muchacha por desasirse de sus garras.

Los dos desaparecían bajo la bóveda sombría de la selva, cuyos árboles les ocultarían enseguida, cuando Tarzán, surgiendo del agujero en que había caído, les vio en el breve espacio de un segundo. Tarzán lanzó un ahogado rugido al darse cuenta de que aquel estúpido accidente había impedido, quizá ahora de forma definitiva, que pudiera rescatar y liberar a la muchacha. Entonces, furioso ante la presión de aquellos dedos de hierro que le sujetaban los tobillos, el hombre mono pateó y sacudió con tal ímpetu, que envió a Jason Gridley de nuevo al fondo del túnel, mientras que el rey de la jungla, ya libre, emprendía una veloz carrera en persecución del horib y de la Flor Roja de Zoram.

Jason Gridley, llamando a sus compañeros en tono apremiante, saltó hacia fuera en el preciso momento en que un gigante bronceado y casi desnudo desaparecía a gran velocidad entre los troncos de los gigantescos árboles de la milenaria selva, pero aquella rapidísima visión despertó en él unos recuerdos familiares, y su corazón palpitó con loca esperanza. ¿Sería posible aquel milagro? ¿No había visto Thoar como un thipdar se llevaba a Tarzán por los aires hacia una muerte segura? En cualquier caso, fuera o no fuera Tarzán el gigante que había desaparecido a la carrera, aquello era menos importante que la razón de su fuga. ¿Era en realidad una fuga, o corría persiguiendo a alguien? Pero fuera lo que fuese, algo le dijo a Gridley que no debía de perder de vista a aquel hombre; al menos no era un horib, y no siendo un horib, sería forzosamente un enemigo de los hombres lagartos. Tan rápidos habían sido los acontecimientos que acabamos de relatar, que Jason permaneció confuso y aturdido unos instantes sin saber qué hacer, pero al fin, obedeciendo al instinto que le impulsaba a no perder de vista al fugitivo, echó a correr desesperadamente detrás de él.

Tarzán de los Monos corría por la oscura selva, guiado por el sutil y delicado aroma que exhalaba la Flor Roja de Zoram, y que sólo su olfato habría sido capaz de percibir. Al temer Tarzán verse de nuevo acorralado por los horibs, que le vencerían por el número, y cuyo hediondo olor percibía con repugnancia por todas partes, optó por subirse a un árbol, corriendo vertiginosamente por entre el follaje. En breve, tuvo la satisfacción de descubrir al horib que llevaba a Jana entre sus brazos, y que se había quedado muy rezagado de sus compañeros.

No hubo ni vacilación ni la más ligera disminución de velocidad por parte de Tarzán, cuando, como un proyectil viviente, cayó sobre la espalda del horib, que se desplomó medio privado de sentido por el impacto. Un brazo de hierro se enroscó en el cuello del monstruo, al tiempo que Tarzán tiraba de su enemigo, levantándolo en el

aire y arrojándolo luego violentamente contra el suelo, golpeando a continuación una y otra vez su cabeza contra la dura tierra, mientras la muchacha, apartada a un lado, miraba con los ojos muy abiertos aquella hercúlea exhibición de fuerza y poder.

Al fin, convencido Tarzán de que su enemigo estaba muerto o privado por completo de sentido, lo arrojó violentamente a tierra. Después se apropió del cuchillo de piedra y recogió la caída lanza del monstruo, y al instante se volvió hacia Jana.

—¡Ven conmigo! —le dijo dulcemente—. ¡Hay un sitio en el que estaremos seguros!

Y echándose la al hombro, saltó a la rama más baja de un árbol cercano.

—Aquí, al menos, estarás libre de los horribles —dijo Tarzán—, pues dudo mucho que ni siquiera los gorobors puedan alcanzarnos.

—Siempre creí —contestó Jana—, que no había guerreros como los de Zoram, pero esto era antes de conoceros a Jason y a ti.

Tarzán se dio cuenta que no podía haber manifestado mejor la muchacha la admiración que le causaba lo que él acababa de hacer por ella, ya que para las mujeres primitivas no había hombres comparables con los de su propia tribu.

—Me hubiera gustado que Jason viviera —continuó Jana con voz triste, después de una corta pausa—. Era un hombre fuerte y un valiente guerrero, pero, sobre todo, era un hombre bueno y amable. Los hombres de Zoram no se muestran nunca crueles con sus mujeres, pero no siempre son amables y considerados. Jason siempre parecía pendiente de mi seguridad y mi alegría, y nada le preocupaba tanto como verme contenta, excepto mi seguridad.

—¿Le querías mucho, verdad? —preguntó Tarzán.

La Flor Roja de Zoram no contestó. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, y un nudo le apretaba la garganta. Por ello, se limitó a asentir en silencio, acongojada.

Una vez en los árboles, Tarzán había dejado a Jana en pie, al observar que la muchacha, como buena hija de las Montañas de Thipdars, podía marchar sola perfectamente. Entonces, sin prisas, empezaron a retroceder hacia el sitio donde Tarzán había dejado a Muviro y los guerreros waziris, pero como marchaban en la misma dirección del viento, Tarzán no podía percibir el olor de sus amigos, así que iba con el oído pendiente y alerta para ver si escuchaba el más ligero ruido que le delatara su paradero. Al fin sus esfuerzos fueron recompensados, al oír unos pasos que se acercaban por la selva, en dirección a ellos.

Tarzán escondió a la muchacha detrás del grueso tronco del árbol en que se encontraban, y los dos esperaron silenciosos y prevenidos, pues no todos los pasos que se oyen en la selva pueden proceder de amigos.

Al cabo de un rato, apareció entre la arboleda un hombre casi desnudo, vestido únicamente con una sucia piel de cabra montés, que apenas podía reconocerse como tal bajo la capa de barro que la cubría. Su cabellera negra y espesa aparecía

enmarañada sobre su cabeza. En conjunto, Tarzán jamás había contemplado en su vida un hombre más sucio, pero en cualquier caso era evidente que no se trataba de un horrib y, además, no traía armas. Ya que Tarzán no tenía la más remota idea de lo que pudiera hacer en la selva aquel hombre solo y casi desnudo, se decidió a descender del árbol, plantándose frente al extraño caminante, que se quedó enormemente sorprendido al descubrir al hombre mono.

Efectivamente, al ver a Tarzán, el otro se había parado en seco, mirándole con los ojos tremendamente abiertos y revelando un inmenso asombro y una gran incredulidad.

—¡Tarzán! —exclamó al fin—. ¡Dios mío, si eres tú, Tarzán! ¡No has muerto! ¡Gracias a Dios que no has muerto!

Tarzán tardó unos instantes en reconocer al que hablaba, pero no así la muchacha, que seguía escondida entre el follaje del enorme árbol, ya que desde el mismo momento en que oyó su voz, reconoció al caminante.

Una lenta sonrisa se extendió al fin sobre el rostro del hombre mono al reconocer al hombre.

—¡Gridley! —exclamó—. ¡Jason Gridley! ¡Jana me dijo que habías muerto!

—¿Jana? —repitió Jason—. ¿Jana? ¿Tú conoces a Jana? ¿La has visto? ¿Dónde está?

—Está conmigo —contestó Tarzán.

La Flor Roja de Zoram, que acababa de bajar disimuladamente del árbol, avanzó hacia ellos. Al verla, Jason se adelantó a su encuentro.

—¡Jana! —dijo con inmensa ansiedad y ternura.

Pero la muchacha se irguió y volvió la espalda a Gridley.

—¡Jalok! —murmuró en tono altivo y lleno de desdén—. ¿Te tendré que repetir que te apartes del camino de la Flor Roja de Zoram?

Jason se paró en seco, dejando caer sus brazos, ya extendidos, a lo largo de su cuerpo, y bajó la cabeza en actitud de inmenso desaliento.

Tarzán contempló la escena, y su frente se frunció un instante con extrañeza; pero no era su costumbre mezclarse en los asuntos que no le incumbían, así que se limitó a decir:

—¡Venid conmigo! Tenemos que buscar a los waziris.

En ese momento se oyeron varias voces que se acercaban, y que Jason reconoció como las de los guerreros negros. Los tres echaron a correr, encontrándose ante una escena que habría degenerado en tragedia de no acudir los tres amigos con prontitud.

Muviro y los guerreros waziris, todos ellos armados con rifles, habían rodeado a Thoar y a los tres korsars, y cada grupo hablaba atropelladamente en un idioma que era ininteligible para los otros.

Los pellucidaros, que nunca hasta entonces habían visto seres humanos con la piel

tan negra y brillante como la de aquellos, y partiendo de la idea de que todo extranjero es siempre un enemigo, estaban a punto de intentar la huida, mientras Muviro, temiendo que aquellos hombres tuvieran algo que ver con la desaparición de Tarzán, estaba decidido a retenerlos para que le explicaran lo que había ocurrido, y los habría matado sin vacilar en caso de resistencia. Fue, por tanto, un alivio para ambos bandos cuando aparecieron Tarzán, Jason y Jana, y los waziris vieron como su gran bwana saludaba a uno de ellos con muestras de verdadera amistad.

Thoar se sorprendió aún más que Jason de encontrar vivo a Tarzán, y al ver a Jana desapareció de golpe su habitual reserva, al encontrarla sana y salva. No menos sorprendida y feliz pareció Jana, que corrió a arrojarse a los fuertes brazos de Thoar.

Jason, experimentando unas emociones como jamás había sentido en su vida, permanecía alejado de la feliz reunión, como un testigo triste y mudo de aquella. Entonces, quizá por primera vez en su vida, comprendió que el extraño sentimiento que le inspiraba aquella muchacha bella y salvaje no era otra cosa que amor.

Le irritaba y le humillaba tener que reconocer que sentía celos de Thoar, no sólo porque este era su amigo, sino porque se trataba de un salvaje, mientras que él, Jason Gridley, era un producto de miles y miles de años de cultura y civilización.

Thoar, Lajo y los otros dos korsars se alegraron infinitamente al ver que los extraños guerreros, a los que hacía un instante habían mirado como enemigos, se transformaban en amigos y aliados, y cuando escucharon el relato de la batalla con los horibs, experimentaron una nueva alegría, pues ahora, gracias a las terribles armas que portaban los guerreros negros, mucho más mortíferas y potentes que sus viejos arcabuces, el peligro que procedía de aquellos monstruos había disminuido considerablemente, y por tanto, iban por fin a poder escapar de aquel maldito país infestado de aquellos hediondos enemigos.

Descansando de los esfuerzos y las emociones recientes, cada bando narró al otro sus sufrimientos y aventuras, y después empezaron a trazarse planes para el futuro. Pero aquí empezaron a surgir las dificultades: Thoar deseaba regresar a Zoram con Jana; Tarzán, Jason y los guerreros waziris no tenían otra idea que encontrar cuanto antes a sus compañeros del dirigible, mientras que Lajo y los otros dos korsars deseaban a su vez regresar a la embarcación abandonada en el río.

Tarzán y Jason, comprendiendo que no sería prudente informar a los korsars de los verdaderos motivos de su presencia en Pellucidar, luego de averiguar que los korsars estaban familiarizados con la historia de Tanar, les hicieron creer que simplemente estaban buscando el país de Sari, para hacer una visita a Tanar y a su pueblo.

—Sari está muy lejos —declaró entonces Lajo—. Para ir desde aquí a Sari, habría que dormir más de cien veces en el camino, atravesar el Korsar Az, y luego cruzar también extrañas regiones infestadas de enemigos; habría que ir más allá de la Tierra

de la Horrible Sombra. Quizá nadie sería capaz de realizar ese viaje.

—¿Pero no se puede ir por tierra? —preguntó Tarzán.

—Sí —contestó Lajo—, y si estuviéramos en Korsar quizá yo mismo podría guiaros o, al menos, indicaros el camino; pero aún así y todo, sería un viaje terrible, porque nadie sabe las tribus salvajes y los territorios plagados de bestias que puede haber entre Korsar y Sari.

—Aparte de que, si nos decidiéramos a ir a Korsar, no seríamos recibidos como amigos —dijo a su vez Jason—. ¿No es así, Lajo?

—En efecto —contestó éste—. No seríais recibidos como amigos, ni mucho menos.

—Sin embargo —medió Tarzán, dirigiéndose a Jason—, creo que si queremos volver a encontrar el dirigible, la mejor posibilidad de conseguirlo es buscándolo en las cercanías de la ciudad de Korsar.

Jason asintió.

—Desde luego —dijo—; pero eso no estaría de acuerdo con los planes de Thoar, porque, si he entendido bien sus palabras, creo que ahora nos encontramos mucho más cerca de Zoram que de Korsar, y si decidimos ir a Korsar, nuestro camino nos alejará de Zoram. Pero, a menos que nosotros les acompañemos con los waziris, dudo que Thoar y Jana consigan llegar vivos a Zoram, al menos si tienen que recorrer la misma ruta que hicimos Thoar y yo al venir hasta aquí desde las Montañas de Thipdars.

Tarzán se volvió entonces hacia Thoar.

—Si venís con nosotros —le dijo—, podríamos llevaros a Zoram más tarde, en caso de que encontrásemos nuestro dirigible. Y si no lo encontrásemos dentro de un tiempo razonable, os acompañaríamos a Zoram de todos modos. En ambos casos, tendréis muchas más posibilidades de regresar a Zoram con nosotros, que si Jana y tú os marcháis solos.

—Os acompañaremos —decidió Thoar tras meditarlo un momento.

Entonces, de repente, su rostro se ensombreció bajo una idea que acababa de cruzar por su mente. Miró un instante a Jason y luego a Jana, para dirigirse finalmente a esta última.

—He olvidado algo importante —dijo—. Antes de marchar con estas gentes como amigos, quiero que me digas, Jana, si este hombre te ha ofendido o te ha molestado de alguna forma mientras te acompañó. Si es así, debo matarle.

Jana no miró a Jason al contestar.

—No tienes que matarle —dijo—. De haber sido necesario, lo habría matado la Flor Roja de Zoram.

—Bien —dijo Thoar—. Me alegró de que sea así, porque le considero mi amigo. Entonces, podemos irnos juntos.

—Nuestro bote debe de estar en el río, en el mismo lugar donde lo dejaron los horibs —medió ahora Lajo—, y si está allí, podremos ir río abajo, hasta el punto del Rela Am en que se encuentra anclado nuestro barco.

—¡Perfecto! —exclamó Jason en tono irónico—. ¡Y entonces seríamos hechos prisioneros por vuestros compañeros! ¿No es así? No, amigo Lajo: las tornas han cambiado, y si queréis continuar con nosotros, será con la condición de que os consideréis nuestros prisioneros.

El korsar, tras meditarlo y mirar a sus compañeros, se encogió de hombros.

—Está bien, a mí no me importa —dijo—. Seguramente nuestro capitán nos mandaría azotar a todos, al enterarse de nuestra derrota y ver que volvíamos con las manos vacías, tras perder un oficial y casi todos los hombres de la expedición.

Finalmente, tras varias propuestas, decidieron que lo mejor era volver al Rela Am y buscar el bote de los korsars. Si lo encontraban, podrían ir río abajo en busca del navío korsar, y luego intentarían negociar con el capitán para que los aceptara como amigos a bordo y los condujera hasta las cercanías de Korsar.

En su regreso hacia el Rela Am, no fueron molestados por los horibs, sin duda escarmentados y conscientes de que habían encontrado unos enemigos más fuertes que ellos en los waziris. Durante la marcha, Jason se esforzó en mantenerse siempre alejado de Jana. La vista de la muchacha recordaba al americano su amor sin esperanza, demasiado grande y humillante para él, y el estar cerca de ella constituía para el muchacho una especie de refinada agonía imposible de resistir. El desprecio y el desdén de la muchacha, que ella además no se molestaba en disimular, irritaban y humillaban más a Jason, que se despreciaba a sí mismo tanto como quería a la Flor Roja, al ver que ni las humillaciones ni los desdenes de Jana conseguían que la dejara de querer... de quererla mucho más de lo que nunca creyó que él sería capaz de querer a una mujer.

Jason se alegró mucho al divisar, por fin, a lo lejos las aguas del ancho Rela Am, pues así terminaba aquella etapa del viaje, que, con sus sombríos pensamientos y el aspecto oscuro y tenebroso de la selva milenaria, había sido uno de los más tristes y angustiosos periodos de su vida.

Con gran alivio, descubrieron que el bote se hallaba varado en el mismo lugar en que lo dejaron los horibs, y, un momento después, todos habían subido a bordo y la nave bogaba sobre las aguas del llamado Río de la Oscuridad, siguiendo el curso de la corriente.

El río se ensanchaba cada vez más, conforme se dirigían hacia el mar, hasta que por fin se hizo necesario colocar un poste e improvisar una vela, con lo que la velocidad de la nave aumentó mucho. Los rifles de los waziris ahuyentaban a los monstruosos saurios que, de vez en cuando, atacaban a la expedición.

El río se hizo tan ancho que, de no haber sido por la corriente, se le podría haber

considerado un brazo de mar. De acuerdo con las instrucciones de Lajo, se mantenían cerca de la orilla izquierda, en la que debía hallarse anclado el buque que buscaban. La otra orilla apenas se divisaba en la lejanía, y ello sólo gracias a la curvatura ascendente del horizonte de Pellucidar. En el mundo exterior habría quedado oculta por la curvatura descendente de la Tierra.

A medida que se acercaban al mar, Lajo y los otros dos korsars empezaron a mostrarse inquietos, al no divisar su barco por ninguna parte.

—¡Ya hemos pasado el sitio en el que se encontraba! —exclamó al fin Lajo—. Lo sé por aquella colina llena de árboles que acabamos de cruzar ahora. ¡El barco estaba allí! Me fijé bien en esa colina, para orientarme cuando regresásemos.

—¡Se ha marchado y nos ha abandonado! —dijo otro de los korsars, pronunciando a continuación un epíteto malsonante contra el capitán de la nave.

Continuaron hacia el mar, y cuando ya llegaban a la desembocadura del río, Lajo les señaló una hermosa isla que acababa de surgir ante sus ojos, diciéndoles que era abundante en caza y poseía un agua excelente. Entonces, decidieron desembarcar y acampar allí por algún tiempo, para así reponer provisiones. Era un lugar ideal, puesto que no había bestias ni grandes mamíferos, y al no estar habitada por el hombre, había caza en abundancia.

Discutiendo luego sus planes para el futuro, se acordó finalmente que continuarían en el bote hasta las cercanías de Korsar, ya que Lajo decía que la ciudad se encontraba en la misma costa que divisaban desde la isla.

—Lo que no puedo decir —añadió el korsar—, es si está en esta o en esa dirección, aunque tengo la certeza de que está en esta costa. Tened en cuenta que esta parte de Pellucidar no nos es familiar, pues jamás una de nuestras expediciones había llegado tan lejos, hasta alcanzar el Rela Am.

En previsión del largo viaje hasta Korsar, se prepararon grandes cantidades de carne, que secaron al sol o ahumaron, almacenándola después en vejigas de animales; otras de estas vejigas fueron llenadas de agua fresca, y todo ello fue instalado en el fondo de la embarcación, pues, aunque pensaban ir bordeando la costa, había que tener en cuenta que una tormenta podía empujarles mar adentro.

Al fin, terminados todos los preparativos, el grupo de hombres emprendió el largo viaje hasta Korsar a bordo de la pequeña nave.

Jana había ayudado a los hombres en los preparativos de la expedición, pero aunque trabajaba con frecuencia al lado de Jason, no había depuesto su actitud dura y altiva para con el americano, haciendo como si ignorara su presencia.

—¿Al menos no podremos volver a ser nunca más amigos, Jana? —le preguntó Jason en una ocasión—. Creo que así seríamos los dos mucho más dichosos.

—Ahora soy todo lo dichosa que podría serlo, desde el momento en que Thoar me lleva hacia Zoram— le contestó la muchacha con desdeñosa frialdad.





“Un brazo de hierro se enroscó en el cuello del monstruo, levantándolo en el aire y arrojándolo luego violentamente contra el suelo”. (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo XVII

Reunidos

Mientras un viento favorable empujaba la pequeña nave hacia su destino, bordeando la costa, el O-220 seguía la misma ruta, trazando de vez en cuando varios círculos tierra adentro, aunque el capitán Zuppner había perdido casi por completo la esperanza de encontrar a los perdidos miembros de su tripulación. Además, no sólo en aquel punto eran remotas sus esperanzas, sino que compartía el silencioso temor del resto de su tripulación de que jamás podrían volver a encontrar la famosa abertura polar que les llevaría de regreso al mundo exterior, pues aunque transportaban a bordo una enorme cantidad de gasolina y aceite, aquellos no podían durar eternamente, y, en consecuencia, si no encontraban en algún momento la abertura, tendrían que resignarse a permanecer en Pellucidar el resto de sus días.

Al fin, el teniente Hines abordó el tema, y los dos oficiales decidieron llamar también a la conferencia al teniente Dorf. De común acuerdo decidieron que, antes de que se les agotara definitivamente el combustible, debían buscar algún país o región que estuviera relativamente libre de tribus salvajes y de la presencia de las enormes bestias de Pellucidar.

Mientras los oficiales del dirigible deliberaban sobre cuestiones tan trascendentales, la inmensa nave aérea surcaba el sereno cielo del extraño mundo de Pellucidar, y el resto de la tripulación cumplía tranquila y metódicamente sus deberes.

Robert Jones, el negro cocinero de Alabama, estaba, no obstante, triste y angustiado. Parecía no poder acostumbrarse jamás a las condiciones de vida de Pellucidar, y a menudo sostenía frecuentes monólogos en voz alta, y paseaba nervioso observando con desconfianza el reloj de la pared, o descolgándolo, se lo acercaba al oído.

Por debajo del dirigible se desarrollaba ahora una espléndida panorámica: una costa magnífica, plagada de hermosas bahías, golfos y ensenadas. También se divisaban graciosas colinas verdes, llanuras de preciosas praderas y soberbias selvas, y, de vez en cuando, el paisaje se veía surcado por las plateadas cintas de unos ríos sinuosos que discurrían tranquila y majestuosamente hacia el mar. Era una vista idílica y encantadora, que si por sí sola era capaz de inspirar los más puros y elevados sentimientos incluso a los más duros y empedernidos corazones, con mayor razón lo conseguía con la mayoría de los elevados espíritus de la tripulación, que se decían que no sería ninguna desgracia permanecer allí eternamente. Pero otros tripulantes de la nave habían dejado seres queridos en el mundo exterior, y hacían intranquilos planes y conjeturas llenas de inquietud para el futuro. En general, todos los hombres que iban a bordo del O-220 eran personas amables e inteligentes, fieles cumplidoras

de sus compromisos y de la palabra dada, como lo era el capitán Zuppner, hacia el que todos se mostraban cariñosos y fieles, puesto que estaban seguros de que, fuera cual fuera su suerte, Zuppner la compartiría con ellos. Además, si algún hombre era capaz de sacarles a todos del mal trance en el que se encontraban, aquel hombre era el capitán de su nave. El capitán y sus dos tenientes seguían discutiendo sobre el porvenir, mientras Robert Jones subía por la escalera posterior del dirigible que conducía a la terraza del O-220, a ciento cincuenta pies por encima de las cocinas. Pero Robert no llegó a salir a la estrecha y larga terraza, sino que, asomando la cabeza al exterior, miró al cielo en todas direcciones, y luego se quedó contemplando unos momentos al sol inmóvil en su cénit.

A continuación, Jones descendió, cerrando la escotilla sobre su cabeza, se dirigió a la cocina, y cogiendo el reloj que colgaba de la pared, lo tiró por la ventanilla al espacio.

Para los ocupantes de la pequeña embarcación, sin medios ni aparatos para medir el tiempo o la distancia, la monotonía del viaje se rompía frecuentemente a causa de las embestidas de aquel mar de la era mesozoica. Para el refinado americano que era Jason, aquella sensación de inexistencia del tiempo en Pellucidar le producía una mayor reacción nerviosa que a los demás. Tarzán también la sentía, aunque en mucho menor grado, mientras que los waziris percibían muy ligeramente la anomalía de la situación. En cambio, sobre los korsars, Thoar y Jana, el hecho no parecía revestir importancia ni tener influencia alguna.

Pero a medida que pasaba el tiempo, e iban avanzando leguas y leguas por aquel océano desierto, las condiciones iban alterándose.

Siguiendo la costa, el rumbo de la pequeña nave iba cambiando, aunque sin instrumentos ni cuerpos celestes que pudieran guiarles, la tripulación no se había dado cuenta de ello. Al principio habían navegado con rumbo al nordeste; luego, durante una gran distancia lo hicieron hacia el este, hasta que la costa, curvándose de un modo gradual e imperceptible, les hizo navegar hacia el Norte.

El instinto indicaba a los korsars que habían recorrido unas tres cuartas partes de la distancia que les separaba de su meta. Entonces, se levantó un fuerte viento desde tierra que les impulsó rápidamente a lo largo de la costa. Lajo, de pie en la proa de la embarcación, parecía olfatear el aire como un perro de caza. De pronto, se volvió hacia Tarzán.

—¡Tenemos que acercarnos a la costa! —dijo—. ¡Viene una tormenta!

Pero era demasiado tarde. Un espantoso huracán se levantó de repente, levantando unas olas gigantescas que los arrastraban mar adentro. No llovía ni había relámpagos ni truenos, puesto que tampoco había nubes, sólo aquel terrible huracán, que, al levantar olas tan grandes como montañas, amenazaba con devorarlos.

Los waziris estaban verdaderamente aterrados, ya que el mar no era su elemento

natural. Thoar y Jana también sentían un gran miedo, aunque ninguno de los dos daba muestra de ello, y en cuanto a Tarzán y Jason, ambos tenían la absoluta certeza de que la pequeña nave no resistiría el espantoso temporal. Ante ello, Jason, levantándose, se acercó al banco sobre el que se encontraba Jana, encogida y temerosa. El silbido del huracán hacía imposible el entenderse, pero el americano acercó sus labios al oído de la muchacha.

—¡Jana! —dijo a gritos— ¡Es imposible que este cascarón de nuez resista esta tormenta! ¡Creo que vamos a morir todos, pero antes de morir, me odies o no, quiero decirte que te amo!

Luego, antes de que ella pudiera contestarle, antes de que volviera a humillarle con sus palabras, regresó junto a Tarzán, al mismo lugar donde antes iba sentado.

Tenía la certeza de que había hecho mal; tenía la certeza de que no tenía derecho a decir a la prometida de Thoar que la amaba; había sido un acto de deslealtad, y, sin embargo, algo más fuerte que la lealtad, algo más fuerte que su herido orgullo, le había obligado a decir aquellas palabras... porque no quería morir sin decirlas. Tal vez le había dado ánimo para realizar su osadía el haber observado que entre ella y Thoar sólo existía un amor platónico, y no pudiendo imaginarse a Jana amando platónicamente a ningún hombre, Jason deducía que Thoar no debía quererla. Thoar se mostraba amable con Jana, pero no lo suficientemente atento y expresivo como lo hubiera hecho si hubiera estado enamorado.

En ocasiones, Jason había pensado que aquella actitud de Jana y de Thoar pudiera atribuirse al peculiar carácter de los habitantes de Pellucidar o a la idiosincrasia propia del ser primitivo, pero luego se había dicho que era imposible que ambos hubieran sostenido tanto tiempo su actitud fría y platónica, sin delatar su amor.

—¡Por su actitud cualquiera pensaría que son hermano y hermana! —llegó a pensar Jason.

Finalmente, por un milagro de la suerte, la frágil embarcación no llegó a zozobrar. Pero cuando el huracán y el oleaje comenzaron a apaciguarse, sólo divisaron agua y cielo. La costa había desaparecido por completo.

—Ahora que hemos perdido de vista la costa, ¿cómo podemos dirigirnos hacia Korsar? —preguntó Tarzán a Lajo.

—No será empresa fácil —contestó el korsar—. Lo único que ahora nos puede servir de guía es el viento. Estamos adentro, muy adentro, del Korsar Az, aunque conozco la dirección general de los vientos en esta zona, y manteniéndonos siempre en el mismo rumbo, quizá encontremos de nuevo la costa, y, seguramente, no muy lejos de la ciudad de Korsar.

—¿Qué es aquello? —exclamó de pronto Jana, señalando hacia un punto del horizonte, hacia el que se dirigieron todas las miradas.

—¡Es un barco! —exclamó Lajo con alegría—. ¡Estamos salvados!

—Pero, imaginaros que ese barco esté tripulado por enemigos —señaló entonces Jason—. ¿Qué hacemos entonces?

—No —repuso Lajo—. Los que tripulan ese barco son korsars; sólo los navíos korsars navegan por el Korsar Az.

—¡Hay otro! —exclamó Jana—. ¡Y otro y otro! ¡Son muchos!

—Apresurémonos a escapar —dijo Tarzán—. Tal vez no nos hayan visto todavía.

—¿Y por qué hemos de huir? —preguntó Lajo.

—Porque no somos suficientes para luchar contra ellos —replicó Tarzán—. Esas gentes no serán enemigos vuestros, pero pueden serlo de nosotros.

Lajo no tuvo mas remedio que obedecer, ya que los korsars a bordo de la embarcación sólo eran tres hombres y sin armas, mientras que los waziris eran diez, y armados con rifles.

Todo el mundo permaneció observando los barcos, y pronto se cercioraron de que se acercaban a ellos, puesto que el bote en el que se encontraban no era ligero ni mucho menos. Al fin, se convencieron de que eran perseguidos por una flota considerable.

—Esos barcos no son korsars —dijo Lajo cuando los buques enemigos se hallaban ya muy cerca—. Hasta hoy, nunca había visto barcos parecidos a esos.

El bote continuaba huyendo a la mayor velocidad posible, pero los navíos enemigos, aumentando hasta formar una verdadera y poderosa armada, fueron acercándose cada vez más, hasta cortar el rumbo a la pequeña embarcación.

El navío que parecía mandar la flota llegó finalmente tan cerca de ellos que todos pudieron distinguir con exactitud su aspecto y características. Era corto y ancho, con una proa muy alta. Llevaba dos grandes velas, y, además era impulsado por remos que surgían por unas aberturas hechas en el casco, aproximadamente unos cincuenta en total. Encima de las aberturas de los remos, a ambos lados del buque, se veían los escudos de los tripulantes.

—¡Dios mío! —exclamó Jason dirigiéndose a Tarzán—. Pellucidar no sólo encierra piratas españoles sino también escandinavos, porque si esos barcos no son navíos escandinavos, deben ser una variedad de los mismos.

—Ligeramente modernizados —convino Tarzán—. Observa que llevan instalado un pequeño cañón en un sobrepunte construido en la proa.

—En efecto. Creo que lo mejor sería forzar la marcha, porque estoy viendo a un individuo a bordo de ese barco que parece querer dirigirse a nosotros.

En ese momento apareció otro tripulante en el alto entrepuente del barco enemigo.

—¡Acercaos y poneos al paio! —gritó de pronto el que parecía mandar la nave—. De lo contrario, os hundiremos en un instante.

—¿Quiénes sois? —preguntó Jason también a gritos.

—Soy Ja de Anoroc —contestó el capitán—, y esta es la flota de David I, el emperador de Pellucidar.

—¡Detened la embarcación! —ordenó entonces Tarzán a Lajo.

—¡Alguien a bordo de esta barcaza debe de haber nacido de pie! —exclamó Jason con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Nunca creí que pudiéramos tener tanta suerte!

—¿Y vosotros quiénes sois? —preguntó luego Ja, después de que el bote se acercó al navío.

—Somos amigos —contestó Tarzán.

—El emperador de Pellucidar no puede tener amigos en el Korsar Az —dijo entonces Ja.

—Si va con vosotros Abner Perry, podemos demostrarte fácilmente que te equivocas —exclamó Jason.

—Abner Perry no viene con nosotros —contestó Ja—. ¿Qué sabes tú de él?

Mientras tanto, las dos naves se habían situado borda contra borda, y ahora los broncineos guerreros mezops que mandaba Ja miraban con curiosidad, desde la cubierta de su nave, a los ocupantes del bote.

—Este es Jason Gridley —dijo entonces Tarzán, señalando al americano—. Tal vez hayas oído a Abner Perry hablar de él. Gridley organizó una expedición en el mundo exterior para llegar hasta Pellucidar, y rescatar a David Innes de la mazmorra en que lo tienen encerrado los korsars.

El hecho de que tres korsars fueran a bordo del bote hizo sentir cierto recelo y desconfianza a Ja. Pero cuando le narraron lo ocurrido, y, sobre todo, cuando hubo examinado los rifles de los waziris, se convenció de que no le podían estar engañando. Entonces, les invitó a subir a bordo de su nave, acogiéndoles calurosamente, y presentándoles a numerosos oficiales y capitanes de la armada, que llegaban de los otros barcos. Cuando circuló la noticia de que dos de los extranjeros eran gente amiga que venía del mundo exterior para ayudar en el rescate de David Innes, los capitanes de casi todos los demás navíos subieron a bordo de la nave capitana, la que comandaba Ja, para saludar afectuosamente a Tarzán y a Jason. Entre aquellos capitanes se encontraban Dacor el Fuerte, hermano de Dian la Hermosa, la emperatriz de Pellucidar; Kolk, el hijo de Goork, el jefe de los thurios; y Tanar, el hijo de Ghak el Velludo, rey de Sari.

Todos informaron a Tarzán y a Jason que la flota se dirigía a liberar a David. Esta había sido construida empleando en ello mucho tiempo —tanto que ya no recordaban las veces que habían comido y dormido desde que se pusiera la quilla de la primera nave— en la isla de Anoroc, situada en el Lural Az, y luego hubieron de encontrar un paso para llegar al Korsar Az.

—Después de cruzar el Sojar Az, más allá de la Tierra de la Horrible Sombra

encontramos un paso que nos condujo hasta el Korsar Az. Los thurios descubrieron ese pasaje, y mientras estábamos construyendo la flota, enviaron varios guerreros de avanzadilla para cerciorarse de que era la ruta correcta, y, en efecto, lo comprobaron. Así es que no tardaremos en llegar ante la ciudad de Korsar.

—¿Pero cómo pensabais rescatar a David, con sólo una docena de hombres? —preguntó Tanar.

—No estamos aquí todos los que vinimos —contestó Tarzán—. Nos vimos separados hace tiempo de nuestros compañeros, y no hemos podido encontrarlos. De todas formas, nuestra expedición no se componía de muchos hombres. Contábamos con algo más que el poder de nuestros brazos para rescatar a David, vuestro emperador.

En aquel momento, un gran griterío se elevó desde la cubierta de uno de los barcos, y pronto desde todas las naves empezaron a alzarse gritos y palabras de asombro. Todo el mundo miraba hacia el cielo, extendiendo los brazos y señalando algo que acababa de aparecer a lo lejos. Algunos de ellos empezaban a dirigir hacia arriba las bocas de los cañones, mientras otros preparaban sus rifles, cuando Tarzán y Jason, al mirar hacia lo alto, descubrieron el O-220, ¡el ansiado y tan buscado dirigible!

Este, a todas luces, había descubierto la flota, puesto que descendía majestuosamente, trazando una gran espiral.

—¡Ahora sí que estoy seguro de que alguno de nosotros ha nacido de pie! —dijo Jason, sonriendo complacido—. ¡Es nuestro dirigible, por fin!

Inmediatamente se volvió hacia Ja.

—¡Son nuestros compañeros! —le dijo.

La noticia circuló rápidamente de nave en nave, y pronto todo el mundo estuvo enterado de que aquello que descendía majestuosamente del cielo, no era un enorme reptil volador como habían creído en un principio, sino un enorme barco aéreo, en el que venían más aliados de Abner Perry y de su amado emperador David I.

Cuando el dirigible estuvo a relativa distancia de la nave capitana, Jason Gridley, quitándole la lanza a uno de los guerreros mezops y el pañuelo que llevaba anudado a su cabeza Lajo, envió un mensaje a los cielos: “¡Eh, amigos del dirigible! Esta es la flota de guerra de David I, el emperador de Pellucidar, al mando de Ja de Anoroc. Lord Greystoke, diez guerreros waziris y Jason Gridley están a bordo.”

Un momento después, el primer estampido de un cañonazo retumbó en la atmósfera de Pellucidar, como primer saludo internacional, siendo seguido por otros veinte, disparados desde la terraza del dirigible. Cuando se le explicó a Ja lo que aquellos cañonazos significaban, contestó con el cañón de proa de su navío.

Un instante después, el dirigible descendió hasta que estuvo a muy corta distancia de la nave capitana.

—¿Están todos bien a bordo del dirigible? —preguntó entonces Tarzán.

—Sí, gracias —contestó la voz del capitán Zuppner, muy emocionado.

—¿Se encuentra a bordo von Horst? —preguntó Jason.

—No —contestó Zuppner.

—Entonces, sólo falta él —exclamó Jason con tristeza.

—¿Puede hacer que descienda un poco más el dirigible, capitán? —preguntó Tarzán.

Zuppner realizó las maniobras oportunas, haciendo descender el dirigible hasta una altura de cincuenta pies. Luego se arrojó una escala, y, uno por uno, todos los miembros de la expedición subieron a bordo de la aeronave; primero los diez guerreros waziris, luego Jana y Thoar, y, por último Jason y Tarzán. En cuanto a Lajo y los otros dos korsars se acordó que permanecieran a bordo de la nave capitana, bajo la custodia de Ja, aunque con la advertencia de que se les tratara con la mayor humanidad posible.

Antes de abandonar el barco, Tarzán le dijo a Ja que si quería dirigirse directamente hacia Korsar, el dirigible podía ir siguiéndoles, y, mientras tanto, irían trazando algún plan conveniente para rescatar a David.

Cuando Thoar y Jana subieron a bordo del dirigible, un asombro indescriptible les invadió. Aquello les parecía inverosímil, inconcebible. Jana expresaría más tarde su sorpresa diciendo que creía estar soñando, pero que al mismo tiempo tenía la certeza de la realidad, porque tales cosas no podían pensarse que existieran.

Jason presentó a Jana y a Thoar a Zuppner y Hines, pero el teniente Dorf acudió al salón hasta que Tarzán hubo subido a bordo del dirigible, en último termino. Así pues, fue Tarzán el que presentó a Dorf y a los dos pellucidaros.

Primero presentó a Jana, y luego, volviéndose hacia Thoar, añadió:

—¡Este, teniente Dorf, es Thoar, el hermano de la bella Flor Roja de Zoram!

Al oír aquellas palabras, Jason Gridley experimentó algo parecido a un fuerte golpe en el pecho, un golpe doloroso. Se alegró de que, en aquel momento, no hubiera nadie mirándole, y se rehizo en un instante, pero interiormente quedó aplastado, como un hombre al que acabaran de infligir una herida moral. ¡Todos sus compañeros habían estado enterados de aquello, y ninguno había sido capaz de decírselo! Sintió una enorme cólera contra todos ellos, hasta que fue capaz de pensar que quizá todos sus camaradas creían que él también lo sabía. Pero a Jana, en cualquier caso, no podía perdonarla. Sin embargo, ¿qué más daba? Estaba seguro de que, hermana o compañera de Thoar, la Flor Roja de Zoram no sería nunca para él. ¡Demasiado claro se lo había hecho ver a Jason la actitud de la muchacha, diciéndoselo con más elocuencia que si hubiera empleado cualquier tipo de palabras!

Cuando el dirigible reanudó su vuelo, los oficiales, reunidos en el gran salón, se contaron interminablemente sus aventuras y discutieron, también interminablemente,

sus planes para el futuro. Bajo ellos, sobre la azul superficie del mar, navegaba con su mismo rumbo la flota de Ja. Sólo la ausencia de von Horst ponía una nota de tristeza en la feliz reunión de los oficiales del O-220.

Cuando al fin la distante costa del país de Korsar apareció en lontananza, Ja fue subido a bordo del dirigible y se discutieron los planes para el rescate de David. Después, el mezop volvió a bajar a su nave, siendo entonces subidos al dirigible Lajo y sus dos camaradas korsars.

Los tres prisioneros experimentaron una terrible emoción y un gran temor cuando Jason y Tarzán les guiaron a través del dirigible. Los dos amigos explicaron a los korsars, después de mostrárselo detenidamente, todo el armamento de la aeronave, insistiendo, sobre todo, en el terrible poder destructor de las bombas que llevaban a bordo.

—Una sola de estas bombas —explicó Jason a Lajo—, podría reducir a polvo, volándolo por los aires, el mismísimo palacio del Cid, y podéis observar que llevamos a bordo varias de ellas. ¡Si quisiéramos, sería fácil destruir vuestra ciudad y todas vuestras naves en muy poco tiempo!

Mientras la flota de Ja quedaba todavía a considerable distancia de la costa, el dirigible se adelantó velozmente hacia la ciudad de Korsar, pues el plan trazado para la liberación del emperador, si tenía éxito, podía lograr el rescate de David Innes sin llevar a cabo ningún derramamiento de sangre. Este era el objetivo primordial, ya que de producirse el ataque a la ciudad, tanto si se producía por mar como por aire, la vida del emperador podía correr un elevado riesgo, sin contar con que el espíritu de venganza del Cid podía tomar represalias contra David, o incluso asesinarlo, antes de que cayera en manos de sus amigos.

A medida que el dirigible volaba silenciosamente sobre la ciudad de Korsar, calles, plazas y patios se fueron llenando de gente, que miraban hacia lo alto con gestos de temor y de asombro.

El dirigible se detuvo a tres mil pies sobre la ciudad, y entonces Tarzán mandó llamar a los tres korsars que llevaban a bordo.

—Como ya sabéis —les dijo—, si quisiéramos podríamos destruir vuestra ciudad en muy poco tiempo. Habéis visto la gran flota que viene detrás de nosotros a rescatar al emperador de Pellucidar. También sabéis que cada uno de los guerreros que viajan a bordo de esas naves va armado con una poderosa arma, mucho mejor y más eficaz que las vuestras. Incluso es posible que únicamente con sus lanzas, cuchillos y flechas pudieran apoderarse de vuestra ciudad sin necesidad de utilizar sus rifles, sin contar, además, que en cada una de esas naves va montado un cañón. En definitiva, sólo la flota podría tomar la ciudad de Korsar; pero es que, además, está el dirigible, y vuestras armas nunca conseguirían hacer blanco en esta nave aérea, mientras que ella se pasearía tranquilamente por encima de Korsar, reduciéndola a polvo con sus

bombas. En consecuencia, creo que podríamos apoderarnos fácilmente de Korsar, ¿no es así?

—Sí, lo conseguiríais fácilmente —contestó Lajo.

—De acuerdo —siguió diciendo Tarzán—. En ese caso, voy a enviarte a vuestra ciudad con un mensaje para el Cid. ¿Prometes contarle la verdad de lo que has visto?

—Lo prometo —contestó Lajo.

—Bien; el mensaje es muy corto —prosiguió Tarzán—. Sencillamente le dirás, que hemos venido a efectuar el rescate del emperador de Pellucidar, y le explicarás los medios de que disponemos para reforzar y hacer realidad nuestras pretensiones. También le dirás que si consiente en enviar al emperador a bordo de una de nuestras naves, sano y salvo, estamos dispuestos a regresar a Sari sin realizar un solo disparo. ¿Lo has comprendido?

—Sí, está bastante claro —contestó Lajo.

—Perfectamente —dijo Tarzán, que a continuación se volvió hacia el teniente Dorf—. ¿Quiere darle eso, teniente?

Dorf se acercó a Lajo, llevando un paquete en la mano.

—Póngase esto —le dijo.

—¿Qué es? —preguntó Lajo.

—Lo llamamos paracaídas —contestó Dorf.

—¿Y qué es un paracaídas? —insistió Lajo.

—Verá usted. Mire, pase los brazos por aquí, así, eso es...

Un momento después, el paracaídas había sido ajustado al cuerpo de Lajo. Entonces intervino Jason.

—Vamos a conferirte un gran honor, Lajo —dijo—. Vas a efectuar el primer salto en paracaídas que se ha visto alguna vez en Pellucidar.

—¡No entiendo lo que quieres decir! —murmuró Lajo aturdido.

—Ahora lo comprenderás, amigo mío —repuso Jason—. Vas a llevar el mensaje de Lord Greystoke al Cid.

—¡Pero será preciso que el dirigible descienda cerca de tierra, para que pueda bajar! —dijo Lajo.

—Al contrario, amigo mío —contestó Jason—. El dirigible no va a moverse en absoluto de donde se encuentra en este momento. Vas a ser tú el que se arroje al espacio.

—¿Cómo? —exclamó Lajo vivamente—. ¿Acaso pensáis matarme?

—¡No, hombre, no! —exclamó Jason riendo—. Escucha con atención lo que voy a decirte, y verás como llegas a tierra sano y salvo. Ya has visto a bordo de este dirigible muchas maravillas, de modo que no debes extrañarte de esta otra que ahora voy a mostrarte, y que es producto de la civilización del mundo exterior. Esto no te va a hacer daño alguno. Todo lo contrario, te garantizo que será una experiencia que te

agradará enormemente. Mira esta anilla: ¡cógela con la mano derecha! ¡Eso es! Cuando saltes del dirigible, tira de ella con fuerza, y verás como flotas en el aire e iras descendiendo suavemente hasta el suelo, con la ligereza de una pluma.

—¡Me mataré! —dijo el salvaje desolado.

—No pensé que fueras un cobarde —objetó Jason—. Quizá alguno de tus compañeros se sienta más valiente que tú, y esté dispuesto a hacer la prueba. ¡Te digo que no pasará nada!

—Está bien —aceptó Lajo—. No soy ningún cobarde. Me arrojaré.

—Dile al Cid —señaló entonces Tarzán—, que si dentro un rato no vemos a uno de sus barcos dirigiéndose al encuentro de la flota, empezaremos a bombardear la ciudad.

El teniente Dorf condujo a Lajo junto a una de las puertas del dirigible, situada en uno de los costados de la cabina, y la abrió. El salvaje todavía vacilaba.

—¡No se olvide de tirar de esa anilla! —le recordó el teniente; y en el mismo instante, empujó violentamente al korsar, precipitándole de cabeza al vacío.

A los pocos segundos, todo el mundo pudo observar desde el dirigible como el paracaídas se abría en el aire, como una inmensa flor blanca. El mensaje de Tarzán sería comunicado enseguida al Cid.

Lo que ocurrió en la ciudad no pudo saberse nunca a bordo de la aeronave, pero, en breve, todos pudieron observar a una gran multitud que, saliendo del palacio del Cid, se dirigía hacia el río, en el que se encontraban ancladas numerosas naves. De inmediato, una de ellas zarpó, empezando a navegar río abajo, en dirección al mar, yendo a toda vela al encuentro de la flota de Sari.

El dirigible siguió a aquel navío que se hacía a la mar, y poco después, el barco de Ja de Anoroc se acercaba al encuentro de la nave que llegaba. De ese modo, el emperador de Pellucidar, David Innes, fue rescatado y devuelto a su pueblo.

Cuando el buque korsar hubo regresado a tierra, el dirigible descendió hasta casi rozar la nave capitana, y entonces se intercambiaron cariñosos saludos entre David y sus libertadores, hombres de otro mundo a los que nunca había visto.

El emperador estaba medio muerto de hambre, muy delgado y débil a causa de las privaciones sufridas, pero por fortuna no le habían hecho daño alguno. Así es que a bordo de las naves reinó un inmenso júbilo cuando la flota de Sari empezó a surcar el Korsar Az, en busca de sus tierras nativas.

Tarzán temía que, si acompañaban con el dirigible a la flota hasta Sari, se les acabara el combustible, y luego no pudieran regresar al mundo exterior. Por tanto, sólo acompañarían a la flota el tiempo preciso para que David les diera instrucciones exactas acerca del punto en el que se encontraba la abertura polar.

—Pero antes hemos de hacer otra cosa —señaló Jason a Tarzán—. Es necesario llevar a Jana y a Thoar hasta Zoram.

—Cierto —contestó el hombre mono—, y también tenemos que bajar a tierra a estos korsars que vienen con nosotros, cerca de su ciudad natal. Ya había pensado en ello, y nos sobrará combustible para llevarlo a cabo.

—No obstante, tengo que comunicarte que no voy a volver con vosotros —dijo entonces Jason—. Por eso quisiera que me dejarais bajar a bordo del barco de Ja.

—¿Qué? —preguntó Tarzán con inmensa sorpresa—. ¿Vas a quedarte aquí?

—Esta expedición fue organizada a instancias mías —contestó Jason—. Por tanto, me siento responsable de la vida de todos y cada uno de los que me acompañaron a Pellucidar, y no pienso regresar a nuestro mundo mientras la desaparición de von Horst siga siendo un misterio.

—¿Pero cómo vas a encontrar a von Horst si viajas hasta Sari con la flota? —preguntó Tarzán.

—Pediré a David Innes que organice una expedición para buscarle —contestó Gridley—, y ya que esa expedición estará formada por pellucidaros, tendré muchas más posibilidades de encontrarle, que si lo hiciera desde el dirigible.

—Entonces, no me queda más remedio que estar de acuerdo contigo —dijo Tarzán—. Así que, si verdaderamente estás convencido de llevar a cabo tu proyecto, haré que te desciendan inmediatamente a bordo del navío de Ja.

Mientras el dirigible empezaba a descender, haciendo señales a la nave capitana para que se detuviera, Jason estuvo haciendo inventario de lo que le iba a hacer falta llevar con él, incluyendo rifles, revólveres y gran cantidad de municiones. Todo el equipo fue bajado en primer lugar al navío de Ja, mientras Jason procedía a despedirse de sus compañeros de expedición.

—¡Adiós Jana! —dijo Jason, después de haber estrechado la mano de los demás.

La muchacha, en vez de contestarle, se volvió hacia su hermano.

—¡Adiós Thoar! —dijo.

—¿Adiós? —repitió Thoar—. ¿Qué quieres decir?

—¡Que me voy a Sari con el hombre al que amo! —contestó la Flor Roja de Zoram.



Apéndice: Tarzán en la tele

Tarzán, el personaje más célebre de los creados por Burroughs, llega a Pellucidar en esta cuarta entrega de la serie. Está práctica, denominada "cross-over" (es decir, la aparición de un personaje de una novela en otra, más o menos relacionada) es bastante habitual en otros medios como la televisión o el cómic, pero no resulta tan frecuente en la producción literaria.

Muestra, por un lado, el concepto que Burroughs tenía de todas sus series como parte de un continuo único y, por otro, su evidente olfato comercial, al traer a su personaje más exitoso para revitalizar las ventas de Pellucidar.

Tarzán ha aparecido en todo tipo de medios. De ellos, quizá aquel en el que haya menos documentación sea la televisión. Aprovechamos esta introducción para cubrir este hueco con datos que esperamos sean útiles para los aficionados a los universos de Burroughs.

La primera aparición de Tarzán en televisión fue en el telefilm *Tarzán the Fearless* (1964), protagonizado por Buster Crabbe, pero la primera serie de televisión dedicada a Tarzán data de Septiembre de 1966. Duró un total de 57 episodios, hasta su cancelación en abril de 1968. Estaba protagonizada por Ron Ely y en España fue emitida en su tiempo, con éxito relativo. En ella, Tarzán (Lord Greystoke), bien educado y totalmente civilizado, regresa a la jungla y, asistido por Cheetah y un huérfano llamado Jai (Manuel Padilla, jr) se enfrenta a diversos malvados en la jungla.

Ron Ely también protagonizó cuatro películas de Tarzán para la gran pantalla: *Tarzan's Jungle Rebellion* (1965), *Tarzan and the Perils of Charity Jones* (1967), *Tarzan and the Four O'Clock Army* (1968) y *Tarzan's Deadly Silence* (1970).

En 1976, Tarzán regresó a las pantallas (al menos, a las estadounidenses), como una serie de dibujos animados, titulada "*Tarzan, Lord of the Jungle*" (36 episodios), producida por Filmation. En el original, la voz de Tarzán provenía de Robert Ridgely. Esta serie es recordada por los amantes de la animación por su uso de una innovadora técnica denominada "rotoscopia". Y en España es famosa, entre otras cosas, por la música de los títulos ("¡Ooooh, Tarzán, Tarzán!").

En 1978, hubo una segunda serie de animación, digna de olvido, todo sea dicho, llamada "*Tarzán and the Super 7*". Estos "Super 7" eran diversos superhéroes (Batman, Aladino, Shazam...) que se enfrentaban a todo tipo de malvados. En 1980, se produjo "*The Tarzan / Lone Ranger Adventure Hour*", serie de animación de corta vida en la que se alternaban episodios de Tarzán de los monos y del Llanero Solitario, a los que posteriormente se uniría el Zorro.

Otro telefilm de Tarzán llegó a las pantallas americanas en 1989, el mediocre *Tarzan in Manhattan*, con Joe Lara en el papel protagonista y la participación de Tony

Curtis.

En 1991, Tarzán regresó como una serie de aventuras en vivo, con el actor de origen alemán Wolf Larson en el papel protagonista (75 episodios). Tarzán es retratado como un defensor del medio ambiente, protector de la jungla y sus animales. El tono es muy bienintencionado, y la serie está claramente orientada a un entorno "familiar" (es decir, los productores la destinan a los niños estadounidenses, a quienes no tienen muy bien conceptuados). Ron Ely hizo una aparición como villano. Esta serie fue estrenada en España en varias ocasiones a lo largo de la década de los noventa por Antena3.

1996 fue un buen año para Tarzán en la televisión norteamericana. Se produjo un documental magnífico ("Tarzan, The legacy of Edgard Rice Burroughs"), con Peter Graves como conductor. En él se entrevistaba a varios familiares de Burroughs (su nieto Danton), amigos (Eddie Gilbert) y a personas relacionadas con el mundo de Burroughs (desde Maureen O'Sullivan hasta Joe Jusko).

Ese mismo año, Joe Lara retomó el papel de Tarzán en "Tarzan, The Epic Adventures". Este telefilm era una prueba para testear la posibilidad de crear una serie, de la que se convertiría en piloto. En principio, la idea era volver a las raíces del personaje, en un entorno más de "espada y brujería", con civilizaciones perdidas y mucha magia, aprovechando el éxito de series como "Hércules" y "Xena", que revitalizaron el género para la televisión a principios de la década de los noventa.

El argumento de este telefilm es especialmente atractivo para nosotros: Nikolas Rookoff, un exiliado ruso, ha robado un antiguo amuleto de cristal que es la clave para un poder terrorífico. Puede usarse para conquistar las mismas profundidades del tiempo y el espacio, pero si Rokoff utiliza ese poder, se abrirán las puertas, nada más y nada menos que a Pellucidar, permitiendo que los terribles ejércitos de los reptilianos Mahar invadan nuestro mundo. Sólo Tarzan, el señor de la jungla, puede detener a estas criaturas hambrientas de conquista y sangre. Pero incluso él es vulnerable a los encantos de Mora, la seductora Reina de los Mahars...

Finalmente, la serie fraguó y "Tarzán, The Epic Adventures" (1996), se lanzó como serie con entidad propia. Desgraciadamente, los guiones posteriores resultaron muy irregulares. Junto a ideas muy buenas, aparecían conceptos bastante trashed. Es interesante reseñar que en la serie hicieron aparición otros personajes de Burroughs, como Carson Napier, además de regresar a Pellucidar, ir a la Luna, descubrir una legión romana perdida, varias ciudades perdidas y otros temas que le serán familiares a cualquier aficionado a Burroughs. Lamentablemente, la serie fue cancelada al año siguiente, tras 21 episodios producidos. En España, ha podido verse, a altas horas de la madrugada, en Tele5.

(Actualización!!)

En 2003 se produjo una nueva serie de corta vida ("Tarzán", 8 episodios) en la que se recreaba la historia de Tarzán en un ambiente urbano. Estaba muy orientada al público femenino (en parte por su guapísimo protagonista, el desconocido Travis Fimmel). El caso es que tenía buenos guiones y es una pena que no le dieran algo más de cancha. En ella, Tarzán es John Clayton, cuyos padres murieron en un accidente de aviación en África y que creció entre monos en la jungla. Capturado por su tío el multimillonario propietario de Greystoke Industries, Richard Clayton (Mitch Pileggi, famoso por Expediente X), Tarzán regresa a Nueva York contra su voluntad. Luchas familiares que incluyen a su tía Katherine (Lucy Lawless, Xena) lo hacen escapar y estrellarse en la muy ordenada vida de la detective Jane Potter (Sarah Wayne Callies).

Mapas

Burroughs dibujó el primer mapa de Pellucidar, que apareció con la primera entrega de *Pellucidar* en *All-Story Cavalier Weekly*, el 1 de mayo de 1915. Desde entonces, se han producido múltiples cartografías de la tierra sin tiempo. Como en la versión original, incluimos aquí el precioso mapa creado por Larry K. Hancks para "*The Burroughs Bulletin #20*", en otoño de 1970 (ocupaba dos páginas y estaba doblado por el centenario). Se reimprimió en una página en el "*Burroughs Bulletin New Series #6*", de Abril de 1991.

Más información sobre mapas de Pellucidar en:
<http://www.bouncepage.com/Pellucidar/maps.html>

Índice de imágenes

"En ese momento otros tantos tigres cayeron sobre el monstruo, agarrándose ferozmente a sus flancos y a su grupa" (Ilustración de Frank Frazetta)

"Tarzán estaba a punto de caer en el nido, cuando, de pronto, des-cargó un terrible golpe con su cuchillo, claván-dolo en pleno pe-cho del thipdar." (Ilustración de Frank Frazetta)

"...y en la entrada de esta se veía a un muchacho, un apuesto y frágil mozalbete de unos diez o doce años sobre el que avanzaba un oso enorme" (Ilustración de Frank Frazetta)

"Un brazo de hierro se enroscó en el cuello del monstruo, levantándolo en el aire y arrojándolo luego violentamente contra el suelo". (Ilustración de Frank Frazetta)